

derivadas

arquitectura en la cultura de la posurbanidad

Roberto Fernández

UNL



ediciones UNL



derivadas

aquitectura en la cultura
de la posurbanidad

Roberto Fernández

ediciones **UNL**

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector

Enrique Mammarella

Secretario de Planeamiento

Institucional y Académico

Miguel Irigoyen

Decano Facultad de Arquitectura,

Diseño y Urbanismo

Sergio Cosentino



Consejo Asesor

Colección Ciencia y Tecnología

Graciela Barranco

Ana María Canal

Miguel Irigoyen

Gustavo Ribero

Luis Quevedo

Ivana Tosti

Alejandro R. Trombert

Dirección editorial

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sadrán

Coordinación diseño

Alina Hill

Coordinación comercial

José Díaz

Corrección

Elisabeth Strada

Revisión de los textos

Adriana Collado

Luis Müller

© Ediciones UNL, 2021.

—

Sugerencias y comentarios

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

Fernández, Roberto

Derivas, arquitectura en la cultura

de la posurbanidad / Roberto Fernández.

- 1a ed. - Santa Fe : Ediciones UNL, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-289-7

1. Arquitectura. I. Título.

CDD 720.1

© Roberto Fernández, 2021.



Índice

07 **Prólogo**

09 **Introducción**

Ensayo 1

13 **Los límites de la ciudad: crítica ambiental y posurbanidad**

Notas para la investigación ambiental de la crisis del paradigma urbano

Ensayo 2

69 **Escenarios posurbanos**

Nueva producción de ciudad y cambios de los proyectos urbanos

Ensayo 3

87 **La crisis de la ciudad pública**

Ensayo 4

121 **Archipiélagos urbanos**

Notas para una teoría del proyecto-fragmento

Ensayo 5

137 **Arquitectura y ciudad: apogeo y decadencia del contextualismo**

Ensayo 6

165 **Crítica máxima de proyectos mínimos**

De la modernidad imperfecta a la globalización salvaje

- 181 **Ensayo 7**
Proyectando (en) el siglo XXI
- 197 **Ensayo 8**
Territorio, patrimonio y mitologías
- 223 **Ensayo 9**
Las palabras de la ciudad
Notas para una reconstrucción socio-histórica del nombrar urbano en América
- 281 **Ensayo 10**
Cartografías del tiempo
Notas socio-históricas sobre sociedad, territorio, ciudad y arquitectura americanas

Prólogo

El presente trabajo del Arq. Roberto Fernández, al que él mismo llama “no-libro, tan sólo un conjunto de reflexiones, bitácora de un pensamiento...” es, efectivamente, un viaje intelectual que, a través de sus diez estaciones, recorre un hilo conductor principal: “¿Qué hacer y qué pensar desde la arquitectura en este posible momento de disolución de uno de sus anclajes más notorios, como es —o fue— la ciudad tal como históricamente se constituyó?”.

El hombre común, cotidiano, con sus riquezas y miserias, ha otorgado el sentido más profundo a la arquitectura. Ésta, como práctica proyectual y en las actuales condiciones de disolución de parámetros históricos, se encuentra inmersa en una profunda crisis epistemológica, para cuya superación se requiere de la construcción de nuevas estructuras teóricas, nuevos instrumentos de crítica y nuevas dimensiones de actuación técnica.

En esta búsqueda, donde lo que se pretende es terminar de formular las preguntas y no sus respuestas, el autor nos propone la reflexión de diez ensayos que fueron preparados para intervenir en seminarios, congresos, talleres, realizados en distintos países y situaciones. Cada uno de estos ensayos tienen valor en sí mismos pero, al mismo tiempo, en el conjunto abarcan todo el horizonte del “campo del saber y el conjunto de prácticas técnicas definidas por la proyectualidad de la arquitectura”.

Este “no-libro”, producto del docente, investigador, crítico y teórico que conviven en el autor, no está destinado exclusivamente a la comunidad académica disciplinar sino también a todos aquellos involucrados en el pensar y hacer arquitectura, en sus hipótesis, teorías y dicotomías, a quienes en definitiva busquen críticamente nuevas respuestas en el campo proyectual.

Arq. Julio Alejandro Talín
Decano FADU-UNL

Introducción

Aunque lo parezca, éste no es un libro, en el sentido de una estructura organizada y coherente, en torno de un tema —el título— que conspira eficazmente en contra de su sistematización. Las *derivadas* —o el difícil acomodamiento de la arquitectura como campo del saber y como conjunto de prácticas técnicas definidas por la proyectualidad, en el seno de la instancia histórica de una posmodernidad que, entre otras de sus cualidades, nos presenta la *disolución* de la idea clásica de ciudad o, por tanto, el desemboque en una situación de posurbanidad, con el despliegue de unas culturas *ad-hoc*— obligan a exploraciones tentativas y marcadas por un fuerte sesgo hipotético y, por ello, eventualmente polémico. Condiciones que ya Adorno atribuía a la forma *ensayística* del desenvolvimiento de un pensamiento, cuya relación con una cierta división del trabajo intelectual parece ser, por lo menos, difusa.

En efecto, ¿cuál es el campo que le compete o le queda a la arquitectura en esa división en esta época? ¿De qué fenómenos debe dar cuenta o explicar o, aun, contribuir a su afianzamiento o transformación? ¿Qué hacer y qué pensar en y desde la arquitectura en este posible momento de disolución de uno de sus anclajes más notorios, como es —o fue— la ciudad tal como históricamente se constituyó? Ésas son algunas de las preguntas que se pretende terminar de formular, no de responder, porque sus respuestas sólo podrán provenir de construcciones institucionales-disciplinares radicalmente arduas y sustancialmente colectivas. Ya que, por ejemplo, la arquitectura como tal podrá redefinirse enteramente, transvertirse en algu-

na clase de proceso epistemológico que la convierta en otra cosa (otro saber, otro campo de actuaciones técnicas, otra disciplina y otra institución) tan sólo si pretende hacerse cargo de algunas respuestas.

La crítica —o el proceso de autocorrección o ajuste endógeno del pensar/hacer de la arquitectura, de su aparato de saber y conocimiento y de su dispositivo de producción técnica— sólo podrá superar su estado de in-consciencia o provisoriedad si dispone de algún conjunto de presupuestos semejante a lo que tradicionalmente se llamó *teoría*. Una teoría actual para una crítica certera que contribuya a redefinir el saber y los modos de actuación, el posicionamiento en un mundo de posurbanidad, la contribución a la definición de una nueva cultura, sin perder de vista la doble exigencia cognoscitiva de argumentos del saber que le den sentido (crítico, o sea, socialmente pertinente) a las alternativas del hacer (unas vías del hacer que, agregando complejidad al programa, quizá sean, además, *pospro-yectuales*).

Por lo tanto, este palimpsesto de incipientes proposiciones, que es el conjunto de los diez ensayos que siguen, persigue —muy arriesgadamente— contribuir a un primer develamiento de aquellas preguntas, dado que existen muchas cuestiones por construir en el contexto de lo que seguimos llamando arquitectura: nuevas estructuras teóricas, nuevos instrumentos de crítica, nuevas dimensiones de actuación técnica.

Los diez ensayos fueron oportunistas (lo cual, no quiere decir oportunos) y se prepararon originalmente para intervenir en situaciones que intentaron, en los últimos dos años, discutir algunos de los enunciados precedentes. Aquí los incluyo, en un provisorio ensamble y posible articulación (que no excluye superposiciones, redundancias e inclusive, contradicciones) en el ánimo de dar cuenta de un estado de debate, no exento de perplejidades e incertidumbres.

Los límites de la ciudad (ensayo 1) se presentó como ponencia encargada al *Seminario Universidad y Ambiente* convocado por el Ministerio del Ambiente de Colombia en 1997, y apuntaba a proponer qué cosas estaban cambiando en torno de la idea de ciudad, y si acaso no estábamos en un umbral de desemboque en una instancia de posurbanidad que se acogía, por una parte, a los movimientos deslocacionadores de la globalización económica y cultural, y por otra, a nuevas condiciones de posibilidad devenidas de la crisis de la sustentabilidad.

Escenarios posurbanos (ensayo 2) continúa la argumentación anterior, pero tratando de avizorar esa posible era ulterior al largo proceso de la vida y cultura urbana, entreviéndose lo que vendría a suceder con las tradiciones gravitatorias de las relaciones entre actividades productivas y habitativas y

los territorios. Se publicó originalmente en la revista española *Astrágalo* (número 10, diciembre de 1998) y una versión del mismo también se incluye en mi libro *La Naturaleza de la Metrópolis*, editado por la FADU de la Universidad de Buenos Aires, en 1999.

La crisis de la ciudad pública (ensayo 3) y *Arquitectura y Ciudad* (ensayo 5) fueron originalmente sendos textos presentados al *I Seminario Montevideo de Proyecto Urbano*, en 1998, tratando de mirar el tema de la relación entre ciudad y arquitectura, desde ambos polos. Se reescribieron y ampliaron considerablemente para esta edición, profundizando el examen introspectivo de los cambios de dichos polos y básicamente de sus instrumentos técnicos (plan y proyecto).

Archipiélagos urbanos (ensayo 4) continúa las exploraciones precedentes, para contribuir al *I Taller Internacional de Proyectos Urbanos* celebrado en Córdoba en 1999, ahora con un talante menos crítico y más orientado a discernir posibilidades u oportunidades de redefinir qué cosas se pueden hacer, desde el pensar de la arquitectura, en las transformaciones de la ciudad fragmentada en torno del modelo del *city collage*.

Crítica máxima de proyectos mínimos (ensayo 6) fue una ponencia base del *VI Seminario de Arquitectura Latinoamericana (SAL)* realizado en Lima, Perú, en 1999: su debate en tal instancia pretendió redefinir las posibilidades culturales y técnicas minimalistas de la arquitectura latinoamericana en el presente de la globalización, induciendo, por una parte, al abandono de las antiguas categorías persecutorias de la inasible categoría de la identidad regional (muy ligada a una ya agotada certidumbre que orilló el discurso *macondista* y de los realismos mágicos), y, por otra, reclamando la maximización de una comprensión crítica amplia del devenir histórico americano que diera contexto y sentido a unas prácticas proyectuales reducidas, pero que dicha contextualización crítica comprensiva debiera contribuir a repotenciar.

Proyectando (en) el siglo XXI (ensayo 7) fue la conferencia inaugural dada en la masiva *Reunión de Estudiantes de Arquitectura y Diseño* sostenida en Santa Fe en 1998 y que fuera publicada a fin de ese año, en la revista *Polis* (FADU-UNL), nº 2, de esa ciudad; su pretensión fue diseñar una prospectiva de una evolución (?) de las alternativas de la actividad proyectual en las próximas épocas, exaltando la inevitabilidad de cambios que no debieran verse —sobre todo desde la óptica de los jóvenes estudiantes allí presentes— meramente como retrocesos apocalípticos sino como cambios de cuya cualidad social y cultural todavía (quizá) podamos hacernos cargo.

Territorio, patrimonios y mitologías (ensayo 8) fue un ensayo presentado a la *Conferencia Patrimonio y Territorio* celebrada en Valladolid, España,

en 1997, y su criterio principal induce a reformular –sobre todo desde la realidad americana– la noción elitista de patrimonio urbano (y aun de patrimonio cultural) para explorar otras cuestiones más vinculadas al patrimonio inmaterial y popular: allí también aparecen flancos de nuevos saberes y actuaciones.

Las palabras de la ciudad (ensayo 9) fue una frustrada presentación al Seminario *Les mots de la ville*, realizado en París hacia 1997: frustrada porque siendo pedida por los organizadores no fue aceptada para la reunión. Desconozco los motivos de tal rechazo –quizá fueron de tipo formal, como un exceso de extensión del texto, o quizá no se adaptaban al talante de la reunión–, pero creo que las propuestas del ensayo, síntesis de un trabajo de investigación, siguen teniendo validez para el debate americano, para la rearticulación de cuestiones de prácticas y saberes de la arquitectura y urbanismo, y sus ligazones con el lenguaje y la discursividad en general. Naturalmente, su rechazo en tal oportunidad confinó el texto al carácter inédito que todavía tiene hasta hoy.

Cartografías del tiempo (ensayo 10) se presentó, como ponencia encargada para abrir la reunión, en la *I Bienal de Arquitectura e Ingeniería Iberoamericana*, efectuada en Madrid en 1998, y sólo parcialmente publicada en la revista *DC*, 2, Barcelona, 1999. Aquí se ofrece el texto completo, donde se incluyó un intento de aprehensión histórica socio-espacial americana (luego reutilizada en el ensayo que en esta antología figura en sexto lugar) y una inicial proposición de categorías críticas de un conjunto de obras americanas. Se profundizaron, en todo caso, algunas ideas inicialmente expuestas en mi libro de 1998, *El Laboratorio Americano*, alrededor de una oposición entre las nociones de utopía (europea) y ucronía (americana), que espero pueda servir, como otra vía más, para intentar entendernos, en el contexto inevitable de nuestra confrontación-fricción con el mundo del desarrollo y, finalmente, una condición de extremo Occidente que nos puede llegar a caracterizar histórica y geoculturalmente.

Abríamos esta introducción aludiendo al carácter de no-libro de este conjunto de reflexiones que se produjeron en el contexto productivo e intelectual que, de manera externa (un trabajo sesgado por los encargos), fue dándome motivos para el despliegue de ciertas indagaciones e hipótesis. Como tarea evolutiva –determinada por la notoria complejidad de los temas que se abordan– no pretende trascender tal condición: cuaderno de viaje, o bitácora de un pensamiento que se cruza con lecturas y encuentros conflictivos y fecundos, aspira meramente al aporte de líneas o filamentos para que nuestra comunidad de pensamiento y acción profundice sus certezas, organice sus programas y potencie sus acciones.

Ensayo 1

Los límites de la ciudad: crítica ambiental y posurbanidad

Notas para la investigación ambiental de la crisis del paradigma urbano

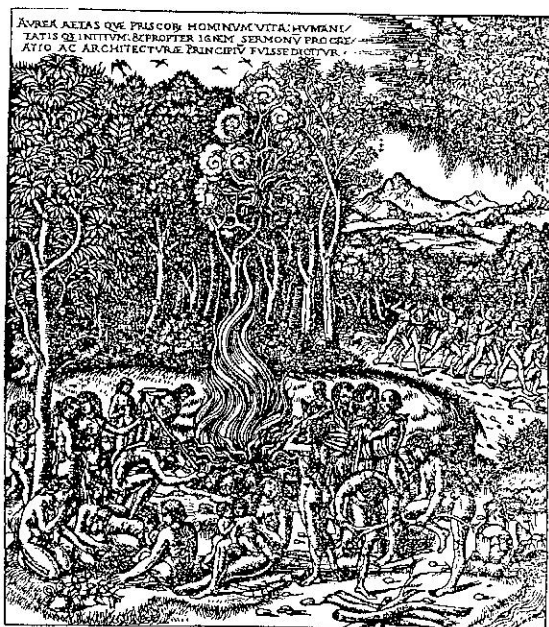
La ciudad contemporánea, aún en sus diversas expresiones culturales y regionales pero homogeneizadas en la genérica globalidad de este fin de milenio, tiene a la vez muchos atributos: reservorio básico de cultura general y local, espacio de desarrollo de la llamada cultura posmodernista entendible como cancelación del contenido utópico de la modernidad y su tentativa de democracia emancipatoria devenida del iluminismo, oportunidad para el ejercicio y manifestación del poder, receptáculo del consumo, escenario económico y lugar preferencial de concentración de las rentas y ámbito del despliegue comercial, industrial y su pasaje a formas terciarizadas, polo o término de un proceso —la urbanización— que H. Lefebvre¹ conceptualizaba como definitivo y absoluto, etc.

Cuando se puso en marcha la crítica ecológica de la economía y la construcción del paradigma de racionalidad ambiental, se empezó a considerar, primero de una forma ligada al ideologismo ecologista utopista y luego, ya más en términos de indagación científica, la cuestión general de la viabilidad de la idea misma de ciudad en torno, en parte, de una utilización radical del concepto de sustentabilidad: en rigor, según tales ideas, teóricamente la ciudad es insostenible e inviable. De todas formas, existe un intento de aplicación paliativa de las nociones de sustentabilidad al análisis de las problemáticas urbanas y su mitigación, relacionado con una consideración de la optimización del potencial recursístico del soporte

natural respecto de las demandas urbanas (agua, aire, suelo, capacidad de recepción/reciclaje de residuos, etc.). Este enfoque requiere, desde nuestro punto de vista, ser profundamente criticado.

Se trata entonces de discutir la posibilidad de un momento histórico posurbano, que sea susceptible de retener las cualidades de lo urbano (la densidad cultural, por ejemplo) y, a la vez, de despejar en términos de sustentabilidad la posibilidad de un escenario más racional y ecuánime de vida social. Nótese aquí que decimos mejoramiento de la vida social, no salvataje de la calidad e integridad natural, que nunca puede ser un fin en sí mismo sino un medio de recualificación de la calidad de vida social.

En tal sentido, un momento histórico pos-urbano diferirá radicalmente de los momentos pre-urbanos y, por lo tanto, no compartirá los criterios de la utopías regresivas (Morris, Bellamy, Callenbach, etc.²). Así, este capítulo se propone ofrecer una primaria agenda de indagación y reflexión acerca de un camino posible hacia una posurbanidad efectivamente sustentable, centrada, en principio, en los temas que debieran resaltarse en la investigación y formación universitaria de excelencia: es en esos ámbitos en que se puede abordar una crítica ambiental al paradigma del desarrollo urbano y de las creencias en la naturaleza progresista de tal desarrollo, en



*El descubrimiento del fuego en la edición del Vitruvio de Cesariano (1521). Para fundar la arquitectura (y la ciudad) una idea del origen está vinculada a las primarias conquistas tecnológicas de la naturaleza, el gregarismo y cierta configuración de forma y recinto, de geometría social a partir de la cual logra estipularse la diferencia entre naturaleza y cultura (o **tekné**, como sistema de antropización que supone a la vez, lenguaje, tecnología y diseño).*

donde debe situarse el punto de partida de esta discusión y elaboración, como un plano preferente, en este caso, para la responsable articulación de universidad y medio ambiente.

1. La ciudad como fenómeno histórico

No se puede aceptar la noción natural de ciudad, esto es, de su entidad parahistórica. Y menos todavía, la idea de un evolucionismo, implícito en el concepto de desarrollo urbano que supone a la vez su crecimiento y complejidad. La ciudad, como artefacto cultural, tiene genealogía –origen, en el sentido *nietzscheano y foucaultiano* del término– y teleología; se trata así, en términos históricos, de responder a la pregunta siguiente: ¿de dónde vienen y adónde van las ciudades? El origen es variado y complejo: militar, religioso, mercantil, socio-político, etc.. Probablemente en los casos más arcaicos como Mohenjo Daro y otros indo-asentamientos, o las dos docenas de pequeñas ciudades del llamado Creciente fértil instaladas desde el 15000 AC, se trate de todo a la vez y ligado al desarrollo socio-cultural de cambios comunitarios (la complejización de los vínculos agregativos superadores de las estructuras etno-tribales) y tecnológicos (superación de los modelos de supervivencia y manejo del excedente de la cultura de recolección).

Este origen –sostenido por las investigaciones de los botánicos o antropólogos culturales como Harlan o Ucko,³ entre otros, y por algunos ecólogos humanos como Campbell⁴– no sólo dependió de la afortunada existencia de cereales silvestres –la cebada *hordeum*, el trigo *triticum*, etc.– sino de la posibilidad de su acumulación excedentaria y manejo transaccional, además de una inmediata demanda de recursos –arcilla, madera, minerales, mano de obra, etc.– que presionó en la modelación del comercio y en la organización estamentaria urbana así como estableció, casi en simultaneidad con la novedad del artefacto ciudad, un consumo de esos recursos más o menos lejano de cada ciudad respecto del territorio.

La estructuración del poder político de concentración urbana exacerbó esta articulación ciudad/territorio por medio de los tributos: en Roma, la tributación granífera colonial permitía repartir harinas gratuitas a más de 100.000 habitantes; en la Tenochtitlán azteca se calcula que ingresaban anualmente más de 50.000 toneladas de alimentos en concepto de imposiciones regionales. Es posible conceptualizar la dinámica productiva campo/ciudad dada en el sistema de los tributos como un antecedente validador de la ulterior dinámica avalada en el sistema de los mercados: el poder militar sustentador de los circuitos tributarios está anticipando y naturalizando el ulterior

poder económico (diferencial) de los circuitos mercantiles. Desde luego, el fundamento de esta doble dinámica histórica –tributaria y mercantil– se sustenta en la existencia de diferenciales territoriales de poder.

La ciudad, desde mucho antes de la aparición del dinero (que como elemento diferencial acuñado en metal es del 4000 AC, pero que más atrás en la historia se simbolizaba en algún tipo de producto), tiene entonces, por la vía de las transacciones convenidas (comerciales) o forzosas (tributarias), una fuerte incidencia respecto de los recursos naturales de un área o cuenca territorial más o menos vasta: es decir, eso que hoy llamamos sustentabilidad urbana parece ser un atributo propio de la mera condición o existencia del hecho urbano, sobre todo en su origen, aunque luego, durante toda la historia, tendió a enmascarse o a presentarse como algo natural.

Para profundizar esta retrospectiva histórica de lo urbano, capaz de reconocer sus orígenes como sus posibles fines –en términos teleológicos–, muchos investigadores se han propuesto, precisamente, utilizar el conocimiento histórico para relativizar aquella condición natural que solemos atribuirle a la condición de vida urbana. Algunos autores han afrontado este análisis desde un punto de vista exógeno a la ciudad –es decir, desde el territorio– y otros han intentado poner en cuestión la condición supuestamente evolutiva o propia de un progresismo sistemático de la vida y cultura urbana desde un punto de vista, por así decir, endógeno a la ciudad. Dedicemos unos cortos párrafos a algunos aportes en ambos sentidos.

G. Caniggia,⁵ junto a otros estudiosos italianos –como C. Cattáneo, S. Muratori, o E. Guidoni–, trata de situar el hecho urbano como un fenómeno más dentro de la complejidad de la antropización de los territorios, analizando una serie de hechos de tal antropización como la definición de trayectos, la conformación de asentamientos ligados a la funcionalización o viabilidad de los trayectos, el desarrollo de asentamientos o instalaciones ligados a la producción y más adelante en el decurso histórico de la antropización territorial, el surgimiento y evolución de los núcleos protourbanos, y por fin, los artefactos urbanos.

Caniggia utiliza el concepto común (a todas dichas escalas y manifestaciones) de tipo, para aludir a una especie de instrumento de convencionalidad casi lingüística para definir las características de la relación sociedades/territorios: así, antepone la noción de tipo territorial a las de tipo urbano y tipo edilicio. Pero lo más importante del enfoque caniggiano –o del tipologismo histórico-territorialista, en general– es la idea de procesualidad y continua reorganización antro-po-territorial, que estudia en sus proposiciones de ciclos de implantación, consolidación, recuperación de la implan-

tación y restructuración, en relación con cierta utilización históricamente diversa de elementos geográficos como las crestas, las crestas secundarias, las contracrestas locales, los fondos de valles, etc.

El historiador italiano aplica un concepto de *longue durée*, a la manera de la escuela de los *Annales*, pero indica:

1- la relatividad del hecho urbano en un conjunto de sucesos de antropización territorial más complejo,

2- su ciclicidad y, por lo tanto, cierta cualidad de reversibilidad del desarrollo urbano y

3- la contra-presión que lo territorial aplicaría a la tendencia expansiva del hecho urbano puntual.

Si bien sus estudios se aplicaron a algunas áreas específicas —como las regiones transalpinas italianas o el norte de África— las hipótesis pueden ser extrapolables, quizá reconducidas a ciertas estructuras generales, como su manifestación en el contexto de los 6 grandes biomas que propone, como caracterización diferencial de los soportes naturales, el arriba citado B. Campbell: la pluriselva tropical, la sabana tropical, el bosque templado, las praderas septentrionales, los bosques de coníferas norteros y la tundra.

La lectura histórica-tipológica de las estructuras ambientales territoriales permite una mirada exógena del hecho urbano que es capaz, de manera científica, de relativizar sus condiciones evolutivas y reconducirlo, explícitamente, a hipótesis de ciclicidad de ocupación territorial. La historicidad o ciclicidad posible de la fenomenología de lo urbano es lo que puede, epistemológicamente, sostener el advenimiento de un posible ciclo de posurbanización que, en otro sentido, ya ocurrió en otras circunstancias históricas y territoriales.

Desde un punto de vista endógeno —o circunscripto al estudio del desarrollo histórico urbano desde lo urbano mismo—, las investigaciones de R. Sennet⁶ proponen unas reflexiones en torno del posible evolucionismo de la modernidad urbana, que más bien descartan. En efecto, en *La conciencia del ojo* afirma que *la cultura moderna es víctima de una tajante división entre el interior y el exterior (que) se trata de una división entre la experiencia subjetiva y la experiencia del mundo, entre el yo y la ciudad* y que esta situación supone una regresión de la calidad de la vida cultural urbana, signada modernamente, entre otras cosas, por la hipertrofia del consumo.

Las tentativas saint-simonianas de imaginar una constelación de pequeñas comunidades, capaces de conjurar las tendencias a una concentración de diferentes —que es lo que termina por hacer el capitalismo clasista de la vida urbana— o las diferencias radicales entre *gemeinschaft* (comunidad) y *gesellschaft* (sociedad) que Tonnies encontrará en el desarrollo urbano

moderno como fenómenos sociales regresivos, son algunas de las observaciones de Sennet acerca de la necesidad de revisar la historicidad evolutiva (?) de lo urbano, que debe incorporar el fenómeno de la cancelación cristiana de la urbanidad comunitaria de corte pagano-ritual, verificable por caso, en la condena de San Isidoro de la *urbs* greco-latina al estipular que *el cristiano debe construir una (nueva) ciudad que sirva de sometimiento a los flujos del alma*, con la des-naturalización consecuente del contenido mítico panteísta.

En su otra retrospectiva urbano-histórica, *Carne y Piedra*, Sennet se permite constatar otro déficit de naturaleza en la evolución de la urbanidad moderna, basado en la condición de disminución de la calidad orgánica impuesta por el florecimiento de las abstracciones de la modernización —desde el indiferenciamiento de las relaciones corporales y el énfasis en el movimiento o neo-nomadismo hasta el auge de la virtualidad—: Navegar por la geografía de la sociedad contemporánea exige muy poco esfuerzo físico y, por tanto, participación (o co-pertenencia social)... El viajero (intra-urbano o inter-urbano), como el espectador de televisión, experimenta el mundo en términos narcóticos. El cuerpo se mueve pasivamente, desensibilizado en el espacio, hacia destinos situados en una geografía urbana fragmentada y discontinua.

Si la ciudad histórica occidental poseyó cualidades inherentes al forjado de la cultura de Occidente (y con más precisión, europea), un análisis del decurso histórico de algunas categorías —como la corporalidad en tanto medida de *gemeinschaft* o la declinación de la intensidad del registro perceptual



El paso siguiente —en la misma edición de Vitruvio— es el uso del material natural (**desnaturalizado** por el diseño, por caso: **geometrizado**) para la generación de un acondicionamiento o recinto, que todavía no tiene demasiada diferenciación con la conducta animal.

como calificación de identidad local, memoria y experiencia— estaría revelando una crítica disminución de aquellas cualidades, proponiendo quizás argumentos adicionales a la idea de ciudad histórica: es decir, tanto progresiva o ascendente como regresiva o declinante.

2. Ciudad occidental y ciudades extra-occidentales

Tanto Caniggia —al proponer la relatividad tipo-histórica de lo urbano en lo territorial— como Sennet —al plantear una crítica de la urbanidad que tienda a re-valorar el paradigma histórico de la narratividad e intertextualidad frente al moderno enfoque de la linealidad de los conceptos proyectuales modernos de proyecto y plan— están, empero, aludiendo a la formación de una clase de ciudad, la ciudad occidental. Cabe aquí la pregunta acerca de la omnivalencia de tal clase, o, de otra forma, si es que al criticar algunos valores o características de la vida urbana estamos haciendo referencia únicamente al modelo occidental. Evidentemente la experiencia urbana no se restringe a la occidental.

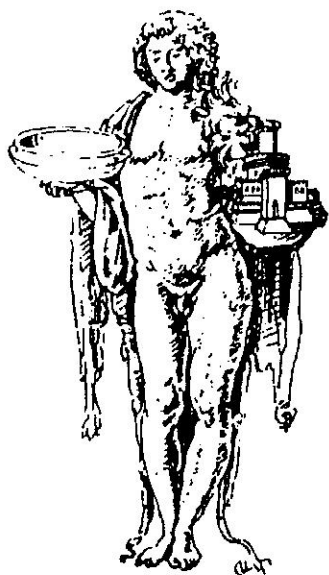
El modelo de la ciudad islámica, por ejemplo, al centrarse en tipologías de oasis —las ciudades del agua de Ibn Jaldún o los *djerid* o palmerales— en centros de servicios de trayectos regionales (los *karavansar*) o en el desarrollo de organismos devenidos de la antigua forma del *ksar* rural (los agrupamientos de 8 familias agro-productoras), nos confronta, por ejemplo, con otras experiencias, en este caso, de mucha mayor reintegración ciudad/territorio.

Un trabajo de J. Poncet⁷ ilustra sobre una situación en la que lo urbano no supuso una desarticulación del sistema campo/ciudad: *En el Maghreb se ha visto propagarse, crecer, progresar durante siglos un paisaje característico de campos trabajados, extrañamente asociados a las ciudades. Este paisaje no expresa sólo el poderío de la propiedad agraria adquirida por los ciudadanos privilegiados; expresa también el desarrollo de una economía centrada en los núcleos ciudadanos y en las corrientes de intercambio que unen a esos núcleos entre sí; expresa la ampliación de un horizonte que no ha cesado, a pesar de todas las competencias y luchas desgarradoras de los estados maghrebinos, de extenderse en un vasto espacio geográfico hasta finales de la Edad Media. Sobre esa base es que Poncet se pregunta sobre la modernización maghrebiana (exportación colonial del modelo occidental) que vendrá a significar una verdadera desurbanización del Maghreb al tiempo que, paradójicamente, las ciudades se llenan de un inmenso aflujo de poblaciones desruralizadas y proletarizadas.*

Otro caso singular es el de las ciudades chinas, dispersas en vastas estructuras territoriales, complejas e intensamente habitadas y disueltas en redes muy diversificadas de asentamientos. Los estudios realizados por M.C. Gibelli y C. Gavinelli,⁸ que si bien en base a la ideología entonces dominante tendían a demostrar los efectos exitosos de una *construcción del socialismo que rechazaba la contraposición entre la ciudad y el campo, definiendo una relación de nuevo tipo entre la industrialización y la concentración urbana*, revelan, sin embargo, no sólo, o no tanto, esos esfuerzos de modernización socialista, sino más bien la persistencia de unos modos de instalación territorial inspirados en un modelo de maximización de la capacidad de sustentación de tales territorios.

Es esa persistencia —y en todo caso, las políticas que las amparan— lo que evita la posible emergencia de un verdadero escenario catastrófico para la vida urbana, como lo refiere o hipotetiza J. Martínez Alier:⁹ *Si China y la India siguieran el camino de las economías desarrolladas (es decir, si sus poblaciones activas agrarias descendieran al 10 o 15% del total al sustituir la energía humana y animal en la agricultura por la energía de los combustibles fósiles) entonces, si se mantuviera la actual jerarquía de ciudades, veríamos fenómenos monstruosos, inéditos, como un Beijing o un Shangai de 100 millones de habitantes, como un Bombay, Delhi, Calcuta o Madrás de 80 millones cada una.*

Circunstancias que, sin embargo, no están demasiado lejanas del proceso de urbanización vertiginoso del delta del Pearl River, alrededor de los antiguos polos de Hong Kong y Macao, donde han nacido de la nada, en apenas una decena de años, las ciudades de Guangzhou, Shenzhen y sobre todo, Zhuhai, conectada a Hong Kong por transbordadores. Dice, al respecto,¹⁰ D. Sudjic: *En el plazo de una década —si sigue expandiéndose al ritmo actual— esta nueva ciudad (la conurbación sin nombre del delta del Pearl River) será el hogar de 40 millones de personas, sobrepasando a Tokio, Osaka y México para convertirse en la ciudad más grande del mundo. Una población más grande que la de la mayoría de países europeos vivirá apretada en una superficie no mucho mayor que la región metropolitana de Londres.* La imaginación literaria, como siempre, parece actuar de manera premonitoria: en estas imágenes de metrópolis instantáneas y sus luchas por espacios mínimos del hábitat parecen consumarse las figuras de la *urban science-fiction* de Lem o Ballard. Pero podría ser que, evidentemente, se tratara del efecto perverso de la hiper-concentración de Hong Kong, puesto que, inversamente, hace unos dos años una oportuna reforma urbana en China redimensionó el tamaño de las jurisdicciones municipales y al dotarlas de un territorio más extenso procuró satisfacer de manera más racional su



Dinócrates, arquitecto de Alejandro Magno, según la representación de Francesco Di Giorgio Martini (Códice Magliabechiano). En sus manos porta la fuente de la naturaleza sabia —el cántaro de la vida, como lo que implica el recuerdo y reconocimiento de lo natural fundante— y la maqueta de la ciudad, lo que su saber de arquitecto ofrece al poder del monarca como expresión de cultura y organización social.

sustentabilidad territorial: esto es, la adecuada relación entre una población rural y urbana administrada por un solo gobierno comunal o local.

Para el caso japonés —y concretamente Tokio— su característica hiperurbana es, por así decirlo, paradójica. En sus estudios, R. Barthes¹¹ consignó el siguiente comentario sobre esa ciudad: *Posee bien definido un centro, pero éste está vacío. Toda la ciudad gira en torno de un lugar a la vez, prohibido e indiferente... Una de las dos ciudades más poderosas de la modernidad está, pues, construida alrededor de un anillo opaco de murallas, de aguas, tejados y árboles, cuyo centro en sí mismo no es más que una idea evaporada, subsistiendo allá no para irradiar poder alguno, sino para dar a todo el movimiento urbano el apoyo de su vacío central, obligando a la circulación a un perpetuo desvío.*

En un ensayo de mi autoría¹² sobre las características urbano-culturales de Japón y Tokio se puede leer lo que sigue: *La exaltación japonesa de la modernidad se manifestaría en la maximización de la soledad (o sea, en la fuga hacia lo virtual) y asimismo en la debilitación de la idea de lugar. Un extraño equilibrio antropológico se daría en Japón en virtud de ese proceso descrito de exaltación de la virtualidad, pero a la vez equilibrado por una revancha de la memoria, vigente en la presencia activa de las ancestralidades.*

Pareciera confirmarse así no una (la occidental) sino varias tendencias coexistentes de urbanización, oscilantes entre diversos registros: desde la búsqueda de un mayor equilibrio territorial hasta la exaltación de las condiciones aglomerativas, y la compleja convivencia de un exceso de modernidad –la virtualidad– junto a memorias arcaizantes.

3. La ciudad americana

Si bien el caso americano puede ser demostrativo de la consumación de algunas intenciones del proyecto moderno –dada la configuración experimental o de laboratorio¹³ propia de la invención de América según la ajustada expresión de E. O'Gorman¹⁴ –, lo cierto es que, tanto en la intentada anulación de las preexistencias culturales aborígenes como en la consecuente fusión, hibridación o mestizaje, termina por configurarse otra de las vías alternativas al ya casi inconsistente paradigma de ciudad occidental. En mérito a los abundantes trabajos de indagación histórica acerca de la urbanización americana (en lo específico remitimos a nuestro texto antes citado), nos limitaremos a desarrollar algunos pocos argumentos acerca de la especificidad de ese desarrollo y, nuevamente, a intentar demistificar su supuesto carácter natural, inevitable y progresivo.

Acerca de las configuraciones territoriales alcanzadas en el apogeo del imperio incaico, los estudios etno-urbanísticos presentan el modelo de una intensiva antropización territorial extra-urbana, capaz de sostener una población equivalente a la actual del área andino-peruana y con similares o mejores estándares de alimentación, basados en la racional y significativa producción de maíz y tubérculos, según las tecnologías de andenerías, camellones y micro-emprendimientos hídricos y el uso intensivo de mano de obra.

Este esquema de organización territorial, descrito por ejemplo en las investigaciones de J. Murra,¹⁵ maximiza la movilidad espacial (y los desplazamientos de los contingentes de mitayos) en base a una red de más de 12.000 kilómetros de carreteras y un sistema de puntos de acopio y procesamiento de los productos alimenticios –los centros o depósitos llamados *qollca*–, todo, además, articulado en una estructuración ritualista-nominativa del territorio y sus características naturales en base al sistema de marcas geográfico-religiosas de *ceques* y *huacas*.

Como lo demostró, entre otros, el arqueólogo holandés R.T. Zuidema,¹⁶ dicho sistema no era sólo un dispositivo mítico-religioso sino también, y sobre todo, un criterio de administración hidráulica regional y de organi-

zación de los asentamientos: toda la estructuración socio-comunitaria incaica de los *ayllus* y *panacas* se basaba en un criterio de asignación de derechos de uso de aguas, es decir, de formulación de criterios esenciales de sustentabilidad territorial.

Pero esta complejidad territorial precolombina de los Andes americanos no debe entenderse, meramente, como unas disposiciones anti o extra-urbanas. Como bien lo formula H. Neira:¹⁷ *el tema por dirimir no es el de la ocupación esporádica o temporal de los sitios urbanos ceremoniales antes del poblamiento español. El eje del debate... no es el de ruralidad o urbanidad sino el de religiosidad o laicidad. Las ciudades prehispánicas fueron, como en la India, como en otras civilizaciones, construidas en torno de un templo, de una idea de lo sagrado.*

Si bien la operación colonial subsiguiente está legitimada en una maniobra de evangelización, lo cierto es que desde el punto de vista del debate propuesto por Neira, el modelo hispánico de ciudad estará determinado por un parámetro de rendimiento propio de la incipiente modernidad europea laicista o ya secularizada. El sentido de lo urbano, que autores como Neira o Millones atribuyen a las formaciones precolombinas, difiere de la estabilidad eurocéntrica —basada en la radicación de instalaciones capaces de irradiar flujos comerciales—, y se basaría más bien, tanto en una dinámica territorial vinculable a las capacidades de cada micro-región, tanto como a una tendencia a converger, táctica o coyunturalmente —regulado por calendarios religiosos-productivos—, en diversos ámbitos de reunión precisamente localizados en puntos del territorio, por lo demás, altamente accesibles. La accesibilidad precolombina funcionó más como dispositivo de irradiación territorial antes que como instrumento de concentración urbana; ello, desde luego, apoyado en una determinada estrategia de poder.

En las culturas precortesianas mesoamericanas la situación no fue demasiado diferente: hubo grandes y complejas ocupaciones territoriales reguladas por factores religioso-productivos y numerosas instalaciones de tipo urbano, si bien no parece haberse alcanzado un tipo de organización imperial que, en el caso andino, devino en una intensa infraestructuración territorial con maximización de la movilidad de personas y cosas.

J. Sabloff¹⁸ ofrece algunos argumentos acerca de esa configuración urbana y territorial de dichas culturas, coincidiendo en resaltar la complejidad y desarrollo de las instalaciones urbanas. Por empezar, casi todas las culturas mesoamericanas tuvieron expresiones urbanas —comenzando por la San Lorenzo olmeca hacia el 1500 AC—, no sólo la manifestación metropolitana final de la Tenochtitlán que recibe a Cortés. En asentamientos

como Sayil, en la región Puuc, hacia el 900 AC, existe una minuciosa ingeniería de recolección del agua de lluvia y unos criterios precisos de asignación del recurso.

Desde el 2000 AC empezaron a aparecer aldeas, tanto en las tierras altas oaxacenses como en las bajas yucatecas, y estas organizaciones fueron consecuencia de la estabilización demográfica obtenida por la disponibilidad de excedentes de prácticas agrícolas exitosas, sobre todo el maíz, parangonado a la categoría mítica del *Dios Blanco* en los relatos quiché del *Popol Vuh*. Si bien en áreas reducidas, como la de la península de Yucatán, pudo desplegarse una intensiva red de pequeños asentamientos, existió bastante movilidad demográfica territorial, lo que debió regular por bastante tiempo los desequilibrios ambientales (sobre todo, los déficits de recursos naturales, como cereales y agua y las posibles limitaciones tecnológicas de la cultura agroproductiva *milpera*).

Las ciudades de esta región rondaron, en su apogeo, en los 10.000 habitantes, como Mayapán, aunque Tikal pudo albergar hasta medio centenar de miles de almas en unos 120 kilómetros cuadrados, es decir, con marcada dispersión y muy baja densidad. Unos 100 años antes de Cristo, Teotihuacán superaba el cuarto de millón de habitantes, con más de 2.000 edificios repetitivos de vivienda: tamaño ya relativamente grande y complejidad urbana que augura la ulterior crisis y degradación, presuntamente adjudicable a una incipiente crisis de sustentabilidad. En el área de las tierras altas zapotecas, ciudades como Monte Albán pudieron alcanzar poblaciones de hasta 15.000 habitantes hacia el siglo V AC, lo que parece ser un tipo relativamente estándar de asentamiento en estas culturas: es decir, ciudades bastante más grandes y complejas que las contemporáneas europeas.

Se ratifica así el vigor de unas culturas de características urbanas, aunque con fuerte vigencia de los discursos de correlación ciudad/territorio, tanto en cuanto a incipientes análisis de la sustentabilidad de sus poblaciones como en lo referente a las regulaciones mítico-productivas y demográficas, a veces resueltas o territorialmente re-estabilizadas, en base a conflictos bélicos regionales.

La operación colonizadora supuso una intensa actividad de fundaciones urbanas (algo más de 1.000 asentamientos en la órbita hispana¹⁹ y un poco más de 200, entre los siglos XVII y XIX, en la colonización portuguesa²⁰), basadas en una reutilización y recreación del legado urbanístico europeo.

El citado Morse efectúa un cuidadoso examen de las diversas tesis de este proceso de transculturación de pautas y modelos urbanos (aludiendo a los diversos enfoques explicativos de Kubler, Palm, Stanislawski, Foster, Guar-

da y Hardoy) y coincide con Van Werveke acerca de la existencia, en la Europa de fines del XV, de cuatro tipos urbanos que debieron funcionar como ineludibles referencias para la operación urbanizadora americana:

1- ciudades comerciales con radios mercantiles extendidos, los cuales, a medida que incorporaron industrias regionales y de exportación, actuaron como un precipitado químico para producir una división del trabajo rural-urbano,

2- ciudades de mercado, de radios limitados, sujetas a la intervención señorial,

3- ciudades políticas, episcopales, militares y universitarias, que eran centros de consumo económico y

4- centros pseudo-urbanos amurallados o con derechos conferidos por un señor.

En el caso americano hubo, como dijimos, adaptación e innovación, que Morse, siguiendo a Houston, termina por reducir a cinco tipos urbanos para la Nueva España y Perú: *ciudades militares, centros agrícolas, poblados mineros, centros administrativos y núcleos reubicados (incluyendo los pueblos de indios)*.

Las novedades europeas del siglo XV —el establecimiento de las llamadas *pax villae* y las constituciones comunales o *conjuratio*, el reconocimiento foral de hermandades, aun después de la catástrofe comunera de Villalar de principios del siglo XVI, la adjudicación del *alfoz* o área rural circundante a cada administración comunal— llegaron muy imperfectamente a América, sobre todo por vía de los misioneros milenaristas, o, más precisamente, no llegaron.

Morse señala que en América *las redes urbanas se desarrollaron débilmente. Las barreras geográficas para el transporte entre regiones eran a menudo formidables mientras que la política comercial de la corona poco hacía para alentar centros de producción económica complementarios. Las ciudades del Nuevo Mundo tendían a relacionarse individualmente con la metrópoli de ultramar y se mantenían aisladas unas de otras.*

La evolución histórica urbana americana ulterior a los momentos o fases citadas (las preexistencias culturales urbanas precolombinas y los procesos fundacionales coloniales) es extremadamente dependiente del rediseño territorial, fuertemente enclavístico, propio de la colonización.

J.L. Romero²¹ propone un criterio de sistematización de dicho desarrollo histórico —al que ya aludimos en el capítulo 1—, en busca de las características de especificidad que determinan este peculiar fenómeno de urbanización, en base al reconocimiento de 5 etapas-tipo de ciudad:

1- las ciudades hidalgas (que son las propias del siglo XVII),

- 2- las ciudades criollas (siglo XVIII),
- 3- las ciudades patricias (siglo XIX),
- 4- las ciudades burguesas (1880-1930) y
- 5- las ciudades masificadas (1930-1970).

El desarrollo de esta secuencia implica fenómenos sociales diversos –como la institución de la *hidalguía* y la *mancebía* de tierra como figuras señoriales de menor envergadura en la escala cortesana central o el surgimiento de la *criollidad*– y culturales –como la conformación de las culturas barrocas–, así como la formulación de procesos específicamente americanos como el de las peculiares relaciones campo/ciudad que instituyeron temas como los del *caudillismo* o el *patriciado*, como vertientes diversas y opuestas de la *criollidad* (criollos rurales versus criollos urbanos). De esta dinámica se engendrarán temáticas tan complejas y determinantes como el latifundio rural, las migraciones campo/ciudad, los diversos populismos, el amanerado iluminismo urbano, la recepción de insumos europeos, desde capitales hasta mercancías y personas.

Lo que quisiéramos observar aquí es, en primer lugar, la notoria inercia que la territorialidad y constelación urbana colonial definió sobre la historia ulterior y, por ejemplo, la relativa abstracción en las relaciones de cada ciudad con un determinado *hinterland* territorial. Y en segundo lugar, y ya aludiendo al criterio de historización urbana utilizado por Romero, el carácter de una tipificación más bien vinculada al devenir de las transformaciones sociales y del poder, hecho que se evidencia en la adjetivación utilizada para cada tipo-etapa de ciudad: hidalga, criolla, patricia, burguesa y masificada son todas denominaciones socio-políticas, en las que prevalece el carácter de abstracción de tal definición antes que unas concretas configuraciones territoriales o regionales o formas específicas de relaciones campo-ciudad: como si hubiera prevalecido más bien una idea subyacente de socio-regiones que de bio-regiones.²²

En cuanto a la persistencia o resistencia de elementos aborígenes en tal desarrollo histórico, si bien el argumento no parece trascender elucubraciones de corte etno-antropológico, creemos, por el contrario, que esta cuestión resalta en diversas elaboraciones, como en la temática de los pueblos taciturnos y su déficit de *verbalidad* y ausencia relativa de la cultura de la culpa (Sánchez Parga), en la perduración en las sociedades andinas contemporáneas de figuras socio-étnicas como el *ayllu* –comunidad– o el *ayni* –reciprocidad– (Urbano), en la vigencia de expresiones y discursos cotidianos de origen andino en la vida social metropolitana actual –el pobre diablo, el estar de vuelta, estar en banda, hacer (le) la cruz, etc.– (Kusch), en la cohabitación de rituales indígena-rurales en la ciudad ladina guate-

malteca o mexicana actual que devienen en la despectiva condición de la *naquiza* (Bonfil Batalla) o en la imbricación de conductas de origen tupí y/ o negroides en la vida popular urbana tropical del área amazónica (Ribeiro).

En rigor, todo este complejo de discursos latentes o subyacentes que hemos oportunamente analizado en un trabajo específico²³ –al cual nos remitimos para una discusión más detallada y para las referencias bibliográficas– nos vincula a un sustrato de pervivencia de conductas reterritorializantes y reconstructoras de cierta identidad mítica con el mundo natural que hoy circulan como uno de los meta-discursos subterráneos de una crítica a la homogeneidad de una cierta inhospitalidad urbana.

Y otro tanto ocurre finalmente con el meneado tópico del mestizaje o la hibridación, como característica sustantivamente estudiada por N. García Canclini²⁴ y definidora de prácticas que, como el descoleccionamiento o la desterritorialización, confrontan con el carácter ecuménico de una modernidad urbana signada por la democracia política, la emancipación social o la industrialización productiva cuya carencia representa, por ejemplo para O. Paz, los signos del atraso o la debilidad del paradigma urbano americano y que, por el contrario, Canclini reivindica como expresiones de identidad y nosotros como posibles factores para otros enfoques críticos sobre aspectos del desarrollo urbano. En ese sentido, elementos híbridos o mestizos –aun en la espúrea condición de su confluencia con la banalización masmediática– pueden suponer fermentos de otra clase de socialidad urbana y de articulación de las ciudades y los territorios.



La ciudad *natural* del Monte Athos, de Dinócrates, según la representación alegórica de Fischer von Erlach (en su recopilación de imágenes proyectuales históricas, *Entwurf einer Historischen Architektur*, 1721). La ciudad se emplaza sobre la naturaleza orográfica macedónica, con una organización escultórica-urbanística que emblematiza a Alejandro, en cuya figura alegórica se unifica la naturaleza y la cultura, en el torrente de agua que se derrama de su brazo derecho, se hace manto en sus piernas –y lecho de la ciudad que ampara su regazo– y cae al mar hacia la izquierda.

4. Tres casos ideales: San Pablo, Lima y Buenos Aires

Hemos ya formulado algunas ideas básicas de nuestra argumentación: la ciudad es muchas cosas a la vez; la ciudad, como artefacto histórico, tiene precisamente historicidad o duración y además responde a la relatividad cultural –hay ciudad occidental y otras ideas extra-occidentales de ciudad–; la ciudad americana –dentro de dicha historicidad relativa– se nutre de basamentos diversos (las condiciones habitativas originarias y la prevalencia de una idea de redes urbano-territoriales, la impostación colonial de ciudades predominantemente enclavísticas, aisladas y dispersivas en lo territorial –al revés del modelo medieval de ciudad de concentración–, la evolución histórica más socio-regional que bio-regional, el arribo a las características antropológicas del mestizaje y las hibridaciones urbanas, etc.).

Sobre esa base emergen nociones que cuestionan la condición natural, como expresión de progreso y modernidad, del desarrollo urbano, o más bien, surge el concepto de que no todo desarrollo urbano es socialmente satisfactorio ni culturalmente necesario o verdadero. Así, no se trataría de cuestionar o negar lo urbano como condición habitativa sino de criticar dichas formas de desarrollo, poniendo algunos límites de sus expresiones. Reflexionar sobre algunas experiencias del peculiar caso americano puede ofrecer algunas pistas, y, en ese sentido, tres grandes metrópolis regionales –San Pablo, Lima y Buenos Aires– configuran casos diversos pero comunes, de manifestación de esas limitaciones. En el capítulo precedente, al cual nos remitimos, abordamos algunas consideraciones sobre estos casos, en el marco de una crítica al concepto de sustentabilidad ambiental urbana.²⁵

El caso de San Pablo representaría el de una metrópolis moderna canónica, con su tránsito evolutivamente correcto de ciudad secundaria (primero comercial y de servicio a un *hinterland* rural cafetalero, luego industrial) a ciudad terciaria avanzada (sede financiera, etc.). La ortodoxia de su proceso económico –por ejemplo, en el desarrollo intensivo de empleo formal industrial– no fue óbice para el surgimiento de grandes problemas de sustentabilidad, echando por tierra el mito de la suficiencia de capitales como garantía de desarrollo urbano calificado. La continua periferización –con radicaciones de hasta 100 km. distantes del centro originario– impulsada por el desarrollo industrial (la mancha urbana se multiplicó por 8 entre 1950 y 1985; en el último decenio se agregaron casi 500 km² al área urbanizada, etc.) no significó ninguna clase de ordenamiento de la relación ciudad/territorio sino al contrario, una agudización de sus problemas de manejo: algo menos de 60.000 establecimientos industriales,

un millar de los cuales emplea, cada uno, a más de 500 obreros, testimonia este tipo de desarrollo, de alta capitalización, cuanto a la vez, de creciente deficiencia de sustentabilidad urbano-territorial. Esa expansión irracional y especulativa desmanteló, por ejemplo, áreas estratégicas de producción agroalimenticia como Poá o Mogidas Cruzes. Hay un 48% del suelo urbano central todavía baldío y los barracos –la expresión extrema del hábitat marginal– albergan al 7% de la población total; pero además un 60% de esa población tiene condiciones deficitarias graves y casi el mismo porcentaje de viviendas se resolvió mediante los procedimientos de la autoconstrucción.

Procesos de gestión ambiental metropolitana exitosos, como el intento de control de la calidad del agua sobre las reservas de Guarapiranga, no alcanzan a generar un manejo adecuado para la totalidad de la cuenca hídrica de instalación del sistema metropolitano.

El monstruoso agrandamiento de la aglomeración no alcanzó características adecuadas de ordenamiento territorial (una metrópolis dispersa equilibradamente en una estructura territorial policentral, como el caso de Milán, el *ranstadt* holandés o el *urban corridor* americano San Diego-San Francisco, que estarían expresando, bajo la condición de cierta acumulación devenida de la industrialización, *patterns* territoriales más ambientalmente racionales) y ello se verifica en la hipertrofia de movilidad concentratoria (más de 30 millones de viajes diarios periferias-centros) y en su creciente irracionalidad (energética y de tiempos de traslado, que alcanzan en algunos casos a promedios de 4 horas al día).

El caso de Lima, más típico de la escena latinoamericana, es el de una aglomeración terciarizada débil, resultante del continuo drenaje de la población rural, preferentemente serrana. Tres cuartas partes de sus habitantes han resuelto su instalación urbana, como pudieron, mediante técnicas de autoconstrucción, y en casi 1.700 llamados pueblos jóvenes se produjeron ilegalmente –mediante invasiones– más de 320.000 lotes de suelo de muy baja infraestructuración y servicios. Un tercio de la población no tiene agua de red y un 10% de la misma paga entre 3 y 5 U\$S el m³ de agua de cisternas provistas por sistemas ambulantes de dudosa calidad. Más de la mitad de la población carece de gasificación doméstica y el 45% de la producción de basura urbana se deposita en 16 vertederos abiertos sin ninguna clase de tratamiento. Que entren a Lima casi 350 personas nuevas cada día explica la pérdida de unas 1.000 hectáreas al año de suelos agrícolas aptos (casi la misma superficie que se pierde en Santiago de Chile), hecho tanto más grave en Perú que sólo posee un 3% de su superficie con aptitud agrícola.

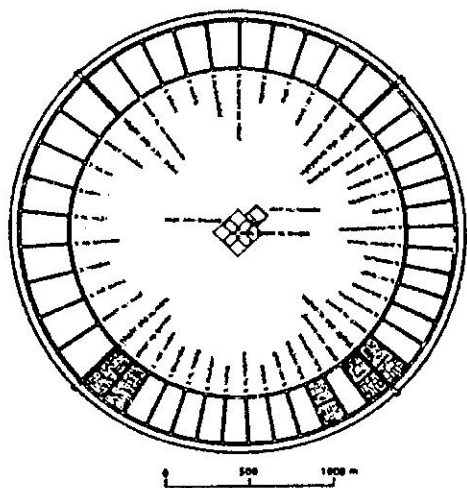
Del otrora vergel del valle del Rimac –a la llegada de los colonizadores, que por eso eligieron este emplazamiento en vez de instalarse sobre Pachacamac–, sólo restan 1.500 hectáreas en uso productivo, de las 28.000 originales. La famosa panacea de la informalidad –vía alternativa al desarrollo capitalista según el célebre argumento de De Soto²⁶– que alcanzaría al 70% del PBN (y hasta el 90% del transporte público de microbuses), si bien pudo haber constituido una alternativa extrema de supervivencia urbana –y aun, de capitalización– no garantizó ninguna clase de mejoras ambientales o de sustentabilidad, no frenó el drenaje campo/ciudad (más bien lo estimuló) y no contribuyó, en la exaltación de un modelo micro-competitivo feroz, a una adecuación de la administración o a una superación del exacerbado fragmentarismo de las gestiones urbanas.

El caso de Buenos Aires –unos 11 millones de habitantes, dispuestos en un territorio de 3.900 km² regulados por un distrito capitalino y 19 municipios autónomos colindantes (desde 1994 se agregaron varios más, por subdivisión de territorios preexistentes, al revés de otros casos, como en China, de agrandamiento por fusiones de las autonomías locales), la tercera parte de la población nacional y la mitad del producto generado por las actividades económicas– presenta un caso intermedio entre los casos anteriores y a la vez, la demostración de una de las características latinoamericanas típicas, a saber, el de la concentración unipolar como efecto de las monstruosas succiones de población rural, una vez que fracasó –ya desde fines del siglo XIX– el modelo de poblamiento inmigratorio unido a la intención de multiplicar colonias agrícolas dispersas en el territorio, debido a la fuerte concentración latifundista terrateniente.

El caso, sin embargo, es peculiar, en parte porque presenció luego del primer modelo agroexportador de fines del 900 un ciclo de industrialización llamado de sustitución de importaciones entre la tercera y sexta década del siglo actual, con tasas de crecimiento no tan altas –menores al 3% anual–, y altas migraciones campo-ciudad. Si al comienzo de este proceso, digamos sobre los años '40, la metrópolis estaba razonablemente servida (un 94% de la población tenía agua de red en 1947), en su transcurso empezaron a manifestarse problemas ambientales y ciertas expresiones ilustrativas de sus limitaciones, tanto de su estrategia de capitalización como de gestión.²⁷ Por ejemplo, el hipercrecimiento de las periferias –que empezaron a tener ritmos del 6% anual– y el desarrollo de los asentamientos ilegales (villas miseria) que alcanzaron al filo de los '60 a unas 120.000 personas: pero a fines de los '80, un 45% de la población metropolitana no tendrá agua, un 70% carecerá de cloacas, y los *villeros* treparán a un millón.

La historia de Buenos Aires es interesante en tanto, como dice Pírez, parece haberse perdido una oportunidad de manejo exitoso de un sistema metropolitano que hace cinco décadas presentaba razonables posibilidades. Otro aspecto ambiental regresivo, apuntado en los análisis de Pírez, es el hecho de la descalificación energética progresiva del transporte público: si en 1930 el 55% de los viajes metropolitanos correspondía a medios electrificados (trenes de superficie y subterráneos, y tranvías), en 1980 sólo el 8.4% de tales viajes se realizaba en trenes de superficie -4.6%- y subterráneos -3.8%-, y el transporte motorizado por combustión sumaba el 79% de los viajes -25% en automóviles privados y 54% en transportes colectivos-. La gestión para la utilización de combustibles adecuados -como en las normativas suecas a favor del uso de alcoholes refinados o las políticas tailandesas de subsidiar el precio de la nafta sin plomo y colocarla en el mercado más barata que la nafta común- no tiene demasiado énfasis desde la gestión local, como tampoco ocurre en Lima, en este caso vinculado además a la muy baja gasificación domiciliar que tiene la aglomeración.

Estrategias recalificadoras de algunos fragmentos urbanos -expresión del fenómeno posurbano que los sociólogos británicos llamaron gentrificación, o salvataje elitista de áreas urbanas valiosas- no han evitado, y más bien la explican o refuerzan, una hiperurbanización que acomoda unos 15 millones de habitantes en el llamado frente urbano fluvioplatense,²⁸ un rectángulo de 20.000 km² (unos 300 km lineales con un fondo variable de 70



Bagdad, tercera capital imperial rabe, fundada por Al-Mansur en 762. La vieja idea mandálica de ciudad ideal -perseguida desde las primeras ciudades iniciales indostánicas hasta las idealizaciones orientales y renacentistas- adquiere una forma alegórica perfecta en el trazado musulmán y sus 45 barrios-aldeas (límites y puertas de la ciudad) que rodean el jardín -el paraíso edénico del oasis- y sus monumentos centrales, palacio y mezquita, unidad del poder inmanente y trascendente.

km promedio): de los 13 mil kilómetros no anegadizos de ese territorio —el más agroproductivo y rico de la Argentina y uno de los más valiosos del mundo— la urbanización ya ocupó casi la mitad (6.200 km²) sin resolver una razonable sustentabilidad. La huella ecológica (*ecological footprint*)²⁹ de este sistema implica un estándar de 1,5 km/habitante, es decir, menos del 25% de lo aconsejable, lo que quiere decir que no sólo se oblitera la productividad renovable de un área natural estratégica sino que además se generan flujos de recursos de otras regiones que seguramente agravan otros escenarios de sustentabilidad.

5. La metropolización débil

La consideración de temas desarrollados hasta aquí, y especialmente la relatividad cultural de los distintos paradigmas de desarrollo histórico de las ciudades y el caso de las metrópolis débiles de Latinoamérica, nos induce a considerar críticamente, desde el punto de vista de una efectiva sustentabilidad ambiental en general, los procesos aglomerativos metropolitanos y particularmente su expresión marginal en las mega-ciudades periféricas.

En este sentido, el fenómeno de hiperconcentración poblacional metropolitana debe verse más como un aspecto restrictivo de la evolución económica regional o nacional, antes que una expresión específica de ésta, al contrario del optimismo de De Soto o de ciertos fatalismos no exentos de procurado realismo adaptativo, por ejemplo, en algunos actuales gurús del análisis metropolitano como el caso de la investigadora holandesa S. Sassen.³⁰ Esta autora considera a las megaciudades como un elemento más de la globalización de la economía y en dicho contexto todo tiene un sentido y una posible explicación, hasta, por ejemplo, la miserable vida de los habitantes de los tugurios: *Los tugurios son sitios fundamentales para la generación de productos con escaso valor añadido necesarios para la vida urbana, como los artículos de plástico, cosméticos, alimentos y papelería.*

¿De dónde vienen esos habitantes de los tugurios según Sassen? De sitios rurales que se vieron forzados a abandonar debido a la privatización del suelo.

Valga como ejemplo el hecho de que el 1% de los propietarios rurales del Brasil posee el 47% de la tierra agrícola apta, mucho de ella sin uso productivo. Entonces, seguramente el problema estructural no es mejorar el rendimiento económico marginal —de producción de escaso valor añadido que, es funcional a las estrategias económicas de la globalidad

urbana— de esos marginales urbanos, sino resolver el acceso a dicho suelo privatizado del habitante rural pre-urbano: la sustentabilidad secundaria —en las ciudades— no puede resolverse con paliativos económicos integrativos de largo plazo sino que hay que operar en la sustentabilidad primaria —en el territorio que origina, por fenómenos expulsorios, los flujos migratorios a la ciudad.

Es lo que acaso resulta evidente del proceso de contra-urbanización que J. A. Padua³¹ cree advertir en la lucha del MST (Movimiento de Trabajadores Sin Tierra) brasileño que ya alcanza a casi 170 campamentos que reinstalan en áreas rurales cerca de 40 mil familias campesinas, que no han podido ni querido radicarse en el borde de las ciudades. Hay todavía, dice Padua, 12 millones de habitantes *que quieren trabajar la tierra y no tienen tierra... un movimiento para invertir el enorme éxodo rural de las últimas décadas que, en las palabras de Ignacy Sachs, transformó en infierno urbano un país que podía ser un paraíso rural.*

Este esquema socio-político de crisis que relaciona campo y ciudad fue presentado por E. Leff³² como un escenario en que debe repensarse la inconmensurabilidad del sistema socio-ambiental desde una nueva perspectiva productiva que se constituya desde bases geográficas y ecotecnológicas, desde abajo hacia arriba mediante la autogestión, o sea desde la posibilidad de una nueva idea de democracia ambiental que es lo que explica la lucha de los grupos indígenas y campesinos, como los del citado MST brasileño y también del EZLN, el movimiento zapatista chiapaneco mexicano.

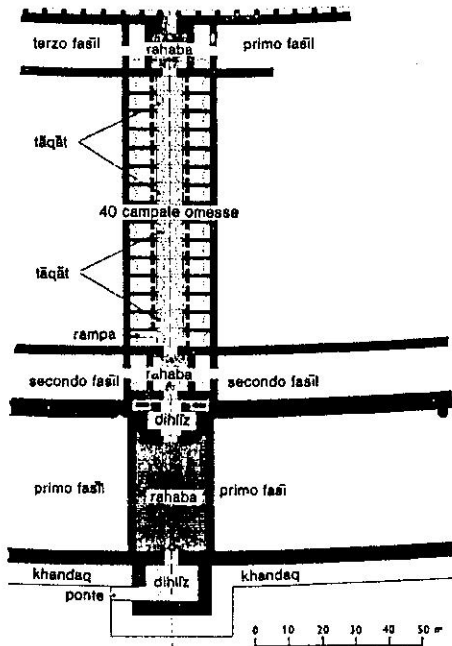
La circunstancia del consumo desigual de recursos naturales —40 veces más grande en el habitante promedio del Norte respecto del habitante del Sur— ha instalado, según Leff, una nueva aparición del concepto de lucha de clases, ahora orientado hacia la reapropiación de la naturaleza: es decir, la actual lucha, ya no por los derechos humanos, sino extensivamente por los derechos ambientales, ha desplazado la lucha por los medios industriales hacia el antagonismo por los medios y condiciones naturales de producción.

No se trata así de algo solucionable al interior del desarrollo del modo productivo capitalista, puesto que, por una parte, la pérdida del manejo social de la biodiversidad no admite compensación económica y, por otra, que los argumentos autocorrectivos capitalistas (como las ideas posmaterialistas de R. Inglehart o las nociones proclives al aumento de la desmaterialización o al mejoramiento de las relaciones materia/energía propuestas por los trabajos del Wuppertal Institut) no son suficientes, como tampoco lo es, a su vez, la hipertransgresiva postura de la

economía estacionaria o de crecimiento cero de H. Daly. En este esquema desarrollado por Leff, si bien lo urbano no aparece como tal, es obvio que significa una configuración social particularmente –y regresivamente– relevante en semejante escenario.

Es lo que postulan los estudios de R. Fernández Durán³³ cuando sostienen que el supuesto orden genérico de la globalidad se afirma, primero, sobre un creciente desorden en el manejo de los recursos energéticos y, segundo, en una tendencia a concentrar en las ciudades los aspectos negativos emergentes de ese desorden disimulado que empero explota en una triple crisis: económica (aumento de los desequilibrios), socio-política (aumento de la ingobernabilidad) y ambiental (agotamiento de los recursos naturales no renovables).

Esta triple crisis alude al esquema triádico de la sustentabilidad (económica, social y ecológica): si dicho *desiderátum* de sustentabilidad roza hoy los límites de la más ambiciosa utopía, o bien significa meramente un recurso retórico en manos del *cientificismo* de la economía-mundo o de la globalización, la expresión triádica –y sistémica, o de interactividad entrópica– de la crisis contemporánea que presenta Fernández Durán debe-



Cada barrio o aldea étnica de Bagdad –eje o fragmento de la ciudad circular– es tipología residencial, depósitos, calle-plaza-mercado, unión con el afuera del territorio desértico y con el adentro ideal y simbólico de la naturaleza dominada y el poder, murallas, puertas y recintos.

ría ser entendida como uno de los desafíos o encrucijadas más arduos que encuentra el supuestamente irresistible ascenso de la globalidad capitalista: este pesimismo suele ser compartido por teóricos más o menos lúcidos del neo-capitalismo, como Albert, Galbraith, Thurow o Krugman.

En este contexto, dice Durán, se renueva la apropiación de rapiña de los recursos de los ámbitos periféricos —en nombre de la globalidad de la modernización— y *las metrópolis tienden a convertirse en los espacios privilegiados donde se concentra la conflictividad difusa y puntual que se deriva de estas crisis* a través de dos escenarios característicos.

Por una parte, las ciudades globales (por ejemplo, Nueva York, Londres, Tokio), en donde coexiste el tipo de sector social capaz de llevar a cabo las funciones de comando de una extensiva actividad de terciarización de enorme difusión geográfica junto a los bolsones de extrema pobreza y marginalidad cultural y socio-productiva que tiende a llamarse Cuarto Mundo. Y, por otra parte, las megaciudades (por ejemplo, México, San Pablo, El Cairo), que exploran los límites de la falta de calidad de vida absoluta junto a las excrecencias del modelo productivo, la conflictividad social y la ingobernabilidad.

Ambos tipos de ciudades, en su complementaria conjunción, no sólo resultan ser la consecuencia de una intensificación de la crisis ambiental suscitada por la globalidad expansiva del modelo socio-económico capitalista, sino además, su propia existencia es una de las principales causas de los problemas ambientales mundiales, con el contenido de perversa entropía que tiene esta doble condición.

6. Megaciudades y poscolonialismo

Todas las configuraciones metropolitanas presentan, por definición, problemas ambientales, sean críticos y vinculables a la cuestión de la pobreza y las condiciones mínimas de habitabilidad en las megaciudades, sean más relacionados con los aspectos de la sustentabilidad de sus poblaciones por la carencialidad directa de recursos y servicios urbanos e indirecta de recursos y servicios ambientales (preferentemente agua, aire, suelo y energía) en las ciudades globales, lo que hace que, si tienen la suficiente capitalización, expandan de manera indefinida su *huella ecológica*.

En el caso de las ciudades globales la carencialidad de sustentabilidad está ligada a los costos de los recursos y servicios urbanos y/o a la inversión necesaria de tecnología y/o de participación competitiva en un mercado teóricamente infinito de recursos y servicios ambientales de territorialidad diversa (cercana o lejana). En este último caso, algunos pensador

res de la urbanidad, emergentes de la teoría de la arquitectura, como F. Choay o L. Fernández Galiano, empiezan a proponer el argumento de una especie de *oposición entre ciudad y desarrollo urbano*, como si aquella fuera una especie de *desidératum* en términos de evolución socio-histórica y éste un fenómeno específico que apenas representa una dimensión concreta de la expansión del concepto de mercado.

Ya los tempranos estudios de K. Polanyi³⁴ demostraron la condición de oposición intrínseca entre *naturaleza y mercado* y *la necesidad que éste impone en términos de abolición o extinción de cierta cualidad social comunalista propia del concepto aldeano de ciudad (en tanto ciudad precapitalista)* y *lo hace desde una perspectiva socio-económica y no meramente naturalista. Lo que llamamos tierra es un elemento de naturaleza inextricablemente ligada a las instituciones humanas. Su aislamiento, para formar un mercado con ella, fue tal vez la más fantástica de todas las hazañas de nuestros ancestros*, dice Polanyi al establecer el proceso según el cual la institución del mercado introduce, artificiosa y letalmente, una separación de la tierra y el trabajo o la mano de obra: *la separación de la tierra y el hombre, y la organización de la sociedad en forma tal que se satisficieran los requerimientos de un mercado inmobiliario, formaba parte vital del concepto utópico de una economía de mercado.*

Hubo en este desarrollo tres etapas: *La primera etapa era la comercialización del suelo, movilizandó la recaudación feudal de la tierra. La segunda era la elevación de la producción de alimentos y materias primas orgánicas para que sirvieran a las necesidades de una población industrial rápidamente creciente a escala nacional. La tercera era la extensión de tal sistema de producción excedente a los territorios extranjeros y coloniales. Con este último paso, la tierra y sus productos encajaban finalmente en el esquema de un mercado mundial autoregulado.*

Varias son las conclusiones que extraemos de esta breve exposición de los argumentos de Polanyi:

1- la condición *utópica* (en el sentido de anti-natural, irracional e históricamente artificiosa) del concepto de mercado,

2- el grado *evolutivo* (?) de un desarrollo histórico del concepto de los asentamientos predominantemente rural/local a las aglomeraciones de tipo urbano/global,

3- la capacidad de escisión de las dos esferas de mercado: la de la *tierra* y los productos naturales y la de la *mano de obra*,

4- la *naturalización* de esa escisión: compárese para las megaciudades la relevancia del mercado inmobiliario frente a la importancia del déficit del mercado de mano de obra y, subsiguientemente, la relevancia de la proporción social de sectores pobres, recordándose a la vez la desaparición de ins-

tuciones que, como los *common fields* medievales tenían la función de regular esos desfasajes ya que entonces la pobreza diferencial no era naturalmente sustentable en un comportamiento autónomo del mercado de tierra, y

5- el desarrollo urbano entendible como el proceso de despliegue de la condición mercantil de la tierra y el pasaje a una absoluta *commodification* de todos los bienes y servicios urbanos (no sólo la tierra sino el acceso a una porción cualquiera de algún recurso natural: agua, aire, etc.), lo que implica un nuevo y superior distanciamiento de ambas esferas de mercado, ya que progresivamente se mediatiza mercantilmente cualquier acceso a bienes de la tierra, por los cuales hará falta cada vez más bienes resultantes del trabajo de cada poblador urbano, etc.

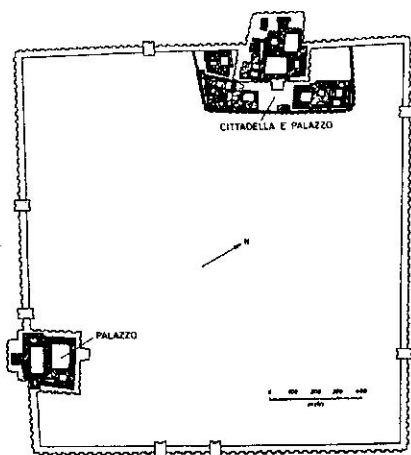
Por eso, autores como el citado L. Fernández Galiano,³⁵ aún desde la muy restringida óptica de la arquitectura y el urbanismo, dirán que la urbanización ha destruido a la ciudad en una suerte de naufragio civil que ha reducido la ciudad a una ecuación de transporte e imagen. En ese contexto, con un dejo de nostalgia feudo-renacentista, el autor constata que los arquitectos sólo diseñan los nudos de las redes por las que se desplazan mercancías o personas, o bien que ya no sueñan la ciudad y que apenas depositan en el magma urbano objetos emblemáticos.

Las cuestiones ligadas a la *performance* ambiental de las megaciudades del sur —usando la propuesta de terminología del citado Fernández Durán— se vinculan sin duda con aspectos marginales de la globalización, que hacen que las hiperaglomeraciones encuentren un sentido de mercado aun frente a la magnitud de sus crisis ambientales, devenidas de las crisis del mercado de mano de obra: esto explica, en parte, el dudoso récord de poseer las ciudades más grandes que tiene el hemisferio sur: de las 30 primeras ciudades, en cuanto a su magnitud poblacional de más de 7.5 millones de habitantes, se espera que hacia el 2000, 24 ciudades sean del área sur o no-centrales.

La población urbana de dicha región pasará de los actuales 1.500 millones a algo más de 4.000 dentro de 30 años, es decir que el 90% del crecimiento de su población será de tipo urbano, con datos de transformaciones cuali/cuantitativas tales como la cifra proporcionada para el caso de Río de Janeiro en donde más de 1 millón de habitantes, un sexto de la población total, viva directamente de prácticas sociales de tipo delictivo.³⁶

Aspectos relativamente técnicos, como la magnitud de las deseconomías —que siempre terminan enjugándose mediante una disminución de la calidad de vida social— o las perspectivas de la sustentabilidad ambiental de un determinado soporte territorial, resultan en estas megaciudades, a nuestro juicio, extremadamente académicos, puesto que lo que está en juego es más bien su conflictividad social y su grado de ingobernabilidad.

En este contexto es que el último libro de J. Jacobs³⁷ ofrece otra mirada adicional al creciente desarrollo de la conflictividad social y cultural, no sólo en las ciudades globales –como Londres– sino en otras configuraciones de tradición colonial que intersectan, por así decirlo, temáticas de aquellos ámbitos con los de las megaciudades –como Perth o Brisbane–. El fenómeno poscolonial reviste para esta autora una característica de acentuación de dicha conflictividad e incertidumbre: *Las geografías poscoloniales (luego de su complicidad colonial) han reemplazado la seguridad de los mapas del pasado con la incerteza del tránsito de las espacialidades no localizadas del poder y la identidad en el presente.*



Con menos orden geométrico pero similar topología, Dur Sarrukin, asentamiento hitita de los más primitivos, recomponen una idea esencial de ciudad: muralla límite y recinto de lo público-urbano, separación y segregación de lo exterior rural, palacio y ciudadela, elementos de diferenciación, orden y estratificación de sectores y funciones.

Los fermentos de esta erosionabilidad del antiguo orden urbano se expresarán en diversas circunstancias, como, por ejemplo, en la explosión de características étnicas en la redefinición del orden físico y socio-cultural convencional de las ciudades, como se manifestaría en el proyecto Banglatown, una sub-ciudad bengalí proyectada para la antigua área londinense de los mercados de Spitalfields; por fuera del seguro sentido economicista de la operación, lo que además se motoriza es la fragmentación cultural y étnica, el estallido del orden precedente.

En otros casos el desarrollo de los fenómenos del nomadismo urbano expresa la condición poscolonial de la recaptura de las ciudades por parte de los grupos aborígenes: un grupo de ellos lideró toda una lucha contra el proyecto de refuncionalización de una vieja cervecería de Perth, la Old

Swan, bajo el argumento de que debía recuperarse el carácter religioso de la zona y volver a celebrar la traza territorial de la serpiente Waugal, una toponimia mítica indígena. Es curioso advertir que este movimiento no sólo adquirió relevancia en el ambiente cultural de la ciudad sino que configuró un consistente argumento crítico frente al desarrollo inmobiliario: Jacobs insinúa en sus estudios que estos procesos de conflictividad interétnica configuran un aspecto novedoso del poscolonialismo que se agregará, como fenómeno de activismo social y cultural, en los nuevos escenarios urbanos.

7. Posmodernidad cultural y efectos urbanos regresivos

Ya se ha hablado, en diversas instancias y por diversos autores, acerca de la doble circunstancia de la modernización (socio-económica) y la modernidad (cultural): Habermas, por ejemplo, estableció que si la modernización, en tanto manifestación del desarrollo del modo productivo capitalista, todavía no concluyó, entonces la posmodernidad no alcanzaría a constituir una expresión de nueva cultura acerca de una nueva situación socio-productiva, sino que sería una faceta representativa más de aquel desarrollo avanzado de la modernización capitalista y, en ese caso, funcional a ella.

En contra de las ideas de una supuesta reactivación de una discursividad cultural que algunos autores—incluso de formación marxista como Jameson, Huyssen o Foster— le atribuyen al posmodernismo (en cuanto crítica al supuesto excesivo contenido de utopía de lo que Habermas llamó *proyecto moderno*), lo cierto es que el fenómeno de la posmodernidad puede justamente ser presentado desde una perspectiva que, invirtiendo los términos antedichos, le critique su tendencia de negación a los contenidos emancipatorios del así llamado proyecto moderno que no es otro que el *progrma inconcluso del Iluminismo* (por ejemplo, aquello contenido en las tres divisas de la Revolución Francesa).

En un importante texto de B. Latour³⁸ se hacen algunas consideraciones de interés acerca de la relación/pasaje modernidad-posmodernidad, marcando sobre todo el grado de reduccionismo socio-cultural de ésta respecto de la primera: si la modernidad anula —o lo intenta— la relación con el pasado para vivir intensamente un presente en términos de conexión con el futuro, la posmodernidad, en nombre de un presente exacerbado y desencantado en su contingencia llevada a lo absoluto, clausura no sólo la relación con el pasado, sino que también con el futuro.

Por eso, Latour valora lo inconcluso de la modernidad, una de cuyas invenciones sería la de los cuasi-objetos, híbridos que no son ni naturaleza ni cultura sino las dos cosas a la vez. Sobre tal invención *los modernos han desarrollado* —dice Latour— *cuatro repertorios diferentes, que ellos creen incompatibles, para acomodar la proliferación de los cuasi-objetos.*

1- *El primer repertorio trata de la realidad exterior de una naturaleza de la que no somos dueños, que existe fuera de nosotros y que carece de nuestras pasiones y de nuestros deseos, aunque seamos capaces de movilizarla y de construirla.*

2- *El segundo repertorio trata del vínculo social, de lo que une a los humanos entre sí, de las pasiones y de los deseos que nos mueven, de las fuerzas personificadas que estructuran la sociedad, una sociedad que nos sobrepasa a todos a pesar de ser nuestra propia obra.*

3- *El tercero trata de la significación y el significado, de los actantes que componen las historias que nos contamos a nosotros mismos, de las pruebas por las que pasan, de los tropos y de los géneros que las organizan, de los grandes relatos que nos dominan infinitamente a pesar de ser, al mismo tiempo, simples textos y discursos.*

4- *El cuarto, por último, habla del Ser y deconstruye lo que invariablemente olvidamos cada vez que tratamos exclusivamente con los entes, aunque la presencia del Ser esté distribuida entre ellos, sea coextensiva a su existencia, a su historicidad.*

Según Latour este proceso, constitutivo de la modernidad —ejemplificable por caso, en la construcción teórica de Foucault o de Morin—, ha dominado la diferenciación de los procesos/objetos en el plano teórico, pero no en el práctico, donde la omnipresencia de lo híbrido ha desbordado precisamente aquellas construcciones teóricas. *Ahora se trataría, dice Latour, tanto para salvar lo inconcluso o pendiente de la modernidad (Habermas) como para cuestionar rigurosamente el carácter anti-utópico (o de presente exacerbado) de la posmodernidad, de saber entender lo híbrido, la proliferación de los cuasi-objetos, de lo que no es ni naturaleza ni cultura porque es las dos cosas a la vez: lo ambiental emergería así como una dimensión integrativa, quizás la única con posibilidades epistemológicas y políticas de recuperar lo utópico de la modernidad y lo criticable de la posmodernidad.*

Otro pequeño comentario de Latour nos ofrece aun una indicación de este posible programa: *No existen culturas —diferentes o universales— como tampoco existe naturaleza. Sólo existen las naturalezas-culturas y son las que ofrecen la única base de comparación posible.* Le damos importancia a este apunte, sobre todo, porque

1- instala la urgencia epistémica de hacernos cargo de cuasi-objetos o híbridos del rango que resulta de la mezcla inescindible de la naturaleza/

cultura (en lo que coincide con el programa cognoscitivo del paradigma ambiental: el ambiente que no es nada ético en sí mismo, es sobre todo y nada menos, que unidades de materia híbrida o cuasi-objetual o conjunciones/procesos de interacción naturaleza/cultura). Al relativizar la posible autonomía de culturas (locales o globales) ofrece también, no sólo

2- la desactivación del argumento de identidad micro-regional sino asimismo, sino sobre todo,

3- la posibilidad de objetar la proclamada entidad de una globalización cultural. Y, por último, al indicar que la única base de comparación posible es la consideración sistémica de formaciones resultantes de la hibridación naturaleza-cultura, no sólo

4- se está abriendo la perspectiva de una redefinición de las viejas unidades de intelección del decurso socio-histórico (los modos de producción: que no podrán verse más, unilateralmente desde el punto de vista del polo sociedad sino que requieren ser revisados desde el doble punto de vista natural/social, entendiendo a lo social a través del elemento mediador de los aparatos de cultura, en tanto vehículos específicos de hibridación respecto del mundo natural) sino que

5- se está indicando el carácter pendiente de toda una nueva estructura de saber, que nosotros identificamos con el desarrollo del paradigma ambiental.

Estos argumentos generales, deducibles de las teorías acerca de la modernidad y su carácter inconcluso, cobran especial relevancia en la consideración de los fenómenos urbanos: quizás la experiencia histórica más sustantiva en el orden de fundación de híbridos o cuasi-objetos, pero también el lugar preferencial donde la distinción de los cuatro repertorios citados por Latour cobró la condición de su separación más tajante. Hay pocos objetos (o cuasi-objetos) en los que:

1- no se ha podido constituir una clara teoría identificatoria de los 4 repertorios citados (ya que la omnivalencia del estamento sociedad no sólo anuló el contenido subyacente natural, sino que asimismo, no resolvió de manera pertinente el nivel de significación ni mucho menos, las categorías éticas del ser-en-lo urbano, en su momento claramente advertido en la crítica a la *inhospitalidad urbana* formulada por Heidegger³⁹),

2- se ha exacerbado un tipo de prácticas coincidente con aquella desconsideración de la existencia y relevancia equivalente de los 4 repertorios (inclusive en cuanto lo social se ha reelaborado o disuelto en su representación moderna de cambio de sociedad política-civil en sociedad de mercado),

3- se ha naturalizado el reduccionismo inherente a la desconsideración del carácter híbrido resultante de la coexistencia histórico-moderna de los

cuatro repertorios señalados (se ha hecho natural lo no natural, propio de la creciente desconsideración del primer repertorio, incluso con el recurso de construir nítidamente la polaridad rural/urbano y la condición ficticia consecuente de salvar lo natural del cuasi-objeto ciudad en la categoría cada vez más abstracta o fetichista de campo),

4- se ha eliminado el relativismo local/global que tiene en sí el carácter híbrido del cuasi-objeto ciudad al hipervalorar la circunstancia pseudo-homogeneizante de constituir una idea tentativa de globalidad del repertorio sociedad, aun y sobre todo, encubriendo la heterogeneidad de los otros repertorios (naturaleza, significación e historicidad, entidad como ser-ahí o *dasein*); y por último,

5- se ha privilegiado un escenario urbano de posmodernidad, tanto por vulnerar el elemento teórico programático de los cuatro repertorios modernos, por exacerbar las confusiones prácticas entre dichos planos o repertorios y por favorecer la idea posmoderna de instantaneidad, en cuanto a la pérdida de relaciones tanto con el pasado —especialmente el moderno— cuanto con el futuro, básicamente la utopía inconclusa de la modernidad iluminista.

Podríamos entonces reconocer que una de las manifestaciones sustanciales de la posmodernidad se verifica en lo urbano: así, y si bien se ha operado una estetización de lo urbano que parece constituir lo esencial de la cultura posmoderna (en tanto, simplíficadamente, la dualidad de los discursos neobarrocos y minimalistas, la hipertrofia de lo que el escritor inglés L. Durrell llamó la ironía y el silencio, vistas como las únicas estrategias discursivas viables en el contexto de la vida urbana contemporánea o el momento trans-metafísico de lo que G. Vattimo celebra como pensamiento débil, que en realidad es pensamiento estético), también resulta posible criticar lo urbano en tanto escenario sustancial de la cultura de la posmodernidad.

Si la modernidad supuso el traspaso de las barreras del mundo privado en la constitución del mundo de lo público —éste es el argumento de la historización urbana ascendente o progresiva propuesta por R. Sennet, ver nota 7—, la posmodernidad metropolitana sería el despliegue de una anulación de la calidad pública o social de lo urbano y una recaída solitaria en una privacidad ficticia, en tanto diálogo sujeto/mundo medial.

O. Mangin⁴⁰ dice que *el desierto de la publicidad hace las veces de espacio público* y así se ocupará en su libro de construir una especie de historia de la *cotidianidad* posmoderna urbana en torno de los relatos contemporáneos socialmente ficticios (la publicidad, el cine) que sancionan la caída o declive de lo público/concreto en una reinstalación en lo públi-

co/ficcional dado en aquella interacción programada entre sujeto masificado y mundo virtual ofrecido por el hipertexto mediático: así, autores como Baudrillard dirán que la guerra del Golfo no tuvo lugar (sino en la virtualidad televisiva), o, como García Canclini, que se ha operado el cambio de ciudadano a consumidor.

M. Augé⁴¹ ofrece una argumentación del pasaje moderno-posmoderno (aunque prefiera “por sus connotaciones de sucesión e incomparabilidad” la expresión sobremodernidad) en torno del pasaje del concepto de lugar al de no-lugar. *El lugar es un espacio del que los hombres se apropiaron hace tiempo en el que puede literalmente leerse algo y que manifiesta relaciones entre naturaleza e historia: tanto en una residencia como en una sepultura hay noción de lugar por tal voluntad histórica, antiazarosa, de apropiación, de culturalización de lo natural.*

En cambio, el no-lugar —refiere Augé— comienza con el desarraigo: los paisanos de la Europa del siglo XIX, arrancados de la tierra y recentrados, los inmigrantes o los refugiados pasan por la experiencia del no-lugar. Los movimientos pioneros de colonización de nuevas tierras tienen por tarea primordial transformar el espacio en lugar. En este sentido, una isla desierta o una selva virgen no son necesariamente no-lugares, sino en todo caso pre-lugares, espacios a ser conquistados, lugares potenciales (todos los fragmentos siguientes son de esta misma página). El lugar se define así por lo revestido de tiempo o más bien, de la experiencia subjetiva del tiempo, o sea, el lenguaje: lo que anula la temporalidad o la referencialidad del lenguaje tiende a constituirse en no-lugar.

En muchos ambientes contemporáneos no hace falta hablar: autopistas, supermercados, tarjetas de crédito, *shopping centers*, aeropuertos, cajeros automáticos, ordenadores. *Uno puede estar solo y en relación con el mundo y de esta paradoja depende la velocidad de la conversión de un lugar en un no-lugar: en esa virtualidad la soledad del sujeto supone una clase de vida en no-lugares tanto como una cierta negación de la libertad, ya que soledad no es libertad, dada la tendencia gregarista de una planetarización proclive a homogeneizaciones integristas o fanáticas (del mercado, el consumo, la religión, la raza o cualquier expresión totalitaria de minorías). El escenario sobremoderno de esta combinación de virtualidad y soledad son los no-lugares.*

De allí emerge la omnipotencia contemporánea de las imágenes, por ejemplo en la transformación de la experiencia turística, donde lo que importa no es la experiencia del viaje sino la imagen registrada por videos o fotos. Pero la omnipresencia de lo virtual, el despliegue de las imágenes no supone un refuerzo de lo imaginario sino su desaparición en lo ilusorio. Así, con un mundo dominado por la ficción del yo se atravesaría una actuali-

dad críticamente definible como el pasaje de la era del no-lugar a la era del no-yo. La ciudad posmoderna, como estación sucesiva de pre-lugares o espacios, lugares, no-lugares y ámbitos virtuales del no-yo como extinción de lo subjetivo social, merece así el necesario análisis desde una mirada no anti sino extra-urbana capaz de recuperar el relativo equilibrio de su cualidad histórica de cuasi-objeto o híbrido: análisis cuya responsabilidad epistemológica parece instalarse en el paradigma ambiental.

Las investigaciones de N. García Canclini⁴² aluden al análisis de ciertas características de la posmodernidad metropolitana en los escenarios latinoamericanos, preferentemente el caso de México. Se ocupa de señalar algunos tópicos peculiares de este proceso, si bien con un carácter no tan crítico de sus posibles contenidos de negatividad y sin una referencialidad definida en cuanto a una posible lectura ambiental. Así, su análisis procura encontrar rasgos de positividad, por ejemplo, en cuanto a la recuperación de formas aborígenes en la cultura magmática metropolitana.

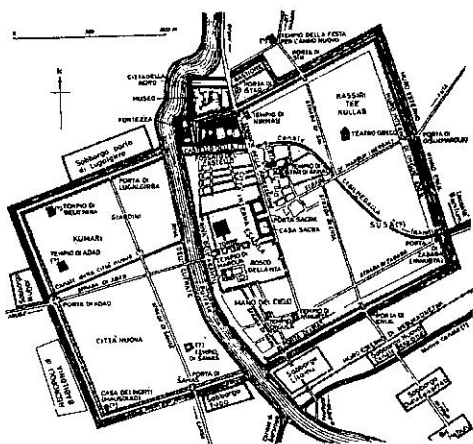
Enfatiza el contenido híbrido o mestizo de las culturas urbanas contemporáneas como una determinada característica o forma de contener las fuerzas dispersas de la modernidad, proceso que junto a las clásicas referencias de Habermas considera inconcluso o trunco en los escenarios metropolitanos, aunque no por ello carentes de cualidades que distancian su criterio del caústico enfoque —nostálgico de una imposible modernidad central— de Octavio Paz y los ideólogos del atraso.

Al atribuir a la *expansión urbana* una de las *causas* de la intensificación de la *hibridación cultural*, descarta junto a Castells tanto la acusación que se le ha hecho a las *megalópolis de engendrar anonimatos* (como la serie de imágenes tópicas)... *que los barrios producen solidaridad, los suburbios crímenes o que los espacios verdes relajan*, como que la sociedad urbana no se opone tajantemente a la rural (visto, sobre todo, los grandes procesos migratorios y una clase de aculturación relativa del migrante rural que Canclini no supone traumática, al menos para el caso mexicano).

Así, se daría un mundo relativamente contradictorio, según el cual, por una parte, *la urbanización predominante en las sociedades contemporáneas se entrelaza con la serialización y el anonimato en la producción, con reestructuraciones de la comunicación inmaterial (desde los medios masivos a la telemática) que modifican los vínculos entre lo privado y lo público, pero, por otra parte, vivir en la gran ciudad no implica disolverse en lo masivo y anónimo.*

Fenómenos como la tendencia a la *ghettización* o aislación de un espacio propio (Lechner), la caída de los elementos propios de una urbanidad socio-comunitaria y barrial como los cafés o las bibliotecas de los barrios bonaerenses de los años '40 (Gutiérrez-Romero), la desarticulación en aras

de la burocratización massmediática, de la espacialidad política de las ciudades o la proliferación de un movimientismo social corpuscular y unidireccional (o táctico), son algunas de las características revisadas por Canclini, junto a dos situaciones que juzga centrales: los procesos de *descoleccionamiento* y de *desterritorialización*, caras de la misma moneda de la fragmentación del mundo urbano.



El modelo histórico de la ciudad de raigambre occidental (pero de origen oriental) se estabiliza –incluso desde el punto de vista simbólico– en Babilonia: con sus murallas, barrios nuevos y viejos, estratos agregados de sociedad y funciones, naturaleza apropiada en el río y los jardines, castillos, templos, fortalezas, ciudadelas y museos que constelan una idea de centralidad, calles que organizan el tejido interno pero también la apertura al territorio imperial. Al orden sempiterno de la Jerusalem ideal de la teología, Babilonia, condenada al apocalipsis –cuyos signos resaltan en la modernidad– opone el orden técnico de la proyectualidad acumulativa, contradictoria, desjerarquizada.

La descolección implica la desestructuración *de aquella totalidad que antes nombrábamos cultura urbana y que implicaba colecciones de bienes simbólicos*: una consecuencia latinoamericana de este proceso de descoleccionamiento es la caída paulatina del eurocéntrico concepto de patrimonio cultural (y particularmente, el edilicio-urbano), en cualquier caso, no necesariamente disidente de la premisa de una voluntad de mercado ajena a la conservación de bienes de cualquier clase, en su exaltación de la circulación de los capitales.

En las ideas de desterritorialización y reterritorialización Canclini alude a dos procesos: *la pérdida de la relación natural de la cultura con los territorios geográficos y sociales y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales de las viejas nuevas producciones simbólicas*.

Como vemos, también la entrada al fenómeno urbano, a través de la consideración de la cuestión de la posmodernidad cultural, ofrece una perspectiva adicional de crítica al devenir contemporáneo de la vida urbana metro-

politana, que, en cierto sentido, creemos puede confluir con la indagación ambiental de una condición posurbana capaz tanto de neutralizar la desestructuración socio-espacial posmoderna (extremadamente funcional, por lo demás, al proceso de profundización de las formas capitalistas y su propia crisis), como de reconstruir si se quiere los errores megalomaníacos de un proyecto moderno demasiado fundado en la relación entre emancipación iluminista y progreso social urbano.

8. El concepto de sustentabilidad como crítica a la idea de desarrollo urbano

El origen del concepto desarrollo sustentable —*sustainable development*— es de 1980 y aparece acuñado en un documento recursístico natural de la IUCN⁴³ como un tópico referente a no sobrepasar la capacidad de carga de los ecosistemas naturales. De allí salta a ser considerado por M. Strong y G. Brundtland en los trabajos que confluirán en el popularmente llamado Informe Brundtland,⁴⁴ de fines de los '80, y de allí una conversión casi en un lugar común de la literatura política y socio-económica, con más de 100 acepciones distintas —según R. Guimaraes— y unos desarrollos que pueden ser seguidos en el resumen efectuado por A. Allen y hasta en un glosario específico elaborado por CEPAL.⁴⁵

En la base de este desarrollo conceptual —por ejemplo en la ya célebre intersección de las tres esferas económica, social y ecológica, con sus metas específicas, compartidas o bilaterales y convergentes en un ámbito central propio de la sustentabilidad ideal, formulado originalmente por P. Nijkamp⁴⁶— se explora un criterio abstracto, coherente con la a-espacialidad del pensamiento económico y con la idea sistémica holística del mundo natural imaginado y modelizado como una entidad ecosférica idealmente integrada. Es desde esa perspectiva que la noción —sobre todo en su consagración en el documento formal de la Conferencia de Río de 1992, la llamada Agenda 21⁴⁷— tenderá a manifestarse en tal plano global u holístico, tendiente a reorientar o reorganizar la economía mundial evitando la transgresión de ciertos límites, lo que se expresa además en los temas dominantes de dicha conferencia (gestión y monitoreo del cambio climático global, regulación de la biodiversidad: temas que, por otra parte, no lograron trascender del discurso teórico-político de carácter retórico).

Por fuera del carácter científico o ideológico del término sustentabilidad —que para numerosos autores se revela como un estadio superior del desarrollo del modo productivo capitalista, en una evidente fase de crisis de di-

cho desarrollo—, lo cierto es que su pretensión de abarcabilidad ecosférica no tuvo, al menos en su origen, una consideración específica de la cuestión urbana, respecto de la cual han ido desplegándose tres grupos de discursos:

1- la crítica al desarrollo urbano en nombre de la sustentabilidad global o regional-territorial,

2- el desarrollo de aplicaciones negativas o autocríticas del planeamiento y gestión del desarrollo urbano como consecuencia de la adopción de criterios sustentables y

3- la formulación de propuestas positivas o adaptativas que suscitan el planteo de un supuesto desarrollo urbano sustentable.

En rigor podríamos suponer que se tratan de tres enfoques geográficamente aplicados de otros tantos criterios con que se ha asumido la cuestión general de la sustentabilidad en relación con el desarrollo económico; en efecto, en tal plano, existiría:

1- un enfoque crítico —en nombre de la sustentabilidad— del desarrollo económico propio de la globalidad expansiva capitalista, que analiza su crisis y su inviabilidad histórica (O' Connor, Martínez Alier, Leff entre otros),

2- un abordaje crítico-regulador de la economía tendiente a una suspensión o estabilización de su crecimiento (Daly, Inglehart, Altvater entre otros) y

3- un encuadre adaptativo consistente en maximizar la internalización de las deficiencias de sustentabilidad en un marco de rediseño del mercado (Coase-Pigou, Pearce, Hotelling, Lipietz, Huetting y otros). Naturalmente esta distinción es más ideológica que técnica y de hecho los argumentos circulan entre las posturas que oscilan desde el enfoque anti-mercantil capitalista hasta el enfoque intra-mercantil, usando incluso referencias a menudo comunes (como Georgescu-Roengen y su intento de *cientificación* termodinámica o energetista de la economía).⁴⁸

Antes del examen específico de las tres clases o grupos de relaciones entre sustentabilidad y desarrollo urbano que referíamos arriba, vale la pena aludir a algunos tópicos con que el pensamiento filosófico contemporáneo toma, directamente o no, la cuestión de la sustentabilidad en un marco global de reflexión acerca del curso de la modernización, para verificar, en general, un talante más bien pesimista.

En el último libro de P. Sloterdijk⁴⁹ se puede leer el siguiente fragmento, concluyente sobre el tema: *Pero mientras los escenarios de la cultura se atarean positivamente en la nueva inestabilidad, saludan al caos y celebran las inconsecuencias, desde hace pocos años, a partir de círculos ecológicos y ampliada luego por los económicos, se está imponiendo una discusión de nuevo cuño sobre el desarrollo sostenible —sustainability—. Poco a poco se comprende*

que la actual way of life y el largo plazo son, estrictamente, dos magnitudes que se excluyen mutuamente. El debate, auspiciado por los economistas-ecologistas, prueba que la inteligencia del sub-sistema dominante ha llegado tarde, por detrás del rasgo fundamental más peligroso del industrialismo: se admite, todavía con una cuidadosa dosificación, que se sabe que el entero sistema está enraizado en la ideología de una productividad no reproductiva, lo que viene a ser una variante económica del diagnóstico de nihilismo. El proceso industrial a gran escala destruye más reservas humanas y naturales de las que él mismo puede producir o regenerar. En esa medida resulta ser tan autopoiético como un cáncer, tan creador como un fuego de artificio, tan productivo como una plantación de drogas. Lo que hace más de doscientos años fuera celebrado casi sin discusión como productividad humana, se hace crecientemente visible en su carácter destructivo y creador de adicción. A través de una entera secuencia de cambios generacionales, generaciones de jóvenes más sensibles, más dadas al consumo, más desvalorizadas han sucedido a generaciones mayores que ellas, relativamente conservadoras, relativamente ahorradoras, relativamente más pobres en vivencias. Ésta es una secuencia cuyo comienzo puede fijarse en la juventud de la Revolución Francesa, a más tardar, en la juventud de 1870 y en las vitalistas rebeliones contra los mundos de los padres burgueses. Lo que llama la atención por primera vez en el caso del último de los seres humanos — el solitario sin retorno— se pone continuamente de manifiesto en artículos de consumo no retornables, en materias primas no retornables, en especies animales no retornables y finalmente, en biotopos y atmósferas no retornables. A la vista de cosas que se agotan o de naturalezas terminales, los últimos seres humanos no son capaces de sacar sus propias conclusiones.

A cierto reconocimiento del grado de interés actual respecto de lo que podría denominarse cultura posmoderna (caos, inestabilidad, hipertrofia del consumo, etc.), Sloterdijk le sobrepone la necesidad de recentralización del tema de la sustentabilidad, no como un aderezo a esa melange de fenómenos sino más bien como la verdadera cara de un nihilismo severo: sin ser expresamente nombrado, el mundo urbano metropolitano parece ser el escenario de esos últimos hombres.

Sloterdijk termina su planteo acerca de su diagnóstico sobre la situación presente y su posible evolución —un término decididamente en crisis— apelando al concepto de apuesta: a las sociedades actuales, de cara al futuro, no les cabe sino apostar a algún escenario dominado por incertidumbres o desconocimientos, con sus precarios datos para racionalizar tal apuesta (de los cuales, el sistema del conocimiento científico es uno de los más flagrantes).

Ahí es donde centra su descripción filosófica de lo social N. Luhmann,⁵⁰

alrededor de la emergencia del concepto de riesgo: nunca, históricamente, debió vivirse con tanta exposición al riesgo, en *tanto forma de problematización del futuro*. Marcar los riesgos –dice Luhmann– *permite olvidar los peligros; marcar los peligros permite olvidar las ganancias que se podrían obtener con una decisión riesgosa*. En consecuencia, en las sociedades más antiguas lo que se marca es más bien el peligro, mientras que en la sociedad moderna lo marcado ha sido, hasta hace poco, más bien el riesgo. Porque de lo que se trata aquí es siempre de la mejor utilización de las oportunidades. Para optimizar las oportunidades lo que ha generado el discurso científico moderno, en torno del método, los modelos y el cálculo, es un intento de minimizar la perspectiva de peligro, mediante el cálculo de lo que se arriesgaba hasta la llegada a los umbrales mismos de la configuración de peligro o catástrofe, entendida como transformación irreversible.

El concepto de sustentabilidad no sería sino una de las últimas derivaciones de este proyecto de análisis de cálculo de un techo de riesgos con el fin de intentar conjurar o suspender algún escenario de peligro, por ejemplo, el hambre, o mejor o más pertinentemente, la conservación de la cualidad del capital (su rotación, su crecimiento, su apropiación diferencial). A menudo se toman riesgos –se apuesta– eligiendo qué clase de peligro conjurar primero; por ejemplo, se apuesta a conjurar el peligro de la devaluación de la cualidad del capital antes que el peligro del hambre.

Esas apuestas suelen llamarse decisiones y sobre este tópico se ha desplegado, según Luhmann, una de las mayores mixtificaciones acerca del momento o la oportunidad de la decisión: *el momento oportuno* (para una decisión) –dirá Luhmann– *es el mejor momento y, por consiguiente, el momento para una decisión sin riesgo*. Evalúese aquí cuánto se ha obliterado la racionalidad intrínseca de esta observación casi perogrullesca, sobre todo en el desplazamiento histórico de la prevalencia de la noción (social) de peligro a la noción (sub-social, eventualmente científica) de riesgo.

Entre la decisión y el riesgo media, según Luhmann, el concepto de *prevención* –una preparación contra daños futuros no seguros–. Pero la prevención, como organización actual para moderar o evitar un peligro futuro, también está profundamente transformada como concepto, no tanto a la vista de dicha escenificación objetiva del peligro sino alrededor de todas las mediaciones pre-catastróficas que suponen, más bien, intentar moderar –mediante el cálculo– los riesgos; la prevención no sería así, por ejemplo, evitar la construcción de un edificio en un terreno sísmico, sino moderar los riesgos: reforzar la estructura, asegurar económicamente el daño físico eventual de los pobladores, invertir algún dinero en equipos de defensa civil, etc.

De todo esto, Luhmann deriva a una proposición crítica acerca de las estructuras y organizaciones sociales, de los aparatos políticos y los estamentos y objetivos científicos: la ciencia, concluirá, tiene que crear las condiciones de una observación de segundo orden, observación de observación de los procederes científicos para así objetar o cuestionar los límites de una racionalidad demasiado excluyentemente direccionada a pensar, modelar y calcular los riesgos de la vida social, distanciándose en el tiempo y/o en el espacio de la realidad del peligro. Es en el desplazamiento nocional, que va del concepto de peligro al de riesgo, en que debe situarse la instalación epistemológica de los saberes ambientales y su relativa hegemonía intelectual contemporánea, simplemente porque se ha optado por maximizar los riesgos, que supone intentar convivir con los problemas y los conflictos. Como se sabe, los argumentos de Luhmann resultarán sustantivos para discutir el concepto de impacto ambiental, esa noción con la que el paradigma ambiental parece haberse científicizado —o convertido en socialmente necesario— tanto como parece haberse hecho cargo del discurso del riesgo.

Entre las posuras acerca de la relación entre sustentabilidad y desarrollo urbano y yendo de las más críticas a las más adaptativas, comencemos por referirnos a un conjunto de propuestas que se esfuerzan en analizar lo urbano —y su relativa irracionalidad— desde una mirada extraurbana o regional-territorial que en cierto sentido coincide con el llamado paradigma bioregional, geográficamente referenciado en las propuestas de R. Sale y A. Magnaghi y más aplicado a una reconsideración crítica de la sustentabilidad urbana y su eventual inviabilidad teórica en W. Rees y A. Atkinson.⁵¹

La idea de biorregionalismo emerge en USA, hacia los '70, acuñada por geógrafos que como Berg o Dasmann intentan recuperar las ideas bucólicas y conservacionistas de Emerson, Thoreau o, más cercanamente, de Muir o Leopold, en un marco no sólo de retorno a la tradición *wild del frontier spirit* sino, además, de crítica al consumismo y a la racionalidad instrumental *wasp-weberiana*. También habría que conectar este cuerpo de ideas con los conceptos de los regionalistas culturalistas, que como Mumford o Turner —e incluso H. Odum—, proponen una rearticulación de las esferas urbanas y rurales en pleno momento rooseveltiano, en oposición a las ideas de regionalistas tecnocráticos que como Lösch, Isard o Christaller, impondrán, en definitiva, una visión economicista y mecanicista de las organizaciones territoriales.

En ese marco, Sale plantea cuatro principios biorregionalistas para repensar lo urbano en una cuenca o *bassin* territorial:

1- la tierra urbana está inmersa en regiones que poseen un alto conocimiento empírico y local acerca del potencial biorregional,

2- debe enfatizarse el proyecto ideológico de revivir los modos históricos y *folk* de entender lo regional,

3- el potencial de conocimiento tradicional y contemporáneo sobre lo regional debe ser prevaleciente en el proyecto de desarrollo socio-económico regional y

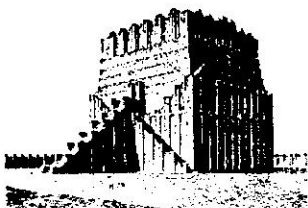
4- estimular una clase de emancipación o auto-liberación devenida de una cerrada vinculación con la tierra y la comunidad.

Este discurso que para algunos como A. Branwell⁵² está demasiado cerca de un eco-fascismo —por ejemplo, el de la ideología *blau und boden*, del ministro de Agricultura de Hitler, el argentino W. Darre— sin embargo, ha tendido a cuestionar el rol histórico no-autosuficiente de la ciudad, incluso el carácter succionador implícito en el concepto regionalista de *urban hinterland* —que por caso, en Thünen, propone más la interrelación entre centros que la autosuficiencia relativa de éstos—, y la tendencia al desarrollo de una especie de *urban lifestyle* de escala territorial que implica un proceso de urbanificación de lo rural (*agrobusiness*, producción intensiva con alto agregado de insumos tecnológicos, creciente infraestructuración territorial de características pro-urbanas, etc.).

Existiría también, en estas posuras biorregionalistas, una crítica a los modelos de balanceo territorial de las cuencas urbanas, implícito en las teorías de corte economicista de Stöhr o Tödling, por ejemplo, en las nociones de *spatial equity* o de *selective regional enclosure*. Esta clase de crítica parece ser compartida por planificadores que como Friedmann, Weaver o Douglass, cuestionan el regionalismo funcionalista (en rigor, de un funcionalismo economicista) en favor de un regionalismo territorialista que sea capaz, por ejemplo, de favorecer el concepto de *agropolitanism*, un interesante neologismo que imagina una restructuración territorial idealmente organizada en base a una constelación de asentamientos de no más de 2.500 habitantes. Ésta sería, en rigor, la única noción razonable de una eventual sustentabilidad urbana dentro de un marco de potenciamiento del *urban lifestyle* extendido.

Quizá los argumentos de más interés propuestos por Magnaghi sean los de reterritorialización y sostenibilidad cultural, que emergen claramente del análisis de las formaciones territoriales nor-italianas, unas de las más ricas, complejas e históricamente dilatadas articulaciones de asentamientos en una estructura territorial (básicamente, la *llanura padana*).

La *reterritorialización* implica la capacidad de reconocer los sedimentos y valores territoriales tendientes a favorecer y consolidar los tipos territo-



La novedad urbana de Babilonia también incluye la presentación nítida de la diferencia entre ciudad maquínica y arquitectura simbólica. La Torre de Babel es a la vez función –advocada al reverenciamiento de dioses, fortaleza y refugio final en los asedios– y símbolo –alegoría de la multiétnicidad de la ciudad, de la incompletitud infinita y de la poliglosia de lo urbano de incipiente metropolitanismo.

riales, en un enfoque que coincide con la tradición de geógrafos como Cattáneo o historiadores como Caniggia. Tiende a cuestionar el tipo de modernización regresiva –o estúpida– implicada en procesos de metro-politización que, como la proyectada en Florencia, supone una expansión indefinida continua de la ciudad originaria en lugar de fortalecer una compleja organización amosaicada de diversas clases de asentamientos en el sistema territorial campo/ciudad.

La sostenibilidad cultural supone, en tal sentido, imaginar una clase de organización regional diversificada que tienda al desarrollo y potenciamiento de las sociedades locales. Esta segunda cuestión implica, básicamente, una gestión del conflicto en la apropiación de los recursos y/o una distribución regionalmente equitativa de costos y beneficios en los modelos de desarrollo territorial.

El concepto de *ecological footprint* (huella ecológica) desarrollado por W. Rees intenta definir la ciudad y sus desbordes en términos de materia y energía y sus dinámicas de flujos. Señala que el territorio teórico que debe abastecer las demandas tecno-metabólicas urbanas excede habitualmente los bordes administrativos o geográficos de tales jurisdicciones, se desborda de manera descontrolada por territorios extremadamente diversos y distantes, y tiende a obstruir, por las características competitivas del mercado, las necesidades básicas de otros asentamientos urbanos. *La primaria consumición de alimentos* –definirá Rees–, *productos madereros, combustibles, capacidad de procesamientos de basuras, etc.*, *actúa sobre una base continua de muchas hectáreas de ecosistemas productivos para cada habitante, cuyo monto exacto depende de los estándares individuales materiales de vida. El índice del promedio per cápita de dicha expresión puede ser usado para estimar el área de tierra funcionalmente requerida para soportar una población dada. El área agregada resultante puede ser llamada la huella ecológica total de una comunidad dada sobre la tierra.*

Este consumo de tierra devenido de las necesidades urbanas es calculado por Rees para el caso de Vancouver en 1.9 has per cápita –en demanda

de producción de alimentos, de productos forestales y de combustibles fósiles— más 3 o 4 hectáreas per cápita —para absorber producción de dióxido de carbono y/o para producir bioenergía generadora de combustibles fósiles—. Así Vancouver, con su población de 1.7 millones de habitantes requiere 8.3 millones de hectáreas, es decir, más de 20 veces la superficie de 0.4 millones de hectáreas que es la superficie jurisdiccional del valle del río Fraser, donde se asienta la ciudad. Si los 5.200 millones de habitantes del mundo tuvieran el estándar de Vancouver se requerirían 25.500 millones de hectáreas para satisfacer tal capacidad de carga y el mundo sólo posee 8.800 millones de hectáreas en producción que, con las máximas intensidades de explotación, sólo podrían alcanzar, como tope extremo, los 13.000 millones.

Ésta es la demostración más palmaria de la insustentabilidad intrínseca de un modelo generalizado de habitabilidad urbana, pero además, implica:

1- que es imprescindible mantener, sino aumentar, la cantidad de población no urbana —que demanda más o menos lo mismo en términos de alimentación pero requiere mucho menor superficie regenerativa—,

2- que las ciudades desarrolladas divergen crecientemente de las no desarrolladas en términos de la enorme brecha existente entre sus huellas ecológicas y

3- que la globalización de mercado aumenta de manera interminable la extensión o dispersión territorial y la cuantía o magnitud de las huellas ecológicas de las ciudades desarrolladas, con el grave efecto de la extinción, sin ninguna clase de compensación, del capital natural localizado.⁵³

Rees postula adicionalmente que el verdadero tema —oculto o inexplicito— de la conferencia de Río fue precisamente el de maximizar la apropiación de capacidades de carga extraterritoriales (nacionales, regionales, urbanas) mediante la transformación de los flujos naturales en intercambios comerciales. El problema, de cara al futuro, es naturalmente de alarmante progresión geométrica ya que los 94 millones de nuevos habitantes nacidos cada año requerirán, a razón de 5.5 hectáreas cada uno, la friolera de 17 millones de hectáreas, o sea una nueva Francia agrícola por año. *Si la ecósfera es materialmente cerrada y limitada* —se pregunta Rees— *¿por qué se enfatiza la extrema apertura de las regiones urbanas?*

En el texto citado de A. Atkinson este autor sostiene los siguientes 5 principios del paradigma biorregionalista:

1- las biorregiones son áreas territoriales y ecológicamente coherentes, aunque no posean fronteras nítidas,

2- las biorregiones son entidades culturalmente coherentes en las que, con frecuencia, los procesos de urbanización suponen la atrofia de conocimiento local,

3- las biorregiones deberían ser conceptualizadas más bien bajo el aspecto de su semiótica del consumo, en contra o complementariamente del tradicional enfoque marxista de tipo productivista, lo cual, a su vez, significaría un cambio de enfoque desde el análisis moderno de las culturas discursivas al análisis posmoderno de las culturas figurales,

4- las biorregiones poseen una especie de salud vinculada a su capacidad de carga (*carrying capacity*) y al tamaño y características de su huella ecológica (*ecological footprint*) y,

5- las biorregiones tienen una especie de desiderátum en los modelos de autosuficiencia (todo lo consumido es producido regionalmente; no así, a la inversa), lo que implica cuestionar el carácter anti-biorregional del capitalismo homogeneizador que tiende, de manera históricamente creciente, a la reducción de la variedad intra e inter-biorregional.

Como complemento de esta enunciación, Atkinson plantea 5 temas técnicamente dominantes, a su juicio, en la instrumentación de las ideas biorregionalistas, sobre todo de cara a la gestión urbano-territorial:

1- el manejo biorregional del agua, que es una idea originalmente dominante en la escuela geográfica alemana,

2- el manejo biorregional de la energía,

3- el manejo biorregional de la alimentación (tema en el cual Atkinson valora el reciente redimensionado de las comunas chinas para mejorar su autosuficiencia alimenticia-territorial y su gestión, y acuerda con Sale en la conveniencia de no superar un estándar de eficiencia territorial de no más de un cuarto de millón de habitantes),

4- el manejo de las localizaciones de uso de suelos urbanos y extraurbanos, sobre todo relacionándolo con los aspectos de distribución y consumo de energía y extremando su no-conversión en meras *commodities* y,

5- el manejo de los recursos naturales mejorado según algunas ideas de la *new economic* (peso relevante de los movimientos de conservación, oposición al continuo proceso de optimización de explotaciones y sustitución de tecnologías, desarrollo de las diversas formas de *recycling*, montaje de los sistemas regionalizados de cuentas naturales y revisión de los SNA: *Systems National Accounts*, sobre todo, con desagregados regionales y locales que registren geográficamente las tasas de producción y consumo de recursos básicos, etc.).

El resumen de este primer grupo de posturas, de corte biorregionalista, frente a los fenómenos urbanos y la continua expansión de la urbanización, señala, en extremo, su inviabilidad de cara a la cuestión de la capacidad de carga ecosférica, manifestando la a-cientificidad y contenido de falacia de los conceptos de economía de mercados abiertos frente a la

calculable commensurabilidad de los flujos de materia y energía: el argumento principal sostiene, adicionalmente, la idea de una viabilidad contingente de algunos centenares de grandes asentamientos urbanos basada en la transferencia de recursos de capital natural cada vez de origen más lejano, sin que este proceso ayude a alguna clase de balanceo de las asimetrías de desarrollo y capitalización económica.

En el segundo grupo de planteos acerca de las relaciones entre sustentabilidad y desarrollo urbano, más que una consideración crítica devenida del análisis biorregional, se trata de extremar los criterios de manejo de una determinada ciudad que, como un sistema en sí, sea capaz de maximizar su regulación del desarrollo.

En base a estos criterios suele aludirse a un paradigma de planificación del desarrollo urbano basado en los llamados *planes cerrados*, que tienen varias características, como:

1- regular estrictamente el crecimiento demográfico urbano, incluso con prácticas de características xenofóbicas sobre todo respecto de migrantes marginales (por ejemplo, los maghrebíes en algunas ciudades francesas),

2- reevaluar el costo de fijación de cada nuevo habitante urbano (que en Europa puede oscilar entre los 20.000 y 30.000 U\$S, referido sólo al costo inicial de la instalación y no a su ulterior mantenimiento) y redefinir, en consecuencia, aspectos de la economía urbana derivados de ese costo (por ejemplo, la relación entre productividad bruta agregada e incremento de las tasas urbanas, etc.),

3- reorientar los procesos económicos ligados a la rotación del capital basada en la renta del suelo más hacia la recalificación y revaluación de áreas centrales (incluso o sobre todo, mediante las formas de los procesos llamados de *gentrification*) que hacia la periferización continua de baja densidad y

4- en los casos de expansión periférica, intentar el montaje de operaciones de alta infraestructuración que se vinculen a ofertas de suelo relativamente caras y selectivas.

En rigor, los conceptos relacionados con los planes cerrados —y eventualmente, en ciertos aspectos, con los de los planes estratégicos urbanos— intentan maximizar o mantener la rentabilidad inherente a la productividad urbana a la vez que minimizar el costo de las externalidades ambientales; por tal razón su posible característica ligada a la obtención de parámetros de sustentabilidad tiene orígenes economicistas y, a menudo, altos costos sociales.

Desde una perspectiva menos economicista pero igualmente ligada a la búsqueda de ciertas características de cierre de las ciudades o bloqueo de

sus procesos de desarrollo, otro conjunto de autores ofrece sus consideraciones al respecto. J. Martínez Alier,⁵⁴ en relación con el caso de Barcelona, y M. Davis,⁵⁵ en referencia al caso de Los Angeles, proponen argumentos sobre la necesidad de bloquear el desarrollo urbano incesante de esas urbes, en base a consideraciones ligadas a la sustentabilidad; ambos, además, coinciden en historizar los intentos infructuosos de obtener controles o límites a tal expansión.

Martínez Alier constata el grado de regresividad de una cierta dispersividad urbana en el territorio catalán en la segunda mitad del siglo XX en función del progresivo proceso de concentración metropolitana polarizada, que salva obstáculos naturales —como la sierra de Collserola— en busca de una enorme conurbación, que, por ejemplo, en la dirección de Sabadell se propone albergar otro millón de habitantes. En vez de controlar los recursos, su uso se expande: el agua se trae casi desde los Pirineos y además se aumenta su consumo a un estándar de 400 litros diarios per cápita; el volumen de basura urbana pasó de 250 kg./habitante/año en 1980 a 370 una docena de años después (dato de E. Tello⁵⁶); el cinturón agrícola del Maresme, Baix Llobregat o Valles tiende a desarticularse (por ejemplo, en el proyectado rediseño del curso del Llobregat para acoger la expansión del puerto); los proyectos inmobiliarios periféricos de intensa remodelación del paisaje natural tienden a proliferar (como los desarrollos de Cerdanyola, Bellaterra, Gavá, Montigalá, Gallecs, etc.); la montaña del Tibidabo se quiere convertir en una especie de nuevo Central Park que estimule nuevos desarrollos urbanos, etc.

Martínez cree ver, además, que este continuo proceso de desarrollo urbano expansivo —articulado en torno de varios planes políticamente exitosos como el Cerdá de mediados del XIX, los enlaces de Jaussely de fines del XIX o el Maciá de nítida inspiración *corbusierana*, de 1934— obtuvo la convalidación técnica de un estilo de planificación urbanística basado en la expansión continua y megalomaniaca (a veces relacionada con expresiones como la Gross Barcelona o la Gran Barcelona) y que se antepusieron a otras proposiciones más orientadas a un balanceo territorial de esta expansión: por ejemplo, en las propuestas de Cebriá de Montoliú —un discípulo de Geddes y Howard— o de Martínez Rizo, quienes, alrededor de los 30, proponían no tanto un esquema de ciudades-jardín de tipo periférico sino más bien un complejo sistema de ciudades comarcales articuladas en el territorio natural.

El trabajo de Davis sobre Los Angeles trata asimismo sobre el fracaso en la contención de los desbordes de la continua tendencia a la expansión urbana metropolitana, fracaso que conlleva el costo de un deterioro am-

biental creciente y su crisis consecuente de sustentabilidad. Davis analiza las propuestas fallidas de F. Olmsted en 1928, quien ya detectaba una situación crítica de los recursos naturales (como la enorme reducción del espacio abierto público que ya entonces suponía un estándar miserable de menos de media pulgada cuadrada de frente de playa pública por habitante) y también analiza el fracaso de su plan de zonificación según zonas de riesgos —propuesto junto a H. Bartholomew— que imaginaba una estructura de cinturones verdes lineales que servían tanto para ordenar los nuevos usos urbanos como para manejar racionalmente las inundaciones de origen hídrico y los flujos de tránsito, a través de la proposición de unas 440 millas de parques urbanos lineales. Se pretendía así controlar episodios que, como las inundaciones de 1938, anegaron 300 mil acres del valle de San Fernando, lo que no obstó para que se pusiera en marcha el *rooseveltiano* plan de grandes infraestructuras de canalización y contención, inspirado en la Ley de Control de las Inundaciones de 1941 y tendiente a favorecer la multiplicación de obras públicas receptoras de los masivos contingentes de desocupados.

La consecuencia de esta política fue el virtual arrasamiento de los patrones naturales —y la consecuente desaparición en masas de hormigón, del río Los Angeles— a fin de favorecer la urbanización indiscriminada del tipo que el sociólogo W. Whyte llamó en 1958, *urban sprawl*. La urbanización dispersiva que Whyte percibió desde la altura, a fines de los 50, se extendió, en forma cancerígena, hasta un radio de 150 kilómetros adicionales en los siguientes 30 años.

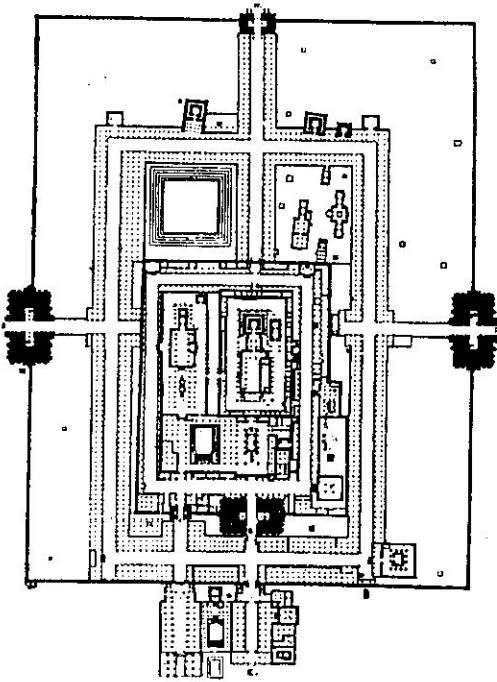
Davis también rescata algunos esfuerzos frustrados o incompletos que se propusieron confrontar el modelo de hiperurbanización dispersiva, retroalimentada por una asignación de los nuevos impuestos en el financiamiento de acueductos o de obras públicas de accesibilidad a las nuevas urbanizaciones: como los conjuntos de la Villa de las Sierras de Baldwin, de 1939, de R. Alexander o Channel Heights, de R. Neutra, de 1945; el plan para el desarrollo del valle de San Fernando, de R. Alexander y C. Bennet, que se proponía articular 16 centros suburbanos en un magma de unas 19.000 hectáreas de granjas y plantaciones de cítricos, las propuestas políticas y técnicas incluidas en los estudios de G. Ekbo, R. Dassmann, R. Lillard o R. Nader, durante los años '60 y '70, etc.

Sin embargo, las conclusiones de los estudios del desarrollo histórico urbano de Los Angeles, de Davis, son, al contrario de lo ocurrido con la más exitosamente gestionada y conservada región de San Francisco, marcadamente pesimistas en relación con la imposibilidad real de efectivizar alguna clase de control o regulación de dicho desarrollo. Un ejemplo

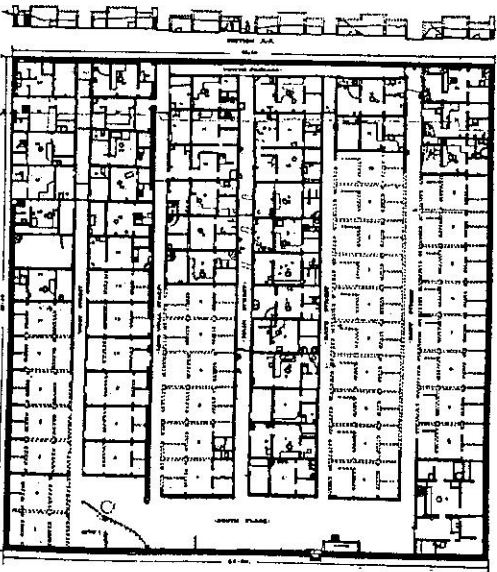
lo da el análisis del valle de San Gabriel: entre 1940 y 1960 sus usos urbanos residenciales pasaron del 1 al 15% de la superficie total y los usos agrícolas cayeron del 73 al 19%. Otro, un poco más emblemático de esta decadencia, lo aporta el casi simultáneo anuncio en 1994, del abatimiento de uno de los últimos naranjales, plantado en 1892, en Anaheim, para construir un aparcamiento, junto al proyecto que Disneylandia difundía para Westcot: la construcción de un parque telemático virtual, basado en la reconstrucción ilusoria de imágenes de Los Angeles de fines del XIX, incluidos sus característicos naranjales. Como expresión sintomática de la regresión que comentamos, se abarían naranjales reales para dar paso a proyectos que iban a re-presentar naranjales virtuales.

Algunos otros trabajos, como los de D. Mitlin y D. Satterhwaite⁵⁷ —o de M. Carley e I. Christie—,⁵⁸ se proponen, por así llamarlo, una vía indirecta de generar alguna clase de control al desarrollo urbano. El primer texto, mediante una extrapolación al escenario urbano de una conceptualización de la sustentabilidad que incluye una consideración del manejo de los recursos renovables y no renovables y de la capacidad de sumidero (*sink capacity*) y de la consideración de las necesidades humanas (*human needs*), que permite generar una adaptación local de esas nociones y que unido a una revisión de las políticas e identificación de otras áreas clave (*key policy areas*), induciría a un uso mínimo de capital ambiental y/o a la identificación y auspicio de nuevas actividades económicas que articulen desarrollo económico urbano con sus condiciones ambientales.

El segundo trabajo, que no hace alusión directa a las cuestiones urbanas, luego de desarrollar una conceptualización sobre la sustentabilidad analiza una serie de casos como el Groundwork Trusts —que es una iniciativa inglesa que favorece la articulación de proyectos empresarios de interés ambiental con distintas formas de participación y *partnership* comunitario—, el programa IDEA —*Innovations in Development for Environment Action*, que interviene en el patrocinio de gestiones de recursos básicos como el agua o la administración de los residuos urbanos—, el proyecto CGMCP —*California Growth Management Consensus Project*, que se propone controlar el desarrollo urbano del tipo *sprawl* para la conurbación Los Angeles-San Diego, de 30 millones de habitantes y severo deterioro de su base de recursos—, y el plan NNEPP —*The Netherlands National Environmental Policy Plan*—, que intenta formular un marco global del control ambiental de las actividades territoriales, desde las agrícolas a las industriales, para establecer plazos y metas de obtención de mejoras en el perfil ambiental nacional.



Madura, una de las ciudades santuario de la India, ejemplifica la arquitecturización de lo urbano, que pierde su complejidad pero lega su formalismo: en la geometría de la envolvente que separa y define, en la ritualidad de los 4 rumbos de las **gopuram** o puertas –que ya no son de este mundo y se abren al infinito–, en el encaje infinito y laberíntico de un trazado que adviene puramente recorrido, procesión, camino espiralado que es metáfora física de reverenciamiento y alcance del **nirvana**, hacia donde siempre se está yendo.



Ya en Tell-el-Amarna, la **ciudad obrera** de Amenofis IV, hay tejido y célula repetitiva, calle y ortogonalidad, geometría regularizada como respuesta económica y veloz a las necesidades de instalar masas trabajadoras en un punto discreto del territorio. Baños o piscinas públicas y depósitos centrales de alimentos despuntan el inicio del equipamiento de las ciudades, los moderados ámbitos en los que la célula repetitiva y sus habitantes acceden a una inicial conciencia de lo público. Lo urbano ya empezó su historia y sus problemas.

Para referirnos, por último, al tercer grupo de posturas acerca de las relaciones entre sustentabilidad ambiental y desarrollo urbano debemos aludir a ciertas reflexiones emanadas desde la voluntad de generar alguna clase de control interno de expresiones que puedan dar cuenta de la calidad de sustentabilidad de un asentamiento. Esas expresiones suelen vincularse al concepto de indicadores de sustentabilidad urbana, o sea variables que según su magnitud expresarían un cierto tipo de estado de la funcionalidad urbana, asociable con una idea de sustentabilidad.

El trabajo más conocido, desde este punto de vista, es el desarrollado por un grupo de técnicos del Banco Mundial⁵⁹ en donde se registra un detallado repertorio de indicadores de sustentabilidad urbana y se lo vincula a una estrategia de gestión basada en la elaboración de diagnósticos expeditivos (*profiles*) y el montaje de mecanismos participativos de elaboración de la información básica en forma de resúmenes de gestión (agendas). Esta clase de enfoque se revela, aún en el atractivo de su pragmatismo, como cerrada o endógena a las características y posibilidades/oportunidades de cada ciudad en especial, sin cuestionar la forma de resolver sus demandas de sustentabilidad (o sea, en otras palabras, si cada ciudad tiene una huella ecológica pequeña o grande, si cada ciudad ha establecido o no un mecanismo de fuerte dependencia de una determinada cuenca, etc.).

La racionalidad relativa de la expresión de magnitud recomendable para cada indicador se construye de manera casuística, acumulativa y comparativa y, por tal causa, los indicadores y sus cuantificaciones adolecen de insuficiente apoyatura científico-metodológica, o bien, son marcadamente relativos. Asimismo, este enfoque guarda relación con algunas características técnicas de los planes estratégicos, sobre todo en el carácter que éstos asignan a la competitividad entre ciudades y a las decisiones de gestión devenidas de un tipo de participación de los sujetos protagónicos de cada sociedad urbana específica, a menudo incapaces de pensar en términos biorregionales.

Un segundo ejemplo de estas posturas intra-urbanas lo ofrece el manual de gestión de sustentabilidad urbana elaborado por T. Elkin y otros,⁶⁰ uno entre varios de los aportes empíricos y pragmáticos para introducir la temática de la sustentabilidad ambiental en la gestión y planificación urbana. El enfoque, basado en una ya tradicional consideración de una racional administración de los recursos que definirían una determinada condición de sustentabilidad urbana —como el agua, el suelo o la deposición de la basura—, desarrolla un tratamiento de tipo sectorialista según el cual el conocimiento adecuado de los términos o expresiones de sustentabilidad para cada renglón redundaría automáticamente en una revisión de los paradigmas de gestión de las ciudades.

Éste es ya casi un lugar común de la novedad ambiental, finalmente sintetizable en nueva y mejor información y en la conveniencia, en función de la complejidad de lo tratado, de relegitimar los lineamientos de gestión en base a alguna clase de compromiso de sujetos significativos de la ciudad (*stakeholders*). Así, este trabajo ofrece información —generalmente basada en casuística europea— sobre expresiones de indicadores de sustentabilidad, por ejemplo, en transporte, energía, espacios verdes, producción y abastecimiento de la alimentación de la población urbana, contaminación y manejo de los residuos, etc.

Casi todo lo referido para este tercer grupo de posturas acerca de la sustentabilidad urbana confluye al tema de las agendas locales 21, esa expresión urbana que surgió de los acuerdos de la Conferencia de Río de 1992 con vistas a establecer alguna clase de acuerdo para medir y gestionar aspectos de sustentabilidad ambiental para cada ciudad.

El ICLEI compiló una guía para desarrollar estas agendas así como un cierto registro de las experiencias en curso en tal materia.⁶¹ En el capítulo 28 de la Agenda 21, resultante de aquella reunión se estipuló el desarrollo de actividades de las autoridades locales en favor de la Agenda 21 y el compromiso de arribar a 1996 con procesos de consulta en las poblaciones acerca de consensos sobre agendas locales 21, cosa que ocurrió en muy escasas situaciones. El resumen que el texto citado hace sobre las temáticas conceptuales y metodológicas acerca de la implementación de las agendas locales parte de postular alguna definición de desarrollo sustentable entendido como programa de acción para la reforma de la economía local y global (p.1), enfoque que recalca:

- 1- la noción de acción, que luego se desenvolverá en *action planning*,
- 2- la voluntad —es decir, la expresión voluntarista— de reformar la economía y
- 3- la pretensión de una cierta articulación ascendente entre lo local y lo global: en estas características es que debe centrarse la crítica a las limitadas y adaptativas pretensiones del movimiento agendístico acerca de la sustentabilidad urbana, aún reconociendo ciertas cualidades de oportunidad política en su enfoque pragmatista proactivo.

El otro punto de partida del planteo relacionado con las agendas 21 locales es otra enunciación del diagrama triádico que articula tres clases autónomas (o sea, cada uno con imperativos o finalidades propias) de desarrollos: *económico, comunitario* —obsérvese que no se lo llama *social*— y *ecológico*. Las intersecciones que se definen para estas tres esferas también tienen ciertas particularidades: a la que se establece entre las esferas del desarrollo económico y del desarrollo comunitario se la llama desarro-

llo económico de la comunidad (cuando podría haber sido desarrollo comunitario de la economía); a la que intersecta las esferas del desarrollo económico y del desarrollo ecológico se la nombra conservacionismo (con lo que se relativiza la cuestión de las áreas del mundo cuyo desarrollo social y económico depende de alguna clase de reactivación del capital natural mucho más complejo que la política conservacionista del tipo crecimiento cero, etc.) y a la que relaciona las esferas del desarrollo comunitario y del desarrollo ecológico se la designa como ecología profunda o utopismo (dando pie a un presumible discurso de la autonomía ecosistémica respecto de las posibilidades de manejo o apropiación específica del capital natural por parte de las comunidades a quienes, históricamente, pertenece dicho capital).

Luego se caracteriza a los gobiernos locales como entidades que cumplen dos funciones básicas:

- 1- el manejo de parámetros de regulación o control local del desarrollo económico a través de dispositivos variados como los estándares, regulaciones, impuestos, tasas, etc. y

- 2- la generación de productos y servicios de dominancia ecológica (agua, manejo de residuos, etc.), económica (transporte, infraestructura, etc.) o social (salud, educación, etc.). Dichos servicios —o sistemas de servicios— poseen determinados componentes o cualidades: infraestructuras, programas, procedimientos, rutinas de gestión, intervenciones, etc.: la administración de estos componentes define el ámbito específico de la gestión.

Con estos ingredientes puede intentarse otra definición, quizás más operativa, del concepto de desarrollo sustentable a escala local: Es un desarrollo que distribuye servicios ambientales, económicos y sociales básicos a todos (los sujetos de una comunidad local) sin alterar la viabilidad de los sistemas ecológicos y comunitarios de los que tales servicios dependen (p.4). Aquí aparecen otros criterios:

- 1- el desarrollo sustentable entendido como generación y distribución de servicios (lo que lo instala como una cualidad reformada de la actividad económica clásica),

- 2- la voluntad —o voluntarismo— en la prestación generalizada o socialmente expandida de tales servicios y

- 3- la idea de una suerte de tope o techo en tales prestaciones, dada en la viabilidad ecológica y en la viabilidad comunitaria, donde reemerge una cierta circularidad no consistente de la definición, dada en la dificultad de establecer la comensurabilidad de los conceptos de ecosistema y de comunidad: el ecosistema, así entendido, ¿tiene límites geográficos y

ecológico-funcionales?, la comunidad a que se alude, ¿es cerrada u originaria o abierta y dinámica?

Sobre la base de estas definiciones esenciales, el criterio metodológico del concepto agendístico de actuación local proactiva, de cara al desarrollo sustentable, se apoya en las siguientes fases o etapas/conceptos de organización de la planificación-gestión:

1- Definición e implementación de las asociaciones (*partnerships*) entre sujetos/instituciones de la comunidad local (con dos ideas básicas: la identificación de los sujetos significativos –*stakeholders*– y la elaboración de un abordaje comunitario deseable, posible y compartido –*community vision*–),

2- Identificación y ordenamiento de los temas o tópicos problemáticos según la comunidad a través de sus representaciones y mediaciones,

3- Montaje del modelo de planificación-acción (*action planning*, organizado en torno de objetivos directos –*targets*– e instrumentales o disparadores o gatilladores –*triggers*–, incluyéndose el análisis secuencial de estrategias proactivas para alcanzar los *targets*),

4- Implementación y monitoreo (que supone el diseño de los medios de control y policía, quizás dependiendo, en alto grado, de los *partnerships*) y

5- Evaluación y *feedback* (generando instancias continuas de evaluación en base a indicadores tipo *target-based*, o implícitos en la formulación de los objetivos directos: en extremo, no puede haber *targets* sin elementos susceptibles de comprobar su viabilidad y comportamiento, es decir, no puede haber *targets* sin indicadores de performance).

En el texto citado, cuya condición de resumen del enfoque agendístico es encomiable, se presentan 18 casos de desarrollo de estas proposiciones metodológicas generales (Lancashire, Cajamarca, Santos, Jonhstone, Quito, Gothemburg, Los Angeles, Estocolmo, Graz, Ottawa entre otros): se enfatiza la necesidad de una continua referenciación a la casuística, dado el reconocido carácter experimental y poco formalizado de este tipo de enfoques, altamente dependiente, en definitiva, de su verificabilidad empírica y de la convalidación de su posible éxito.

Esta larga exposición de argumentos acerca de las relaciones entre desarrollo urbano y sustentabilidad tiene por objeto, en primera instancia, enunciar el marco de alternativas (desde las hiper-críticas hasta las adaptativas o remodeladoras del desarrollo urbano siempre en nombre de alguna noción, variable, de sustentabilidad) y en segunda instancia, dejar establecido el importante terreno de irresolución de esta ecuación, el grado significativo según el cual los límites de la ciudad –en tanto viabilidad histórica presente y futura de la noción– no encuentran buenas definiciones toda-

vía, aunque el avance científico de las ideas de sustentabilidad los constriñen cada vez más, haciendo que el rescate de alguna cualidad comunitaria de la idea de ciudad no se separe de la necesidad de sancionar una crítica radical al desarrollo urbano. Si algo debería quedar claro de estas temáticas es que si algunos contenidos de la noción de ciudad debieran rescatarse —en términos ontológico-culturales—, quizás el precio histórico que deba pagarse sea el abordaje expeditivo del cese del desarrollo urbano, que por otra parte, tal vez sea el inicio histórico de otro tipo de desarrollo, en cuya dirección debemos investigar, reflexionar y actuar.⁶²

Notas

- ¹ H. Lefebvre: *La Revolución Urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- ² W. Morris: *Noticias de ninguna parte*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968;
- R. Bellamy: *Looking Backward: 2000-1887*, Editorial Tickner & co., Boston, 1888;
- E. Calembach: *Ecotopía*, Trazo Editorial, Zaragoza, 1980.
- ³ J. Harlan: *Crops and Man*, Edición ASA, Madison, 1975;
- P. Ucko, P. Tringham, G. Dimbleby: *Man, Settlement and Urbanism*, Ediciones Duckworth, Londres, 1972.
- ⁴ B. Campbell: *Human Ecology*, Editorial Heinemann, Londres, 1983.
- ⁵ G. Caniggia, G. L. Maffei: *Tipología de la Edificación. Estructura del Espacio Antrópico*, Editorial Celeste, Madrid, 1995 (la edición original italiana es de 1979).
- ⁶ R. Sennet: *La conciencia del ojo*, Editorial Versal, Barcelona, 1991, pp. 12, 26; *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 20-21.
- ⁷ J. Poncet: *Observaciones sobre las relaciones entre ciudades y campo en el antiguo Maghreb*, ensayo en Ch. Parain et al, *El feudalismo*, Editorial Sarpe, Madrid, 1985, pp. 227, 229.
- ⁸ M. C. Gibelli, C. Gavinelli: *Ciudad y territorio en China*, Editorial Blume, Madrid, 1979, p. 6.
- ⁹ J. Martínez Alier: "Urbanismo y ecología en Barcelona", capítulo IX de su libro *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Editorial Icaria, Barcelona, 1994, p. 269.
- ¹⁰ D. Sudjic: "El turbulento nacimiento de una nueva ciudad asiática", ensayo en la revista *La Era Urbana*, 4-1, Washington, 1996.
- ¹¹ R. Barthes: *El imperio de los signos*, Editorial Mondadori, Madrid, 1991, p. 49 (El original francés es muy anterior: de 1970).
- ¹² R. Fernández: "Transmodernidad e hipermodernidad. Apuntes sobre la vía arcaica japonesa", ensayo en revista *Astrágalo*, 4, Madrid, 1996, p. 41.
- ¹³ R. Fernández: *El laboratorio americano. Historia y geocultura de la Arquitectura y la ciudad de América Latina*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.

- ¹⁴ E. O' Gorman: *La invención de América*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- ¹⁵ J. Murra: *Formaciones económicas y políticas del Mundo Andino*, Ediciones IEP, Lima, 1975; *La organización económica del Estado Inca*, Editorial Siglo XXI, México, 1978. También véase, sobre el esquema de desarrollo territorial, J. Hyslop, *The Inka Road System*, Edición Academic Press, New York, 1984.
- ¹⁶ R. T. Zuidema: "Lugares sagrados e irrigación: tradición histórica, mitos y rituales en el Cusco", ensayo incluido en *Reyes y Guerreros. Ensayos de Cultura Andina*, Ediciones Fomciencias, Lima, 1989.
- ¹⁷ H. Neira: *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, Ediciones Sidea, Lima, 1996, p. 118.
- ¹⁸ J. Sabloff: *Las ciudades del antiguo México*, Ediciones Destino, Barcelona, 1989.
- ¹⁹ Existe una nómina de fundaciones en F. de Terán et al: *El sueño de un orden. La ciudad hispanoamericana*, Edición del CEHOPU, Madrid, 1989.
- ²⁰ Dato proporcionado en R. Morse: *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Editorial SIAP, Buenos Aires, 1971, pp. 14, 67.
- ²¹ J. L. Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Editorial Siglo XXI, México, 1976.
- ²² Debo este agudo comentario a Adrian Atkinson, profesor del DPU-UCL de Londres, quien se refirió al caso argentino cuando participó en nuestra maestría GADU en 1996.
- ²³ R. Fernández: *Las palabras de la ciudad*, ponencia presentada al Seminario *Le Mots de la Ville*, París, diciembre, 1997, aquí como ensayo 9.
- ²⁴ N. García Canclini: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo, México, 1990.
- ²⁵ R. Fernández: *Habitar América. Sustentabilidad ambiental de las ciudades latinoamericanas*, texto de la conferencia pronunciada en el Centro Bartolomé de Las Casas, Cusco, Perú, abril 1997 y ponencia presentada al Seminario Internacional Cardhus-ALFA, Mar del Plata, abril 1997. El capítulo 1 de este libro incluye una versión revisada y ampliada de dicho texto.
- ²⁶ H. De Soto: *El otro sendero*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989.
- ²⁷ Un tratamiento comprehensivo de estos aspectos puede encontrarse en P. Pérez: *Buenos Aires Metropolitana. Política y gestión de la ciudad*, Ediciones CEAL-Centro, Buenos Aires, 1994.
- ²⁸ Expresión utilizada por J. Morello: *Funciones del sistema periurbano. El caso de Buenos Aires*, Edición GADU-CIAM, Mar del Plata, 1996.
- ²⁹ El concepto de *huella ecológica* fue propuesto por W. Rees: "Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out", ensayo aparecido en la revista *Environment & Urbanization*, vol 4-2, Nueva York, 1992.
- ³⁰ S. Sassen: *Cities in a world economy*, Editorial Sage, Pine Forge, 1994. La cita utilizada consta en S. Sassen, S. Patel: "Las ciudades de hoy: una nueva frontera", artículo en revista *La Era Urbana*, 4-1, Washington, 1996, p. 3.
- ³¹ J. A. Padua: "25 años de ecologismo en el Brasil", entrevista efectuada por J. Martínez Alier, editada en la revista *Ecología Política*, 11, Barcelona, 1996, pp. 12-13.
- ³² E. Leff: "De quién es la Naturaleza? Sobre la reapropiación social de los recursos naturales", ensayo en revista *Gaceta Ecológica*, 37, México, 1995.
- ³³ R. Fernández Durán: *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1993, pp. 23, 24.
- ³⁴ K. Polanyi: *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Edición del FCE, México, 1992, pp. 182, 183 (El escrito original es de 1944).
- ³⁵ L. Fernández Galiano: "Metrópolis", artículo en la revista *Arquitectura Viva*, 35, Madrid, 1994.

³⁶ El dato, consignado por R. Fernández Durán, op. cit., nota 33, en la nota 34 (p.149) de su libro, proviene de W. Waak: "Río, ciudad sin ley", artículo publicado en el periódico *El País*, Madrid, 22 de julio, 1990.

³⁷ J. Jacobs: *Edge of Empire. Postcolonialism and the city*, Editorial Routledge, Londres, 1996, p. 162.

³⁸ B. Latour: *Nunca hemos sido modernos*, Editorial Debate, Madrid, 1993, pp. 133, 154.

³⁹ M. Heidegger: "Bauen, Wohnen, Denken", ensayo incluido en *Vorträge und Aufsätze*, Editorial G. Neske, Pfullingen, 1959 (Hay varias traducciones al español; el texto original fue una conferencia en una reunión promovida por arquitectos y urbanistas, en Darmstadt, en 1951). Entre las ediciones en español destacamos la incluida en la antología preparada por F. Soler y J. Acevedo: *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria de Chile, Santiago, 1997, que incluye, además del texto referido, el conjunto de escritos heideggerianos que, por así decirlo, se abocan a temáticas de cierta referencialidad ecológica, como *La pregunta por la técnica y Ciencia y meditación*. También es importante, en este sentido, el libro de O. Bollnow: *Hombre y espacio*, Editorial Labor, Barcelona, 1969.

⁴⁰ O. Mangin: *El miedo al vacío. Ensayo sobre las pasiones democráticas*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 23.

⁴¹ M. Augé: *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1994; "Sobremodernidad y no-lugares", ensayo en revista *Astrágalo*, 4, Madrid, 1996, pp. 84, 85. Las citas del texto pertenecen a esta segunda referencia.

⁴² N. García Canclini: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Editorial Grijalbo, México, 1995 y *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, op. cit. nota 24, pp. 264, 265, 281, 288. Las citas se refieren a este segundo texto.

⁴³ IUCN (International Union for the Conservation of Nature and Natural Resources): *World Conservation Strategy*, Editorial Gland, Ginebra, 1980.

⁴⁴ WCDE (World Commission on Environment and Development): *Our Common Future*, Ediciones Oxford University Press, Oxford, 1987 (Hay traducción al español),

⁴⁵ R. Guimaraes: "El desarrollo sustentable: propuesta alternativa o retórica neoliberal?", artículo en revista *EURE*, XX-61, 1994, Santiago de Chile;

A. Allen, *Desarrollo urbano sustentable*, Ediciones CIAM, Mar del Plata, 1996; CEPAL, *Procedimientos de gestión para el Desarrollo Sustentable: Un breve glosario*, Documento LC/R.1450, 1994, Santiago de Chile. Nos remitimos a este conjunto básico de referencias para las consideraciones teóricas generales acerca de los conceptos de *sustentabilidad y desarrollo sustentable*.

⁴⁶ P. Nijkamp: *Regional Sustainable development and natural resource use*, WB Annual Conference on Development Economics, Washington, 1990.

⁴⁷ CNUMAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo): *Informe de la CNUMAD (Río de Janeiro, 3-4 junio de 1992)*, también llamado *Programa (o Agenda) 21*, 4 volúmenes, Ediciones UN, Nueva York, 1992.

⁴⁸ Una referencia mínima a este vasto espectro de enfoques podría incluir a E. Leff: *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Editorial Siglo XXI, México, 1994;

H. Daly, *Stead-state economics*, Editorial Island Press, Washington, 1991;

D. Pearce, R. K. Turner: *Economía de los recursos naturales y del medio ambiente*, Editorial Celeste, Madrid, 1995 y

N. Georgescu, Roengen: *The Entropy Law and the Economic Process*, Editorial Harvard University Press, Cambridge, 1971.

- ⁴⁹ P. Sloterdijk: *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*, Editorial Siruela, Madrid, 1994, pp. 101-102 (versión alemana original de 1993). Sloterdijk, a partir de la publicación de su *Crítica de la Razón Cínica* (edición alemana original de 1983, edición española de Editorial Taurus, Madrid, dos volúmenes, 1988), se ha erigido en uno de los filósofos contemporáneos de más alta relevancia.
- ⁵⁰ N. Luhmann: *Sociología del riesgo*, Ediciones Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, 1992, pp. 68, 73, 95, 198.
- ⁵¹ R. Sale: *Dwellers in the Land. The bioregional vision*, Edición de Sierra Club Books, San Francisco, 1985;
- A. Magnaghi, R. Paloscia: *Per una trasformazione ecologica degli insediamenti*, Edición F. Angeli, Milán, 1992;
- A. Magnaghi: "Megalópolis: presunción y estupidez (el caso de Florencia)", artículo en revista *Ecología Política*, 11, Barcelona, 1996;
- W. Rees: *Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out?*, op. cit. nota 29; p. 124.
- A. Atkinson, "The urban bioregion as a sustainable development paradigm", ensayo en revista *Third World Planning Review* 14- 4, Londres, 1992. Un resumen de las teorías de Rees, que fue publicado por su autor en Canadá en 1996 está traducido al español como "Indicadores territoriales de sustentabilidad", ensayo aparecido en la revista *Ecología Política*, 12, Barcelona, 1996.
- ⁵² A. Branwell: *Ecology in the Twenty Century. A History*, Yale University Press, New Haven, 1989.
- ⁵³ Es lo que argumenta, alrededor del concepto de Rees, M. Wackemagel en su artículo "Ciudades sostenibles?", revista *Ecología Política*, 12, Barcelona, 1996, p. 130. Los datos de Rees acerca del caso de Vancouver consignados en el párrafo precedente fueron recalculados –sin alterar las características generales de su diagnóstico– en un artículo ulterior, de 1996, de este autor, *Indicadores territoriales de sustentabilidad*, que, traducido al español, también integra el número recién citado de la revista catalana.
- ⁵⁴ J. Martínez Alier: "Urbanismo y ecología en Barcelona", capítulo IX de su libro *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Editorial Icaria, Barcelona, 1992.
- ⁵⁵ M. Davis: "Como el Edén perdió su jardín. La historia política del paisaje de Los Angeles", ensayo en la revista *Ecología Política*, 11, Barcelona, 1996.
- ⁵⁶ E. Tello: "Barcelona Estalvia Energía. Una propuesta de democracia participativa para el cambio de modelo de ciudad", artículo en revista *Ecología Política*, 11, Barcelona, 1996. En este texto se analizan indicadores de sustentabilidad ambiental urbana que como los aplicados en Seattle suponen uno de los esfuerzos de desarrollo de parámetros de control más específicos del desarrollo urbano.
- ⁵⁷ D. Mitlin, D. Satterhwaite: *Sustainable Development and Cities*, Edición Human Settlements Programme, Institute for Environment and Development, Londres, 1993, p.19.
- ⁵⁸ M. Carley, I. Christie: *Managing Sustainable Development*, Edición Earthscan, Londres, 1994.
- ⁵⁹ C. Bartone, J. Bernstein, J. Leitmann, J. Eigen: *Towards Environmental Strategies for Cities*, Edición UNDP/UNCHS/WBUMP, World Bank, Washington, 1994.
- ⁶⁰ T. Elkin, D. McLaren, M. Hillman: *Reviving the City. Towards Sustainable Urban Development*, Edición Friends of the Earth, Londres, 1991.
- ⁶¹ ICLEI (International Council for Local Environmental Initiatives): *The Local Agenda 21 Planning Guide*, Edición ICLEI-IDRC-UNEP, Toronto, 1996, p. 2.
- ⁶² Un resumen de estas argumentaciones y algunas propuestas metodológicas e instrumentales en R. Fernández: *La naturaleza de la Metrópolis*, Editorial FADU-UBA, Buenos Aires, 1999.

Ensayo 2

Escenarios posurbanos

Nueva producción de ciudad y cambios de los proyectos urbanos

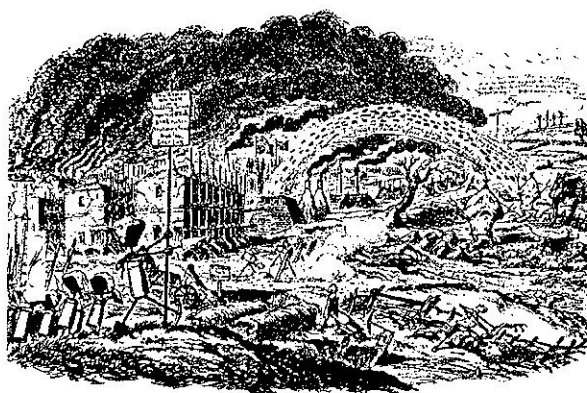
El presente estudio se propone indagar los términos de los efectos de transformación territorial resultantes del nuevo paradigma económico de la globalización. A nuestro entender la expansión capitalista tardía conjuga dos procesos contradictorios, consecuentes de exigencias y modelaciones territoriales devenidas del movimiento del capital: por una parte, en la fase ascendente de esa expansión –que podría datarse entre la inmediata posguerra y la caída del muro de Berlín– se presencia el incremento del proceso general de urbanización, la tendencia a una virtual homogeneización de un desarrollo de asentamientos poblacionales concentrados en puntos discretos del territorio; por otra parte, en la fase descendente (?) –que se manifiesta en la década presente– una disolución de los criterios concentratorios urbanos de capital y población progresivamente tendiente, en nuestra hipótesis, a una ocupación territorial intensiva y extensiva, de carácter dispersivo pero a la vez de alta interactividad, que podría connotar el inicio de una era o fase de posurbanidad.

Entendemos así por escenarios posurbanos, a las nuevas configuraciones territoriales devenidas de efectos del comportamiento del capitalismo tardío o globalizado, que diluyen la característica centralidad urbanística convencional y avanzada (áreas metropolitanas organizadas alrededor de un polo urbano) y que parecen configurar organizaciones de asentamientos extremadamente dispersivos en vastas áreas territoriales, relativamente

conectados por *hard-systems* (canales y medios de transporte de energía, materiales y personas) y más aún, por *soft-systems* (canales y medios de transporte de flujos de información). Una característica adicional y muy importante de estos escenarios posurbanos es que la dispersividad urbano-territorial y la configuración de ocupaciones de tipo extensivo son muy laxas, variables y no necesariamente dependientes de una infraestructuración rígida y pesada de las cuencas territoriales.

Frente a dicho fenómeno, signado por determinaciones devenidas de las consecuencias espaciales de las decisiones de la economía global, este ensayo se propone analizar:

- 1- los cambios en la producción de la ciudad y lo urbano,
- 2- los cambios en los factores de control de la producción de la ciudad y lo urbano (es decir, aquello vinculado al rol político y técnico de la planificación y el planeamiento espacial, territorial, regional y urbano o local),
- 3- la crisis de la articulación entre producción y control de la ciudad y lo urbano,
- 4- las transformaciones que recibe el concepto de proyecto urbano en tanto unidad o módulo de producción de ciudad y lo urbano, y
- 5- las posibilidades que tendría el concepto de proyecto urbano para configurarse como nueva unidad o módulo de control de la producción de ciudad y lo urbano.



LONDON going out of TOWN. — or — The March of Bricks & Mortar. —

La marcha de los ladrillos y el mortero, grabado de George Cruikshank (1829). Curiosa hominización del avance de la ciudad sobre el campo: el ejército victorioso de los ladrillos despliega su lluvia de proyectiles sobre los abrumados hombres-árbol y un batallón de casas regulares envueltas en nubes de humo negro avanza sobre los campos devastados. Ésta era la imagen crítica de la urbanización de la revolución industrial, a caballo del ideal romántico de la naturaleza perdida y de la crítica engelsiana a la inhospitalidad de las nuevas ciudades.

1. Como consecuencia de haberse arribado a un momento del capitalismo avanzado caracterizable como de economía líquida, en tanto parecen maximizarse las alternativas para la circulación del capital, devienen cambios significativos en la producción de la ciudad y de lo urbano, que suponen primordialmente el virtual estallido de la ciudad. La ciudad se desgarrá territorialmente y en estructuras de red, como resultado del proceso sistemático y progresivo de incremento de la conectividad, no tanto —o no sólo— como interacción de áreas de centralidad relativa y/o de centros/*hinterlands* territoriales (que había instituido la figura de una economía de escala), sino como una hiper-multi-conectividad rizomática (o sea, no jerárquica o arbórea) que diluye o relativiza las formas territoriales escalares (como los centros o núcleos duros de actividades urbanas o los *hinterlands* o áreas regionales tensionadas por alguna correlación funcional escalar) instituyendo la figura de una economía de alcance. Ello estaría implicando la caída de importancia de la centralidad estratégica, lenta y gravitatoria ligada a la acumulación, que se trueca progresivamente en una centralidad táctica, fugaz u oportunista y relacional-atópica ligada a la conectividad relacional.

Las consecuencias espaciales —territoriales y urbanas— de este cambio son extremadamente significativas y conducentes a procesos rápidos (pero no necesariamente estables) de transformación de la funcionalidad territorial y de pérdida de significación económica y política de los típicos epicentros del paradigma gravitatorio de acumulación: las ciudades. La confrontación consecuente de un nuevo orden económico con un viejo orden político (ligado a las figuras estables de la acumulación larga: desde las estructuras nacionales a las estructuras urbanas municipales o locales) supone un nuevo escenario incluso en términos ideológicos. Un síntoma de esta conflictividad y reorganización de las ideologías políticas convencionales lo ejemplifica el discurso del candidato ultraconservador a la presidencia norteamericana, P. Buchanan, cuando propone confrontar políticamente las enormes presiones deslocalizadoras del nuevo orden económico, que según dicho político y periodista, generan altas tasas de desempleo y desequilibrios internos en las ciudades. Buchanan llegaba a afirmar que el hiperdesarrollo obtenido por la voluntad política de apertura mercantil implicaba un riesgo respecto de los intereses de aquella voluntad; o sea que la autonomía creciente del mundo económico monopólico se engullía a sus supuestos *paters* políticos. En esta argumentación parece intuirse la crítica a un exceso de liberalismo económico generador de un estatus de plutocracia virtualmente contrario a los principios del liberalismo político.



Ilustración que acompaña el artículo **La transformación de la Inglaterra rural**, en el periódico **Sunday Telegraph**, mayo 8, 1988. La gran mano —de la economía, del mercado, del estado?— coloca con extremo cuidado prolijas casas terminadas y sin ninguna violencia sobre un territorio que sigue connotado por su calidad natural, el orden de sus campos cultivados y sus ganados pacientes, sus bosques y setos vivos y el sol y buen clima. La utopía de la adecuación de lo urbano y lo rural sigue alimentando el imaginario británico.

El enfoque del líder derechista nord-italiano, U. Bossi, en su propósito constitutivo de un nuevo espacio político —*la Liga Lombarda*—, se orienta en la misma dirección de oposición a la libertad absoluta del movimiento de los flujos económico-financieros, en este caso para evitar eventuales subsidios a áreas de menor desarrollo: debiera haber una clase de poder político (intra o supranacional), parece decir Bossi, capaz de neutralizar la cuasi infinita capacidad de relocalización del capital. La condición reaccionaria del discurso del líder liguista radica en su egoísmo tendiente a neutralizar la posibilidad de que tal movimiento de capitales genere desarrollos fuera del ámbito de acumulación primaria de tales capitales, es decir, en las áreas de menor desarrollo del estado nacional italiano.

El desarrollo de las economías globales, originadas en epicentros decisionales urbanos, tiende a la producción (y no al consumo) en el sentido de generar bienes y servicios urbanos no situables en un estado social de necesidad ni programables en un estado político de organización. Los cambios tecnológicos posfordistas y su progresiva tendencia a segregar las decisiones locacionales

- 1- de la proximidad relativa a las fuentes de materias primas y/o de recursos energéticos,
- 2- de la oferta de mano de obra de baja y alta capacitación y
- 3- de la proximidad relativa a focos poblacionales de consumo, establecen un proceso que ayuda a la indiferenciación locacional de las actividades productivas.

De allí surge la transformación territorial como negocio o emprendimiento en sí y como base abierta y especulativa de desarrollos oportu-

nistas o actuaciones híbridas aptas para acoger alternativas productivas marcadas por el efecto competitivo de innovación.¹ La capacidad de innovación territorial es así muy alta y nada previsible de ventajas comparativas espaciales o preexistencias locacionales y urbanas. Los *technopoles*, por ejemplo, comienzan a afianzar un rol territorial no necesariamente ligado a los centros urbanos convencionales e incluso, en algunos casos como en las regiones del Véneto italiano o los West Midlands ingleses, los cambios productivos se basan en una fuerte dispersión territorial de la producción, incluso en base a unidades productivas de pequeño tamaño. En otros ejemplos, como la región de Prato (343 km², 230.000 habitantes) el desarrollo territorial dispersivo supone la organización de un sistema o red de miniemprendimientos productivos (14.500 empresas textiles) arborizados (700 núcleos primarios, 1.000 secundarios o partistas y 12.800 artesanales).

Se suele reconocer un primer estadio de desarrollo del vigente modo productivo hegemónico que da curso a lo que puede definirse como la urbanización capitalista convencional, como consecuencia de los procesos de acumulación y localización de excedentes, cuyas cualidades territoriales resultaron ser la estabilidad, la homogeneidad y la organización jerárquica de los asentamientos.

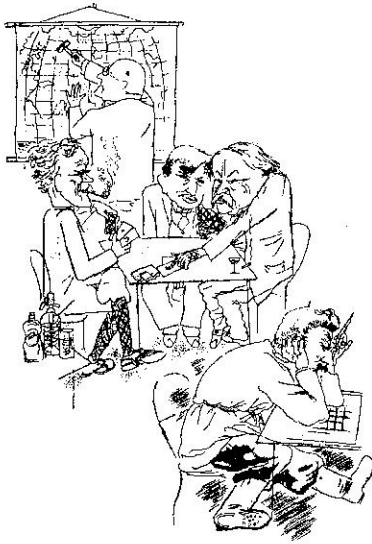
Un segundo estadio, subsiguiente y contemporáneo, suscita lo que suele entenderse como urbanización capitalista avanzada, que es consecuencia del régimen de acumulación flexible y la sobreacumulación subsiguiente, generadora de una alta capacidad de circulación de excedentes de capital financiero, cuyas cualidades territoriales –todavía bastante difusas– parecen ser la heterogeneidad y la dinámica de flujos resultantes de fenómenos de centralidad de atracción conectiva y ya no acumulativa.

En esta segunda fase del desarrollo del modo productivo capitalista es necesario advertir que la generación de excedentes de capital resulta del



*Hans Scharoun: proyecto para el monumento conmemorativo de Bismarck (llamado en su concurso **Torre de Bismarck**), 1910-11.*

La estética expresionista se formula una imagen ideal de metrópolis siguiendo la tradición de la sublimidad romántica. La ciudad –que simultáneamente Simmel identificada con la vida nerviosa– debía representarse y funcionalizarse a través de un sistema de espacios-ímagenes, de poderosa exigencia empática y espectacularización de lo cotidiano.



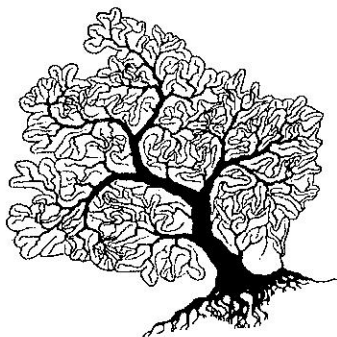
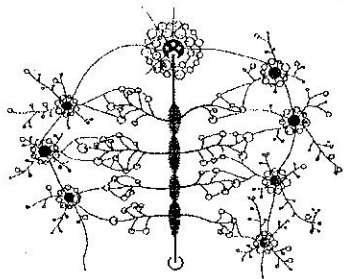
George Grosz, *Jugadores de cartas*, 1931. La corrosividad crítica de Grosz –un espectador de la decadencia de entreguerras– plantea en el singular escenario de los cafés berlineses la exasperación de lo lúdico, que va del juego de cartas al estratégico análisis del espacio del mundo. La ciudad empieza a aparecer como el lugar descentrado de la especulación y las apuestas que cambiarán las formas del mundo.

incremento constante del valor del cociente entre capital variable y capital fijo. Desde el punto de vista espacial, territorial o urbano, este proceso ofrece un cierto dualismo que debemos entender y criticar: la existencia de la sobreacumulación que detona la dispersión territorial de los escenarios posurbanos se vincula a la dramática caída de inversión en el capital fijo y consecuentemente a lo que J. O'Connor llama la *segunda* contradicción del capitalismo.²

En efecto, si Marx hablaba de una *primera* contradicción según la cual un exceso de capital generaría *una crisis en las relaciones de producción*, ahora podría visualizarse una segunda contradicción en la que un déficit de capital (fijo), dado en el incremento del cociente antes indicado, estaría motivando una *crisis en las condiciones de producción*, cuyo efecto principal resulta ser la llamada crisis de sustentabilidad, dada en la incapacidad de explotar racionalmente los recursos naturales no renovables y en el progresivo descontrol de reproducción de los recursos naturales renovables. Este doble proceso se liga a la creciente caída de inversión en el capital fijo. Según este razonamiento, los excedentes del régimen de acumulación flexible son algo así como un espejismo, o un estado peligrosamente coyuntural de esta fase de capitalismo, según el cual la hiperdinámica territorial del movimiento de capital no puede conjurar, a mediano plazo, la crisis de sustentabilidad, o sea la reposición elemental del capital fijo: los escenarios posurbanos podrían ligarse al táctico escamoteo de esa inevitable condición de crisis de escasez. Ciudades como Nueva York requieren

hoy día unos mil millones de dólares de inversión anual sólo para el mantenimiento de sus condiciones de producción: no para su desarrollo sino apenas para su mínimo evitamiento de caída en situación de obsolescencia irreversible, por ejemplo, de su infraestructura de agua potable.

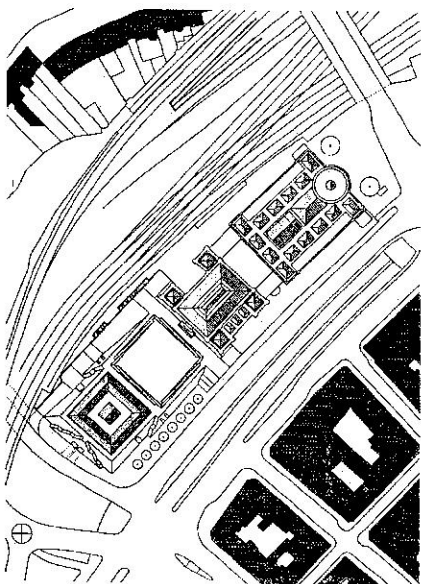
2. Los cambios comentados sobre la producción de la ciudad y de lo urbano –en tanto derivados, si se quiere, en la producción de una urbanidad conectiva y dispersa en lo territorial– conllevan cambios en el control de tal producción.³ Tradicionalmente, desde hace poco más de un siglo, dicho control estaba ejercido por la teoría y práctica del planeamiento (en tanto y sobre todo, sistemas prescriptivo-normativos de disposición de las actividades en los territorios: éste considerado en sus diversas escalas administrativas y de gestión, como la región o una jurisdicción específicamente urbana o bien, incluso, de parte de ella). El planeamiento –*planning*, y sobre todo, la sub-especie de la zonificación o identificación de áreas de homogeneidad o relativa heterogeneidad, *zoning*– fue antepuesto de un sistema prescriptivo previo, el urbanismo (*urbanisme* en la tradición francesa y *stadtbau* en la tradición germánica), del cual resulta en cierta manera tributario, aunque éste refuerza un nivel de normación o prescripción predominantemente morfológico (en las corrientes paisajísticas del arte de



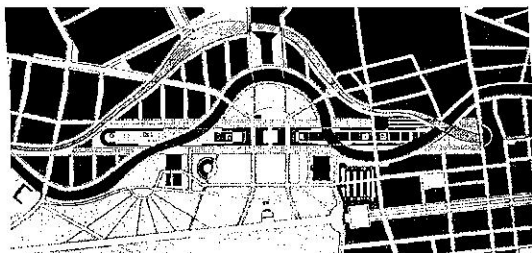
Rudolf Schwartz, dibujos, 1949: *Vía Láctea, banda industrial con complejos habitacionales, aldeas, ciudades y capital* (arriba); *venas y follaje* (abajo). Uno entre otros, del complejo bando de los organicistas/naturalistas/romántico-expresionistas, Schwartz, en la posguerra alemana, retoma la asociación entre ciudad y naturaleza, ya no desde una perspectiva meramente metafórica, sino recuperando el discurso heideggeriano acerca de una necesaria crítica y apartamiento de lo urbano inhóspito, para lo cual sólo sería posible intentar una nueva sociedad entre biología y funcionalidad organicista para la maquinaria urbana.

embellesiments urbanos de raigambre parisina) y/o morfo-tecnológico (en las corrientes ingenieriles alemanas orientadas al diseño de soportes o redes de infraestructuras duras). Las primeras expresiones de las prácticas planificadoras urbanas refuerzan su voluntad constitutiva de elementos de control del desarrollo urbano: sea en la organización de la expansión *periurbana* (con la larga tradición que va de los ensanches decimonónicos a las *garden-cities*, los suburbios habitacionales como los constituidos por las *siedlungs* de entreguerras, las *villes-nouvelles* francesas o las *new-towns* inglesas y norteamericanas) o en las intervenciones de recentralización (desde el plan parisino del prefecto Haussmann hasta los fragmentos renovadores y el *urban renewal* de los años '60 e incluso las prácticas de *gentrification* a antiguas áreas centrales de valor patrimonial social e inmobiliario).

El así llamado planeamiento urbano, como dispositivo de control, puede ser caracterizado como un arte de capturas, una búsqueda, a menudo aleatoria, de los criterios lógicos de localización de actividades en los territorios. Es evidente que el paradigma del planeamiento constituido en la segunda mitad de este siglo fue fuertemente connotado por las metáforas gravitatorias, provenientes de los modelos matemáticos astronómicos, en el sentido de suponer que las actividades territoriales tienden hacia un modelo ideal gravitatorio de disposición en el soporte territorial. De allí



O. W. Ungers, Nueva Intervención museística en la *Isla del Arte*, Hamburgo, 1996. Aquí la operación proyectual, en la tradición tipologista ungersiana, reconstruye la geometría y volumetría preexistentes de otros edificios museísticos previos (de arriba hacia abajo, respectivamente, proyectos de 1919 y 1869), reelaborando un fragmento de ciudad y restringiendo la nueva operación —un paralelepípedo de planta cuadrada de 36 metros de lado y 20 de altura, severamente reticulado en un módulo de 90 centímetros— a un alojamiento discreto y silencioso de nueva arquitectura en la ciudad preexistente.



Axel Schuites y Charlotte Frank, reorganización urbanística del Arco del Spree, Berlín, 1998. Dentro de la diversa arquitecturización de la Berlín recapitalizada —en todo sentido— y del programa de llenar los vacíos de la ciudad derruida, el proyecto del Arco testimonia la predilección por la reconstrucción de las geometrías urbanas y las trazas de la ciudad original, mediante una sutura sutil de espacios vacíos y llenos que reconduce al Spree a su condición de accidente de paisaje, es decir, objeto o material del proyecto, ya no expresión o predominio de su cualidad de naturaleza.

emergió una teoría de interpretación de esas hipótesis de equilibrio (que pudo desplegarse desde los modelos hiperteóricos de Christaller o Thünen hasta la organización espacial territorial de Isard o los modelos polarizados de Perroux) según la cual las fuerzas económicas —más o menos institucionalmente reguladas mediante el doble sistema de restricciones o normas/planes y estímulos o beneficios crediticios y/o fiscales— podían encontrar un locus territorial ideal y estable. El desarrollo del capitalismo avanzado ha puesto notoriamente en crisis estos dispositivos de control en términos generales, de la supuesta locacionalidad ideal territorial del capital y en términos específicos, de la lógica de producción de la ciudad.

La globalización de la circulación del capital financiero es como un aceite que fluye entre las rigideces sociales y culturales de las diferencias territoriales, de tal forma que de las mezclas de lo rígido-territorial y de lo fluyente-financiero surgen infinitas variaciones, por otra parte, aceleradas y oportunistas. En algunos casos estos procesos pueden resultar de alta relevancia en grandes espacios económicos como, por ejemplo, los proyectos de configuración de enlaces bioceánicos en varias latitudes sudamericanas (enlaces Maracaibo-Buenaventura, San Pablo-Lima, Bahía Blanca-Concepción, etc.) o las reestructuraciones territoriales devenidas de iniciativas de transformación espacial ligadas a movimientos significativos de capital público y privado, como el desarrollo del sistema de ciudades del Sunbelt americano (Los Angeles, Houston, Austin, Dallas, San Antonio, Atlanta, Miami), emergentes de la política de las *interstate freeways* de los años '50 o la conformación de vastas áreas especializadas-integradas en Europa, como el sistema del Randstadt holandés o el Ruhrgebiet alemán.

Los parámetros globales del rendimiento del capital globalizado (en el sentido de no sujeto a ninguna lógica preestablecida de localización gravitatoria) funcionan:

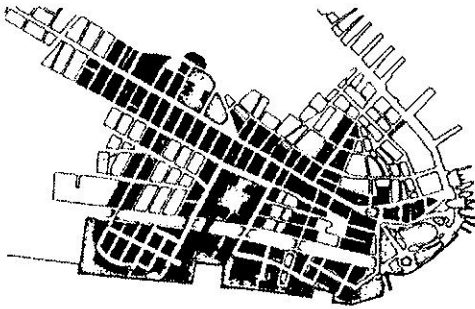
1- como los verdaderos medios de control de la experimentalidad en las

transformaciones territoriales (por encima de cualquier clase de control prescriptivo-normativo tradicional, como los cuerpos legales nacionales) y 2- como precondiciones de la competitividad urbana.

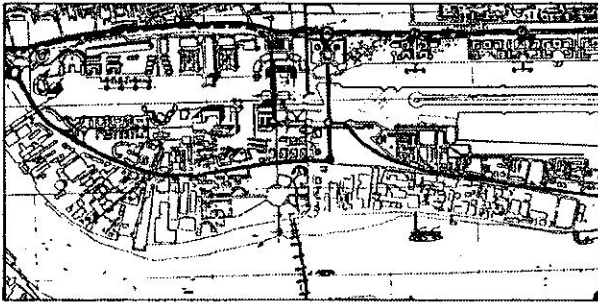
La capacidad de innovación territorial es muy alta y nada dependiente o previsible de ventajas comparativas espaciales y/o preexistencias urbanas. Así, puede entenderse que la última generación (última?) de dispositivos de planificación —la así llamada planificación estratégica, devenida doblemente del *planning* estratégico-militar y del *planning* empresarial— se haya tornado en un mecanismo de exploración y captura de las tendencias y apetencias de dicha movilidad del capital, internalizando en la toma de decisiones de un asentamiento cualquiera, las condiciones de competitividad impuestas en realidad por los movimientos experimentales del capital en el territorio. Un ejemplo notable de la aplicación del *strategic planning* para identificar oportunidades en el desarrollo de los procesos de circulación del capital lo configura el montaje del plan estratégico de Barcelona,⁴ cuando funda toda su estrategia de redesarrollo en el apoyo a la transformación de la economía urbana de un rol histórico dominante secundario al despliegue de un rol terciario avanzado, pasaje que reclamará un ajuste territorial de la escala al alcance (o de la concentración a la dispersión).

El supuesto acomodamiento adaptativo de la práctica y pensamiento urbano-arquitectónico a las nuevas circunstancias de producción urbana, dado en los conceptos de talante posmodernista de *city-collage*, plan de proyectos o ciudad de proyectos-fragmentos, tampoco parece resultar una respuesta adecuada a tales nuevas circunstancias. En efecto, los planes urbanos tipo *collage* no asumen adecuadamente las exigencias de hiperconectividad y flujo, no aceptan el marcado carácter contingente u oportunista de los desarrollos neo-inmobiliarios ni acomodan sus rasgos de estaticidad y marcada definición espacial y funcional de sus fronteras (los bordes del fragmento dentro del *collage* urbano) a tales exigencias. En cierta forma, ello explica o el fracaso o las contundentes maniobras de adaptación que tuvo que soportar la mayoría de los proyectos emblemáticos de la nueva generación de planes-proyecto, como los resonantes casos de Canary Wharf, Nova Icaria, Milano Due, Firenze-Novolli o Battery Park.

La ciudad (o sus procesos de producción) en esta fase ultracapitalista ha recaído en una forma de producción capaz de engendrar sus propios mecanismos de control, pero ahora tornados a formas de auto-control o de generación de modelos automórficos. Un similar proceso ha ocurrido en el campo de la tecnología que ha devenido en marcadamente autónoma de todo control social, político o cultural —en tanto, como contraparte, se



ideas para la reconversión de Manhattan basada en el aprovechamiento del **Waterfront** de Battery Park. Uno de los casos testigo del proceso de reactivación urbana basada en el concepto de **city-collage**, o desarrollo fragmentístico de áreas estratégicas –en este caso, un borde fluvial con usos ociosos susceptibles de tercerizarse– con capacidad replicante de reorganización de la estructura urbana, pero también con la posibilidad de exacerbar las discontinuidades urbanas y los procesos socio-culturales de la **gentrification**.



Londres, fragmento del programa Canary Wharf, de recuperación de infraestructuras portuarias en desuso del puerto de Londres. Como el caso de la ilustración precedente, uno de los ejemplos culminantes de las estrategias especulativas de la etapa de la **thatcher-reaganomics**, como operación de **cirugía reconstructiva urbana** y lanzamiento de nuevas ofertas basadas en propuestas terciarias, con baja intensidad de usos públicos tradicionales y escasa voluntad de recentralización urbana. La ciudad analizada y entendida como un **territorio de oportunidades**, en donde es posible organizar procesos de captación de rentas diferenciales aceleradas resultantes de los cambios de uso y la revalorización del suelo, a menudo obtenida con nuevas infraestructuras de financiamiento público.

instituye como fuertemente heterónoma del control económico-financiero-; por ejemplo en el caso de la evolución de los servomecanismos, la inteligencia artificial o los TTT, *things that think*, objetos que piensan. Ello se estaría manifestando en la internalización del control de lo urbano en la propia lógica de su producción, hegemonizada por las exigencias del movimiento oportunista del capital en su fase exacerbada de acumulación flexible y/o de minimización creciente de la inversión en capital fijo.⁵ El planeamiento estratégico, en tanto mecanismo decisorio pseudosocial-democrático (dado el encubrimiento de su innata característica de expresión de hegemonías en la lógica de movilización del capital), ha asumido bastante mejor que el *planning* de proyectos, el principio de éxito en la toma de decisiones en aspectos de producción de ciudad y ciudad-territorio, que es, sin duda, la obtención de la mejor instancia de competitividad, demostrada según la performance de la hiperconectividad.

3. La crisis del paradigma tradicional de la planificación (urbana y/o territorial) se da, entonces, en tanto imposibilidad de articular control y producción de lo urbano-territorial.

La economía emerge como cuestionadora de la eficacia y pertinencia de la planificación, no sólo al seno del propio movimiento de la economía (no hay ejemplo más nítido del fracaso de la planificación que en el caso de la planificación económica y básicamente de la planificación económica pública, demasiado tensada a supeditar sus decisiones de inversión, cada vez más magras, como subsistema del movimiento de la economía privada multinacional) sino también y sobre todo, respecto de la planificación espacial (regional, urbana, local).

La planificación espacial convencional o gravitatoria es considerada como demasiado lenta respecto de la velocidad del movimiento de los flujos económico-financieros, sobre todo por sus rigideces en sus sistemas de información o base de datos y de toma de decisiones. A esto se une la programada obsolescencia y crisis del sector público.

Por otra parte, existe un proceso de redemocratización de las sociedades urbanas que tiene varias características críticas de este fenómeno general de cambios en la producción de la ciudad y de caída de los dispositivos de control, así como, inversamente, otras características funcionales a tal fenómeno.

Una característica crítica nítida es la emergencia de un paradigma alternativo a la planificación burocrática, dado en el desarrollo de formas de gestión participativa. El paradigma de la gestión aparece como fundado en:

1- la organización de la participación de los agentes sociales implicados en las transformaciones urbanas y territoriales,

2- la formulación de una crítica a la falta de transparencia del proceso de producción de ciudad y de lo urbano y

3- la asunción de un rol más bien ocupado de la mitigación de los problemas antes que de la decisión en los procesos.

Como condición consecuente de las características apuntadas aparece un nuevo debate sobre la esencia de lo local. ¿Qué es lo local? Tradicionalmente es el grado de identidad de pertenencia a una estructura social profunda (la comunidad o *gemeinschaft*) —no a la estructura social instrumentalista (la sociedad o *gesellschaft*)— la convención endógena de establecer cierres a la posible mutación brusca de esa comunidad y el acuerdo geopolítico de articular comunidad y locus territorial. Sin embargo, contemporáneamente lo local se re-presentaría como la maximización de la participación en los beneficios de la productividad posurbana: es decir, en participar, en alguna forma, de las nuevas instancias de la economía de alcance que vienen a convertir a las ciudades no ya en polos gravitatorios de concentración/acumulación sino en focos atractores de flujos pos-gravitatorios.

Posiblemente estemos de cara a un momento histórico que presenta la modalidad del fin del plan. Sin plan y ante la necesaria prosecución de un orden que proponga condiciones mínimas de anti-entropía, reemerge la figura del proyecto urbano: proyecto como unidad de producción de lo urbano y proyecto como instancia posible de control; proyecto sintético-productivo y proyecto analítico-crítico.

4. El proyecto urbano se presenta como una respuesta a las necesidades o exigencias de la esfera de la producción de la ciudad y lo urbano, incluso transformando radicalmente muchos de sus principios y procedimientos: en ese sentido es que se podría hablar de un fin del modelo del proyecto urbano albertiano.

Una característica peculiar de este momento histórico del despliegue del instrumento *proyecto urbano* es la caída de importancia de las categorías funcionales y de las inmanencias tipológicas. También, correlativamente, pierden significación las variables ligadas a la geometría y a la morfología urbana, en tanto los procesos contextualistas de morfogénesis que habían sido uno de los componentes de los marcos prescriptivo-regulatorios de los dispositivos de control de la producción urbana, reducen su sentido y relevancia.

Entre las tentativas de acomodo de los proyectos urbanos a las nuevas condiciones de la producción contemporánea de lo urbano, destacan los criterios de los contenedores híbridos y de los *fashion buildings*.⁶ Se trata de conceptos marcadamente indeterminados y flexibles para acoger las variaciones funcionales de demanda, los cambios de uso más o menos rápidos y para adaptarse a las necesidades de anomia locacional apta para los movimientos teóricos del capital para la generación de rentas diferenciales rápidas e imprevisibles. De allí que esta generación de conceptos proyectuales reelabore el carácter cerrado o rígido de los fragmentos urbanos tipo *enclosure* o de fronteras nítidas.

Otras características del pensamiento proyectual proactivo de cara a las necesidades de la actual fase de desarrollo de las economías urbanas son las que se contienen en los conceptos de *terrain vagues e infill*. Los *terrain vagues*⁷ suponen el descubrimiento, casi dadaísta —en el sentido de verdaderos *objets trouvés* urbanos—, de vacíos urbanos, espacios neutros o intersticiales, residuos de las diferentes formas de ocupación e infraestructuración de las ciudades y, a la vez, áreas con un potencial estético ligado a las *bad forms*, el minimalismo o la trasposición de estéticas conceptualistas a la recalificación de estos remanentes de espacios. La técnica del *infill* supone el ejercitar conductas de relleno y suturado de los agujeros negros o retazos inútiles de la ciudad, mediante operaciones que competen a una voluntad casi de horror *vacui* urbano, ciertamente emparentable con la conducta medieval de saturar extremadamente la ocupación de los burgos de intramuros.

Por otra parte, destaca en esta instancia del desarrollo de proyectos urbanos convergentes con las demandas del nuevo cuadro de la producción de la ciudad y su dispersión territorial, el despliegue de experimentos conducentes a la generación de topologías conectivas; es decir, a proyectar la forma de los canales de flujo que hiperdeterminan las actuales tendencias a la dispersividad urbana en vastas configuraciones territoriales.

5. Pero existe otra posible consideración de la vigencia actual del concepto de proyecto urbano que es la ligada a su potencial función crítico-analítica en tanto dispositivo de control de la producción urbana. Un antecedente de esta postura, ciertamente cercana a una característica utópica, es el caso de la llamada resistencia anti-industrial generada en la Escuela de Arquitectura de La Cambre de Bruselas, bajo la dirección de M. Culot en los años '70.⁸

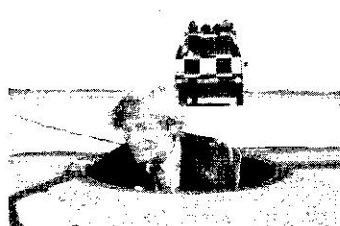
Para algunos autores los procesos de transformación urbana de Berlín están regulados por una supuesta existencia socio-cultural de un cierto estatus de control estético de los cambios: emerge así una suerte de acom-

pañamiento a la ética de lo políticamente correcto, en la vía de la estética de lo formalmente correcto.

Las posibilidades de un control social implícito en los dispositivos proyectuales puede relacionarse con los cambios de la arquitectura social, en lo referente al desarrollo de los procesos participativos de transformaciones urbanas (como el proceso de *Design by community* o el método *take part*, ambos de USA⁹), el peso creciente de los movimientos sociales urbanos (como los fenómenos de los *squatters*), la relevancia progresiva de acciones de urbanismo étnico (o poscolonial como lo designa J. Jacobs en su último libro¹⁰) o el estudio crítico (como los trabajos de M. Augé sobre los no-lugares¹¹) o positivo (como las investigaciones de N. García Canclini sobre la etnodiversidad urbana mexicana¹²) de las nuevas configuraciones urbanas de transformación de las viejas entidades del espacio público. La necesidad de imaginar procesos proyectuales de tipo narrativo que superen el tradicional sesgo de lo que llama procesos proyectuales lineales es asimismo propuesta por R. Sennet como forma posible de institución de nuevos medios de control en la producción de lo urbano.

Dentro de esta postura posempirista y poshermenéutica se inscribe el postulado del cineasta W. Wenders, cuando propone un urbanismo que se proponga construir relatos, ya que la inquietud frente al mapa sólo se resuelve trazando itinerarios: un itinerario o vector experiencial constituiría el equivalente tópico de la narración. Precisamente Sennet estaría preconizando, junto a cierto pensamiento fenomenologista (por ejemplo en las posturas de Koolhaas o Tschumi) la necesidad de conducir el proyecto a la función de control de producción de lo urbano, en lugar de control de producción de la ciudad.¹³

En otro plano, el proceso de expansión territorial de lo urbano abre una perspectiva de confrontación ligada a los postulados de la sustentabilidad



Escena del **film** de Win Wenders, **Tan lejos y tan cerca**. La ciudad wendersiana es el territorio paradójico de la anulación de la subjetividad y la exasperación del camino itinerante, del derrotero como experiencia, perdida ya toda posibilidad de estancia y acogimiento. Irrealidad del sujeto urbano, ausencia de naturaleza (y de los antiguos o modernos órdenes culturales) y vida maquínica, son nuevas condiciones de esta experiencia estética, pero también posibilidades de estrategias proyectuales alternativas, con predominio de la narratividad sobre la medida, del flujo o devenires sobre las topologías.

ambiental territorial (Agenda Local 21,¹⁴ biorregionalismo,¹⁵ *ecological footprints*,¹⁶ etc.). El movimiento de los flujos del capital hacia la indeterminación territorial o la pérdida de la focalidad concentratoria de lo urbano, sugiere la posibilidad de debatir tal lógica en torno de una idea de proyecto crítico basado en el paradigma ambiental y relacionado con los datos de la frágil sustentabilidad territorial para soportar tal expansión. La idea de expandir territorialmente la acumulación flexible minimizando el valor del capital fijo (en este caso, de los recursos naturales territoriales) puede presentar el verdadero talón de Aquiles de esta ilusión desarrollista diferencial y posurbana y de allí, recuperar la función crítica del pensamiento y práctica proyectual.

Notas

¹ Existen muchas interpretaciones de los cambios tecno-productivos y económicos recientes en relación con sus efectos territoriales. Para el caso europeo es interesante la compilación realizada por Tosi, A.: A. Cardia (ed.): *Il Territorio dell'innovazione*, Editorial F. Angeli, Milán, 1987. En esta antología –en que figuran ensayos de D. Miller, P. Veltz, M. Savy y J. Van Kerchove– se recoge el debate en algunos países europeos como Francia, Italia y Gran Bretaña, y se analizan los efectos reterritoriales de la dispersión productiva en nuevas figuras como los *science parks* o las *entreprise agências* así como los posibles efectos de neo-concentración devenidos del desarrollo de los *polos de innovación R+D*.

² O'Connor, J.: "Las condiciones de producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica", ensayo en revista *Ecología Política*, 1, Barcelona, 1990.

³ Un análisis sugestivo de este proceso de cambios económico-territoriales y de sus efectos urbanos figura en el ensayo de Zaera Polo, A.: "Orden out chaos (The material organization of advanced capitalism)", editado en inglés en la revista *Architectural Design*, 64, 3-4, Londres, 1994.

⁴ *Plan Estratégico Económico y Social Barcelona 2000*, Ayuntamiento de Barcelona, 1990.

⁵ Una interpretación de las relaciones de las nuevas tecnologías con los nuevos espacios territoriales y urbanos puede verse en Winner, L.: "Viviendo en el espacio electrónico", ensayo editado en el número monográfico de la revista *Anthropos*, 94, 5, dedicado a la *Filosofía de la Tecnología*, Barcelona, 1989.

⁶ Existe un resumen teórico y práctico de estas conceptualizaciones en los textos de Sprechmann, T.; Capandeguy, D.: *Montevideo: entre el cambio competitivo y el posicionamiento marginal* y Abalos, I.; Herreros, J.: *La piel frágil*, ambos para dar marco al *Seminario Taller Contenedores Híbridos* que se realizó en Montevideo, Uruguay, 1997. Todas estas referencias constan en la revista *Dominó*, 2, Montevideo, 1998.

⁷ Véase el artículo de Morales, J.: "Terrain vague", en *Quaderns*, 214, Barcelona, 1996.

⁸ Culot, M.: "The Cambre School of Architecture and anti-industrial resistance", artículo y resumen de las propuestas proyectuales en revista *Lotus International*, 21, Milán, 1978.

⁹ Véase el número monográfico "Design by community", de la revista *Process*, 3, Tokio, 1978.

¹⁰ Jacobs, J.: *Edge of Empire. Postcolonialism and the city*, op. cit. nota 37.

¹¹ Augé, M.: *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, op. cit. nota 41. Sólo los antropólogos, devenidos en analistas urbanos, parecen dar cuenta de algunas transformaciones naturales de la vida urbana, como las de la expansión de una pseudovida social en ámbitos orientados al movimiento continuo, la despersonalización y enmudecimiento y la caída del concepto *heideggeriano* de morada o locus, como en el caso de los *shoppings centers* o las aeroestaciones.

¹² García Canclini, N.: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, op. cit. nota 42. A la integración global—el *glocalize* o la *ciudad global*—se le opondría (o mejor, se le yuxtapondría) la dispersión espacial, la *ciudad sin mapa*.

¹³ Sennet, R. propone su criterio de actuación narrativa en los procesos de análisis y producción de lo urbano en su libro *La conciencia del ojo*, op. cit. nota 6. La voluntad de reformular la planificación desde el control de la producción de la forma/función ciudad en

el territorio al control de la producción de lo urbano/territorial se verifica en algunos productos más o menos renovadores de la planificación metropolitana como en el caso de las propuestas de la *Regional Plan Association* para Nueva York. Véase el texto de Yaro, R.; Hiss, T: *A región at risk. The third regional plan for the New York-New Jersey-Connecticut metropolitan area*, Editorial Island Press, Washington, 1996. En esa propuesta se enfatiza el despliegue de cinco estrategias o campañas de acción (*campaigns*): la tutela verde (*greensward*), la centralidad, la movilidad, la laboralidad y la gobernabilidad. El soporte principal de la propuesta de gestión es la identificación de procesos de optimización (*campaigns*) que neutralicen factores negativos y apoyen fuerzas positivas en los cursos de las transformaciones de lo urbano.

¹⁴ ICLEI, *The Local Agenda 21 Planning Guide*, op. cit. nota 61.

¹⁵ Sale, R.: *Dwellers in the land. The bioregional vision*, op. cit. nota 51.

¹⁶ Rees, W.: *Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out*, op. cit. nota 29.

Ensayo 3

La crisis de la ciudad pública

Una de las facetas de la posmodernidad –entendible así, como la cancelación de la utopía moderna– es la decadencia de la idea de ciudad pública, de la espacialidad colectiva, no privada y no lucrada. Hostigada por el mercado, la virtualidad mediática e informacional y las luchas privadas por la supervivencia derivadas de lo que Viviane Forrester¹ llamó el *horror económico* de la caída sistemática del orden social del empleo más o menos estable, la ciudad, ese viejo artefacto hecho receptáculo de la burguesía a partir del Renacimiento y la desecularización, parecen perder su condición esencial: lo que hacía de la forma *urbs* la función *civitas*, según la teoría romana, consumada mucho más adelante que en la propia capitalidad romana, nada más que puro imperio y emporio.² La premonitoria fantaciencia de Georges Orwell y su teoría del *big brother* supuso la reencarnación de la ciudadanía en info-ciudadanía o pura pertenencia a una espacialidad mediática;³ frente a ella, para tranquilidad del mercado, es conveniente reducir la exposición pública del ex ciudadano sólo a instancias susceptibles de mercantilización: *shopping* en lugar de plaza, encuesta en lugar de movilización callejera, fila en la caja telemática del supermarket en lugar de regateo, video en lugar de cine-lugar, repetición televisiva infinita y científica del gol en lugar de presencia directa en el estadio, etc.

De la ciudad tópica, de lugares-recuerdos y propietarios emocionales, a

provee el entusiasmo del antropólogo que por primera vez encuentra que los nuevos ritos y una desenfadada tribalidad están en las ciudades, en su México por ejemplo, o en el espacio de fusión de esos neo-lugares como Tijuana y el esperpéntico cine del chicano Robert Rodríguez. Todo bien, la decadencia –o la podredumbre que Carlos Monsivais dice que el siempre-drogado William Burroughs situaba en México DF– tiene su estética. Neobarroca, redundante, sobrecargada y desde luego, más populista que el minimalismo de gabinetes universitarios de crítica literaria: sirve para montar las módicas alegorías que cuatro veces al año (¿recuerdo laico de las fiestas de guardar o evocación de los *tempos* revolucionarios?) nos proporcionan los *shoppings* de nuestras ciudades (pájaros y hojas otoñales, muérdagos y estrellas navideñas, etc.). Desde luego, se puede hacer crítica cultural (si Adorno y Benjamín vivieran...) o hasta teoría política (Sloterdijk, Habermas & co.) de esta sobremodernidad ultraurbana y pasteurizada de *locus comunnis*, de espacio social; de estos escenarios hechos pura representación y teatro en el neo-idealista festín de alegorías que para exacerbar la condición de intercambio o de mercado *ha desvanecido lo sólido en el aire* (Marx según Marshall Berman), ha convertido lo duro en blando, las mercancías en fetiches, los productos en servicios, el metálico en plástico, el ser-estar en tener-circular, la acción en espectáculo, la ciudad pública en ciudad privada... Pero detengámonos aquí para pensar la ciudad desde la arquitectura, o más, desde el saber crítico-proyectual que ésta pudo acumular históricamente. En el capítulo siguiente de este libro propongo analizar la decadencia (o permanencia y validez) del concepto de contextualismo, como socio-históricamente legítimo modo de otorgar heteronomía a la arquitectura, en tanto ésta deba deducirse de la ciudad (no tanto o no sólo como geometría, como diría Remo Bodei, como geometría moral). Una buena inyección de modestia, artesanía y oficio sería útil para que las micro-prácticas del proyecto arquitectónico se acumularan urbanamente según la disciplina socializable y enseñable de saber leer el contexto, entender la ciudad como un idioma y hablarlo desde múltiples registros, como la módica praxis del pequeño proyecto de arquitectura. Ahora, complementariamente, intentaría lo inverso: ¿qué le puede dar –críticamente– la arquitectura a este proceso posmoderno de decadencia de lo público?

¿Puede, la arquitectura, en este fárrago de discursos de economistas, políticos, culturólogos y estetas de lo urbano-metropolitano-globalizado-informalizado, decir algo?... Decir algo que no sea la pura y dócil contribución marginal-proyectual al festival de decadencia, como el aporte de torres emblemáticas en Kuala Lumpur, el relleno de los residuos urbanos

que los ingenieros viales no pudieron saturar bajo el piadoso concepto de *terrain vague*, o la delicada colección de museos sin nada adentro, actuales perlas de las municipales coronas de todo político que se precie... Tampoco me parece necesario reivindicar el papel cosmetológico que la arquitectura —a través de sus primeras espadas— hace y hará de los procesos de ex-centración y re-periferización o de lo que los sociólogos llaman gentrificación (lavado de sangre de algunos viejos fragmentos urbanos para reconvertirlos, en su centralidad/diferencialidad en nuevas y muy lucrativas *commodities* inmobiliarias: Battery Park, Milano Due, Nova Icaria, Puerto Madero, Canary Wharf, etc.).⁶

Dejando así de lado los muy respetables temas de la insustentabilidad urbana (o su cancerígena dependencia de recursos y servicios ambientales, cada vez más caros o inalcanzables),⁷ la crisis de representatividad de la gobernabilidad global y local, la proliferación de la ilegalidad, insustentabilidad social y el selvático vive como puedas (que incluye desde la neotribalización hasta la multiplicación de la delincuencia urbana; uno de cada siete cariocas es, técnicamente, un delincuente) o el incremento geométrico de las deseconomías urbanas aglomerativas (Nueva York necesita mil millones de dólares al año sólo para reponer y mantener la infraestructura física que se desgasta), lo que sigue es un pequeño registro de notas que comenta unos pocos episodios de arquitectura en ciudades, intentando desentrañar tanto algunas claves teórico-históricas del proceso de la modernidad urbana y algunas salidas o aportaciones de intervenciones arquitectónicas que ofrezcan, al menos fragmentariamente —o aún, desde una mera instancia crítica— posibilidades, si no para revertir este declive cultural de lo público (y del hombre público, diría Richard Sennet⁸) al menos para resistir con alguna dignidad.

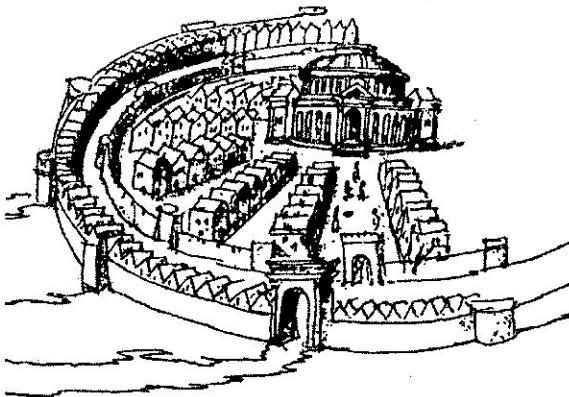
1. La recuperación humanista de la ciudad implica una fuerte reestructuración del cerrado privatismo medieval —con su ideal de vida monástica, de limitada o calculada exposición— a un tipo de secularización que supone la creación de una idea de ciudad dominada por el espacio público: esto, que había empezado en la ciudad tardofeudal, con la conformación de los burgos de artesanos y comerciantes y una cierta especialización del espacio público urbano (plazas del mercado y de la catedral, etc., como quedará sancionado en las ciudades planificadas como son las *bastides* del sur francés o la ciudad ideal manualizada por el cura valenciano Francisco de Eiximenis⁹); sin embargo, resultará consagrado en la idea renacentista de ciudad, por caso, en el tratadismo albertiano o en la renovación de la representación pictórica de las historias bíblicas: las flagelaciones, crucifixiones o natividades que redu-

cen el tono sacro del episodio y exaltan su rediscursividad actualizada como hecho público de ciudad (incluso con personajes reales que juegan teatralmente, un pequeño papel en el relato evangélico) pero sobre todo, imaginando un envoltorio de ciudad que preanuncia, en la desecularización y en la emergencia del hombre público, la creación de una espacialidad cuya valoración se acentuará mediante el recurso de referenciación al repertorio de la clasicidad. Quizá sea la Flagelación pintada por Piero della Francesca para los Montefeltro de Urbino (y hoy instalada en el Palacio Ducal de esa ciudad) uno de los muchos ejemplos de esta voluntad representativa compleja del mediano Renacimiento, quien mejor expresa este proceso de recuperación de la ciudad pública, proponiendo la temática del drama bíblico en un contexto urbano y social contemporáneo y atreviéndose a jugar todos los discursos (bíblico-teológico, histórico-político y estético-urbano) en una única pieza discursiva.¹⁰

2. Si la teoría renacentista de la ciudad se saturó de un ideal utópico —por ejemplo, en Francisco De Giorgio o Antonio Aventino—, el concepto arquitectónico de tallar el espeso tejido medieval preexistente para producir espacio público tuvo poca fortuna práctica en el siglo XV (diríase que queda, por fuera de la imaginación pictórico-perspectíva, limitado a las proposiciones proyectuales de las *loggias brunelleschianas* y a la estructuración modular de sus iglesias florentinas), pero encontraría resonancia —a favor de otras posibilidades políticas y económicas, como el virtual nacimiento de la idea de renta urbana diferencial—, en el momento barroco, sobre todo en las cortes poderosas, como en el París de Turgot y Luis XV o en la Roma del Papa Chigi, Alejandro VI, el de la Roma de madera, esa enorme maqueta frente a la que cada mañana discutía asuntos de estado. Ahora la idea de abrir espacios públicos, más o menos áulicos y ceremoniales o con propósitos propagandísticos, cobraría fuerza y la arquitectura, como en la Place Royal o en la Piazza Spagna, empieza a utilizarse como planos bidimensionales que organizan un espacio público de recualificación de la ciudad, pero también susceptibles de engendrar valores diferenciales organizadores de lo que iba a disponerse detrás de esos enormes telones o diafragmas articuladores de lo privado y lo público. De todo eso habla con enorme erudición, Manfredo Tafuri en su libro póstumo, *Sobre el Renacimiento. Principios, ciudades, arquitectos*,¹¹ básicamente relativizando la autonomía de la nueva producción arquitectónica respecto de una densa urdimbre de exigencias que sólo parecen enunciar las condiciones de complejidad de los nuevos escenarios urbanos, tensados por una voluntad política o pública.

Las *London Acts* de 1660 o el París haussmanniano de 1870 usarían y optimizarían esta idea de organización de la ciudad, según la cual la renta y la función diferenciales de lo urbano debían organizarse detrás de la homogeneidad de esa espacialidad pública. También el Central Park neoyorquino de 1857 —que Frederick Law Olmsted había copiado del Birkenhead Park proyectado en Liverpool hacia 1844, por el jardinero Joseph Paxton, que luego propondría, en 1851, el primer *shopping* moderno, el Crystal Palace— maneja esta idea de producir grandes espacios públicos que iban a generar buenas rentas con las arquitecturas que los forrasen. Es cierto que está presente aquí un primer efecto de la idea capitalista de ciudad, pero... qué sano resulta, a la luz de la evolución (?) posterior, ese incipiente capitalismo, capaz de invertir en ciudad pública de usos gratuitos y sociales.

3. Las ciudades americanas —campamentos o *ciudades sin nombre* las llamará Héctor Murena,¹² carentes de rituales fundadores— son meros repartimientos de tierras, cuadrículas que devolvían suelo a los capitalistas que financiaban la empresa colonizadora-urbanizadora-catequizadora. Estas puras máquinas de rendimiento —las Leyes de Indias son el primer tratado codificador de urbanizaciones rentísticas-capitalistas, con sus lotes mínimos, sus reservas ejidales o su calificación y tipificación de los usos del suelo territorial— fueron reproducidas ampliamente en la mayor operación urbanizadora de la historia (más de 1.000 ciudades en la órbita hispana, 200 en la lusitana y un centenar en la franco-inglesa del norte americano) y tardíamente debieron ser rediseñadas acogiendo a algunas virtudes del



De los croquis de ciudades ideales de Fra Giocondo se desprende la ratificación de la ortodoxa interpretación renacentista del urbanismo atribuido a Vitruvio, con la forma regular, la traza circular de puertas y murallas y la organización tipológica de las viviendas-taller repetitivas. La voluntad ideológica renacentista le agrega el alineamiento rectilíneo de los frentes de vivienda, la pretensión de espacios generosos para las calles —que la realidad medieval había negado en mérito a la escasez de tierra intramuros— y la idea de un centro denso, un contra-foro, en este caso ocupado por el ideal templo de planta central, acogido a las prescripciones de tratadistas como Leonardo o Scamozzi.

embellesiment preconizado por el urbanismo parisino pos-haussmanniano. Virtudes aptas para las necesidades representativas del republicanismo liberal pero también para motorizar el pasaje del capital agrario al urbano inmobiliario. En rigor, los desarrollos europeos posteriores a Haussmann que hicieron ver la necesidad de organizar el incipiente capitalismo urbano y que dieron origen a un saber técnico especializado, el urbanismo, se multiplicaron genéricamente en esta primera etapa de globalización que presenció, por ejemplo, el inicio de trabajos de técnicos europeos en América, como el caso de las obras ingenieriles de Eiffel o los proyectos urbanos de los arquitectos Unwin y Parker —los proyectistas de las ciudades jardín inglesas desarrolladas por Howard— en San Pablo, Brasil. De allí la llegada de una cierta idea de ciudad pública —de boulevards y jardines— en los proyectos americanos de Agache, Bouvard, Rotival, Wegenstein, Prost, Lambert, Forestier, Brunner¹³ además de la continua importancia de entidades formativas como el caso del Instituto de Urbanismo de París, donde estudiaron urbanistas como Pereira Passos o Della Paollera entre otros, bajo el influjo de M. Poete o M. Sorre. Así, el significado de los planes urbanos de los urbanistas de origen francés antes citados no debe remitirse a una pura voluntad de dotación de *embellesiments*, sino más profundamente a una primera interpretación y acompañamiento normativo de las incipientes exigencias y necesidades del incipiente capitalismo rentístico urbano.

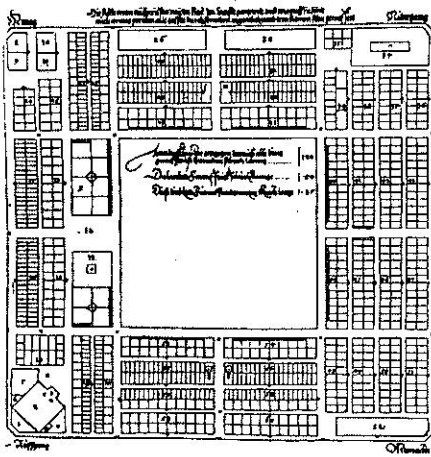
4. Quizá la ciudad moderna por antonomasia sea la ciudad resultante de la revolución industrial y de los cambios energéticos, de la movilidad y de la producción. Receptáculo de la diatriba de Engels o de Mumford, motivo indirecto de las utopías urbanas de Geddes y Howard y el surgimiento de la idea de ciudad jardín como frustrada respuesta al auge de la movilidad individual y a la apetencia norteamericana de una especie de *landlord* urbano periférico, también es el inicio del fin de la generosidad pública del espacio; y parafraseando al Benjamin de la reproducibilidad técnica, el de la muerte —si cabe la comparación que, en todo caso, merecería una investigación *ad-hoc*— del *aura pública* de la ciudad y sus *locus*.¹⁴ Inicio además de la homogeneidad o de la pérdida de las identidades socio-paisajísticas y de una estética de esa pérdida de calidad, como se verá en el futurismo italiano —en los textos de Marinetti o en las pinturas de Balla—, en las nostalgias tardorománticas de la perdida época de *flânerie* reivindicada por Baudelaire, Poe o Proust, en los entusiasmos de la nueva imaginería soviética constructivista de Tchernikov y sus 101 fantasías y hasta en la poética minimalista de la mirada ingenua de Hopper o de la introspección meta-

física de De Chirico y Sironi: la degradación de la ciudad pública de tres siglos de amable burguesía se retrata en la aparente estetización positiva de una representación de la miseria de la periferia industrializada. Es importante señalar que coincidentemente con el malestar ético acerca de la ciudad emergente de la industria, preconizado por los filósofos y sociólogos de principios de siglo (fundamentalmente, G. Simmel¹⁵), aparece, en cierto sentido, un bienestar estético resultante del entusiasmo que el nuevo paisaje deshumanizado provee a los artistas futuristas y en términos generales a los representantes de las primeras vanguardias abstractas¹⁶ (Kandinsky, Leger, Duchamp, Picabia, Braque, Klee, etc.). En algunas de estas aproximaciones estéticas, preferentemente aquellas que tematizan la in-humanidad del paisaje periférico urbano —Balla, Sironi, Sheeler, Hopper, etc.—, podría decirse que comienza el inicio de la valoración consolatoria del detritus urbano que luego se fortalecerá como estética dominante de cierta posmodernidad ya planteada tan sólo como contemplación y representación de esa ciudad desprovista de calidad pública (la literatura desde Carver y Ashbery a Coupland y Shepard, el cine de Wenders y Jarmusch, la poesía de Burroughs y Ginsberg dentro de la estética de viaje tan cultivada por Kerouac en los 60 y ahora en pleno *remake*, etc.).

5. Si la modernidad es, a la vez, la decadencia estructural de la vida social urbana y la del florecimiento vanguardista de productos ética y estéticamente nuevos (entre ellos, los de la arquitectura heroica), el proceso de este desarrollo resultará eficazmente representado por los nuevos medios como el cine. El expresionismo de Murnau o de Lang, el neo-realismo sucio de Rosellini o de Carné, mostrarán esa tensión entre contextos urbanos degradados (pero extremadamente potentes en su discursividad estética) y productos vanguardistas, selectos, diferenciales y propicios para el consumo privado. El nuevo arte del siglo —o su expresión más verdadera en términos de su potencialidad re-presentativa, como le adjudicará Benjamin—, el cine, se revela como capaz ya no de evocar como fragancia proustiana el recuerdo o *deja vu* de una situación dada o vivida, sino, sobre todo, para anticipar las condiciones de producción de nueva realidad. Ya sea por la vía de la exposición casi didáctica del modo de producción de la cosa moderna abstracta —como lo propone el cine de Eisenstein respecto del montaje—, ya sea por la capacidad de representación de estructuras de espacialidad y sistemas estéticos urbanos como se viabilizará doblemente en la versión moderna de la sublimidad romántica (el cine expresionista urbano ejemplarmente verificado en *Metrópolis* de Lang, incluso con la potencialidad de presentación de simulacros urbanos o dis-

cursos de utopía) o en la reelaboración del realismo flaubertiano en las múltiples avenidas estéticas del neo-realismo, desde las obras italianas de Rosellini y De Sica hasta el cine negro francés, uno de cuyos puntos culminantes será *El Muelle de las Brumas* de Carné, en los '40. Si el cine de los '40 supone, desde su función representativa, un fuerte fundamento estético del cual devendrán ideas de ciudad (como, por otra parte, también ocurrirá con las historietas o la iconografía futurista de los comics), un lento desplazamiento que tendrá como fenómenos significativos films como *Blade Runner* o *Brazil* y, sobre todo, la potencia ideológico-urbana del grupo Disney, al cabo de medio siglo invertirá la relación; ahora se comienza a presenciar un modelo hipermediático por el cual se pudo completamente pasar del momento en que el cine y el *comic* imitaban a la realidad urbana, a la situación contrapuesta. M. Augé dirá a este respecto y refiriéndose a la reciente encomienda del reacondicionamiento urbano de Manhattan a los arquitectos del grupo Disney, lo siguiente: *Lo increíble es que Ciudad Gótica y Metrópolis* –los territorios ficticios de Batman y Superman– fueron tomadas del modelo de Manhattan. Ahora la ciudad fantástica del comic viene a instalarse en la realidad: se trata de un círculo en espiral. La ciudad real toma como modelo la ficción. También se habla de que Disney iba a remodelar en Central Park.¹⁷ Hace unos diez años editorialistas de *Architectural Design*, entonces con cierto afán provocativo, decían que la última gran novedad en materia de diseño urbano innovativo era el complejo Disney-world en Florida, afirmación que ahora roza una absoluta seriedad. El mismo Augé dice, en referencia al Eurodisney europeo, que los paquetes turísticos que lo ofrecen como producto agregan como opción la visita de un día a... París. En un estudio crítico de M. Davis sobre Los Angeles¹⁸ se cuenta el caso del desmantelamiento casi absoluto de las áreas verdes destinadas a viñedos en el *hinterland* de Los Angeles: uno de los últimos casos ocurrió a manos de la empresa Disney quien se propone desarrollar en esos territorios un parque temático que reconstruirá, de un modo virtual, la historia del paisaje local. Así los viejos viñedos reales serán sustituidos, entre otras cosas, por un holograma de... viñedos. Por estos mismos motivos, resulta comprensible que el otrora cuentista de *science-fiction*, R. Bradbury, haya devenido en ensayista socio-urbano y consultor de las empresas Disney, como lo revelan sus recientes libros serios, dedicados a verificar cómo sus ficciones ahora forman parte del mundo real (hecho virtualidad).¹⁹

6. El concepto de periferia contendrá una cualidad equivalente: seducción en su minimalismo escueto –por ejemplo en la estética de Pasolini o

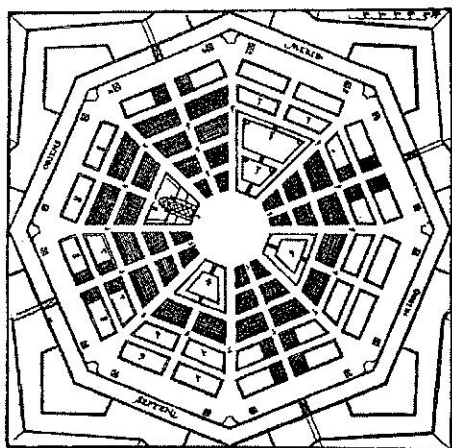


La ciudad ideal de Albrecht Dürero recoge otras tradiciones, incluso orientales y romanas, sobre la ciudad damero, de centro vacío –o gran plaza pública– y disposición orbital de los monumentos principales del trazado (palacio, templo, mercado), a lo que se agrega hasta un límite geométrico –no fortificado– un trazado parcelario que recoge la tradición del rendimiento medieval, de lotes angostos, fondos exiguos y largos alineamientos de manzanas rectangulares que se recoge, por ejemplo, en la traza de New Amsterdam (luego New York). Las ideas durerianas se aplicaron rápidamente, por ejemplo en Fredenstadt, burgo de la Selva Negra trazado a comienzos del XVI y atribuido al cosmógrafo Speckle.

en la fotografía de Paolo Monti– y territorio para el experimento proyectual de los bloques residenciales imaginados para una nada urbana, como el barrio QT8 milanés y la tarea de arquitectos de voluntad pro-socialista como Piero Bottoni. El neorealismo italiano, particularmente elocuente en las fotos de Monti o en la filmografía sesentista de Pasolini (y también en su literatura de la marginalidad), ha potenciado la calidad estético-sociológica de la vida periférica, ligada a la construcción de una especie de picaresca de la supervivencia, de la cual ha emergido una cierta esperanza política típica del socialismo real de esos años. Lentamente esa mirada apologética –que también podrá encontrarse en la etapa desarrollista-populista de la ciudad latinoamericana de esos años– se transformó en puro discurso esteticista decadente, que en definitiva convergerá en la visión desencantada del minimalismo acrítico de los personajes de Generación X, en el acuñamiento del concepto cínico de los *terrain vagues* o en el desarrollo del llamado realismo sucio o contextualismo negativista, tal cual lo tematizaron con diverso énfasis tanto Solá Morales²⁰ como Liane Lefavre.²¹ En todo el transcurso de las ideas urbano-arquitectónicas, desde la inmediata posguerra europea hasta la situación de los primeros '90, la noción de periferia tuvo un valor experimental bastante significativo que sin embargo no pudo alcanzar su calificación en términos de performance socio-cultural calificada: el inexorable declive de los *siedlungs weimarianos* hacia las soluciones sociales de los polígonos hispanos o los barrios marginales europeos (desde el *Gallaratese* rossiano hasta los proyectos de Nouvel como el *Neumausus* en Nimes) testimonia esta incapacidad arquitectóni-

ca de dar forma al mundo urbano periférico, que concluirá en caldo de cultivo de la multiétnicidad violenta o aún, del inicio de las experiencias de los *squatters* urbanos de los '80 y '90.

7. La autonomía de la arquitectura moderna —respecto de la ciudad industrial, que ha perdido su aura pública que también era reminiscencia de burguesía, como lo valoraba Tessenow, tanto en sus múltiples proyectos de vivienda individual como en su significativa incursión en las *siedlungs* en el caso de Hellerau—, conquistada en el vacío urbano de la periferia, implicó la tentación utópica de una socialidad socializante que iba a nutrir en los nuevos programas arquitectónicos (el club obrero, la fábrica sana, las oficinas humanizadas, las *unités d'habitation*, etc.) la ausencia de ciudad, como en el acuñamiento de la utopía de la arquitectura-ciudad, con su componente de caricatura de vida urbana al interior de un mini-organismo espacialmente complejo y efímeramente sucedáneo de la ciudad decimonónica denostada, pero imposible de ser reemplazada, dados los fracasos de la ciudad lineal de Milutin, la Magnitogorsk de la legión extranjera comandada por Hannes Meyer (que tampoco obtiene redención o triunfos en el México cardenista) o las ciudades corbusieranas. Ahora, a la luz de esa tentativa interrumpida de sustituir vida social con complejidad arquitectónica, las grandes estructuras remanentes —como el colosal proyecto para el Ministerio de la Industria en Kharkov, diseñado por un equipo de oscuros burócratas de estado comandados por Y. Seráfimov— subsisten como una especie de arqueología del siglo XX, con una fuerte seducción por la estética de su formulación (que, por ejemplo, había reelaborado el



De las varias trazas de ciudades del suave Speckle destaca esta traza ideal que intenta conciliar algunas ideas durerianas de centro vacío y edificios principales orbitando tal centro con las influencias renacentistas de plantas poligonales de geometría central, presumiblemente ligadas a ideas devenidas de los ingenieros de fortificaciones: es el espeso trazado de los bastiones lo que reconstruye un exterior cuadrangular para esta propuesta.

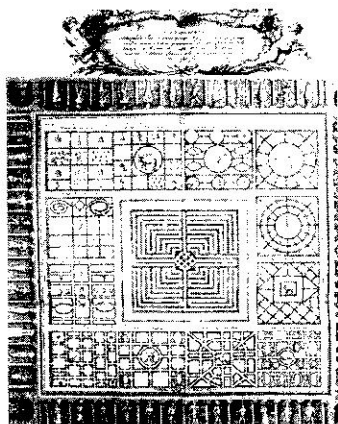
tema de los rascacielos horizontales de El Lissitzky en la proposición de un sistema de edificios-puente que trababa entre sí las torres de oficina y creaba la ilusión de una estructura urbana al plantear una suerte de cuadrícula de relaciones espaciales más o menos semejante a la que en el suelo suponía el damero de las calles) y la potencia de haber pretendido sustituir en las soluciones puramente arquitectónicas, las características de espacio público que hasta entonces se cifraban en la idea pública de ciudad. Dicho sea de paso, es curioso advertir que casi todos los arquitectos imbuidos de la fe leninista –desde los constructivistas auténticos, como Guinzburg o Leonidov hasta los racionalistas paneuropeos como Lurçat, May, Meyer o Stam, incluso Le Corbusier– parecían desconfiar de la calidad pública de la ciudad histórica (¿por su entidad burguesa?). Buscaron infructuosamente de reemplazarla mediante una complejización de la nueva arquitectura pro-urbana, que intentaba internalizar los elementos que hasta entonces habían sido propios de la vida social urbana (calle, plaza, interrelación de funciones diversas que en la ciudad se presentaban de manera aislada, condensadores sociales o receptáculos teóricos de otra clase renovada de convivencia social, techos-jardín, gimnasios públicos, comedores y cocinas comunes, clubes populares, etc.). Se podría decir que en la intensidad ideológica del intento de proponer una arquitectura más social, se perdió de vista el potencial de entidad pública de la ciudad histórica que en cualquier caso, denostada por su cualidad formal, fue incomprendida en la polisemia e hipertelia que le conferían sus usuarios, la gente común. La pretensión de una arquitectura más social significó pagar el precio de la incompreensión y descalificación de la calidad pública de la ciudad existente y ese cálculo, si se quiere, se instrumentó cargando de un potencial alegórico (devenido de la ciudad que se cuestionaba como una totalidad falsa) a los nuevos objetos proyectuales, cuya novedad fue así el contenido de alegoría de la ciudad que se objetaba, antes que una verdadera y radical transformación semántica, funcional-tipológica y tecnológica.

8. La multiplicación de los panes de la modernidad –desde la voluntad del inmueble-*type* que en su repetitividad ejemplarizadora sería susceptible de construir ciudad hasta la opción inversa de una arquitectura-ciudad tendiente a expandir la complejidad de un organismo arquitectónico mediante la incorporación más bien alegórica de elementos o cualidades urbanas– pudo haber supuesto la posibilidad de una cosmovisión teórica y técnica que en los dorados '60 y '70 hizo prever la posibilidad de una ciudad moderna meramente resultante de la acumulación afortunada y consciente de aquellas dos formas de proyectar componentes arquitecturales

(inmuebles-*type* aptos para cualquier función que lentamente se iban a desustanciar en el cauteloso concepto de contenedores, y arquitecturas-ciudad, de la cual a finales de los '60, el edificio canadiense de Place Bonaventure fue una especie de nave insigna, un lugar vagamente hotelero sobre un cruce subterráneo de *metros* y *parkings* en el que uno podía, teóricamente, quedarse a vivir toda la vida). También en esta época terminó de extinguirse la supuesta modernidad distinta de la primavera soviética que había intentado, bajo Lenin, unir ética y estética nuevas y que había inventado, como veíamos en la nota anterior, los más celebrados artefactos de arquitectura y ciudad. La calidad estética de algunas propuestas servía de todas formas para renovar la tendencia extrovertida del hábitat de interés social dominado por el modelo de los inmuebles-*type* (desde los *monoblocks* más o menos corbusieranos, o sea más o menos dependientes de las *unités d'habitation* hasta las cintas a lo Candilis y Bakema que intentaban colonizar infructuosamente las periferias) para, en base a esos motivos de puentes y geometrías trabadas, renovar en el paradigmático caso de Buenos Aires, las interminables tramas barriales de casa chorizo de baja densidad como en el caso del conjunto de la calle Rioja, pleno barrio de San Cristóbal, proyectado por el equipo de Justo Solsona a principios de los '70. De todas formas, podría decirse que la actividad proyectual urbanística de esa época —de la que se puede referir ejemplarmente la llamada arquitectura de los councils del laborismo inglés: las arquitecturas municipales de Bennett, las obras de los Smithson, Lyon-Israel-Ellis, Lasdun y el primer período de la sociedad Stirling-Gowan— quizá con un dejo de utopía, supuso el mayor esfuerzo de confluencia de la arquitectura con la restauración de la calidad pública urbana. Todo el concepto ligado a la complejización de la relación interior/exterior del artefacto arquitectónico (que devino en la proposición de unas envolventes de profunda estratificación o de una espesa proposición de mediaciones entre lo público y lo privado en base a espacios intermedios de tipo semipúblico) o la idea de la diversificación de los espacios abiertos por fuera de la clásica característica del par calle-plaza, fueron esfuerzos sesentistas reconocibles aunque, asimismo, en muchos casos, fallidos. Diríase que la estratificación profunda de las envolventes arquitectónicas se cancela como consecuencia de la evolución de la presión mercantil en la definición de los objetos arquitectónicos, presión cuya consecuencia proyectual será la definición precisa de los bordes y la búsqueda de una economía espacial y formal que obtura la posibilidad de dispendio de los sistemas de espacios transicionales: de una cualidad esponjosa los edificios mutarán a una condición cristalina (que implicará tanto la dureza como la pérdida de trans-

parencia). Y la complejidad del espacio público también fracasa por una especie de crisis de identidad del usuario/propietario: frente al avance de las delimitaciones de las cosas transables, las mercancías concretas y virtuales, esos espacios inciertos se transforman en tierra de nadie y serán profundamente devaluados en nombre de la seguridad, de la pérdida del sentido de pertenencia a un grupo comunitario básico, etc.

9. Contra lo que parece haber pensado al final de su vida un Le Corbusier bastante amargado por la incompreensión que supuestamente había sufrido en América Latina (y en USA también, habida cuenta de la sustracción que Harrison-Abramovitz le habrían proferido cuando el proyecto del edificio de las Naciones Unidas), sus ideas urbanísticas tuvieron demasiado éxito, por ejemplo en Bogotá o en Buenos Aires, donde su plan de 1940 fue algo más —con su centenar de dibujos técnicos y sus manuales de instrucciones para proyectar una supermanzana o diseñar las 7 vías— que las clásicas viñetas que en el viaje del 29 le dedicó a San Pablo, Río o Montevideo. El salvaje reduccionismo corbusierano —una recentralización disuelta en media docena de grandes arquitecturas cada una para albergar una función dominante: cultura, negocios, gobierno, universidad, esparcimiento, industria, etc., una arácnida red de autopistas que enlazaban el supercentro fragmentado con tres ciudades-satélite armadas como un bosque de torres cruciformes en medio del verdor de las plantas libres, un arrasamiento del frente portuario— no sólo orientó la ulterior relación arquitectura-ciudad porteña (el planeamiento de subcentros y de modelos ultramóviles de ciudades arteriales, la emergencia de ciudades dormitorio como el barrio de Belgrano: una densa colección de torres de vaga reminiscencia corbusierana). Impuso la ideología del plan de proyectos, la ciudad-palimpsesto, el *puzzle* que luego sería algo cínica pero eficazmente teorizado en el *City Collage*, de Colin Rowe y bajo cuyo imperio teórico desde luego, todavía estamos. Vincular la reductiva práctica proyectual urbanística de Le Corbusier con las teorías consolatorias de la ciudad *collage* que hoy atraviesa casi todas las postulaciones del tipo plan de proyectos, implica rastrear una vía un tanto soslayada del curso de la modernidad en su tránsito a la decadencia del espacio público. La crítica feroz de Le Corbusier a la ciudad histórica sólo se entendió, historiográficamente, como una condición necesaria de la evolución estética y una necesidad inherente a despojar al objeto arquitectónico vanguardista del lastre de su contextualización urbana imbricada, pesada, cargada de imposibilidades para evidenciar el potencial propio de un objeto exento (por ejemplo, demostrativo de la capacidad de operar proyectualmente al menos con 5 planos



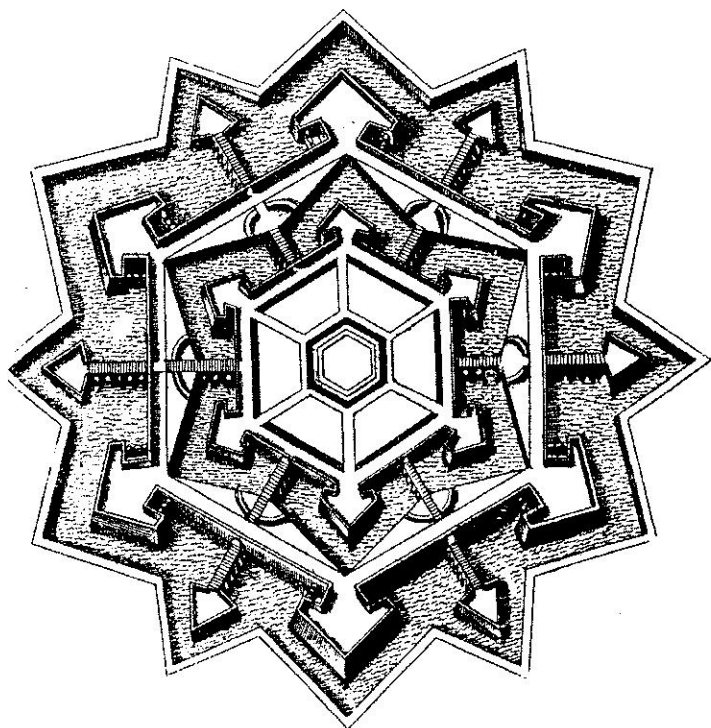
La ciudad ideal de planta cuadrada, según el jesuita Athanasius Kircher —uno de los grandes eruditos manieristas vaticanos— debe remitirse a lo que designó el laberinto egipcio, en uno de lo grabados que se incluyen en su *Turrus Babel*. Este desarrollo kircheriano enlaza con costumbres habituales de arquitectos de la orden jesuítica, como J. B. Villalpando quien entre 1596 y 1604 desarrolló su versión ideal del Templo de Salomón, según la visión del profeta Ezequiel descrita en el Vitruvio y que a la sazón ejercería influencia en las primeras trazas que Juan Bautista de Toledo propone para la mole escorialense. El proyecto kircheriano se inspira en los laberintos del Lago Mareotis, cerca de Alejandría, obra según nuestro autor más audaz y compleja que las pirámides y que conjuga una traza que alberga los 12 nombres o barrios de sacerdotes. Esta figura —laberinto central y los 12 cuadrados interiores— también servía para aludir alegóricamente a las 12 tribus israelitas y, además, a las interpretaciones cabalistas zodiacales.

neutros, las 5 fachadas del *object-type* ideal corbusierano).

Para obtener esa potencialidad proyectual individual, y al contrario del temperamento albertiano —de una paciente y modesta talladura de los supuestamente informes espacios de la ciudad medieval—, Corbusier propone arrasar la ciudad preexistente, ya desde su temprano proyecto para el Marais parisino. Es probable que la extensión del pensamiento corbusierano a la remodelación absoluta de la forma urbana fuera una exigencia resultante de su programa arquitectónico vanguardista. Pero lo cierto es que su potencial de fragmentación de aquella ciudad resultó ser extremadamente funcional a las necesidades de redefinición de las unidades de renta o mercancías urbanas que empieza a formular el pujante capitalismo urbano de posguerra. De allí el éxito de los planes de proyecto o la virtual idea de una ciudad Frankenstein, avalada sobre todo por el subrayado de las diferencias entre sus partes (tanto para alojar los marginales como por sobre todo, para establecer los términos de renta diferencial, ambas cuestiones derivables de la lógica de la mercancía).²²

10. Investigadores y proyectistas del Politécnico de Milán —a quienes hay que reconocerles una de las más tenaces posturas teóricas acerca de pensar la ciudad desde la arquitectura, amparada no sólo en los trabajos de Aldo Rossi y Giorgio Grassi, sino también en una de las pocas maneras posmodernas de seguir siendo de izquierdas— organizaron en 1995, bajo la coordinación de Antonio Monestiroli, una muestra que se llamó, después de varias dubitaciones, *Il Centro Altrove* —que podría traducirse como otro centro o el centro en otro lugar— y que convocaba, mediante la reflexión proyectual sobre 5 ciudades (Milán, Barcelona, Berlín, Nuevas York

y Buenos Aires), a discutir la noción de periferia. Me tocó participar del comité ejecutivo y coordinar la presentación de Buenos Aires y en ambas tareas pude ensayar, por así decirlo, el estado límite de la capacidad de la arquitectura –como disciplina– de pensarse en tanto posibilidad de pensar la ciudad. La muestra y el voluminoso libro resultante²³ podrían ser vistos como un vasto ejercicio de verificación de las hipótesis rowianas, matizadas por una genéricamente común actitud progresista de todos nosotros, en tanto dirfase críticos de los procesos genéricos del desarrollo del capitalismo urbano: es como si se intentara verificar si el modelo de plan de proyectos o el concepto de *city collage* tuviera alguna posibilidad positiva de utilización al margen, e incluso en contra, de su funcionalidad respecto de las exigencias y necesidades del capital inmobiliario del terciario avanzado. Algunos temas y proyectos de aquella experiencia –como un trabajo de rediseño del frente fluvial de Buenos Aires realizado por el taller de Justo Solsona, siguiendo bastante nítidamente el proceso de proyectación urbanística inaugurado por Le Corbusier– se inspiran en la tentativa optimista de proyectar fragmentos calificados de ciudad. La sensación general de nuestra intervención en la investigación, la muestra y el libro citados fue, por una parte, la necesidad de reconocer la vigencia del modelo del plan de proyectos –el programa de experimentación proyectual que dejó formulado, como decíamos, bastante salvajemente sin estudios o *surveys* básicos, Le Corbusier en el '40– y por otra, que el límite teórico de reflexión arquitectónica sobre la ciudad parecía coincidir con la voluntad de controlar algunos de esos fragmentos pero que ya no podía teorizarse el *pattern global*, el *puzzle* resultante, la ciudad fragmentada de pedazos diferentes y nuevas fronteras. Para el caso de Buenos Aires, el grupo participante (básicamente arquitectos activos como tales y a la vez docentes de la Universidad, junto a grupos de estudiantes) imaginaba proyectar pedazos (buenos pedazos, muy arquitecturizados) en las diversas fronteras de una periferia difusa: la del frente del río, la de la cintura vial de la avenida General Paz, la de una endeble constelación de pequeños microcentros que bordean la metrópoli a unos 50 kilómetros de su centro, la de las partes blandas o poco estructuradas y laxas de los intersticios de los dedos que organizan la estructura tentáculo-radial del área metropolitana bonaerense, la de las áreas naturales vírgenes o muy poco antropizadas como el Delta o los bajos al noreste del corredor sur Buenos Aires-La Plata, etc. Los trabajos que se prepararon para Barcelona y en Milán sugerían que pasaba algo parecido –con más chances de construir fragmentos de ciudad en Barcelona– en el sentido de colonizar fragmentaria y arquitectónicamente diversas periferias o externidades de las ciudades hechas; en Berlín la con-



Otro erudito característico del período de transición renacentista-barroco fue el médico y polígrafo inglés Robert Fludd, amigo de Harvey –el descubridor de la circulación de la sangre– y autor de una significativa enciclopedia taxonómica del micro y macrocosmos, que contiene, entre muchas incursiones acerca la arquitectura y ciudad ideales, esta versión de fortificación perfecta, atribuida a un alemán y que debería su grado de perfección a su simetría de mandala y las 12 puntas alusivas del plano zodiacal.

quista se daba por la ocupación de los grandes vacíos centrales (lo periférico era el vacío físico urbano, como podría pensarse en cierto sentido, en San Pablo) y en Nueva York lo que se proponía era una resocialización del espacio edilicio existente, una especie de conducción de las dispersas fuerzas multiétnicas hacia la apropiación y reacondicionamiento de tejidos barriales (lo periférico eran barrios muertos susceptibles de ser reconquistados y vitalizados por las nuevas tribus urbanas de negros, chicanos, portorriquenses, *yonquis*, *rappers*, *squatters*, etc.). Lo significativo de este vasto conjunto de diversos experimentos proyectuales era que permitía establecer un cierto margen comparativo para ciudades representativas de la condición contemporánea, y a la vez, proponer ciertos límites o constricciones para un programa de desarrollo arquitectónico de diferentes contextos de no-ciudad (desde el concepto de periferia exógena o interfase ciudad/campo e intersticios no urbanizados de las ciudades hasta el de periferia endógena o vacíos centrales) en los que volvían a aparecer, con diferentes encuadres, los problemas de la reconstrucción de la calidad social o pública de las ciudades y sus limitaciones actuales, tanto arquitectónicas como extra-arquitectónicas.

11. A contramano de la modernidad, en el período autoritario de entreguerras (aquí la distinción ideológica no funciona: hay una idea autoritaria de ciudad en Stalin y en Roosevelt, en Mussolini e Hitler y en el Frente Socialista de León Blum, en los proto-izquierdistas populistas Prestes y Cárdenas y en el conservadurismo popular de Perón, etc.), podríamos ubicar el último coletazo del urbanismo abarrocado expresivo del poder. Ahí aparece —por cierto lejana u opuesta a la filosofía proyectual del racionalismo moderno— la última dotación de espacios públicos: la Piazza Venezia y el fallido intento de rediseño de los foros romanos, los Nuevos Ministerios madrileños, el área parisina de Chaillot y, en el caso argentino, el Monumento a la Bandera en Rosario de Angel Guido tardíamente completado en 1956, o el conjunto de las Ramblas de Mar del Plata que Alejandro Bustillo proyecta en 1942, cuando todavía no se había digerido la recepción del plan de Le Corbusier. Composiciones áulicas y reminiscencias explícitamente clasicistas, aunque parece caracterizar esta generación de espacialidad pública, una postura antifuncional, ornamental-paisajística solamente explicable en términos de necesidades de representación. Las cuestiones puestas en juego merecen una reflexión: la arquitectura pública de mediados de este siglo remite a programas explícitamente antimodernos y respondería a apetencias de fuerte connotación simbólica, las iniciativas se fundan en decisiones autoritarias sin demasia-

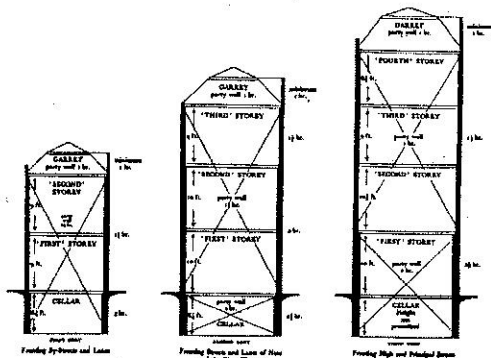
dos debates ni justificaciones claras sobre las inversiones, el pensamiento moderno se interesa poco en esta supuesta oportunidad (que en cualquier caso, como en el Terragni de los proyectos mussolinianos romanos le obligaron a no poca reclusión del lenguaje abstracto racionalista y a distintas operaciones de genuflexión política), los proyectos se mueven en el sentido de confirmar y resemantizar las centralidades existentes, etc. Digamos que esfuerzos posteriores —como el centro de la Brasilia de Kubitschek (más que de Costa-Niemeyer) o el Museo de Antropología de Pedro Ramírez Vázquez en la capital mexicana— debieron garantizar su efectividad público-simbólica apelando a semejantes desustancializaciones del ideario proyectual racionalista. Sin embargo, lo que queremos apuntar en esta nota puede resultar un tanto inquietante: la última fase programática de organización de espacios públicos urbanos centrales parece ser una consecuencia de la existencia de Estados fuertes (por no decir, autoritarios) y de sus necesidades simbólicas representacionales, que dicha generación de proyectos pareció estar alejada del fragor de debates democráticos y que, finalmente, la apelación a un repertorio clasicista no sólo parece aludir a demandas estético-ideológicas de los promotores sino complementariamente, a una marcada ausencia de protagonismo del pensamiento y prácticas moderno-racional-funcionalista. Esto último, casi como connotando una asunción por parte de sus protagonistas, de un destino utópico en los discursos vanguardistas urbanos.

12. Después de la segunda guerra —y por fuera de algunos coletazos estatales-clasicistas como la remodelación del centro de Le Havre conferida al vetusto Augusto Perret—, toda espacialidad pública urbana tendrá que pensarse en términos de mercado y rentas urbanas, valores del suelo y limitada capacidad (¿y falta de interés?) estatal. Sólo así se explica el inaudito valor que intelectuales como Gian Carlo Decarlo le conferirán al mediocre proyecto del Quincy Market que Benjamin Thompson desarrolla para el célebre *developer* James Rouse en Boston.²⁴ Es cierto que después del arrasamiento del centro de Boston, en una de las primeras manifestaciones del *urban renewal*, el urbanismo de los *bulldozers*, la reivindicación de un área originaria fundacional y la voluntad de mantener su forma (aunque no su esencia funcional primigenia), este trabajo parece ser un acto verdaderamente heroico. Pero también debemos resaltar que puso en marcha la generación de espacios pseudo-públicos por la que un nuevo desarrollo del capitalismo urbano nos intenta convencer de su altruismo histórico-espacial en la conversión de algunos fragmentos urbanos en *shoppings* de altísimas rentas (recordemos proyectos como el Patio Bullrich

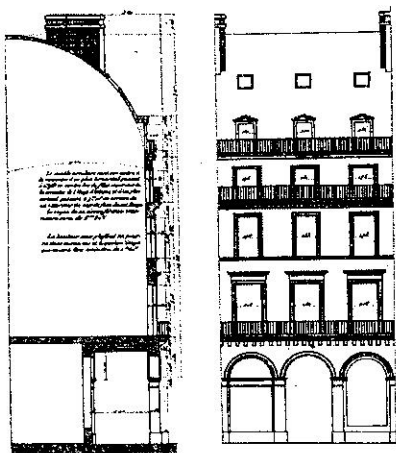
en Buenos Aires o Punta Carretas en Montevideo, y en términos más generales, proposiciones de reciclaje de fragmentos propios de arqueologías industriales como en los casos de la Fábrica de chocolates Ghirardelli en San Francisco o el Molino Stucky en Venecia).

13. En medio del relativo fracaso de una gran arquitectura pro-urbana —entre programas clasicistas de estados fuertes, presiones del mercado (por fuera del cual, como decía el iracundo vienés Karl Kraus en 1920, sólo queda el arte, es decir, el desorden) y apología del *fragmentismo collagístico*— puede reemerger el criterio de las pequeñas dosis de actuaciones de calificación de lo urbano. En rigor, si bien esta teoría pudo haber sido reposicionada por el influyente discurso de Christopher Alexander en los '70, cuando edita su trilogía proponedora de un urbanismo participativo en base al método de los *patterns*,²⁵ se trata de imitar el proceso de acumulación micro-fenómica de la ciudad histórica, que es la única que, a lo largo del tiempo, puede exhibir un tratamiento de lo urbano que retoma el horror *vacuii* medieval en el sentido que cada centímetro de espacio público está pensado, diseñado e incluso resuelto de manera casi manufacta. Cualquier rincón de viejas ciudades europeas —Oxford, Split, Porto, Segovia, Perugia, Chartres, etc.— está repleto de este intervencionismo de pequeñas dosis. El método propuesto por Alexander, teñido del entusiasmo provisto por la psicología conductista reivindicada por Skinner, será el usar esa masa de experiencia espacial como una suerte de enciclopedia proyectual neoiluminista susceptible de intentar resolver el problema del proyecto urbano como una elaboración discursiva en la que el sistema de *patterns* operase como un lenguaje.

Ahora, sería deseable que esos procesos, que en aquellas ciudades tar-



La estrategia de la reconstrucción londinense ulterior al gran incendio de 1666 fue, por fuera del desarrollo del plan de iglesias de Wren —que debía reconstruir la identidad barrial de las áreas centrales— una estricta disposición de frentes y alturas de los edificios según tres tipologías repetitivas y sólo diferenciables en altura, según se dispusiera la nueva obra, de menor a mayor, sobre calles y plazuelas en general, sobre calles y plazuelas de *nota* y sobre el Támesis, y sobre calles *altas y principales* (respectivamente, 18, 29 y 38 pies). Las *Buildings Acts* de 1774 confirman la disposición general de un siglo antes y ratifican este criterio de organización de la ciudad que casi llega hasta hoy.



En el París napoleónico, la regulación que Percier et Fontaine, arquitectos de corte, proponen para un breve y ejemplar tramo de la Rue de Rivoli, frontal al Louvre, indica una voluntad regulatoria de la forma urbana deducida de la repetición de criterios arquitectónicos estrictos y repetitivos (la forma de la mansarda, la altura y aventanamiento del bloque construido, la continuidad del plano frontal, las arquerías y galerías del paso peatonal sobre la calle, etc.).

daron cuatro o cinco siglos, se resolvieran más aceleradamente y para ello haría falta una especie de contrato social entre políticos urbanos, diseñadores y usuarios: ésta es, básicamente, la propuesta que exhibirán las teorías de Y. Friedman.²⁶

En USA el modelo del *design by community*²⁷ propone esta multiplicación descentralizada y participativa capaz de generar, acumulativamente, una densificación de la calidad de entorno público, como lo podría ejemplificar una serie de pequeñas y medianas intervenciones de Rogelio Salmons en el centro de Bogotá, alrededor de su proyecto de Museo de Arte Contemporáneo (puente peatonal, paisajismo vegetal, gráfica, bancos de descanso y otro amoblamiento urbano, etc.: en rigor, construcción micro de una especie de *pattern* en el sentido alexandrino, o sea referido a lo que está en el aire, alrededor del núcleo duro de las arquitecturas). Otro caso significativo de esta voluntad de espesamiento de la calidad pública urbana, por vía de dar curso a las demandas y potencialidades de los grupos locales, consta en la antología arriba citada del *design by community* como el rediseño participativo de la escuela Takoma, en Washington, o el proyecto y construcción comunitaria de una plaza pública —el llamado Proyecto Wey— en Los Angeles, un complejo y ecléctico redesarrollo de uno de los tradicionales playones secos típicos de las ciudades americanas.

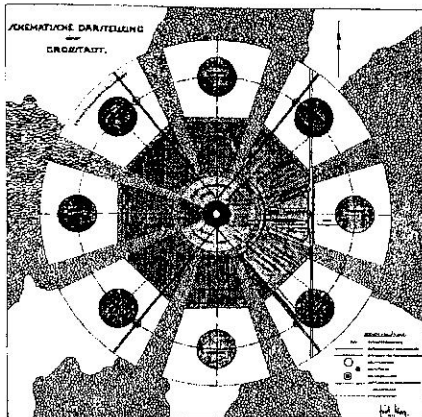
14. Pero, en realidad, lo que más parece representar la modalidad habitual de relacionamiento arquitectura-ciudad, estaría dado por una acumulación no tan discreta e intrascendente de pequeños pero valiosos gestos

microproyectuales, sino la reedición de una idea urbana albertiana, donde el vacío urbano es muy abstracto, casi metafísico y dependiente de los telones urbanos proporcionados por las arquitecturas monumentales. Las plazas de los Angeles y de les Caramelles, cerca del Convento de la Caridad, en Barcelona, son un buen ejemplo, en tanto espacio neutro y muy dependiente de la fuerza del entorno neo-monumental circundante (con las obras de Meier, Piñon-Viaplana, Cirici, Clotet-Paricio). Desde luego, dicho esto, en el contexto de la mejor *performance* de arquitecturización de la ciudad de los últimos años, que es la de la Barcelona olímpica y *maragalliana*, con una colección singular de intervenciones urbanas destacables (como las plazas de la Mercé, de Can Robacols, de la Sedeta, el Jardín de la Industria, el Paseo Picasso, etc.).

15. La idea de intervención recalificadora de las áreas y tejidos urbanos en base a una operación arquitectónica destinada a remozar el concepto de espacio público (la vieja noción de plaza o parque urbano) encuentra un punto de inflexión en la teorización reciente de la arquitectura, con el Parque de la Villette. No sólo por el debate suscitado en el concurso —por ejemplo, con la muy polémica propuesta de Rem Koolhaas y Alex Wall— sino por la utilización especulativa que le otorgó Bernard Tschumi al proceso proyectual en su obra ganadora: en efecto, La Villette de Tschumi, con sus *follies* resemantizadoras de la antigua idea de los *petits pavillons* corresanos, supone una reflexión sobre la arquitectura entendida como reflejo y alusión de las características de la vida contemporánea (exaltación del movimiento continuo propio del titilar incesante de las partículas brownianas, desjerarquización del orden espacial, utilización del proyecto como alegoría del mundo social metropolitano, exaltación del no-lugar del movimiento en cambio del lugar del estar o quedarse, etc.). Con su extraordinaria contundencia conceptual, este manifiesto construido expresa no sólo la necesidad de una vuelta introspectiva del discurso arquitectónico a funcionar como discurso crítico de la (mala) vida urbana contemporánea —casi como una glosa de las proposiciones simmelianas de la vida nerviosa— sino, asimismo, el reconocimiento del declive de la importancia del proyecto de arquitectura en la construcción de la ciudad y en la regulación positiva de su funcionalidad cultural.²⁸ Aquí no sólo se está cerca de la asunción del habla arquitectónica como un discurso más, que debe superponerse a la heteroglosia e intertextualidad de la discursividad urbana contemporánea (como lo admitió el pequeño ejercicio de traducción que Eisenmann-Derrida escribieron en su alegoría del Timeo platónico propuesto como comentario proyectual de La Villette) y que intenta recupe-

rar un posicionamiento autonómico de la arquitectura como una praxis artistizante semejante, por fuera de las diferencias de escala, a los trabajos conceptualistas minimalistas (como los de Donald Judd, por ejemplo: mencionemos aquí, de paso, la muestra *Less is More*, montada en ocasión del congreso UIA en Barcelona en 1996, que leía o traducía la ciudad entera como un texto minimalista²⁹). Los cuadernos proyectuales de John Hedjuk –como *Víctimas*– o el conocido trabajo de Peter Eisenman sobre *Los castillos de Verona* –texto proyectual interpretativo o traducción de Eisenman sobre el texto de Shakespeare (la tragedia de Romeo y Julieta) sobre el texto de la ciudad (el *castrum* romano, el río Adigio)³⁰– profundizan esta especie de vía del pensamiento arquitectónico que lo convierte en puro lenguaje, no representación proactiva (el proyecto es siempre, en la tradición renacentista, lo que modela y anticipa, lo real constructivo) sino registro autónomo y ensimismado, puro comentario de textos previos (como la ciudad en tanto texto con más las textualidades incorporadas por lectores de variados registros, desde pintores o músicos hasta poetas y cineastas).

16. El retorno a una aproximación de la relación arquitectura-ciudad en clave artistizante, según la cual la reflexión arquitectónica se centra en la proposición de episodios suscitadores de emociones estéticas, como se demostrará en la multiplicada aportación de obras de arte urbanas dentro de la política urbana de Barcelona (Lichstenstein, Chillida, Tapies, Hunt, Caro, Miró, Kelly, etc.) implica, como señalábamos a propósito de Tschumi, no sólo la recuperación de esa óptica como modo de reflexión crítica –que supone, no tanto hacer ciudad como aludir/mencionar/subrayar, hecho que en sí mismo pudiera acompañar el citado declive de la importancia pública y técnica de las arquitecturas pro-urbanas– sino también un cambio metodológico en los aspectos de la actuación proyectual: más que ocuparse de núcleos duros o contenedores, de pronto también los arquitectos tienen que participar del evanescente registro que intente modelar el vacío, un vacío resemantizado o vuelto texto a partir de una reutilización estética del viejo arsenal proyectual, como la geometría. Entre los muchos ejemplos de este nivel inédito –o renovado, recordemos el integrativo quehacer urbano barroco por caso en Bernini– de la praxis arquitectónica se puede aludir a la fuente ornamental para el Parque de La Paz, en Lima, de Juvenal Baracco, proyectada en 1994. ¿Se trata de premios consuelo para los arquitectos frente a la consumación de su apartamiento de las decisiones fuertes acerca de la construcción de la ciudad, ahora en manos de economistas, ingenieros viales o *developpers*? ¿O bien,



Los problemas del desarrollo metropolitano de comienzos del siglo XX fueron afrontados, según una tradición paisajística afrancesada en Sitte, por ejemplo, o según una tradición politécnica e ingenieril de corte sajón, como en este trazado conceptual ideal de E. Wolf, de 1919, que incluye la aceptación del modelo centralizado de la ciudad histórica a la que adosa un concepto anular y modular de crecimiento virtualmente indefinido, sustentado en una ingeniería infraestructural también modular y criterios de penetración del territorio natural que, como cuñas que organizan pasillos verdes, deberían llegar hasta el mismo centro de la ciudad: ésta, devenida en metrópolis de satélites conectados, debería flotar en el espacio natural del territorio.

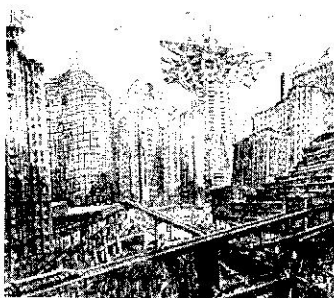
es una nueva y renovada manera de intentar recuperar la figura antifuncional y simbólica de un arte urbano entendible como acentuación estética de lo público?

17. La pulverización de la ciudad en el complejo proceso de su disolución en la fragmentariedad del *city collage* o en el reconocimiento analítico de su potencial comunicacional o simbólico también permitirá estrategias de proyecto urbano basadas en el discurso diseminante del deconstruccionismo, como emerge en varios proyectos de Eisenmann: desde la concepción del Centro Wexner, en Columbus, hasta el proyecto Rebstock en Frankfurt. Wexner disuelve su entidad arquitectónica en una especie de macro-geometría devenida de la forma de la ciudad próxima, a lo que agrega un complejo proceso de reelaboración textual o escrituraria de fragmentos o ruinas arquitectónicas preexistentes. Rebstock propone un curso de definición de un fragmento urbano nuevo de la ciudad —un complejo de viviendas— resultante de una especie de juego de geometrías alternativas, diseminativas y recompositivas, que pueden ser infinitamente exploradas en su capacidad de abrir la característica cerrada de la forma: el proyecto o su lógica conspira con la necesidad proyectual de estabilizar un cierto estado (¿cualquiera?) de la teóricamente infinita capacidad de exploración morfológica. El contenido morfogenético del proceso analítico proyectual, a la vez que se distancia o anula dicha necesidad de cierre o cese de la continua exploración, alegoriza a su vez el carácter cada vez más plástico de la forma urbana en manos de los *developpers*.

Desde un carril aparentemente divergente, B. Tschumi acompaña esta noción de una arquitectura urbana que debería ceñirse cada vez más a la indeterminación que el flujo de una concepción mercantilista del espacio exige a la otrora estable o consolidada ciudad. La idea del consumo basado en la circulación e intercambio rápido de las cosas (y también en su acrecentada obsolescencia) y la exacerbación de una urbanidad trastocada en hiper-movilidad le inducen a las propuestas de Tschumi –por ejemplo en el Parque de La Villette (véase la nota 28)– a concebir su proceso proyectual como una representación alegórica de esa indeterminación descentrada y descalificada que hace que la vida urbana tienda a una condición semejante a lo que los físicos llamaron movimiento browniano, esa multiplicación enloquecida y sin trayectorias predecibles de las partículas en un medio cálido.

18. Operar, suturar, reensamblar fragmentos e intersticios de esa ciudad otra (ciudad cada vez más extraña y ajena respecto de la arquitectura), ha dado lugar al espacio de la proyectación arquitectónica de lo que está llamándose *terrain vagues* de la ciudad y que Ignacio de Solá Morales presentó como una de las categorías centrales de la práctica contemporánea en su sombrío documento liminar para el último Congreso de la UIA de Barcelona (ver referencia en nota 17, más arriba). Trabajar en lo que nos dejan economistas, expertos viales y especuladores inmobiliarios pudiera significar así uno de los *desiderátums* de este momento posmoderno. Ello supone tanto un trabajo virtual –de escritura de textos sobre textos, por ejemplo, instrucciones para re-estetizar lo que queda– como la posibilidad proyectual de intentar positivizar (ordenar) un desorden exógeno. Así aparece la idea del *garbage-project*, que se sumerge en el intento de otorgar un re-orden de los otrora detritus urbanos (los bordes de autopistas, los confusos cruces circulatorios, los nerviosos nudos de intercambio de transporte, etc.: por ejemplo, el Centro de Convenciones de Columbus, de Peter Eisenmann, la terminal naviera de Zeebrugge, de Rem Koolhaas, el Hotel Pullman en La Haya de Carel Weeber), como otro trabajo también participante de la arriba citada muestra milanesa sobre la Periferia que el taller Lestard propuso para uno de los cruces circulatorios del borde de la avenida General Paz de Buenos Aires. En todos estos trabajos –independientemente de si son proyectos virtuales o construcciones reales– se advierte la transposición del ciclo de influencias entre el film y el *comic* respecto de la ciudad, en el sentido que ésta ahora trata de formalizarse traduciendo componentes figurales de aquéllos, cuya condición estética fundante había nacido de la imitación de lo urbano. Por otra parte, parece advertirse

la posibilidad de que el diseño urbano recupere algo del método de la conformación de espacios narrativos –en lugar de los técnicos espacios lineales– que propusiera R. Sennet³¹ como una tentativa de la posible traducción de los discursos narrativos y experienciales de la ficción literaria a los procedimientos proyectuales. En esta operación, la importancia del componente narración-temporalidad recupera un protagonismo que había quedado obturado en el crudo pragmatismo espacialista del diseño urbano moderno.



*A la pretensión ordenancista de los ingenieros que buscaban regular la metrópolis, se le contraponen la visión esteticista que exalta la nueva configuración de la forma de las ciudades, como en este diseño de E. Kettelhut para la escenografía de **Metropolis**, la puesta de Fritz Lang, hacia 1926. De inspiración expresionista –el remate del edificio curvilíneo de la izquierda recuerda al Fritz Hoger de la **Chilehaus** hamburguesa– ahora se valora el ruido y la yuxtaposición frenética de vehículos y personas, o la estrambótica terminal aérea de la torre de la derecha, exaltación a su vez, de las tecnologías del **cantilever**.*

19. El caso paradigmático más reciente y difundido del trabajo con los restos e intersticios de ciudad, *terrain vagues* desechados por el hiperdesarrollo, es el proyecto Euralille, de Rem Koolhaas, un verdadero ejemplo de nihilismo oportunista como de conducta proyectual adaptativa (a las enormes presiones políticas, económicas y devenidas de las lógicas de las grandes infraestructuras territoriales como, en este caso, el tren de alta velocidad del norte europeo). Koolhaas postula su idea consagratoria de un fin histórico posible de la relación estratégica entre arquitectura y ciudad: si tantas ciudades tienen calidad en base a la acumulación indiscriminada de mala arquitectura, ¿para qué hacer buena arquitectura y tanto esfuerzo contextualismo?³² Se trata, obviamente, de un cinismo falaz que el propio Koolhaas se ocupa de desmentir con gran parte de su obra arquitectónica, pero exhibe, sin duda, uno de los límites más bajos de la responsabilidad arquitectónica acerca de la calidad de las ciudades, y consagra la desafectación del saber disciplinar a todo lo que no sea la manipulación cosmética de lo que otros deciden, incluso al nivel de categorías morfológicas básicas, como las alturas o densidades edilicias. Las respuestas proyectuales consecuentes renuevan sin duda la práctica: desde el trabajo deliberativo en un taller proyectual y el manejo aleatorio y casi casual de la

forma urbana posible (el arquitecto en una total actuación táctica y especulativa) hasta la convocatoria absolutamente abierta a diversos arquitectos para una definición estética, funcional y formalmente autónoma de cada trozo de ciudad (que el franco-italiano Maximiliano Fuksas –por lo demás, un arquitecto de interesante sensibilidad prourbana, como lo demuestran sus trabajos en el parisino barrio de La Bastille– extiende a co-participar a partes de un mismo edificio, La Tour Geindre, en Herouville, punto casi límite del exacerbado fragmentismo).



*Un año después del diseño futurista de Kettelhut, las escenografías reales de la **Metrópolis** tangiana descubren la condición fantasmática del simulacro, su reducción a planos cuya yuxtaposición en cámara debería producir la sensación de profundidad reclamada por el escenógrafo: como una premonición, ya en 1927, se anticipaba la condición virtual de la vida **nerviosa** de las metrópolis.*

20. Pensar arquitectónicamente la ciudad implica la posibilidad de poner en juego todo el bagaje de conocimiento que la disciplina atesora históricamente. Supone, obviamente, repensar y optimizar los modos más pertinentes para su construcción, lo cual tiene que ver con la reivindicación de la arquitectura como una práctica técnica. El ocaso de la calidad pública de la ciudad probablemente tenga algo que ver con el ocaso de esa capacidad técnica o su traspaso respecto de otros modos de actuación quizá más efectivos en esta era de maximización mercadotécnica pero seguramente, con mucho menor sensibilidad cultural, social y estética. Pero además del perfil de la arquitectura como práctica técnica, como decía Enrico Battisti, ésta es –sobre todo– una forma de conocimiento. Una forma de conocimiento, casi una específica epistemología, que probablemente sea la más calificada para saber acerca de la memoria o experiencia de la ciudad, algo que tiene antropológicamente que ver con la vertiente más profunda de la función y las percepciones sociales acerca de la convivencia urbana. La arquitectura, como forma de conocimiento, puede tener la posibilidad de pensar la crisis de la ciudad: su anomia creciente, su derroche energético, su puesta al borde de las condiciones de sustentabilidad, su exacerbación de las relaciones sociales mediadas por las transacciones de

mercado, su deficiencia creciente de gobernabilidad debida al poder geoméricamente expansivo de sectores específicos, su aumento de tensiones comunitarias, desde la creciente inseguridad y el auge de la informalidad ilegal hasta el surgimiento de entidades neo-tribales o minorías urbanas agresivas de otras. Es posible que algunas mejoras de la calidad urbana no se obtengan meramente con acciones edilicias, con aquella tradición dura de la arquitectura que constituyó lo que bien puede llamarse el pensamiento vitrubiano, sólidamente apoyado en la tríada venustas-firmitas-utilitas. Es posible incluso que hayamos advenido a un momento posvitrubiano, en el cual desde la tradición arquitectónica, tenemos pocas certezas y muchas incertidumbres. Sin embargo, la arquitectura, como cultura del espacio y como forma de conocimiento, puede apuntalar intervenciones mucho más diversificadas: desde los reciclajes y adaptaciones de escenarios existentes hasta el refuerzo de las micro-identidades barriales, desde la renovación de un control de calidad de los miles de detalles del hábitat urbano hasta el cambio razonable de los servicios. En Bogotá hace unos años, la carrera 5, su arteria principal, era cerrada todos los domingos al tránsito y así se recuperaba para los vecinos, que la usaban para hacer deportes, montar espectáculos callejeros, habilitar ámbitos transitorios para el trueque, sentarse y tomar sol o, simplemente, caminar. De esas pequeñas intervenciones inmateriales, cuyo proyecto, quizá, todavía nos corresponda en nombre de aquella capacidad histórica de hacernos cargo de la cultura del espacio, puede que también esté nutrida la posibilidad de restablecer la calidad pública de las ciudades.

Notas

¹ Forrester, V.: *El Horror Económico*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997. Éste es uno de los varios textos recientes (Rifkin, Gorz, Thurow, Reich, etc.) acerca de la *degradación del trabajo*, entendido como medida económico-social del rendimiento individual en todo el desarrollo del modo capitalista, incluso, desde una perspectiva crítico-revolucionaria, por el propio Marx. La caída brutal del *paradigma del trabajo* —y según Habermas, por ejemplo, el inicio del *paradigma de la comunicación*— sería uno de los indicadores más consistentes del arranque de una *posmodernidad* cultural unida a una suerte de *posmodernización* explicable en términos de declinación de la madurez u omnipotencia trans-histórica del modo capitalista: el *horror económico* de la desestabilización de la pertenencia al sistema por la vía del contrato de trabajo sería uno de los síntomas más elocuentes del proceso.

² La limitada calidad pública de la Roma imperial de los primeros siglos de esta era queda documentada en los numerosos estudios de la vida cotidiana de aquella ciudad, como los clásicos trabajos de J. Carcopino. Aspectos tales como la alta dependen-

cia de la ciudad de los suministros externos obtenibles por la vía de las tributaciones coloniales, el alto número de días festivos (casi un tercio del año) y la consecuente existencia de una masa poblacional improductiva, son indicaciones de la precariedad de la vida civil romana. Sin embargo, aspectos como el relativo alto desarrollo de la infraestructura urbana (por ejemplo, las previsiones contra incendios de la época de Julio César) o el despliegue de los eventos y estructuras del tiempo libre (por ejemplo, las reglamentaciones de uso de los complejos termales) le otorgan algunas características de *posmodernidad avant la lettre*. Un buen resumen de los estudios de Carcopino es el ensayo “La Roma de los Antoninos”, incluido en Toynbee, A. (ed.): *Ciudades de Destino*, Ediciones Sarpe, Madrid, 1985.

³ Esta temática fue abundantemente abordada por Virilio, P. en la mayoría de sus textos recientes, por ejemplo, *El arte del motor*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1996. La idea de una info-ciudadanía en los ambientes urbanos latinoamericanos está formulada en el libro de García Canclini, N.: *Consu-*

midores y Ciudadanos, Editorial Grijalbo, México, 1994.

⁴ Coupland, D.: *Generación X*, Ediciones B, Barcelona, 1991. Esta novela consagra la estetización minimalista de los ambientes urbanos marginales, una temática norteamericana ya abordada en las pinturas de E. Hopper o en los cuentos de R. Carver. La relativa novedad de este enfoque es que el gusto por los *terrain vagues* sobreviene casi por desgaño y es asumido por los jóvenes desencantados y desocupados de los últimos años 80.

⁵ Mongín, O.: *El miedo al vacío. Ensayo sobre las pasiones democráticas*, op. cit. nota 40 del Ensayo 1. El miedo al vacío consistiría en la condición contemporánea de la des subjetividad creciente frente a la mediatización simulada del mundo real, que quizá da paso tan sólo a una conducta estéticamente pasiva o contemplativa. Mongín analiza este fenómeno en el propio mundo de las representaciones, o sea al interior del simulacro, por ejemplo, en los discursos cinematográficos o en la pintura de Hopper; de ésta apunta lo siguiente: *La naturaleza al igual que la ciudad no son jamás afectadas por los individuos: el desierto, el bosque, la campiña, el mar, las calles de la ciudad, los techos, las fachadas jamás son tocados por los personajes de Hopper: ni agrietados, ni destrozados, ni destruidos. El mundo exterior se contenta silenciosamente con ser el objeto de una mirada* (p.182). Pero, evidentemente, el mundo –naturaleza y ciudad– está siendo a la vez intensamente transformado y alterado, deformado y representado, pero no por intención y medio del sujeto sino por fuerzas superiores e insensibles (¿el mercado?); de ello devendría, según Mongín, el peligro del fin de lo político.

⁶ Un lúcido encuadre crítico de estos procesos es el que formula Bandini, M. en su ensayo "Canary Wharf: towards a debate", incluido en el número 5 de la revista *Zodiaco*, Milán 1991; por otra parte dedicado casi íntegramente a la presentación y dis-

cusión de varios de estos megaemprendimientos urbanos recientes (Canary Wharf, Proyectos Castello, Fiat Novoli y San Lorenzo en Florencia, etc.). Queda la sensación en estos análisis de una especie de victoria pírrica de la arquitectura urbana, en el sentido de un triunfo formal o desustancializado, como si el proyecto urbano quedara restringido a dar forma a las puras presiones del mercado redefinido en torno de estos enfoques tendientes a la búsqueda de rentabilidad agudizando la segregación y diferencia, agravando el carácter fragmentario, elitista y no público de la nueva ciudad hiperterciarizada.

⁷ Véase aquí nuestro debate propuesto en el capítulo 2 de este libro, obviamente analizable como contracara estructural del análisis aquí presentado.

⁸ Sennet, R.: *The fall of public man*, Editorial W. Norton, New York, 1976.

⁹ Un exhaustivo estudio de las ideas urbanísticas de Eiximenis consta en Cervera Vera, L.: *Francisco de Eiximenis y su sociedad urbana ideal*, Editorial Swan, Madrid, 1989. El escrito de Eiximenis dedicado a la ciudad se tituló *Dotzen libre de regiment del princeps e de comunitats apellat Cristiá* y fue editado en Valencia entre 1385 y 1386. Se proponía desplegar y profundizar las teorías agustinianas acerca de la ciudad de Dios, postulando una ciudad material ideal que pudiera expresar convenientemente los términos de la ciudad espiritual. En este sentido desarrolla las ideas secularizadoras de Isidoro de Sevilla e incursiona en la necesidad de otorgar un orden físico (que será básicamente el de la cuadrícula) a la ciudad medieval, cuya materialidad real había sido soslayada por San Agustín.

¹⁰ Por fuera del detalladísimo trabajo de indagación histórica de Guinzburg, C.: *Indagini su Piero*, Editorial Einaudi, Turín, 1981, existe un importante trabajo analítico de la tabla de Della Francesca en el artículo de Ravera, R. M.: "Algo sobre Piero della

Francesca", editado en la *Revista de Estética*, 1, Buenos Aires, 1983.

¹¹ Tafuri, M.: *Sobre el Renacimiento. Principios, Ciudades, Arquitectos*, Editorial Cátedra, Madrid, 1995.

Tafuri se propone examinar ciertos procesos urbanos de producción de nueva arquitectura en la Florencia de Lorenzo, la Roma de León X, la Venecia de los siglos XV-XVI, la Milán de los Sforza o la Génova del XVI, proponiendo los términos de una redefinición de la supuesta novedad de tales invenciones en un marco mucho más determinado por determinaciones políticas, intereses económicos, exigencias normativas y estipulaciones teo-filosóficas: el resultado, atiborrado de signos de erudición, es insertar dichas innovaciones en un proceso de complejización de la entidad pública de estas ciudades.

¹² Esta idea de in-nominación simbólica americana, basada en la supuesta pura condición mercantil o funcional de la ciudad americana (la *ciudad campamento*), es propuesta por H. Murena en su ensayo "El nombre secreto o un intento de explicación de ciertos males argentinos y americanos pasados y presentes", incluido en su antología de ensayos *El Nombre Secreto*, Editorial Monte Avila, Caracas, 1969.

¹³ De la ya abundante bibliografía sobre los proyectos urbanísticos de técnicos europeos en América mencionamos aquí dos referencias útiles para tener alguna idea de la envergadura de estas intervenciones: el ensayo de Segre, R.: "La Habana y el plan Forestier", editado en la revista *DANA*, 17, Resistencia, 1988, y los varios estudios consagrados al análisis de la actividad del urbanista austriaco Brunner, K. en Santiago de Chile y Panamá editados en la *Revista de Arquitectura*, 9, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, Santiago, 1996.

¹⁴ Uno de los últimos trabajos de W. Benjamin, aparentemente inconcluso a su muerte en 1940, *Zentralpark*, propone alrededor del análisis de la poe-

sía de Baudelaire un estudio de los cambios urbanos de París ulterior a la modernización industrial, de donde surgen nuevos personajes ciudadanos (como la prostituta) y nuevas actividades perceptivas (como la *flânerie*). Una traducción de este oscuro texto figura en la selección de textos benjaminianos preparada por Mancini, A.: *Cuadros de un pensamiento*, Editorial Imago Mundi, Buenos Aires, 1992, en donde por otra parte se agrupan casi todos los textos urbanos de Benjamin.

¹⁵ Para una presentación de esta mirada crítica o negativa sobre la socialidad urbana de principios de siglo sobre todo alrededor de Simmel y su formulación del origen de lo metropolitano como condición superior del desarrollo capitalista, es extremadamente importante el ensayo de Cacciari, M.: "Dialéctica de lo negativo en las épocas de la metrópoli", incluido en Tafuri, M. et al: *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*, Editorial G. Gili, Barcelona, 1972.

¹⁶ Un lúcido examen de las posibles articulaciones de las tendencias abstractas de las vanguardias contemporáneas y el desarrollo de teorías urbano-arquitectónicas racionalistas (por ejemplo, en Hilberseimer) es abordado por Lahuerta, J. J. en su libro *1927. La abstracción necesaria en el arte y la arquitectura europeos de entreguerras*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989.

¹⁷ Augé, M.: "En los umbrales del telegobierno", entrevista publicada por el periódico *Clarín*, Buenos Aires, 3 de mayo de 1998.

¹⁸ Davis, M.: *Como el Edén perdió su jardín. La historia política del paisaje de Los Angeles*, op. cit. nota 55.

¹⁹ Véase, por ejemplo, su colección de ensayos *Fueisera* (traducción del título inglés *Yesterday*), Editorial Emecé, Buenos Aires, 1994.

²⁰ Una síntesis de una programática proyectual adaptativa al mundo contemporáneo, con la referencia central a la intervención en los residuales *terrain vagues*, es propuesta, casi como en un ma-

nifiesto, en el texto de Solá Morales, I.: *Presente y Futuros. La arquitectura en las ciudades*, texto liminar del libro-catálogo del mismo título preparado en ocasión del X Congreso de Arquitectos de la UIA, Barcelona, 1996.

²¹ El artículo de Lefavre, L.: "Otro realismo sucio", editado en la revista *Arquitectura Viva*, 3, Madrid, 1988, elabora esta idea de *contextualismo negativo* resultante de la producción proyectual –en autores como Kollhoff, Coates o Webber– de constructos imitativos del material decadente de las periferias degradadas, con lo cual emerge, como en el arte conceptual, un discurso de elaboración (positiva) de los contextos urbanos (negativos). Uno de los teorizadores principales de esta conducta proyectual –no exenta de un contenido cínico– será Bernard Tschumi.

²² Un razonamiento tendiente a verificar en el devenir de las transformaciones urbanas y su caída de calidad pública en el contexto del desarrollo del capitalismo contemporáneo, ahora fuertemente transferido a actuaciones intraurbanas, consta en el artículo de Zaera Polo, A.: "La organización material del capitalismo avanzado", editado en español por la revista *Dominó*, 2, Montevideo, 1998 (el artículo original fue *Order out of Chaos*, op. cit. nota 3 del Ensayo 2). El ensayo aborda la aparente contradicción entre el hiperdesarrollo globalizante respecto de una intensificación de los cambios urbanos devenidos de fuertes actuaciones diferenciales del capital: la circunstancia de una fase de *acumulación flexible* estaría conectada a la concepción de la organización espacial urbana como una mera instancia de las estrategias económicas, que da curso a novedades proyectuales (como los *contenedores híbridos* o los *fashion buildings*) que más que al propio devenir de la teoría arquitectónica ahora sí estarían directamente vinculados a exigencias o demandas de dichos procesos económicos de *acumulación flexible*. El otro efecto significativo

que propone el análisis de Zaera –siguiendo las propuestas de D. Harvey– es el desplazamiento de las antiguas figuras de las luchas de clases y *conflictividades sociales* a los fenómenos de las *conflictividades espaciales*, deducibles de las contradicciones entre características urbanas de la circulación del capital, como las *líneas de desplazamiento y de conexión*. En cierta forma, este discurso que hace parte de un análisis de los cambios de la calidad pública de las ciudades puede y debe conectarse al análisis de las crisis de sustentabilidad urbana, algunas de cuyas características propusimos en el ensayo 1 de este volumen.

²³ Monestiroli, A. (ed.): *Il Centro Altrove. Periferie e nuove centralità nelle aree metropolitane*, Editorial Electa-Triennale di Milano, Milán, 1995.

²⁴ De Carlo, G.: "Il fascino discreto del riuso. Le questioni del Faneuil Market Place", artículo en revista *Spazio e Società*, 10, Milán, 1980.

²⁵ De esta trilogía alexandrina destaca su *El modo intemporal de construir*, Editorial G. Gili, Barcelona, 1981. Los otros dos textos serán una profusa enciclopedia de *patterns* –*El Sistema de Patrones*– y una aplicación proyectual al diseño del campus de la Universidad de Oregon.

²⁶ Friedman, Y.: *Hacia una arquitectura científica*, Editorial Alianza, Madrid, 1973 y *Utopías realizables*, Editorial G. Gili, Barcelona, 1977.

²⁷ *Design by community*, número monográfico de la revista *Process*, 3, Tokio, 1977.

²⁸ Tschumi, B. desarrolla sus teorías de la imitación de la *mala vida urbana* en sus *Textes paralleles. Des transcripts a La Villette*, Ediciones IFA, París, 1985.

²⁹ Savi, V. y Montaner, J. M.: *Less is more*, Catálogo de la muestra del mismo nombre realizada en Barcelona en 1996 en el contexto del XIX Congreso de la UIA, Edición COAC, Barcelona, 1996. En paralelo a la exposición y el libro, se montó una experiencia de *minimalismo urbano* con la ciudad entera como contexto, con una guía que situaba 8 edificios

minimalistas catalanes, una librería especializada en literatura de este signo, una obra de teatro de Beckett y un *film* de Antonioni-Wenders, una boutique de moda minimalista, unas réplicas de la silla zig-zag de Rietveld instaladas en varios sitios de la ciudad, etc.

³⁰ Los textos citados de Eisenman, P. –*Choral Works* y *Castillos de Romeo y Julieta*– se editaron en español en la revista *Arquitectura*, 270, Madrid, enero-febrero 1988. *Víctimas*, de John Hedjuk fue editado por la Editorial Yebra-Colegio de Arquitectos de Murcia, Murcia, 1993.

³¹ Sennet, R.: *La conciencia del ojo*, op. cit. nota 6 del Ensayo 1.

³² El voluminoso libro de Koolhaas, R.: *S.M.L., XL*, The Monacelli Press, N. York, 1995, testimonia en sus 1347 páginas, no sólo las diferencias escalares a que alude su sarcástico título, sino la polifacética actitud proyectual de Koolhaas, desde un contextualismo crítico y complejo (en los proyectos de la Villa D'Áva, Centro de Convenciones de Agadir o Museo de Arquitectura de Rotterdam) hasta posturas lú-

dico-analíticas (en los proyectos de la Biblioteca de Francia, la Terminal naviera de Zeebrugge o la mediateca de Karlsruhe), hasta desembocar en los análisis teñidos de pragmatismo político realizados para Atlanta o Singapur y el complejo proceso de gestión de Euralille que, en cierto modo, corona la posición difícil de Koolhaas, cada vez más instalado en un rol de modelador de tensiones y presiones extra-arquitectónicas. Su texto teórico de 1994, *The generic city*, incluido en la antología citada, da cuenta de ese proceso de acomodamiento en un magma cultural y económico que sólo permitirá un posicionamiento entre adaptativo y cínico del proyectista urbano. Por lo demás, F. Jameson, acentuando su propuesta de lectura marxista posmoderna, encuentra en estas obras y posturas de Koolhaas una de las más lúcidas representaciones de la complejidad cultural tardocapitalista, según se lee en su magnífico ensayo "The constraints of postmodernism", incluido en su libro *The Seeds of Time*, Editorial Columbia University Press, New York, 1994.

Ensayo 4

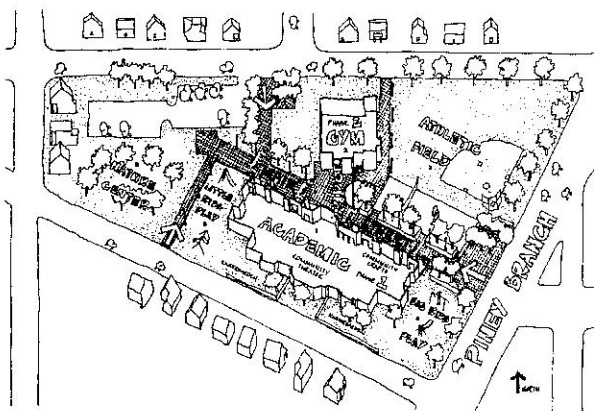
Archipiélagos urbanos

Notas para una teoría del proyecto-fragmento

Las viejas relaciones entre arquitectura y ciudad –un verdadero hit de la modernidad, desde los futuristas-constructivistas hasta Hilbersheimer y Le Corbusier, pero mucho antes, el tema esencial del discurso albertiano– están ahora en el eje del debate acerca del destino de las ciudades y de cuestiones cruciales de ellas, como la centralidad, la periferia o los espacios públicos.

Sobre todo, frente a la decadencia irreversible del modelo de burocracia propio del desarrollo de los instrumentos normativos y regulativos de la planificación en pro del *modelo de mercado*,¹ y frente al pasaje de *instancias de poder* a *instancias de control*² en lo referido a las posibilidades concretas de modelación de los territorios urbanos. Lo cierto es que la construcción de la ciudad y las áreas metropolitanas –esas vastas configuraciones territoriales propias de la generación de corredores urbanos o mosaicos híbridos– hoy parece armarse en torno de una acumulación heterogénea de fragmentos –como enclaves terciarios de consumo exclusivo, barrios cerrados, parques temáticos, etc.– que obedece a distintas lógicas de producción y que resiste y es autónoma de todo encuadramiento sistémico normativo y de condiciones objetivas de recalificación social integral.

Ante el imperativo del capital globalizado y el desmantelamiento de los Estados nacionales, la ilusión de aumento de la autonomía local no es más que eso: una ilusión. Debemos convivir, en el seno de las administraciones locales, con esta fenomenología de desarrollo urbano, a menudo sustentada en



Takoma Neighborhood School, Washington, proyecto de T. Lee et alit, 1976. Éste es uno de los ejemplos célebres de los procesos de diseño participativo del modelo **design by community**, más o menos habituales en USA. En este proyecto, la comunidad educativa —madres, hijos, docentes, autoridades— desplegó un criterio que yuxtapone a las decisiones funcionalistas convencionales, un complejo de usos alternativos o complementarios —por ejemplo, fuera de los horarios escolares— que permitiera que el edificio resultante fuera efectivamente apropiado por tal comunidad.

poderes y capitales extralocales e instrumentos relativamente nuevos, como los planes estratégicos, que apenas si pueden funcionar como marcos orientadores de los flujos de inversión en el desarrollo urbano.³

Si los planes estratégicos son básicamente mecanismos de organización de ofertas urbanas para evidenciar atractivos comparativos que atraigan inversiones, ello debe ser necesariamente complementado con otros elementos que mantengan equilibrio social y calidades culturales y de sustentabilidad. Como una capacidad crítica para evaluar los GPU (grandes proyectos urbanos) susceptible de ponderar tanto los elementos crítico-problemáticos como los factores de aprovechamiento de oportunidades.

O el favorecimiento de instrumentos que, como las *Agendas Locales 21*, estimulan la participación comunitaria extendida (o sea, referida al campo amplio de las demandas, necesidades y deseos/utopías de una comunidad local) como elemento de regulación del libre juego de opciones de desarrollo urbano mera o restrictivamente relacionados con la captación de oportunidades de generación de rentas diferenciales.

Hay un conjunto de rasgos que evidencia este cambio en la relación arquitectura-ciudad, como ser:

- La crisis del espacio público⁴ y la desaparición de la obligación de alguien en procurarlo, producirlo, programarlo y manejarlo.⁵

- La caída de los criterios gravitatorios de la localización de actividades urbanas y territoriales.

- El cierre del carácter esponjoso o transitivo de las grandes arquitecturas, en referencia al criterio de maximizar las transiciones afuera-adentro o público-privado.⁶
- La profundización de una ciudad estratificada, basada más en delimitaciones y fronteras que en continuidades.
- El incremento de los flujos y movimientos de actividades y personas.⁷
- El reordenamiento de la ecología social o la irrupción del modelo de ciudad difusa.⁸
- El desarrollo de áreas preferenciales de ciudad y nichos ecológicos precisos, con el consiguiente abandono de las visiones sistémicas u holísticas.
- La profundización de conflictos y violencias urbanas.⁹
- El desarrollo de modelos urbanos del tipo *city collage* y *ville archipel*.
- La aparición de algunos conceptos urbanos posfuncionales –que tienden a suplantar tradicionales prestaciones públicas propias de gobiernos locales por ofertas privadas y mercantilizadas, generándose una ilusión de diversidad transfuncional bajo la realidad de una complejización de ofertas de bienes y servicios de mercado– que revisan las ortodoxias programático-institucionales, como los *terrain vagues*, áreas intersticiales, áreas intermodales de transferencia de transporte, núcleos selectos de actividades terciarias, *fashion buildings*, *temathic parks*, etc.¹⁰
- El desarrollo de procesos de análisis y fruición diferentes de lo urbano, como las derivas psicogeográficas, el arte industrial, los itinerarios, los imaginarios urbanos, las instalaciones, etc.¹¹
- La puesta en crisis de la centralidad tradicional: policentralidad, multi-centralidad, descentralidad, etc.¹²
- La complejización del tema de la periferia en el desarrollo de los conceptos de periferias internas y externas, etc.¹³

Estos núcleos conceptuales permiten conformar un conjunto de criterios

crítico-valorativos y también programáticos, para volver a discutir la cuestión de la relación entre arquitectura y ciudad y el desarrollo de GPU (grandes proyectos urbanos) en el seno de los fenómenos de la fragmentación, básicamente encuadrables en el siguiente registro de problemas y oportunidades:

1. Problemas: (la sigla entre paréntesis remite a la matriz de más abajo)

- Incremento de los factores de fracturación urbana (FFU).
- Aumento de la crisis de la ciudad pública (CCP).
- Importancia del modelo imperativo de mercado en la captura de oportunidades de generación de RD (renta diferencial), con sus cualidades de mercado escaso y de debilitamiento compulsivo del aparato normativo (GRD).
- Especialización funcional (EF).
- Debilitamiento de las condiciones de sustentabilidad ambiental urbana e incremento verificable de las problemáticas eco-urbanas (DSU).
- Incremento de las condiciones de pérdida de calidades ligadas a las condiciones de centralidad (PC).
- Intensificación de los procesos de desarrollo urbano favorecedores de la maximización de capital variable y de alta rotación del capital (deslocalización de inversiones, comportamientos tácticos, etc.) (MCV).¹⁴

2. Oportunidades

- Posibilidad de desarrollo de acciones de reorganización urbana: suturas, conectores, actividades difusoras de punta, efectos cascada de regeneración de tejidos y actividades, etc. (ARO).
- Enriquecimiento eventual de los patrones rígidos de usos del suelo (*zoning* tradicional) y eventual desarrollo de nuevos mix programático-institucionales (EUS).
- Aumento eventual de la diversidad y los atractivos urbanos, de la calidad de infraestructura, equipamientos y servicios, etc. (DAU).
- Posibilidad de una capitalización social del diferencial de renta (CSR).

- Aprovechamiento de oportunidades inducidas para obtener mejoras de condiciones de sustentabilidad ambiental urbana, desarrollo inducido y mitigación de problemáticas ambientales (ISU).

- Favorecimiento de la diversificación de las cualidades de centralidad (recentralidad, neocentralidad, multicentralidad, etc.) (DC).

- Potenciación del aprovechamiento de núcleos urbanos y territoriales que tienen calidades de capital fijo (ACF).

La articulación de problemas (o condiciones y procesos areales-contextuales de la ciudad como sistema) y oportunidades (o situaciones encuadrables en las diversas modalidades de implementación de procesos de gestión del desarrollo urbano, desde planes sectoriales o locales y programas hasta proyectos) permitiría configurar un basamento crítico y teórico susceptible de relacionar crítica (máxima) y proyecto (mínimo).¹⁵

La crítica máxima apuntaría a no perder de vista el contexto de problemas que el grado de desarrollo de la fase avanzada del capitalismo le asigna, mediante los procesos de globalización, a la calidad de vida social de las ciudades, con sus secuelas de pobreza, inhospitalidad, pérdida de significación socio-productiva de la arquitectura proactiva de ciudad y urbanidad, fracturación y violencia intersocial, caída de la capacidad movilizatoria de los movimientos sociales urbanos, pasaje a una política mediáticamente clientelizada, etc.

El proyecto mínimo supone admitir un nuevo rol, básicamente ligado al potenciamiento de la efectividad cultural (ya no socio-productiva) de la arqui-



*Kresge College, Universidad de California, Santa Cruz, proyecto de MLTW/Turnbull Archs., 1974. Este proyecto también fue resuelto mediante una estrategia participativa, promovida por Ch. Moore, uno de sus arquitectos, quien convocó a colectivos de estudiantes para establecer preferencias urbanas e ideas para arribar a un tipo de diseño evocativo del urbanismo italiano y del todo alejado del típico trazado de los campus. Con mejor resolución proyectual, no está alejado de la metodología de los **patterns** de Alexander.*

ectura, que intensifique su función de reivindicación de calidades públicas de vida urbana y a la capacidad técnica que el saber arquitectónico puede todavía poner en juego para descubrir y capturar –proyectualmente– áreas de oportunidad (o quizá también, nichos descuidados de mercado, ambientes en que puede suscitarse cierto contrabando de calidades de uso público a través de los proyectos) e incluso, nuevos valores –más bien crítico-analíticos y movilizadores– del propio concepto de proyecto en el final de la modernidad.

O \ P	P1 FFU	P2 CCP	P3 GRD	P4 EF	P5 DSU	P6 PC	P7 MCV
O1 ARO	R3 1/5		R4 1/5	R2 1/5		R1 1/5	
O2 EUS	R3 1/5	R4 1/5	R5 1/5	R1 1/5		R2 1/5	R6 1/5
O3 DAU	R1 1/5	R4 1/5		R3 1/5		R2 1/5	
O4 CSR	R3 1/5	R1 1/5	R2 1/5	R4 1/5	R5 1/5		R6 1/5
O5 ISU		R2 1/5	R3 1/5		R1 1/5		R4 1/5
O6 DC	R3 1/5	R4 1/5		R2 1/5	R5 1/5	R1 1/5	
O7 ACF	R5 1/5	R2 1/5			R3 1/5	R4 1/5	R1 1/5

Esta posible construcción matizaría la posibilidad –casi única, por lo demás– de imaginar una transformación fragmentaria, parcial y evolutiva de las ciudades o sus partes y los territorios, sin que ello necesariamente pierda de vista algún modo de recuperar una idea sistémica y global de ciudad, ya inasible, sin embargo, desde los dispositivos tradicionales del plan integral y sobre todo, de su connotación de relacionamiento preciso entre actividades y localizaciones.

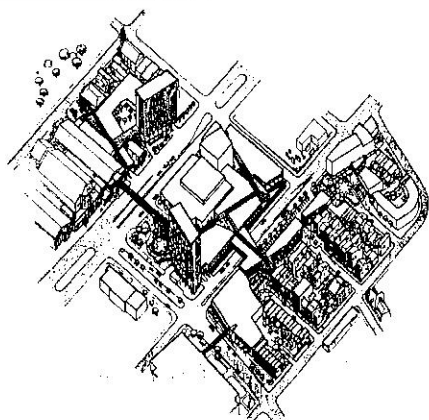
También la reflexión acerca de la relación entre problemas y oportunidades permite asimilar los análisis de nuevas intervenciones urbanas fragmentarias –el aprovechamiento e implementación de oportunidades– a la modalidad de evaluación de impactos ambientales (EIA) de los proyectos urbanos, ya que estos mecanismos adaptativos y parametrizantes de nuevas variables e indicadores

tienden a sustituir los procedimientos convencionales del relacionamiento entre actividades o usos, intensidades de usos y localizaciones espaciales.

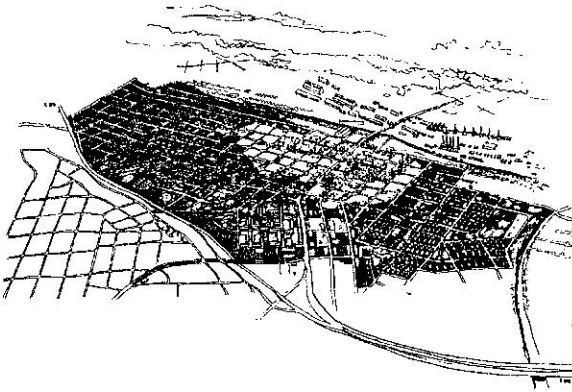
Para el montaje exitoso de una teoría crítica de los proyectos urbanos sería necesario establecer criterios adecuados de correlación escalar y funcional entre el campo de manifestación de los problemas y el campo de aprovechamiento de las oportunidades: el primero es aquel propio del análisis crítico socio-económico y cultural, e incluso el que expresa el plano de los intereses y derechos políticos y ciudadanos, así como lo que sitúa la eventual confrontación entre presiones extra-locales o globales y voluntades emergentes del poder local. El segundo, en cambio, es el que inscribe la dimensión amplia del proyecto, ya no restringido a meros procesos de arquitectura grande (propios de consideraciones derivadas del control morfológico-tipológico de trozos más o menos significativos de ciudad) sino extendido a cuestiones innovativas, como el diseño de formas de gestión, el montaje de acuerdos genéricos entre intereses privados y conveniencias públicas, la posibilidad de engendrar efectos de transformación urbana que desborden el territorio circunscrito del proyecto, etc.

La siguiente es una matriz que relaciona algunos aspectos de problemas y oportunidades, según surgen de las enumeraciones arriba consignadas.

En el cuadro precedente se establece un rango (R) que ordena la relevancia o importancia del cruce entre oportunidad y problema, o sea un determinado orden de significación que, según cierta experiencia proyectual acumulada, suele presentar el aprovechamiento de oportunidades —en la forma de proyectos— respecto de los problemas que presenta el contexto de la ciudad pública (o más precisamente, la ciudad que revela la crisis de lo público). La matriz precedente puede ser utilizada para anotar criterios de peso cuali-cuantitativo; inscribe en la parte inferior de los cuadros que contienen interacciones, por ejemplo, un determinado valor de calificación del grado de aprovecha-



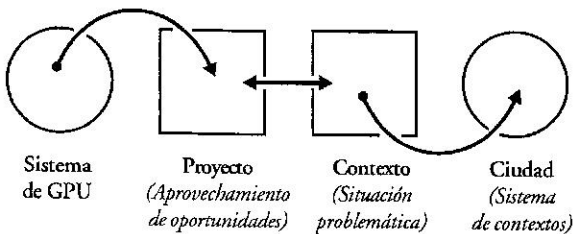
Queensgate II Town Center, Cincinnati, Ohio, Urban Design Architects, 1977. Otro ejemplo de modalidades hiperparticipativas, en este caso, para la promoción de una estrategia de reactivación de un área central de Cincinnati, mediante la identificación de programas rentables (oficinas, comercios) y el desarrollo de programas comunitarios (puentes peatonales, teatro al aire libre, facilidades educativas, centros de servicios televisivos culturales, etc.). En este caso, el proyecto, resuelto mediante actores significativos de la ciudad, puede identificarse con mecanismos típicos del planeamiento estratégico, bajo la idea de generar operaciones rentables cuya utilidad financiera los programas comunitarios.



Programa GUDSCN (*Giving urban design services to cities in need - Dando servicios de diseño urbano a ciudades que lo necesitan*). Proyecto Birmingham, Alabama, 1976. AIA (*American Institute of Architects*). En este caso, la corporación profesional estadounidense decidió ofrecer un servicio expeditivo de consultoría a ciudades en crisis, para facilitar la identificación de los problemas y las oportunidades. En el caso de Ensley, uno de los barrios de Birmingham, de predominante población negra y problemas de integración en los '60 y '70, las propuestas plantearon el fortalecimiento de una sub-centralidad, la mejora de los equipamientos comunitarios, la provisión de vivienda de bajo costo y la generación local de empleo mediante el auspicio de pequeñas unidades-taller de actividades industriales livianas.

miento de la oportunidad (o performance del proyecto) en relación con el problema del contexto que procura afrontar. Se puede, por caso, asignar un valor proporcional de 0 a 5 puntos, positivos o negativos, y las sumatorias respectivas proporcionarían un criterio indicativo de la calidad del proyecto, entendible como máximo aprovechamiento de las oportunidades y máxima mitigación de problemas. Esta posibilidad de medición o calificación cualitativa es útil para comparar la eficiencia y eficacia de proyectos, dentro de un sistema de GPU de la gestión de una ciudad o para facilitar la comparación entre alternativas frente a un mismo proyecto y equivale a una forma más o menos relacionada con las matrices de evaluación de impacto (el impacto sería aquí el proyecto, como captura o aprovechamiento de oportunidades, y la aptitud o contexto sobre el que se modeliza el impacto sería el campo de problemas). Es obvio señalar que en este caso el campo contextual es negativo o problemático y el campo de intervenciones o proyectos está signado, en general, por la cualidad de obtener impactos positivos.

Restaría asignar condiciones sistémicas a estas correlaciones, como se propone en el gráfico siguiente:

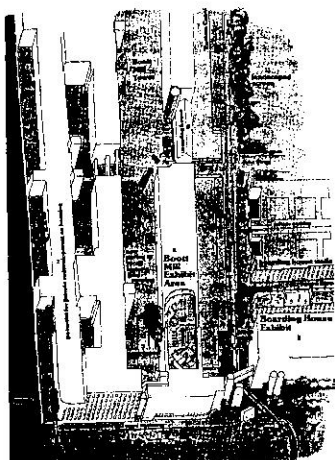


En la matriz precedente, el proyecto —como aprovechamiento de oportunidades— debe ser analizado en relación con un contexto o situación problemática, pero aquél, a su vez, pertenece a un conjunto sistémico (que llamamos sistema de GPU, o sistema de grandes proyectos urbanos) y ésta a la ciudad como un sistema de contextos-problema. Esta doble sistematicidad sería la que garantizaría un sucedáneo de planificación comprehensiva o un intento de insertar temáticas puntuales de oportunidad-problema en dimensiones más integrativas que afrontan, con más capacidad crítica, los movimientos genéricos del glocalismo (visualizable como la resistencia de la calidad local frente a la presión global).

Nos parece posible concluir este ensayo descendiendo al análisis de algunos proyectos urbano-arquitectónicos recientes que, de una u otra manera, asumen el realismo de operar en el cuadro problemático enunciado, potenciando cualidades mínimas en tanto posibles, que deseamos agrupar en seis grupos de referencias:

La modelación de áreas-fragmento

El caso más célebre de este reduccionismo del proyecto urbano, concebible ya no como programación ni definición estricta de usos e intensidades y morfologías, es el de Euralille, iniciado en 1988 bajo la coordinación del grupo OMA-Koolhaas, pero con numerosas presiones determinativas del carácter del proyecto: políticas, económico-inmobiliarias, de ingenierías de tránsito, etc.. Es interesante cotejar una secuencia que va de la idea fuerza urbana —la generación de un suburbio terciario avanzado, montado sobre la nueva traza



National Urban Cultural Park, Lowell, Massachusetts, 1977, D. Crane & ass. Lowell, cercana a Boston, fue la primera ciudad industrial norteamericana. Dedicada a la industria textil y con complejas instalaciones hidráulicas y de energía hidromotriz, entró en una gran decadencia hacia 1950 convirtiéndose en un virtual pueblo fantasma. Una oportuna ampliación de la legislación de los parques nacionales naturales a la dimensión cultural urbana permitió obtener fondos especiales para su restauración y refuncionalización como ciudad-museo, pero rehabilitándose la residencia permanente y propiciando una diversificación de actividades culturales por encima de la mera terciarización.

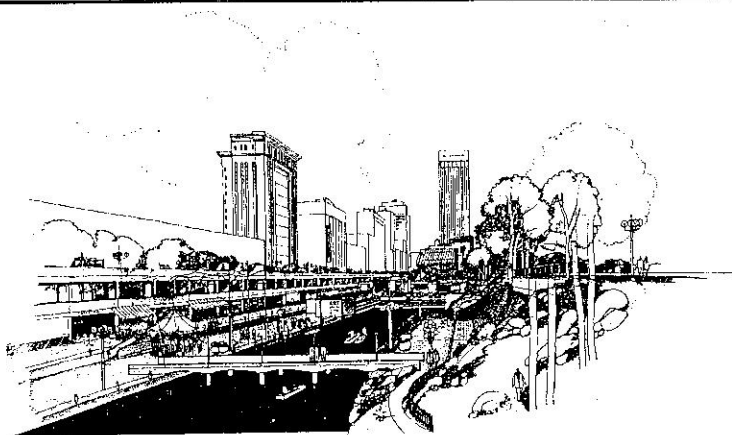
del tren TGV—, el desarrollo de *layers* complejos (en los que prevalece el diseño de la infraestructura y la identificación de nueva tierra urbana preferencial) y finalmente, el proyecto urbano-arquitectónico, definible como una envolvente gaseosa, de muchas variaciones, que terminó por empaquetar los criterios determinantes del emprendimiento (volúmenes edificatorios, contenedores de flujos, etc.).

El montaje de experiencias de desarrollo urbano apoyadas en la participación comunitaria

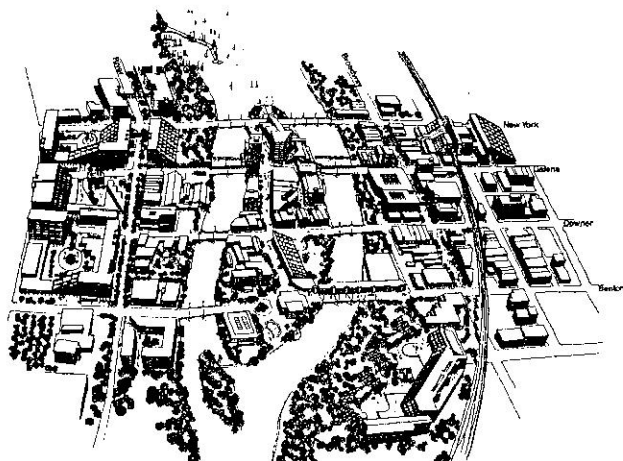
Aquí destaca la experiencia americana del modelo *design by community*, con temas como la recuperación, en clave de arqueología industrial, de la vieja ciudad de Lowell, cercana a Boston como un parque nacional urbano cultural (D. Crane, 1977); los procesos llamados R/UDAT's, generados como consultoría institucional de la AIA a más de 60 ciudades, que trabajando con las comunidades buscan discernir problemas y oportunidades a escala urbana y barrial y potenciando las fuerzas existentes (como el trabajo para la ciudad industrial sureña de Birmingham, coordinado por S. Eckstut en 1976, buscando cualificar vacíos y reasignar tierra para nueva centralidad en el suburbio de Woolawn); operaciones desarrolladas en Cincinnati como Queensgate (recuperación de un área central en un barrio negro y maximización del uso público, emprendido por el grupo Urban Design entre 1971 y 1977) o la revitalización de un barrio de inmigrantes alemanes (Pilot Center, en el barrio Over the Rhine, desarrollado por Woollen Ass, desde 1971); el proyecto Riverdesign, un reordenamiento de las áreas costeras del río Miami a su paso por la ciudad de Dayton, desarrollado de manera interactiva por un canal de TV cable (C. Moore, 1976); el trabajo que la oficina de B. Ami Friedmann desarrolló a lo largo de los '70 para la pequeña ciudad de Aurora —una especie de mini París con isla de la Cité incluida en su río Fox, a 60 km de Chicago—, con el acuñamiento de un modelo de futuro o *community vision* para la ciudad y el despliegue de eventos activadores de la calidad urbana como la llamada Aurorafest, etc.

El aprovechamiento de áreas preferenciales de desarrollo urbano

Se trata de desarrollar áreas de vocación urbana, susceptibles de acoger el interés de inversores pero también de admitir cierto control ciudadano, como el caso del área Quincy Market en el centro portuario antiguo de Boston (proyecto de B. Thompson y *land-investment* del grupo Rouse, 1976-88); la recalificación funcional y paisajística del área central del puerto de Baltimore —una de las recurrentes operaciones de aprovechamiento de *waterfronts* como áreas fundamentales de preferencia de desarrollo— (proyecto de la paisajista



Omaha Central Park Mall, Omaha, Nebraska, 1970. CHNMB (planners and architects Ass). Este proyecto implicó la propuesta de redesarrollo urbano de las riberas intraurbanas del río Missouri mediante el concepto de organización de un parque paseo ribereño equipado lineal, aprovechando áreas de vacancia, a lo largo de unos 800 metros de desarrollo. El grupo de trabajo, inspirado en las ideas de L. Halprin, uno de sus miembros, instituyó a la vez, un **board** representativo que focalizara las discusiones y acuerdos para este desarrollo, y además, la proposición de un Festival de Artes a realizarse todos los veranos, de modo de potencializar el nuevo recurso otorgándole un valor de identidad y nueva centralidad a los habitantes y los visitantes.



Aurora, Illinois, 1976, Ben Ami Friedman archs. Este proyecto organizado según una mecánica de alta participación comunitaria, se propuso un plan de desarrollo general de esta ciudad de Illinois, concentrándose en el redesarrollo de su pequeña isla, que debía convertirse en una especie de Ile de la Cité parisina. La isla se organiza mediante una espina peatonal orlada de equipamientos y atractivos. El grupo promotor auspició, para la consolidación del redesarrollo de la ciudad y el aprovechamiento de su potencial, la organización de un importante evento anual de festividades y actividades teatrales y culturales.

M. Schwatz, 1994) o un emprendimiento equivalente para el Embarcadero de San Francisco (proyecto de T. Johnson y el grupo MIP, 1993).

La identificación y acentuación de tendencias territoriales

Supone centrarse en el análisis de elementos definitorios de la conveniencia o vocación de desarrollo de un área urbana y potenciar sus cualidades, como el proyecto sustentable y racional (en términos energético-climáticos) de E. Ambasz, de 1986, para la Isla de Expo '92 en Sevilla –finalmente frustrada– o el trabajo ganado en concurso en 1990 por P. Eisenman para la reordenación del parque urbano Rebstock en los suburbios de Frankfurt y que anticipa el modelo del análisis-metaproyecto (propio del arquitecto coordinador impuesto en Francia), como material aportado a los decisores municipales y a las fuerzas del mercado inmobiliario.

El desarrollo de proyectos urbanos circunscriptos

Aquí incluimos el grueso de las posibles aportaciones tradicionales de la arquitectura al espesamiento y calificación de áreas urbanas, entendibles como mecanismos que intentan establecer diversos tipos de diálogos con la ciudad o fragmento de contexto, desde la arquitectura de parques temáticos periféricos de T. Ito (Parque Agrícola de Oira, 1998), el concurso del Teatro Nuevo Luxor, en Rotterdam, ganado por el grupo Bolles-Wilson (1996), los trabajos contextualistas de vivienda social del grupo Atelier Pro (como el conjunto El Cisne, en el canal Vooburg, La Haya, 1988), hasta el rediseño de un antiguo enclave de la industria cervecera en viviendas colectivas (Conjunto Cuareim, del grupo de J. C. Apolo y as., en el barrio montevideano de La Aguada, 1988-97) o la minimalista Plaza 1º de Mayo (de F. Comerci, frente a la legislatura de Uruguay, en Montevideo, 1991-4).

El reconocimiento del proyecto urbano como instancia heurística, investigativa y pedagógica.

Aquí señalamos dos trabajos realizados por sendos talleres de proyectos de la UBA en Buenos Aires –Solsona y Varas–, que investigan alternativas de redesarrollo proyectual de áreas de *waterfront* y vacíos urbanos susceptibles de regenerar, respectivamente; trabajos ambos de 1994 que formaron parte de la muestra indicada en la nota 13 y que conjugan aspectos reflexivos sobre el espacio del proyecto en el contexto de las problemáticas urbanas contemporáneas, dentro de un marco de experimentación y aprendizaje.

Si bien la magnitud de los problemas y lo riguroso de la caída de la calidad pública de la ciudades son aspectos significativos del presente y futuro de nues-

tras ciudades –que en todo caso exigen la sistematicidad de un análisis crítico máximo y comprensivo–, el arte de descubrir y capturar oportunidades proyectuales, si bien puede emerger como una alternativa mínima, sin embargo, contiene múltiples planos de reinsertión cultural y política de la arquitectura en su posibilidad de ofrecer mejoras a la calidad social.

Notas

¹ Zaera Polo, A.: "Un mundo lleno de agujeros", ensayo en revista *El Croquis*, 84, Madrid, 1998, pp. 308-323: Aquí Zaera distingue los modelos de *burocracia* de los de *mercado* y en éstos, la hoy crucial distinción entre los *mercados mayoritarios* o *estratificados* y los más *oportunistas* que llama *mercados nicho*, que en volumen virtual pueden ser mayores a los otros y en los cuales se presentan *situaciones no explotadas que merecen investigarse* e incluso una potencial situación de *resistencia selectiva* (en la enfatización de actuación en mercados-nicho frente a las condiciones de los mercados mayoritarios). Adicionalmente, nosotros anotáramos aquí el surgimiento de una *hibridación de modelos* que quizá explique la existencia de un *modelo burocrático de mercado*, en el que la potenciación de los rasgos *manageriales* del antiguo burocratismo moderno tal vez esté cumpliendo el servicio histórico de minar, desde adentro, la omnipotencia de las decisiones puras de mercado y complicar, sino dismantelar a la larga, su ostensible cualidad de eficacia.

² P. Eisenman plantea, para la arquitectura, la dis-

tingción tan nítida hoy para las ciencias políticas, entre *poder* y *control*, proponiendo que, al menos, el discurso crítico de la arquitectura debe reservarse una actitud de control, ya que se presenta cada vez más orbital al poder (en Zaera Polo, A.: "Una conversación con Peter Eisenman", *El Croquis*, 84, Madrid, 1999, pp.6-20).

³ Un excelente resumen del estado actual de los procesos de desarrollo urbano y los respectivos modelos que intentan explicarlo o planificarlo constan en Ezquiaga, J. M.: "Cambio de estilo o cambio de paradigma? Reflexiones sobre la crisis del planeamiento urbano", ensayo en revista *Urban.* 2, Madrid, 1998, pp. 7-33.

⁴ Con referencia a nuestra ponencia *La Crisis de la Ciudad Pública*, presentada al *I Foro de Montevideo* (marzo, 1998) y luego más desarrollada a la Reunión *La Forma Urbana del Futuro*, Córdoba (mayo, 1998). Incluida en esta antología como ensayo 3.

⁵ Hay que decir, empero, que no todo está perdido: la reciente obra del tándem Maia-L. P. F. Conde, en Río de Janeiro, expresa la recuperación de la voluntad de crear y multiplicar espacio público urbano,

con sus 16 proyectos realizados y otros 4 en marcha, con la habilitación de nuevas 106 hectáreas públicas de ciudad, 6.500 árboles, 1.000 km² de pavimentos, etc., pero por sobre todo una calidad de diseño de neta inspiración burle-marxiana. Véase el libro catálogo editado por la Prefeitura, *Rio Cidade. O urbanismo de volta as ruas*, Editorial Mauad, Río de Janeiro, 1996.

⁶ Al respecto, vale la pena reflexionar sobre lo potente del discurso articulador de arquitectura/ciudad que había promovido la tardomodernidad positiva del movimiento del *Team X*, alrededor de las ideas de A & P Smithson y A. Van Eyck (los umbrales, las transiciones, etc.) así como respecto de las causas de su desacreditación y fracaso.

⁷ Giddens, A. en *The Consequences of Modernity*, Editorial SUP, Stanford, Cal., 1990, señala el carácter de incremento de racionalidad (capitalista) de esta intensificación de relaciones entre lo global y lo local que deviene en la complejización de flujos y en la desestabilización de localizaciones. I. Solá Morales, en su ponencia básica de la X Reunión UIA de Barcelona, 1994, identifica la problemática de los flujos como uno de los temas nuevos de atención del proyecto urbano-arquitectónico. Soja, E. –en su ensayo “Postmodern urbanization: The six restructuring of Los Angeles”, incluido en Watson, S. et al. (eds.): *Postmodern cities and spaces*, Editorial Blackwell, Oxford, UK, 1995– plantea la noción de *posmetropolis*, como entidad en la cual la profundización de diversos movimientos –capital, información, mercancías, personas– ha devenido en derrame o *magma territorial* indefinido, con difuminación de las ideas de centralidades y periferias, y afianzamiento de criterios como *vectores conectivos*, *redes difusas*, etc.

⁸ La idea de *ciudad difusa* –por ejemplo, en Boeri, S. et al.: *Il Territorio che cambia. Ambiente, paesaggio e immagini della regione milanese*, Editorial Abitare, Milán, 1993– implica reconocer la *ausencia progre-*

siva de factores urbanos tradicionales como los de *continuidad espacial (zoning)*, *relaciones funcionales* (por ejemplo, trabajo-residencia, mediadas y articuladas por estrategias de movilidad) y *densidad* (como intensidad de uso y como homogeneidades topológicas).

⁹ Respecto de este tema –propuesto como consecuencia del anterior– resulta fundamental el más reciente libro de Jacobs, J.: *Edge of Empire. Postcolonialism and the city*, Editorial Routledge, Londres, 1996, en el que se tratan los efectos de la *reestructuración multiétnica urbana poscolonial* y sus procesos de impactación de cambios urbanos (como los casos del frustrado proyecto *Banglatown*, la *inner city* pakistán de Londres, o la resistencia de los aborígenes *waugai* al proceso de reurbanización de la cervecería *Old Swan* en Perth, Australia).

¹⁰ Sorkin, M. en su relevante *Variations on a Theme Park. The new american city and the end of the public space*, Editorial Hill & Wang, Nueva York, 1993, expuso la provocativa idea de la conversión de las ciudades en *archipiélagos de lugares temáticos* –centros comerciales y de consumo mediático, parques empresariales y terciarios, centros de esparcimiento, deportes y ocio, etc.– todos reconceptualizados según una sustitución del antiguo espacio público gratuito en servicios onerosos prestados por áreas-programa de entidad privada.

¹¹ No escapa a este hecho el reciente *revival* de las ideas de los *situacionistas*, un movimiento político-cultural de los '60, liderado por G. Debord. Véase *La creación abierta y sus enemigos. Textos situacionistas sobre arte y urbanismo*, edición a cargo de González, J. del Río, Editorial La Piqueta, Madrid, 1977, con textos y manifiestos de Debord, Jorn, Ivain, Constant, Vainegem, etc.

¹² Dematteis, G. en su *Progetto Implicito*, Editorial F. Angeli, Milán, 1995, analiza cuestiones ligadas a la revisión de los modelos de centralidad y fundamenta el desarrollo de *redes o retículas policéntricas*, so-

bre todo basándose en la experiencia de la vasta región metropolitana milanesa que ha obtenido un interesante resultado de reestructuración equilibrada de núcleos policéntricos.

¹³ Sobre la *periferia*, destaca el trabajo-muestra compilado por Monestiroli, A.: *Il Centro Altrove. Periferia e nuove centralità nelle aree metropolitane*, op. cit. nota 101, 1995, en el que se presentaron experiencias de cinco casos (Milán, Berlín, Nueva York, Barcelona y Buenos Aires –sección que estuvo bajo mi curadoría–). Fishman, R. en su libro *Bourgeois utopias: the rise and fall of suburbia*, Editorial Basic Books, New York, 1987, subraya el proceso de transformación de las periferias y abandono de su carácter social marginal, con el acogimiento de nuevas iniciativas capitalistas de desarrollo periférico (que en Buenos Aires implica, por ejemplo, el aumento de 180 urbanizaciones cerradas a 350, en el lapso que media entre 1990 y 1998).

¹⁴ Es muy interesante la reflexión de F. Jameson acerca de la naturaleza del movimiento del capital inmobiliario –que asocia a los finales conceptos marxistas de *capital ficticio*– y al criterio de generar una calificación de capital asociado a la *expectativa de renta futura*. Ese fenómeno explica, por ejemplo, fracasos como el del emprendimiento del Rockefeller Center, y también, el modelo de planeamiento insinuado en las Leyes de Suelo españolas –ahora camino de su desactivación– basado en regular el *mercado futuro* del desarrollo urbano, no el presente. Véase Jameson, F.: “El ladrillo y el globo: arquitectura, idealismo y especulación de la tierra”, ensayo incluido en *El Giro Cultural*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1999, pp. 213-248.

¹⁵ Esta articulación fue presentada, en referencia al caso americano, en mi ponencia a la Reunión SAL, Lima, 1999, *Crítica máxima de proyectos mínimos. De la modernización imperfecta a la globalización salvaje* (incluida en esta antología como ensayo 6).

Ensayo 5

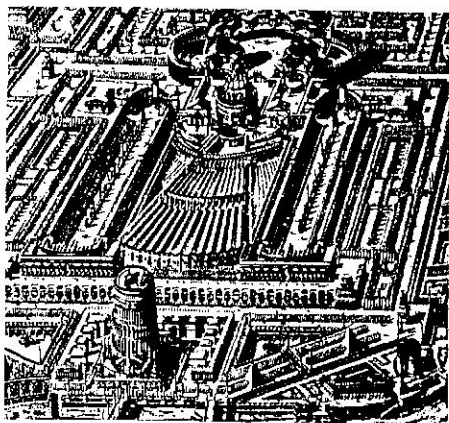
Arquitectura y ciudad: apogeo y decadencia del contextualismo

Uno de los temas dominantes de la teoría de la arquitectura ha sido, al menos desde el siglo XV, el de la relación arquitectura y ciudad, según el cual la segunda –sobre todo como macroforma– debía operar como contexto (formal) de la primera –en tanto práctica del proyecto de microformas o fragmentos discretos y diferenciales de la materia edilicia de la ciudad–. Digamos aquí, muy brevemente, que, desde las proposiciones estéticas de Georg Lukacs,¹ la idea de forma no puede ser reductivamente entendida como una cuestión de puros significantes, o sea, desprovista de contenidos ideológicos. Lo que bajo diversas denominaciones podemos reconocer como contextualismo, adquirió así una especie de garantía de teoría y práctica correcta y un aura virtualmente irrefutable: como en política nadie puede estar en contra de causas intrínsecamente buenas, como la democracia o los derechos humanos, en arquitectura y urbanismo nadie debería oponerse a la causa intrínsecamente buena del contextualismo, entendible en el sentido que los proyectos arquitectónicos deberían ser deducidos del contexto de las ciudades en que se insertan. O si se quiere, de manera más general, de las estructuras territoriales y de paisaje. Es decir, que existiría una posible lógica proyectual –desde luego, no la única en el marco de la modernidad²– según la cual el proyecto es un punto de llegada o conclusión respecto de un conjunto de operaciones formales deductivas, desde lo *macro* (ciudad o estructura territorial preexistente, en general) a lo *micro* (el objeto resultante del acto proyectual).

Esta articulación macro-micro, que aquí se remite a una manera de analizar

la forma y morfogénesis urbana (la forma dada y el modo genérico de producción de forma), resulta una manifestación peculiar de la trama de enunciados y discursos propios de la socialidad urbana, como en alguna medida exploramos en el capítulo 1 de este libro. Podría, en cierto sentido, decirse que la modernidad en el nivel de la producción, circulación y consumo de enunciados discursivos, discurre entre un proceso positivo-deductivo que definiría una productividad discursiva contextualista, respecto de un proceso negativo-inductivo, propio de la novedad institucional moderna de los movimientos vanguardistas, que propone una productividad discursiva anticontextualista, dada en procedimientos variados como el montaje/collage (por ejemplo, en el cine de Eisenstein o en los fotomontajes de Heartfield), el extrañamiento descontextualizador (por ejemplo, en los *objects trouvée* de Duchamp o en el distanciamiento didáctico-ideológico de la dramaturgia de Brecht), la elaboración de contenidos simbólico-imaginarios (por ejemplo, en el método paranoico-crítico de Dalí³ o en la poesía de los *cadavres exquisites* de Breton), etc.

Pero el contextualismo, a fines de la década del 90, parece estar agotado como discurso, en parte porque se convirtió en banal y en parte, porque la decadencia socio-cultural del pensamiento y la práctica de la arquitectura hacen que sus protagonistas actuales más notorios deban generar aventuras gestuales provocativas que remitan a alguna clase de comunicación diferencial del hecho arquitectónico. La modalidad lógico-deductiva de correlación entre la gran y la pequeña forma tiende a resultar demasiado lógica y, por ello, poco eficaz en un cuadro cultural atiborrado de signos, que parece banalizar lo lógico y requerir lo provocativo, en nombre de la pertenencia a un momento histórico más definido por las condiciones de la competitividad. Un ejemplo de estas posturas, equivalentes a algunas neovanguardias artísticas contem-



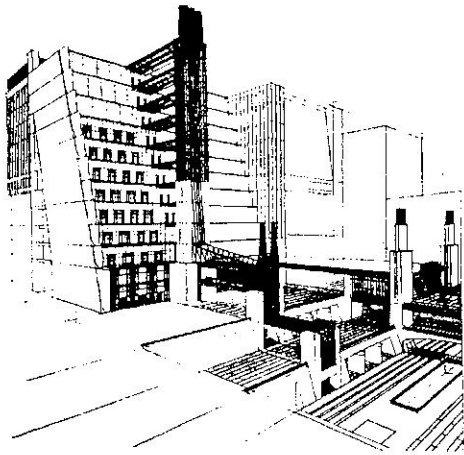
Piranesi, G. B. ilustración del libro de grabados sobre **Antigüedades Romanas**. Recreación utopista y libérrima (de la etapa pre-arqueológica) de los **Campos de Marzo**, un fragmento de la ciudad de Roma bajo la égida imperial asignado a ejercitaciones y celebraciones militares. Recogiendo elementos formales deducibles de las ruinas y adicionándole componentes alegóricos de importancia bíblica—como su versión de la **Torre de Babel**—, la ciudad histórica es recreada bajo las perspectivas del paisajismo barroco y con la aureola de **sublimidad** que proviene de la exasperación de un absoluto **horror vacuill**, que termina por atribuir al fragmento de ciudad—más **proyectado** que restituido—un aura laberíntica y exenta de la lógica del espacio social público.

poráneas, es el caso del Museo Guggenheim en Bilbao, de Frank Gehry: sea por la diferenciación en la estructura morfológica del proyecto, en la tradición funcional del programa o en la factura tecnológica del artefacto, este proyecto es cualquier cosa menos contextualista, y esa negatividad es fundamental en la voluntad proyectual del autor. Sin embargo, es obvio que todos los arquitectos comunes —y los aspirantes a serlo— no pueden intentar una praxis proyectual *alla Gehry* (como pudo haberse dado con Le Corbusier o con Rossi porque sus arquitecturas fueron didácticas, o sea que aspiraban a y se postulaban para ser re-producidas o re-proyectadas, a partir de mecanismos miméticos); por otra parte, en una gran proporción, deben proyectar en una ciudad determinada. Lo que hace Gehry —para que no sea fatal para sus ciudades— debe hacerse en dosis pequeñas y en ciudades distintas, de modo de mantener su estéticamente violenta diferencialidad. De allí que el propósito de este capítulo, dirigido obviamente no a los *proto-Gehrys* que pudieran intentar existir y protagonizar genéricamente discursos arquitectónicos nutridos de tal violenta diferencialidad, se dirija a examinar algunas características del ascenso y la caída del concepto de contextualismo, tratando de ver, en el espesor histórico de su desarrollo conceptual, si algunos de sus contenidos tienen todavía sentido para la reconstrucción de una relación de una arquitectura (no necesariamente cosmopolita o acriticamente globalizada) con una ciudad-contexto. Tampoco me interesa referirme al cinismo del contextualismo negativo de Nigel Coates, Carel Weeber, Hans Kollhoff o Zaha Hadid, ni al realismo sucio del que habla Liane Lefaivre (véase nota 21 del Ensayo 3). Creo que son todas flexiones del neovanguardismo arquitectónico demasiado irresponsablemente ligadas a analogías como las de una *bad painting* con una *bad architecture*, lamentable por cuanto la arquitectura sigue atada a proponer objetos sociales; por lo tanto, al precio de seguir siendo lo que históricamente fue, carece hegelianamente de autonomía artística y esa restricción de autonomía, en términos generales, vuelve a destacar el concepto de contextualismo, si no como metodología proyectual, como aparato crítico: teórica y críticamente, podemos sostener que algo está mal en tanto posea una contextualidad defectuosa. Por tanto, lo que sigue es un breve conjunto de observaciones sobre el tema que nos ocupa en torno de algunos ejemplos de arquitectura.

1. En la ciudad medieval la arquitectura es casi absolutamente tisural y enteramente dependiente del contexto urbano. La práctica proyectual es más bien una performance artesanal, una repetición y ajuste, y esta técnica alcanza también al proyecto catedralicio que siempre es una reflexión antiexperimental (y antiinnovativa) sobre la re-producción del material tipológico (desde las trazas hasta la estatuaria). Pero la materia urbana dominante de la primera ciudad

que perdura en la tradición occidental —el burgo medieval— es la repetición infinita de unos pocos tipos, como, por ejemplo, en las casas-taller urbanas realizadas en la técnica del *pan de bois* en ciudades, algunas de fundación y traza romana, como la británica Chester. Cada objeto singular de esa masa construida carece de autonomía respecto del contexto —es decir, no puede sino imitar lo preexistente— y así la práctica proyectual es un tautológico trabajo imitativo bastante próximo a la tarea de cualquier artesano responsable de producir cualquier otro tipo de objetos de estas ciudades y sociedades urbanas (desde un par de zapatos a un libro miniado o un arcón de roble). El contexto o la masa edilicia preexistente da los elementos para una repetición muy levemente ajustada —a las diferencias de tamaño de los lotes o a alguna ínfima variación de programa de necesidades— y el producto singular resultante pasa a engrosar o espesar dicho contexto. A lo largo de cuatro o cinco siglos puede haber superpuestas otras moderadas prácticas proyectuales sobre dichas piezas, desde refacciones o agregados hasta los reciclajes adaptativos para albergar nuevas funciones. Así, hasta llegar, a fines del siglo XIX, a las prescripciones legales ligadas al concepto de bien patrimonial, que en muchas ciudades europeas sustrajo a estas piezas de su posible destrucción o reemplazo, eternizándose, si se quiere, la necesidad de una continua actitud proyectual de tutela contextualista. Esta clase de producción/re-producción mimética y de microajustes parece generalizarse como una de las líneas generadoras de la discursividad y productividad material propias de las culturas urbanas occidentales; constituyen una especie de *episteme* cuya condición estable sólo empieza a conmoverse con la proto-modernidad del iluminismo enciclopedista y con el acrecentamiento de una conciencia de diferencialidad dada en la vulneración de esos elencos o repertorios puestos en evidencia por la sistematización de la cultura y la naturaleza que se establece a partir del siglo XVIII.⁴ Foucault, cuando enuncia las condiciones históricas de esa sistematización, está ofreciendo la explicación del origen de una conciencia crítica capaz de resistir y transformar las puras prácticas mimético-analógicas del mundo material y simbólico premoderno, de modo que puede entenderse el origen de una modernidad antimimética y crítica del contextualismo casi automático en los productos artísticos y científicos generados a partir del siglo de las luces.

2. Se ha querido proponer, en la irrupción del modernismo racionalista, el inicio de una postura de autonomización creciente de la arquitectura, en detrimento de los elementos contextuales que surgen de la estructura urbana. Las propuestas de arrasamiento de tejidos preexistentes —cumplidas parcialmente en las clarificaciones parisinas de Haussmann o propuestas, por ejemplo, en el reemplazo completo que Le Corbusier propone en los años 20, del



La tradición piranesiana de una ciudad emergente de un atiborramiento de elementos arquitectónicos superpuestos abre toda una perspectiva de análisis histórico de la relación arquitectura-ciudad que llega, entre otros exponentes, a las imágenes de la **Cittá Nuova** de A. Sant'Elia, expuesta en Milán en 1914. Mucho antes que Le Corbusier, y debido a sus incipientes tareas profesionales en obras de infraestructura hidroeléctrica, Sant'Elia, casi en simultáneo con Garnier, descubre la **estética de la ingeniería**, que por vía diferente del modo proyectual del **horror vacuú** medieval y piranesiano, también opera con la lógica del fragmento —en este caso, los edificios escalonados o **gradinati**, la circulación mecánica segregada en planos diferentes, etc.—, cada problema con su solución y aportando a una ciudad emergente que no podrá ser sino caótica, desestructurada, de-formada.

viejo barrio del Marais³— no necesariamente deben considerarse el *leit motiv* central de la modernidad racionalista, más bien interesada en crear ciudad *ex novo*, en los bordes periféricos de las urbes. Por el contrario, aún las actuaciones más radicales —las del ala dura del racionalismo, por ejemplo— desmienten esta supuesta innovación, en el sentido que podría pensarse que el proyecto ultra-racionalista no puede evitar, en la construcción de su discurso abstracto y minimalista, cierta referencia a lo urbano, casi en un movimiento de figura y fondo. Un ejemplo preciso de esta conducta, en cualquier caso bastante compleja y no exenta de cierta reflexión proyectual contextualista, se da en el proyecto de la Peterschule que el joven y provocativo Hannes Meyer propusiera en Basilea en 1926 y que, en cierto sentido, retoma la prudente reflexión de Alberti, en cuanto a trabajar el proyecto nuevo como una suerte de pieza engarzada en los tejidos y espacialidad preexistentes. El edificio escolar suizo de Meyer propone a nivel arquitectónico una serie de novedades propias del hiper-racionalismo vanguardista (como la eliminación de toda propuesta ornamental, la utilización de nuevas tecnologías como los tensores de acero o la radicalización implícita en una pretendida absoluta reducción a la función), pero a la vez, a nivel de inserción urbana contextualista, no promueve una crítica de la espacialidad pública preexistente sino que la reelabora (el edificio deja espacio libre para no romper demasiado la continuidad de la plaza en que se inserta, se analiza el movimiento de figura-fondo de la nueva construcción respecto de las envolventes edilicias históricas, etc.).

3. Por el contrario, aportaciones marginales de la vanguardia moderna, como el movimiento de las viviendas sociales de la Viena socialista de

entreguerras, utilizaron la reflexión arquitectónica para espesar la calidad social de la ciudad, aun a costa de intentar revolucionar bastante drásticamente la estructura espacial y los usos preexistentes. Por ejemplo, revisando el antiguo tipo de casa-patio, *hof*, extrapolándolo a un fragmento significativo de ciudad y haciendo así que la arquitectura pudiera construir contexto, en un caso bastante poco frecuente en este siglo. El caso del Karl Marx-hof, que Karl Ehn proyecta en la ciudad austríaca en 1927, es uno de los más ejemplares de esta voluntad programática municipal, a pesar que la innovación tipológica no deja de recoger sedimentos de la tradición habitativa preexistente como la idea del patio-plaza polifuncional comunal. Por fuera de las vanguardias explícitas, un denso proceso de multiplicación de estas intervenciones complejiza las ciudades europeas —como Milán, Lyon o Amsterdam— y también se replica en algunas ciudades americanas, como los conjuntos que Fermín Beretervide proyecta en Buenos Aires por la misma época o en el vasto programa cumplido en las llamadas *cités* chilenas del barrio Santiago Poñiente. En todos estos casos, si bien no hay una lógica proyectual estrictamente contextual o deducida, habría existido empero, en el marco de una voluntad programática socializante de multiplicar la espacialidad colectiva urbana, un criterio consciente de complejizar o enriquecer la condición social de las morfologías urbanas. Paradójicamente, este criterio se nutre de las demandas del mejoramiento público y simbólico de las ciudades medievales que surgen de la vida burguesa.

4. El otro modelo moderno y socialista triunfante de arquitectura para la vivienda social —el *siedlung*— tendió a conspirar contra la calidad de la ciudad como estructura, al contribuir a la dispersividad formal y a la anomia funcional del crecimiento de las periferias urbanas (ya que las vanguardias modernas cifraban su capacidad innovativa en la tabula rasa de la no ciudad histórica o el suburbio anónimo y neutro, las abstractas extensiones de los territorios rurales del afuera urbano de las ciudades históricas, decisión, apuesta o compromiso que bien puede calificarse como fatal respecto de la evolución de la ciudad moderna, con el consiguiente efecto de reducción o anulación de las conductas nutridas de la prudencia contextualista) salvo pocos casos rescatables como el barrio Dammerstock, en Karlsruhe, de Walter Gropius y Otto Haesler.⁶ No casualmente, dicho sea de paso, ésta es una de las ciudades alemanas nuevas, fruto del urbanismo barroco del siglo XVIII. Este paradigma de diseño urbano, sin perder una cierta demanda de calidad pública ligada a necesidades simbólicas del poder, esponjaba la anterior estructura de tejidos densos de la ciudad medieval y permitía suponer la posibilidad de un arraigo más posible de arquitecturas agregadas: la urbanidad barroca, en torno de su sistematicidad de ave-

nidas y plazas, suponía un armazón susceptible de un adensamiento de ocupación resuelto con una cierta lucidez de reconocimiento de dichas condiciones contextuales, como ocurrió con el *siedlung* de Gropius y con casi toda la arquitectura colectiva de Haesler, arquitecto municipal de aquella ciudad.

En la internacionalización del tipo *siedlung* emergió otro defecto de relación arquitectura-ciudad, al generalizarse un modelo indiferente a las cualidades específicas de cada ciudad concreta: el internacionalismo estilístico racionalista intentaba acompañar el internacionalismo ideológico-cultural socialista. Con pocas excepciones, como el caso del conjunto El Silencio, construido en Caracas por Carlos Raúl Villanueva hacia 1941 y que fue un claro ejemplo de utilización de un tipo como punto de partida para una compleja elaboración proyectual adaptativa (al clima, a la relación interior-exterior, a la tecnología, a las costumbres habitativas, a la idea de espacio colectivo abierto, al manejo de la vegetación tropical, etc.). Otros casos significativos en Latinoamérica de este proceso re-contextualizador del referente tipológico internacional es la obra habitacional temprana de Alfonso Reidy o algunas exploraciones del llamado pobrismo mexicano.

5. La modernidad italiana fue bastante peculiar: obviamente si Giuseppe Terragni, la sociedad Figini-Pollini, o Pietro Bottoni parecen ser, hasta cierto punto, modernos ortodoxos (siendo que Ernesto Rogers, Franco Albini o Ignazio Gardella pudieran ser modernos heterodoxos, en tanto cultores de un criticismo no ajeno a una sensibilidad contextualista), otros, como Carlo Scarpa, Adalberto Libera o Mario Ridolfi, desde luego, se alejan de los axiomas mismos de la modernidad, no tanto por su refugio en discursos historicistas sino por la apelación a un contextualismo casi antropológico (del detalle, de la factura material con las cosas y las habilidades de un *paese* determinado, etc.). En esa tradición pro-contextual, el grupo GRAU—liderado por Alessandro Anselmi—reelabora la idea de un contextualismo cultural, a veces lindante con reminiscencias surrealistas, que resultara sustancial en la casa del escritor Malaparte, en Capri, que Libera proyecta en 1941. Por ello, esta singular estética de contextualismo cultural e historicista—que se verifica, por ejemplo, en todo el surrealismo metafísico clasicista de la pintura de Giorgio de Chirico o Mario Sironi que, sin embargo, se obstina en articular esa clasicidad aparentemente intemporal, con una reflexión sobre la ciudad— recupera el afecto renacentista por el artificio, por la construcción intelectual expresiva de una cierta voluntad de dominio o apropiación del mundo natural. Una naturaleza que nunca podrá ser inocente o primigenia, sino que es como un sustrato intensamente trabajado por culturas preexistentes que, sin embargo, conviven con nosotros a partir de la capacidad de interpretar las huellas de tales culturas sobre el te-

ritorio. El concepto de territorio, así, es más una noción cultural que natural, es más depósito de sucesos históricos que configuración geográfica. Bien en la clave renacentista —que, por otra parte, recupera de manera espontánea la cultura de apropiación del mundo natural propia de los etruscos y los romanos— resulta así que no hay una dicotomía drástica entre campo y ciudad, entre naturaleza y cultura, entre continuidad de las estructuras territoriales y discontinuidad de los gestos, supuestamente altisonantes, del proyecto monumental. La geografía historizada —o la historia evidenciada en las marcas territoriales— es como un barniz que asegura contextualismo siempre que el proyectista disponga de una situación empática respecto de la preexistencia que sustenta cada acto proyectual nuevo que, por lo tanto, nunca puede ser radicalmente nuevo. Esa imposibilidad es la condición de una actitud mimética, como afirmaban La Bruyère o Robert Bresson en esos aforismos que gustan reivindicar Aldo Rossi y Giorgio Grassi: *todo está dicho ya y sólo se trata de volver a repetirlo con las palabras justas*.

6. Esa postura antropológica si no alcanzó a encarnarse en las propuestas proyectuales europeas modernas —aunque algunos sedimentos parecen emerger en ciertas obras de Juan Navarro Baldeweg (el Museo de Altamira), José Ignacio Linazasoro (la Escuela de Fuenterrabia), Guillermo Vázquez Consuegra (el conjunto de viviendas de la calle Ramón y Cajal en Sevilla), Antonio Cruz-Antonio Ortiz (el Baluarte de La Candelaria de Cádiz) o Alvaro Siza (el Banco Borges y el Centro Cultural de Santiago)⁷— sí aparece en algunas revaloraciones patrimoniales populares o no monumentales, como en el caso de la restauración de las casas de la Carrera del Darro en Granada, donde un experto en restauración, Ignacio Gárate, se obligó a trabajar con colores, texturas, materiales, enfilamientos, relación de vanos con muros, etc., todo emergente de las tradiciones populares existentes. Giorgio Grassi —en su *Architettura: Lingua Morta*⁸— nos da la clave de una posible indiferenciación entre proyecto nuevo e intervención en organismos históricos. Según Grassi, no se puede proyectar sino pensando en la preexistencia material y así, en extremo, no se puede ser sino contextualista, aunque Grassi recale en una especie de destilación conceptual e intelectual de la idea amplia de contexto en la noción restringida de tipo. En cualquier caso, pareciera que una tradición europea de arquitectura urbana reciente —que podría remontarse a los '60 y al magisterio de las propuestas antimetodologistas de E. Rogers, recogidas puntualmente en las influentes aportaciones teóricas de O. Bohigas— implica un silencioso apartamiento del experimentalismo exasperantemente posmoderno y la variada reivindicación de posturas neocontextualistas que van desde el enfoque culturalista hasta el antropológico-popular.

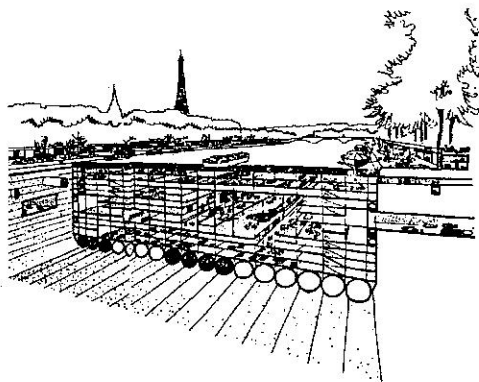
7. Hay una serie de obras discretas que busca, en el episodio proyectual arquitectural, tallar la ciudad, modelarla en una voluntad de multiplicar su espacialidad pública y, a la vez, esponjar la arquitectura o hacerla permeable respecto de esa expansión y complejización del espacio abierto urbano. El Banco de Previsión Social, en Montevideo, de Mario Payssé, es un ejemplo; otros serían el conjunto The Economist, en Londres, de Alison y Peter Smithson, y el conjunto de intervenciones universitarias de Gian Carlo Decarlo en Urbino, obras tardomodernas de sabor *team X*. Como el trabajo de Mario Alvarez en Buenos Aires en el Complejo del Teatro San Martín, una obra de sucesivas adiciones y talladuras que se llevó a cabo casi durante dos décadas de proyectos y obras. En parte esta actitud podría vincularse al talante desarrollista y optimista del renacimiento urbano de la década del 60, cuyo exponente más calificado sería la gestión arquitectónica y urbana de los equipos técnicos de los *county councils* ingleses de aquella época, en dicho país, signada por la política laborista del *welfare state* todavía receptivo de la política económica keynesiana. De tal tradición destaca, por ejemplo, la obra coordinada por H. Bennett, uno de los últimos ejemplos de arquitecto municipal, obra encuadrable en la virtual utopía de proponer una complejización de la calidad espacial social de los edificios de equipamiento público. Desde luego, el basamento teórico de este llamado proceso de humanización de la modernidad queda resumido en las tareas de demolición del aparato ideológico urbanístico de los congre-



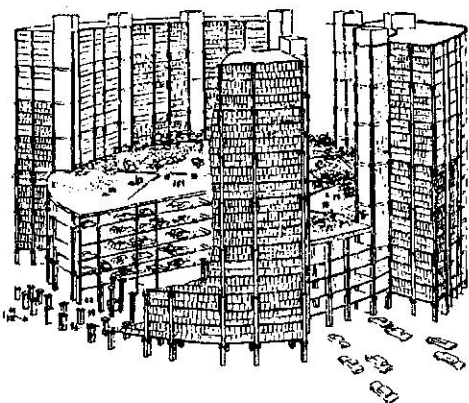
Walter Gropius, Colonia Dammerstock, Karlsruhe, 1928-9. La pretendida restauración de un orden racional-productivo para la fabricación de las ciudades debía operarse no sobre la ciudad histórica o existente sino en sus márgenes, a partir de células deducibles de la racionalización tecnológica y social, como los *siedlungs* (colonias, conjuntos, complejos) —cuya acumulación crearía una **nueva ciudad maquinica**, a la sazón, desprovista de integralidad y nuevamente, fruto de yuxtaposiciones— o sus componentes constitutivos, el hábitat del **existenz minimum**, laboratorio de perfeccionamiento del rendimiento productivo de los actos de habitar cotidiano (cocinar, comer, leer, dormir, etc.), sometidos ahora a un análisis particularizado dominado por la economía, la ciencia de los materiales, el psicologismo conductista y los parámetros biologists. En general, como se sabe, esta **solución final** de la modernidad fue fallida, aunque episodios como Dammerstock —dentro de la ciudad más barroca de Alemania— resultaron a la postre y por la apropiación afectiva de sus habitantes un sostenido éxito y hoy, un fragmento calificado de la suburbanidad.

sos del CIAM (por caso, en los congresos de Bérghamo, Dubrovnik y Oterloo) en la conformación del llamado Team X (integrado por Bakema, van Eyck, Candilis, Woods, A. & P. Smithson, Voelcker, Soltan, Grung, Erskine y Coderch), y la edición de su manual.⁹

8. La postura proyectual de Giorgio Grassi arriba mencionada se presenta de manera ejemplar en su plan para la reconstrucción del pueblo de Teora, una de las pequeñas ciudades friulanas arrasadas por los sismos de mediados de los '70. La oportunidad de rehacer una ciudad es bastante propicia para plantearse una teoría contextualista, en el sentido de referencialidad: ¿a qué deben aludir las nuevas construcciones, cómo debe funcionar alguna clase de memoria o experiencia? Desde el proyecto arquitectónico aparece así la posibilidad de rehacer el contexto urbano: éste se reconstruye entonces como ruina o rezago, recuerdo rememorativo, apropiación de otras memorias, materialización de otros discursos: por ejemplo, la vieja plaza por donde atravesó la falla geológica del terremoto se dejó tal cual, una especie de cicatriz que presenta, retiene y re-presenta la violencia natural y el recuerdo de la destrucción. La idea de contexto es mucho más que una geometría de la memoria; es una condensación de la multiplicidad de los discursos y su intertextualidad. Si el trabajo urbano de Grassi en Teora apela a esa difusa condición de un palimpsesto formado por retazos materiales e inmateriales, su polémica propuesta de reconstrucción del Teatro de Sagunto parece formar parte de un procedimiento semejante, en este caso, distante de la supuesta verdad aportada desde



Si el utopismo del momento de entreguerras —ética socialista + estética racionalista— osciló entre **realismos** abusivos (en definitiva, como decía Adorno, Auschwitz es una consecuencia del imperativo de racionalidad y, por tanto, su clausura) y prefiguraciones ligadas al tronco anarquista-romántico, las utopías de los '60 —como la ciudad de Paul Maymont, uno de los muchos intentos de **inventar suelo**, en este caso, debajo del Sena— volvieron a interesarse en la centralidad urbana y en la búsqueda de una especie de emblemática nueva monumentalidad dependiente de las disponibilidades tecnológicas. La ciudad como elemento expresivo de dinámicas absolutas, la consagración del automóvil y la hipermovilidad, conspiran empero con aquella voluntad simbólica de lo tecnológico, y la simbiosis (aún en la diversidad de posturas como las de Jonas, Jellicoe, Archigram, Kikutaye, Tange y el **metabolist group**, etc.) de ambos temas —movilidad y tecnología— anticipa el escenario de la cultura urbana posmoderna.



Las ideas urbanísticas de L. Kahn para Filadelfia comparan el *mix* precedentemente enunciado (movilidad + monumentalidad tecnológica), también en procura de reconquistar la centralidad inexpresiva de las ciudades consecuentes del *International Style*. Por la raigambre de las ideas clasicistas kahnianas y su adscripción al modo proyectual urbano de la *Academie de Beaux Arts*, las propuestas resultantes –de la proyectada Filadelfia a la concretada Dacca– exhuman el talante, casi grecolatino, de organizar las nuevas centralidades mediante un conjunto emblemático de poderosos monumentos, que puedan a su vez, ser pensados como máquinas urbanas.

la filología arqueologista (que sería la única posible tentativa de reconstrucción verídica y legítima de un contexto destruido) y tendiente a re-construir un artefacto de entidad histórica mediante el recurso de un conjunto confluyente de referencialidades: desde cómo fue registrado el monumento en diversas y dilatadas representaciones hasta cómo debiera ser, casi poniendo en juego el modelo violletiano de interpretación estilística. Lo cierto es que Teora o Sagunto son procesos proyectuales en los que se cancela la autonomía inventiva del instrumento-proyecto, o se lo reconduce a una especie de indagación hiperdeterminada según la cual una nueva forma no puede ser una consecuencia de una organización formal previa (que Grassi y Rossi se atienen a llamar tipo, como concepto o *cosa mentale* en el sentido de la teoría renacentista, pero que dada su coseidad matérica o figural parece más bien eso que nosotros, en términos amplios, estamos llamando contexto). Un recorrido semejante de distanciamiento acerca de la pura referencialidad material, pero en todo caso articulado con una noción compleja de memoria o contextualidad conceptual-cultural, parece existir en la condición de forma (o de-forma, fractura) del Museo Judío en Berlín de D. Libeskind, en donde el proceso de trituración del material formal (dado en la plegadura de los muros, en la condición obturada del espacio y en la talladura bizarra de los paramentos) apela sin duda a un contextualismo alegorizante de las múltiples memorias del castigo corporal, la tortura y la muerte violenta.

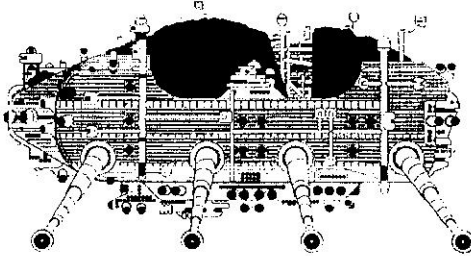
9. Lejos del colapso de una catástrofe como aquella que en el caso de Teora induce u obliga a repensar contextualmente la forma urbana de su eventual reconstrucción, hay partes de ciudad que desaparecen muy lentamente y sobre las que también hay que reflexionar y actuar crítica y propositivamente

desde la actividad proyectual. Uno de los rasgos de ciudad que desaparece en la centrifugación de la globalización homogeneizadora es el barrio, el *quartier*, el microtopos, el lugar que funde memoria vecinal o microhistorias y arquitecturas tipológicas derruidas, reusadas. La Malasaña madrileña, el Soho neoyorquino, el Raval barcelonés son algunos de estos reductos. Ciertas intervenciones de sabor barrial –como las que saturan las transformaciones del barrio de Palermo Viejo de Buenos Aires, algunos fragmentos montevidéanos o los barrios judíos de París o Barcelona– se plantean algunas de esas cuestiones, por caso, como cirugías amistosas. En realidad esta paciente acumulación de pequeñas dosis arquitectónicas, todas remitidas a cierta clase de interpretación de las preexistencias formales de las configuraciones existentes, constituye desde la lógica del proyecto una especie de proceso lindante con la actividad discursiva basada en el reconocimiento de un soporte o lengua, de tal forma que las performances proyectuales –siempre hiperdeterminadas por rasgos que devienen de esa materialidad preexistente– pueden acumularse como una especie de habla o práctica discursiva relativamente convencional. Desde luego estos procedimientos que en la modernidad vigente resultan de un tono inhabitual o aun conservador o elitista, en el seno de culturas urbanas exo-occidentales pueden, todavía, esgrimirse como métodos naturales (en tanto, culturales) de construcción arquitectónica de ciudad.

10. Lo barrial puede ligarse a expresiones de la multiétnicidad de las ciudades y regenerar una idea de contexto que implique un proyecto de reivindicación de esa especificidad. Es lo que hizo en algunos trabajos bahienses Lina Bo Bardi con las culturas de la negritud y explotando sabiamente la eclosión de turismo y patrimonio cultural débil. Esta actividad proyectual revela, por una parte, la fusión de una formación europea de temperamento imbuido de racionalismo modernista junto a la recepción entre sorpresiva y alborozada del mundo populista barroco negroide brasileño del Nordeste (o sea la doble fusión del europeo moderno por sobre el conglomerado de la cultura colonial que incluye europeidades arcaicas) y, por otra parte, la convicción acerca de la necesidad y oportunidad de configurar una estética segura (incluso con perspectivas de obtener, como ocurrió, un reconocimiento internacional) basada en los sedimentos antropológicos específicos de una cultura acumulativa e imbricada en el paisaje natural. En este sentido, Bo Bardi se pliega a todo un movimiento cultural de ratificación de esa complejidad de lo negro-brasileño que viene desde los tempranos grupos culturales Verde-amarelo, Pao Brasil y el movimiento antropofágico (que había acuñado el satírico cuanto pertinente lema *tupí or not tupí*) de los años '20, que a su vez se articula con la literatura de Jorge Amado, el teatro de Martim Gonçalves y el *cinema novo* de

Glauber Rocha o Mario de Andrade. En este escenario, la obra urbano-arquitectónica de Lina Bo Bardi —desde las intervenciones bahienses del Solar de la Uniao o la Casa del Benim hasta su reciclaje de la vieja fábrica paulistana que dio lugar al centro SESC Nova Pompeia, en un suburbio industrial de San Pablo— configura una de las más interesantes tareas de repertorización de un discurso anclado en la interpretación de los contextos culturales populares, lo que también influyó en un persistente interés de esta autora no tanto o no sólo en la arquitectura urbana, sino en las dimensiones inmateriales de la fiesta, el teatro, los montajes museográficos, las vestimentas o los objetos de uso cotidiano. En ese plano de actuación pro-contextual de orden antropológico, el mundo discursivo, evanescente y simbólico, supone ser un ámbito preferencial de proyecto, entendido entonces como lectura y re-escritura de las voces urbanas existentes. La mirada interpretativa e inventiva de Bo Bardi —forjada en una formación cultural propia de la modernidad racionalista europea de los '40— se cruza así con el magisterio simétrico o equivalente de Lucio Costa, producto de la *intelligentzia* autóctona (como los casos del escritor Gilberto Freyre, el antropólogo Darcy Ribeiro o el músico Heitor Villalobos), esa que supo, en una hibridación inversa, mirar la brasileñidad —y desde allí, unas prácticas y poéticas contextualistas— tamizada desde una lente europeísta saturada de voracidad deglutiva.¹⁰

A veces, como en el viejo barrio italiano paulistano de Bixiga, no hay proyecto sino puramente la reconstrucción antropológica de las tradiciones y la puesta en evidencia e importancia de los elementos de la cultura material, como también pasó en algunos proyectos de rescate cultural y de la identidad barrial en el Cerro de Montevideo. En esta ciudad, hace ya casi una década y alrededor de la actividad del hoy Alcalde de la ciudad, Mariano Arana, se desplegó una variada praxis proyectual orientada al rescate y reciclaje de estructuras urbanas barriales (los barrios Reus, del Puerto, etc.), en muchos casos merced a un trabajo, caso por caso, de una posible urbanidad contextualizante vinculada a la acumulación de performances puntuales.¹¹ En el caso del viejo barrio alemán de Cincinnatti, Ohio, el *Over-the-Rhine* —nombre acuñado porque el barrio original de mediados del siglo XIX bordeaba un arroyo— se desarrolló un proyecto reconstructivo material e inmaterial bajo la forma de lo que los americanos llaman *design by community* y así, con un trabajo coordinado por el grupo Woollen se reconstruyeron unas 15 manzanas del asentamiento original, un viejo mercado y se erigió el *Pilot Center*, como museo activo y también como casa comunitaria. En cierta forma, la idea de un contexto cultural-barrial pudo recorrer todo el espectro que va de la indagación microhistórica hasta la regeneración del escenario edilicio y material. Retomamos varias de estas cuestiones en el capítulo que sigue en el que se aborda la noción



Pero el **címax** teórico de los '60 –en la oscilación de hipermovilidad y tecnología– lo aportará el grupo Archigram, por ejemplo, en sus propuestas de **Instant City**, ciudades móviles organizadas en torno de artefactos que retomando la tradición de la **science fiction** y los **comics** en torno de las estaciones espaciales, conjugan monumentalidad (y retórica) ultratecnologista y la posibilidad de una urbanidad táctica, oportunista, no permanente. La idea clásica de ciudad –la idea grecolatina y albertiana, la ciudad que concreta el paso histórico del gregarismo solidarista– termina por desaparecer, en la euforia progresista de los '60, dando paso a una hipótesis de **nomadismo** que desde entonces atraviesa toda la construcción del pensamiento posmoderno, por ejemplo y muy centralmente, con las ideas de Deleuze.

del patrimonio material; a dicho tramo de este libro nos referimos incluso en las referencias bibliográficas de los ejemplos mencionados.

11. Lo barrial, a veces, entraña tal proceso de deterioro que las operaciones de recuperación cultural y formal pueden ser complejas y exijan diversidad de actuaciones, como ocurriera en el llamado Plan de Bolonia, llevado adelante por un equipo en que descollaban Giuseppe Campos Venuti y Pier Luigi Cervellati, bajo una administración local comunista y que sigue siendo, aun con sus contradicciones, el ejemplo más acabado de una rearticulación de arquitectura y plan. Éste es uno de los primeros y relativamente exitosos casos en que el problema del manejo social y cultural de un vastísimo contexto urbano susceptible de ser analizado como un centro histórico fue emprendido desde el punto de vista de una gestión urbanística local, enfrentando las presiones anti-contextuales del sector inmobiliario y sus apetencias de transformaciones drásticas de las estructuras materiales preexistentes, tanto como su configuración social y actividades. La idea básica del equipo del plan de Bolonia acerca de la posibilidad de conjugar exitosamente cierta manutención del corpus patrimonial urbano-arquitectónico con la recepción de transformaciones funcionales propias de nuevas actividades urbanas, y sin generar un proceso de expulsión compulsiva de la población originaria, sigue siendo un argumento válido tanto como un acuciante desafío en torno de la posibilidad de prácticas proyectuales contextualistas en el seno de una noción de plan urbanístico que no decline la calidad histórica y social de la ciudad pública o colectiva. Fue también, en una escala menor y quizá menos rigurosa o planificada, el caso del viejo barrio colonial bogotano de La Candelaria, en el que una

parte importante fue recuperada mediante una especie de trasvasamiento humano (las casas fueron reocupadas por artistas, intelectuales y gente que entendía que se podía recrear un hábitat no sólo interesante en lo cultural sino que también iba a haber una fuerte revalorización de las propiedades: como pasó en el barrio Gótico de Barcelona y en los alrededores de la Plaza Real en esa ciudad). Pero en otras áreas de este barrio, Rogelio Salmona proyectó el complejo Santa Bárbara, un conjunto de varias manzanas interconectadas de bloques de viviendas de 4 pisos, con fachadas continuas, zócalos comerciales y plazas interiores. Hubo muchas protestas de los grupos conservacionistas más ortodoxos y desde luego, aunque muy deterioradas las casas que se demolieron para construir este conjunto, podían haber sido recicladas como en el resto del barrio, según decíamos antes. Sin embargo, el proyecto de insertar arquitectura contemporánea en un tejido antiguo tradicional en este caso nos parece reivindicar un sutil contextualismo, ligado a reelaborar temas preexistentes —como la plaza-patio o las calles de soportales—; el resultado abre un campo de mixtura entre novedades y preexistencias de cuyo equilibrio también podrá construirse una teoría práctica de un contextualismo no únicamente museificado, cuyas posibilidades en términos de economía urbana parecen bastante limitadas, sobre todo en las ciudades latinoamericanas.

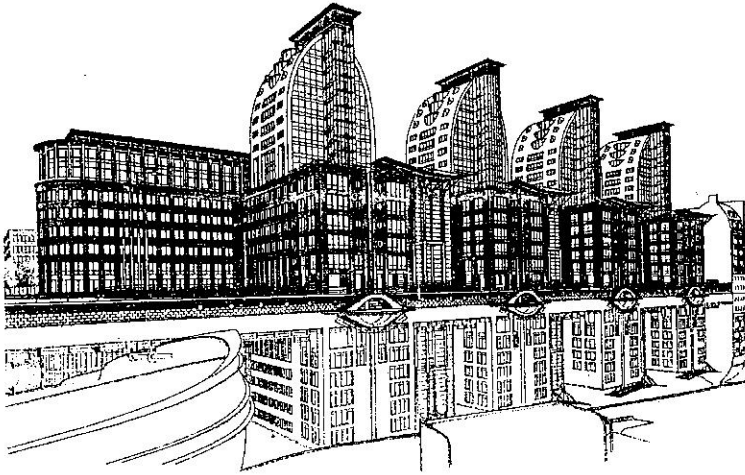
12. La casa, como objeto único y exento en el paisaje y la ciudad, parece ser el motivo más susceptible de escapar a los parámetros de control contextual y de una manera menos simbólica que la tumba o el monumento —esos únicos momentos del proyecto que según Loos permiten ejecutar la arquitectura como arte— posibilita la sedimentación de muchos sentidos discursivos, como la fusión de formas etruscas con los herméticos observatorios de Jai Singh, en Jaipur; que por ejemplo se entremezclan en algunas pequeñas casas de campo en la Campagna romana del grupo GRAU, en las propias elaboraciones loosianas acerca del *raumplan* o en la representación urbana que manejan los proyectos de las introvertidas casas de Tadao Ando, con su enfática propensión a elaborar sus viviendas como alegóricos microcosmos urbanos, con calles, plazas, ensambles de elementos públicos y privados, introversión o no-paisaje, en el sentido que ese objeto *ersatz* no debe mirar nada sino a sí mismo.

Siguiendo con el ejemplo latinoamericano de Salmona —que a mi juicio, junto al primer Oscar Niemeyer de Pampulha y a Clorindo Testa, es quien mejor ha desentrañado la esencia y estructura del paisaje americano—, sus casas en la sabana bogotana ejercen doblemente la posibilidad de aquella autonomía (por ejemplo, organizando el proyecto alrededor de una secuencia escalonada diagonal de patios atravesados por una acequia de agua, río íntimo que atesora y privatiza el paisaje en una metáfora proyectual) junto a un regis-

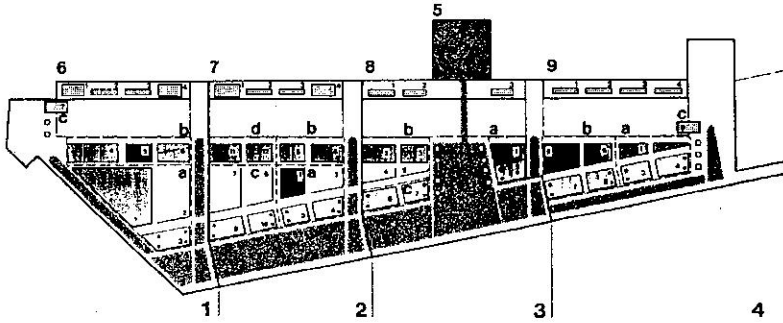
tro contextualista de instalación del proyecto en el territorio (como composición de colores, volúmenes, materiales, legitimidad de ligazones: tierra/cerámico, cielo/bóvedas, etc.).

13. A esta altura quizá esté ya claro que imagino una idea de contexto mucho más compleja que la de la mera congruencia geométrica y/o de las similitudes formales o aparienciales. Desde este punto de vista de expansión inclusivista pudiera pensarse que no se ha generado una ostensible decadencia del concepto en términos de su utilización proyectual, sino que ha perdido vigencia aquella forma contextualista reductiva de imitación de las geometrías preexistentes. Una expansión del método contextualista, incorporando referencias más herméticas o enigmáticas, se relaciona más con el trabajo artístico que Adorno llamaba de la forma orgánica y Benjamin, de *alegoresis*. Esta perspectiva, que Benjamin supo verificar en producciones premodernas como el drama barroco alemán y que creía que explicaba una vía colateral de la modernidad, como fue el expresionismo, si bien parece poseer una cierta continuidad o *flum* que atraviesa toda la modernidad desde el siglo XVII, se habría contrapuesto, sobre todo según el argumento adorniano, al verdadero movimiento de la modernidad, signado por una voluntad creciente de abstracción en la búsqueda, orientada por las vanguardias, de productos que fueran antes que nada, obras de arte en situación de fugar de su ineluctable conversión en mercancías. En esta perspectiva, la mirada alegorizante de Benjamin —que confluía en el misticismo cabalístico— resultaba inevitablemente regresiva u opuesta a aquel movimiento ideológico del vanguardismo inorgánico racional y abstracto e interesado por el procedimiento (por ejemplo, el montaje y todas las conductas productivas artísticas de tipo hiperanalítico) antes que por el producto. En esta perspectiva, es evidente que las posturas contextualistas, más o menos complejas en sus procedimientos miméticos o alegorizantes, requerían como necesidad fundante una entidad de objeto, una existencia de forma, entre otras cosas para poder establecer esa situación esencial del discurso contextualista según la cual su única condición necesaria es la correlación de macroformas y microformas con alguna clase de relación discursiva (deducción, generación, contraste, replicación, deformación, alusión, etc.).

Hay argumentos de latencia pro-contextual en la micro-historia barrial, en la complejidad del paisaje natural, en la autoridad del material antiguo, en la perdurabilidad o resistencia de ciertas configuraciones gestálticas urbanas (que son algo más que la manualística e inasible noción de tipo), etc. Las específicas historias urbanas también aportan, para quien sabe hacer las respectivas lecturas en la clave de relación análisis/proyecto, datos o referencias para un procedimiento proyectual deductivo (de la ciudad previa) e inductivo (en cuanto



La aportación de elementos diversos de la urbanidad moderna –desde las figuraciones de Sant’Elia hasta el racionalismo de los *siedlungs* y el monumentalismo kahniiano, que habían operado, en su talante utopista, como anticipaciones– comienza a concretar una idea de ciudad obtenible mediante un fragmentarismo exasperado, una inserción de imágenes y tipologías a la búsqueda de un cierto micro-orden interno y desprovisto ya de toda voluntad ordenadora de ciudad o aun, de intención ejemplarizante. Tecnología y recuperación de centralidad (que implica la **captura de áreas de vacancia u oportunidad urbanas, terrains vagues**) se testimonian en el proyecto del grupo Weffel-Kohnhold-Gundermann en Sonninhof, la City Sud de Hamburgo, proyecto de 1998, insertable en la tradición reciente de recuperación de áreas de **waterfronts** o portuarias desactivadas.



El modelo genérico de estas operaciones urbanísticas selectas dentro del cuadro complejo de las metrópolis contemporáneas lo ofrece el proyecto de Antiguo Puerto Madero, en el centro de Buenos Aires (en este caso, con la ilustración del **master plan** inicialmente propuesto por J. Busquets, uno de los consultores urbanos inicialmente convocados para este desarrollo a fines de los años '80). Las condiciones técnicas de centralidad y segregación –respecto de la ciudad– de estas áreas (condiciones devenidas de su función portuaria originaria) la convierten en atributos sustantivos para los nuevos desarrollos: áreas fiscales de bajo o nulo costo de suelo, sectores susceptibles de garantizar usos públicos reducidos y, por tanto, un desarrollo socio-cultural **gentrificado**, áreas **fronterzadas** o con límites nítidos de accesibilidad, bajos costos para la provisión de infraestructuras, etc. En estas operaciones selectivas viene a ponerse de manifiesto el criterio central de la idea de **plan de proyectos** o de **city collage**.

a construcción de un discurso o implementación de un lenguaje: el contextualismo es análisis en lo deductivo, pero también, proyecto en lo inductivo/acumulativo/agregativo), como en el caso del conjunto Chabuca Granda, que el arquitecto peruano J. García Bryce construyó hacia mediados de los '80 en la antigua Alameda de Los Descalzos, en Lima. Lo deductivo/inductivo de tal ejemplo resalta en torno de una sutil interpretación de los legados del urbanismo barroco americano, con su manejo de distintas categorías de espacios abiertos, sus balconadas y soportales de jabalcón, su sentido del movimiento y del espectáculo. García Bryce, que además de arquitecto es un erudito historiador de aquella arquitectura y urbanismo,¹² supo armar un discurso proyectual moderno –abstracto y no historicista en términos de referencialidades puras– en base a esa lectura de una densidad contextual que emana de la historia urbana, a veces con huellas muy sutiles que hay que saber desentrañar. Este comentario es útil para desarrollar la idea de un contextualismo no necesariamente narrativo ni mucho menos, puramente mimético, sino que pueda estar articulado a procedimientos razonados de articulación abstracta de referencialidades provenientes de una estructura contextual (compleja en el espacio y en el tiempo).

14. Siguiendo con algunos ejemplos de arquitectura peruana para esta matización de una idea amplia de contextualismo cultural o de una historicidad urbana específica (no lo barroco en general, sino lo barroco limeño, etc.: este juego sutil lo supo entender muy bien otro arquitecto erudito como el brasileño Lucio Costa y su lectura tan actual o moderna del estilo manuelino), y aun cuando se podría haber ilustrado este momento reflexivo con alguna obra mexicana de Luis Barragán, de Teodoro Gonzalez de León o aun, del menos conocido Enrique Norton o de algunas (pocas) cosas del ahora cosmopolitizado Ricardo Legorreta, trabajos peruanos de Juvenal Baracco, Luis Bombicino o Emilio Soyer también remiten a una compleja lectura de una forma antropológica americana de pensar el espacio (forma cúbica, exceso de envolvente, carácter áulico o ceremonial de lo abierto, complejidad exo-europea de la relación interior/exterior, etc.). Algo se ve en el grupo de casas en La Rinconada, Lima, que en 1995 proyectó Soyer. Las lecciones que emanan de algunas arquitecturas antropológicas regionales emiten argumentos interesantes para la posibilidad de posicionar o situar una arquitectura contemporánea en las características conceptuales de esas referencias: las arquitecturas masivas de barro de Chan Chan¹³ (con su composición ortogonal y sus envolventes enteramente revestidas de escrituras geométricas), los severos espacios del complejo de Puruchuco¹⁴ (proyectado hacia el siglo XIV según rigurosos trazados semejantes a la sección áurea, en base al monomaterial cerámico y a un

orden ortogonalizado y una dinámica de recorridos espiralados) o la secuencia de espacios abiertos y cerrados del conjunto monumental de Pachacamac (que propone una arquitectura de movimiento reveladora, por así decirlo, de una vocación proyectual casi de resonancia urbana) son todas referencias útiles a la hora de densificar una postura contextualista valiosa para repensar la pura o banal manipulación de los materiales devenidos del cosmopolitismo de la modernidad.

La importancia de un sistema de referencias contextuales que indaguen en las estructuras profundas de los territorios historizados o antropizados supone una de las tradiciones vigorosas en la proposición de una arquitectura cuya función cultural sustancial sea develar y densificar ese arsenal material y simbólico, por fuera de una supuesta excesiva o absoluta autonomía en sus procedimientos inventivos. En la tradición etnourbanística europea está la base de los trabajos históricos y metodológicos contenidos en las líneas investigativas de arquitectos como E. Guidoni, G.F. Caniggia o S. Muratori, que en alguna forma empalman con las propuestas proyectuales urbano-arquitectónicas de L. Quaroni, A. Rossi y G. Grassi. Por otra parte, esta apertura a la indagación de los componentes constitutivos histórico-contextuales de unos determinados procesos de antropización territorial poseería argumentos afectivo-religiosos que también operan como control de la innovación o reaseguro para una reproducción de lo dado: es lo que autores como Yi Fu Tuan¹⁵ denominaron *topofilia*.

15. Rem Koolhaas, por fuera de su rutilante estatus de *form-giver*, también parece ser un arquitecto con gran capacidad de lectura contextualista (pero de un contextualismo profundo: ligado a su reivindicación de su ser holandés, como geógrafos de lo artificial, navegantes –*surfer* se autodefine RK–, mercados del mundo, colonizadores, etc.). Algunas obras de Koolhaas ejercen esa capacidad de proyecto analítico, como la colección de dibujos sobre Nueva York (la metáfora de Manhattan como La Balsa de la Medusa es extraordinaria y sólo la recuperarían escritores como Julian Barnes o José Saramago) o el Centro de Convenciones de Agadir. Su proceso proyectual por capas aditivas, que reelabora temas como el paisaje chato del mar, las dunas, los palmerales o el tema del oasis y la memoria de las tradiciones constructivas arábigas como los mocárabes, etc, puede ser un buen ejemplo de la posibilidad de un proyecto extremadamente contemporáneo y minimalista (como el Museo de Altamira de Juan Navarro Baldeweg, excavado en la estructura del territorio para llevar la organización museística a la cavidad misma de las cuevas, motivo del arreglo arquitectónico, verdadero *assemblage* o artificio enclavado en la geología natural, casi una instalación minimalista), pero que adeuda completamente su

fuerte potencia innovativa a la manera de elaborar datos complejos de contexto (cultura, geografía, paisaje).¹⁶ El Centro de Agadir, por otra parte, se propone recordar la fractura del sismo que afectó la ciudad marroquí, tanto como articular dos discursos complementarios en el proyecto arquitectónico: un afuera regularizado pero a la vez deducido de los elementos del paisaje territorial preexistente y un adentro, de geometría variable, excavado —como referencia a las formas medanosas— que es capaz de contener, como un estuche genérico, las múltiples solicitaciones de forma de los diversos elementos del ensamble de conjunto, desde las formas preñadas de las salas de conferencias, los vacíos fluyentes de las circulaciones, conexiones y espacios de pasos perdidos hasta la regularidad del techo-grilla del programa hotelero. La contextualidad refiere tanto al paisaje costero inmediato como a las diferentes referencias natural-culturales del Maghreb, y a las alusiones aún más culturales que remiten a la distante memoria o recuerdo de la vida de ciudad y sus artefactos. Así como intelectuales similares a Paul Bowles supieron extraer una redefinición de su modernidad en torno de la interpretación de lo contextual cultural de los ambientes maghrebíes, Koolhaas parece poder reformular su internacionalismo proyectual a la luz de su capacidad de interpretar lo dado. Por fuera de su posible ejemplariedad estético-discursiva contemporánea —en tanto potentes reducciones minimalistas de sentido—, tanto la obra de Koolhaas como las novelas y crónicas de viaje de Bowles (registros ambos, muy semejantes) remiten a un compromiso de forma/contenido con la especificidad natural-cultural del mundo marroquí.

16. Asociar esta forma de proyecto —que proponemos denominar contextualismo profundo— con la arquitectura de Macchu Picchu puede parecer una forma de seguir en el espíritu de desaforada voluntad alegorista que tiene Delirious New York. El caso es que casi no hay un mejor ejemplo de arquitectura histórica en la cual el proceso de proyecto esté íntimamente imbricado con el *locus*. La idea de un proyecto o intervención de pensamiento, deducido íntegramente de la estructura del sitio natural, es formulada por Heidegger en su famoso ejemplo del puente que, en tanto constructo artificial, legítimo en cuanto producción de una instalación, se define en arreglo y acuerdo con la cuaternidad del mundo.¹⁷ No imaginamos qué interpretación pudiera haber hecho Heidegger —que seguramente no conoció el Perú— pero hay pocos casos en que el acto arquitectural (crear morada, habitar pensando) se haya efectuado con la potencia de pensar/proyectar desde la esencia de lo natural, incluso al precio de convertir lo material en subjetivo. La piedra incaica está animada: las grandes piedras de Sacsahuamán, cuenta la mitología, se convirtieron en guerreros en la defensa del Cusco por Pachacutec frente al asedio de

los *chankas* y se llegó, en la tradición constructiva lítica incaica, a anular la autonomía de lo escultórico en el despliegue de una gestualidad habitativa, ya que las piedras, ajenas a una mineralidad inerte, viven y dejan vivir. La complejidad del tratamiento del material natural en la puesta en obra del proyecto mítico-habitativo de la ciudadela incaica remite a una extinción del efecto de innovación en el acto proyectual, pero la intensidad de la elaboración tecnológica y simbólica sobre la materia natural o territorial parece aludir a uno de los límites posibles de la potencia del pensar-proyectar contextual.

17. Por eso, cerrando una parábola de desarrollo acerca de un posible concepto de contextualismo puede haber arquitecturas seguras —casi banales— dadas en su pura capacidad de acogerse a la forma del entorno, cuando éste tiene la suficiente energía (como en la arquitectura ritual de Ando, las formas *sukiya*) o en las obras de la Universidad de Oruro, en el altiplano boliviano, proyectadas por Gustavo Medeiros: unas casi nimias y tardomodernas plegaduras de hormigón se curvan y posicionan en la geometría del paisaje, su posible calidad proyectual deriva casi enteramente de la calidad o magnificencia del contexto paisajístico territorial, ominoso y al cual, en la tradición andina, hay que continuamente conjurar, incluso con los actos arquitecturales o de instalación en lo natural previo. Diferentes autores de talante antropológico, como el caso de R. Kusch,¹⁸ aluden a la condición de completitud que lo natural previo tiene respecto de todo posible acto habitativo-poético, por ejemplo, en sus referencias acerca de la omnipresencia cuasi demoníaca del mundo vegetal americano. Un paciente recopilador de tradiciones míticas andinas, E. Morote Best,¹⁹ casi en una coincidente concurrencia con los intelectuales discursos mito-estructurales de C. Levi Strauss, refiere una idéntica conclusión en cuanto comprueba que el mundo de los relatos cosmogónicos fundantes no sólo se reitera infinitamente según un discreto conjunto de situaciones (reafirmando la hipótesis de V. Propp acerca de la existencia de un corto número de paradigmas discursivos que anidan en todos los repertorios de los cuentos populares de cualquier época y lugar) sino que, además y sobre todo, tales situaciones suponen una cierta elaboración cultural de disposiciones territoriales o circunstancias de paisaje en las que se entrelazan características mítico-originarias materiales y naturales junto a consecuencias psicológicas y sociales (como los diversos tránsitos entre cosas naturales y sujetos individuales y colectivos).

18. Esta articulación estrecha entre territorio y artefactos, entre ambiente natural y cultural-tecnológico, también podrá encontrarse en buena parte de la obra del chileno Edward Rojas en sus trabajos de Chiloé, como el caso del

Instituto Campesino San Francisco, punto culminante del choque de una antropología de rescate (implantaciones rurales de valle o bordemar, recuperación de la tecnología del alerce, etc.) con la voluntad cosmopolita del proyecto moderno. Ahora Rojas ha trascendido ese supuestamente reclusivo papel de arquitecto *folk* y habría que ver cómo se transporta esa metodología contextualista segura a las actuaciones proyectuales en el homogéneo fragor de lo metropolitano. A veces se piensa que la postura contextualista es más fácil, natural, segura u obligada en los ambientes naturales y culturales fuertes —en tanto, circunstancias fortalecidas en una suerte de folklore relativamente marginal de la modernidad omnicompreensiva— resultantes de cierta condición geocultural de marginalidad o atraso (como ocurre también con la arquitectura del inglés Laurie Baker en la región bengalí de Kerala, que es meramente la reelaboración de tradiciones híbridas o mestizas de construcción colonial mezclada con técnicas y soluciones vernaculares, por ejemplo, en torno de alternativas vinculadas a las manufacturas cerámicas, trabajos que en contextos diferentes pero con propósitos similares desarrollaron el mexicano Carlos Mijares o el egipcio Hassán Fathy); pero en cualquier caso, es necesario rescatar una postura de renuncia ligada a intentar reducir las posibilidades autónomas del proyecto a las determinaciones de esos contextos, en apariencia, referencialmente estimulantes. Aquí deberíamos destacar, en primer término, esa conducta opcional que acepta los fuertes términos de heteronomía que condicionan el proyecto y, en segundo lugar, el hecho sustantivo de la existencia genérica —muy visible o por el contrario, menos evidente— de aquellas características que la historia de un sitio puede transferir, como datos heterónomos, a la libertad creativa del acto proyectual. La diferencia, entre los ambientes folk y los homogeneizados por la omnipresencia modernizadora, sólo obliga a una capacidad más profunda de lectura e interpretación. La obra de algunos arquitectos pro-urbanos, insertos en las tradiciones nor-europeas —como por ejemplo, Aldo van Eyck, Ralph Erskine o Sverre Fehn—, avala estas conductas, ya de no contextualismos deducidos de ambientes culturales *folk* o premodernos, sino más bien, de posturas analítico-deductivas pacientes y cuidadosas respecto de unas preexistencias urbanas densas e históricamente complejas que, sin embargo, pueden contener términos de determinación o control de la autonomía inventiva exacerbada en el proyecto nuevo.

19. Otro referente de talante folklórico en la arquitectura americana es el brasileño Severiano Porto, con sus trabajos en la tropical Manaus y su trascendencia internacional. En el Centro de Interpretación Ambiental de Balbina, Porto pareció haber encontrado una solución de compromiso: una traza general y una organización global de las cubiertas le otorgaron la posibilidad de



Imagen de la campaña CSSD (**Campaign to save Spitalfields from the Developer**), Londres, inicios de los años '90. El viejo mercado de Spitalfields y sus áreas circundantes, como la Brick Lane Street, están mayoritariamente ocupados por bengalíes. Dentro de políticas xenófobas y apetencias de oportunidades inmobiliarias, un grupo desarrollador —el dragón SDG de la ilustración, un consorcio de empresas inmobiliarias que incluyen a Balfour, Beatty, Costain, etc.— propuso el redesarrollo y clarificación del área, con sus consecuencias previsibles de **gentrificación** y expulsión de la población étnica precedente. El resultado fue una intensa movilización política y cultural, en pro de la defensa de la radicación existente, del patrimonio edilicio del mercado (como había pasado dos décadas antes con Covent Garden) y de criterios de mejoramientos que afianzaran la diversidad étnica. Una de las respuestas alternativas del grupo de desarrollo fue realizar el proyecto Banglatown, es decir, una similar reactivación del área pero destinada a los bengalíes adinerados. Este tema de los nuevos mestizajes metropolitanos —planteado por J. Jacobs en su *Edge of Empire*— abre la cuestión posmoderna de una urbanidad poscolonial y de la discusión acerca de la yuxtaposición de actividades y culturas dentro de las nuevas configuraciones del mundo global.

hacer una arquitectura geológico-geográfica, siguiendo el errático curso de un río o imitando las formas redondeadas de las forestas. Debajo de ese mundo mimético de la macroforma paisajística natural, unas tramas geométricas rigurosas alojan la convencional ortogonalidad de un programa de oficinas y laboratorios. El proyecto contextualista podría así conjurar aparentes dicotomías tipológicamente irreconciliables y explotar la potencia sincrética en una posmodernidad que no ofrece más que fusión, hibridación y mestizaje en toda la cultura, desde la política hasta la música o la literatura.

Este diálogo entre naturaleza y cultura, entre ambiente preexistente e intervención proyectual de tipo adaptativo –pero también, entre tradición e innovación, entre sedimentos antropológicos locales y novedades discursivas cosmopolitas– revela, por otra parte, una línea continua de actuación y pensamiento en el contexto brasileño siempre más o menos controlada por los primeros términos de las dicotomías precedentes, ya desde las tempranas formulaciones híbridas o antropofágicas de los movimientos artísticos de los años '20 (por ejemplo, el movimiento Pau Brasil, del poeta Mario de Andrade²⁰) hasta todo el proceso de asimilación/transformación adaptativa de las proposiciones modernas vanguardistas en la obra de diseñadores como O. Niemeyer, L. Costa, R. Burle Marx, A. Reidy o L. Bo Bardi.

20. Concluyamos, de nuevo con una imagen urbana aparentemente (y sólo aparentemente) tradicional, ruralizante y folklórica. Algunas ciudades exo-europeas –como Shibam, en Yemen del Sud– mantienen un *pattern* en el cual la discusión contextualista acerca de la relación arquitectura-ciudad es innecesaria. La arquitectura, comprobada la eficacia –económico-energética, tecnológica, cultural, social e histórica– de un corto número de prescripciones tipológicas, se imita interminablemente a sí misma, haciendo que cada performance reproductiva sólo contenga pequeños ajustes de optimización. Se podría terminar con un interrogante: ¿es el modelo de ciudades como Shibam una imagen nostálgica, folklórica y románticamente regresiva o, por el contrario, contiene los términos subterráneos de un utópico programa del que deducir las posibilidades de un nuevo contrato contextualista de arquitectura y ciudad?

Notas

¹ El inicio de este discurso de articulación de forma y contenido —o más bien, de cómo en las características de forma como estructura configurativa de un determinado discurso, preferentemente artístico, se incuba y elabora un material significacional eventualmente ideológico— debe ser atribuido modernamente a la *Teoría de la Novela*, de Georg Lukacs, editado originariamente en 1920 y traducido al español por Editorial Siglo XX, Buenos Aires, 1974. Lukacs analiza a la novela (sobre todo, la épica) como no sólo alegorizante de un determinado tiempo civilizatorio, sino más incisivamente como elemento o parte constitutiva de tal momento, de modo que la *forma discursiva* es tanto determinada por lo social como también, constitutiva del intercambio cultural y simbólico de un período histórico determinado, además de ofrecer un basamento *tipológico* (que estudia en la segunda parte de su tratado) utilizable en momentos históricos posteriores en tanto, precisamente, *disponibilidad de forma*. Obviamente, este análisis de la interrelación estrecha forma/contenido será ulteriormente reelaborado de manera ejemplar y concluyente en la *Teoría*

Estética de T. Adorno, editada originariamente en 1970 y traducida al español por la Editorial Taurus, Madrid, 1971.

² La *relatividad* de las lógicas proyectuales dentro de la modernidad urbano-arquitectónica y la situación contemporánea la hemos desplegado, al menos para un primer debate, en nuestro ensayo “El pájaro australiano. Un mapa de las lógicas proyectuales de la modernidad”, editado en la revista *As-trágalo*, 6, Madrid, 1997.

³ Dalí, S.: *El mito trágico del Angelus de Millet*, Editorial Tusquets, Barcelona, 1978.

⁴ El análisis de esa conciencia de regularidad del mundo natural y cultural —y por lo tanto, indirectamente, de las posibilidades de ruptura de tal regularidad— debe ser atribuido a las investigaciones de M. Foucault, sobre todo las sistematizadas en su obra *Las palabras y las cosas*, cuya edición original francesa es de 1966 y su traducción española, por la Editorial Siglo XXI, México, es de 1968.

⁵ Le Corbusier había presentado en 1922 en el Salón de Otoño, su Ciudad de Tres Millones de Habitantes, cuyas ideas retoma tres años más tarde

en su propuesta para la Reconstrucción del Centro de París. Ese mismo año se edita en París su libro *L'Urbanisme*, que contiene estas propuestas.

⁶ Éste es uno de los ejemplos que testimonian más que la anónima dispersividad de la ciudad burguesa concentrada (que se alentaba, por ejemplo, en las teorías de L. Hilberseimer), la posibilidad de espesar en el tiempo y en el uso colectivo, la calidad pública patrimonial de la nueva arquitectura, no mediante una suburbanización subalterna sino con una programática de complejidad urbana no demasiado diferente de aquella de la ciudad histórica. Un interesante ensayo de Uhlig, G. y Peterek, M.: *60 years of Siedlung Dammerstock, a building site of modernism*, revisa no tanto el carácter innovativo de la propuesta sino su uso social a lo largo del tiempo histórico que ha podido verificar su éxito en términos de consumo social y cultural. Este estudio fue publicado en la revista *Zodiac*, 5, Milán, 1988.

⁷ J. M. Montaner analiza esta actitud proyectual en el campo de lo que llama *la continuidad del contextualismo cultural*, título de uno de los capítulos de su libro *Arquitectura europea: 1977-1990*, Edición Documentos de Arquitectura 14, Colegio de Arquitectos de Almería, 1990. En esta presentación Montaner ejemplifica con algunas obras de Siza y también de Rossi (Sede de la empresa Aurora, Turín, 1985) y de R. Moneo (Museo de Mérida, 1986).

⁸ Grassi, G.: *Architettura: lingua morta*, Editorial Electa, Milán, 1989.

⁹ El Manual del Team X (*Team X Primer*) fue editado originalmente por la revista *Architectural Design*, Londres, 1962. Se tradujo al español como *Manual del Team X*, firmado por los diez arquitectos arriba mencionados, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1966.

¹⁰ Desarrollamos estos argumentos en mi libro *El laboratorio americano*, op. cit., nota 13 del Ensayo 1.

¹¹ Algo de esta tarea colectiva y ciertamente relacionada con acuerdos proyectuales pro-contextua-

les de proyectistas y demandas del mercado inmobiliario se registra en el texto antológico *Qué Historia? Validez presente de las arquitecturas pasadas*, Edición del Grupo G86-CEA, Montevideo, 1993, donde destacamos los ensayos de Otero, R. y Pesce, J.: "Las nuevas casas a medida" y el de Rey, W.: "Cultura, arquitectura y reciclaje". Complementando estas aportaciones puede consultarse también el número monográfico de la revista *Elarqa*, 23, denominado "Inserciones. Reciclajes no residenciales", Montevideo, 1997.

¹² García Bryce, J.: "El Barroco en la Arquitectura del Perú", ensayo en el libro-catálogo *Barroco Latinoamericano*, Edición MNBA-FAU-UBA, Buenos Aires, s/f. Los textos de este libro fueron reproducidos del libro *Simposio Internazionale sul Barocco Latinoamericano*, Edición Instituto Italo-Latinoamericano, Roma, 1982. El análisis de templos peruanos como San Francisco de Lima, Los Huérfanos o Las Nazarenas que propone García Bryce acentúa los contenidos de hibridez o mestizaje de estas y otras propuestas, con complejas articulaciones entre referencias europeas originarias y performances adaptadas, reformadas o transformadas en el seno de las condiciones de producción proyectual americanas. Los trabajos proyectuales contemporáneos que intenten elaborar alusiones a tal contexto urbano-arquitectónico deberán hacerse cargo de dicha complejidad productiva original, que establecería una suerte de tradición sincrética.

¹³ Canziani Amico, J.: "Chanchan. Arquitectura y Urbanismo de la ciudad (900-1450 DC)", ensayo en el número monográfico dedicado a *Ciudades de América*, de la revista *Arquitectura Panamericana*, 1, FPA, Santiago de Chile, 1992. Esta arquitectura se destaca por la estructuración aditiva de recintos urbanos más o menos segregados y autónomos —las *ciudadelas*— junto a su complejidad en los desarrollos ortogonales planos de sus componentes espaciales tanto como en las iconografías abstractas de los muros cerámicos,

por ejemplo en los recintos llamados audiencias.

¹⁴ Wakenham Dasso, R.: *Puruchuco. Una investigación arquitectónica*, Edición de la Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, 1982. Se trata de una indagación de las características proyectuales generativas de este palacio residencial, productivo y gubernamental de un *curaca* cercano a la actual ubicación de Lima probablemente del siglo XIV o XV de nuestra era: el conjunto, ejecutado en adobe, revela la aplicación de un esquema de organización de tipo espiralado, basado en una secuencia de espacios abiertos y cerrados cuadrangulares, controlados mediante la aplicación de trazados reguladores como el número de oro, el número omega o la serie de Fibonacci.

¹⁵ Tuan, Y. F.: *Topophilia. A study of environmental perception, attitude and values*, Editorial Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1974. Este estudio, basado en el análisis de varias experiencias históricas, desde Grecia hasta China y Egipto y las culturas americanas indígenas, se propone indagar en los contenidos de relación entre programas religiosos, conductas sociales y filosóficas y actitudes resultantes en la modelación del territorio y el desarrollo de los asentamientos. Nosotros hemos realizado un intento de discusión del concepto de topofilia (amor al topos o territorio) aplicado al caso americano en nuestro ensayo *Topofilia Americana*, editado en la revista *Ciudades*, 4, Editorial del Instituto de Urbanística de Valladolid, España, 1998.

¹⁶ Los textos de Koolhaas, R. sobre esta temática son *Delirious New York* y *Islam after Einstein (Hotel and Convention Center, Agadir, Morocco, 1990)*, ambos en su antología Koolhaas, R. y Mau, B.: *S, M, L, XL*, op. cit., nota 32 del Ensayo 3. En el segundo texto se lee: *En un contexto de sistemáticamente comprometida autenticidad parece cruel e inusual destruir parte de las calidades naturales que perduran... habrá una vía para escapar de la aparente necesidad de un monumento o un clímax?* (p. 378).

¹⁷ *Por una originaria unidad se co-pertenecen en uno los cuatro: Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales*, dice Heidegger, M. en su "Construir, Habitar, Pensar", el célebre ensayo acerca del habitar y el construir, con varias traducciones españolas de las que recomendamos la realizada por F. Soler, en Heidegger, M.: *Filosofía, Ciencia y Técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997. Esta antología contiene los siete ensayos heideggerianos fundamentalmente dirigidos a la cuestión de la técnica, y en ella, a presentar el debate acerca del *habitar y construir*. En su famosa meditación del *punte* –allí incluida– refiere que el puente es mucho más que un puro artefacto que deviene o genera efectos simbólicos en tanto, o sobre todo, es esencialmente cosa o *factum*, verdad material inserta en el mundo.

¹⁸ De los diversos trabajos de R. Kusch en los que se reitera esta indagación de la relación estrecha entre naturaleza y cultura social-religiosa en el mundo andino, *La seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo*, Editorial F. Ross, Rosario, s/f (circa 1983, reedición de un texto de 1953) incluye sus proposiciones acerca de la cosmogonía y demonismo vegetales como fundantes de una estética americana. *El vegetal es algo así* –dirá Kusch– *como la solución desesperada de un afán de sujetar el devenir, el sentimiento de muerte que brota en medio del festín y lleva, por alguna conciencia de culpabilidad, al deseo de supervivir en la forma como detención*. En su ensayo "Anotaciones para una estética de lo americano", editado en la revista *Comentario*, 9, Buenos Aires, 1955, se reelaboran estas cuestiones y se expone la temática de lo numinoso y tenebroso que devenido del paisaje vegetal constituye el ser como estar andino americano y del cual se determina su estética y su idea de paisaje y espacio, incluso arquitectónico y urbano. Intento una reelaboración de este pensamiento en mi ensayo "Kusch y lo específico del estar americano", editado en la revista *BOA*.

Boletín de Arte, 11, La Plata, 1995, número que además incluye la reedición del ensayo kuschiano arriba citado.

¹⁹ Morote Best, E.: *Aldeas sumergidas. Cultura popular y sociedad en los Andes*, Edición del Centro B. De Las Casas, Cusco, Perú, 1988.

²⁰ Véase respecto de la complejidad híbrida de la modernidad brasileña de los '20 en adelante, para

el caso de la poesía, la antología al cuidado de Flores, M. A.: *Más que Carnaval. Antología de poetas brasileños contemporáneos*, Editorial Aidus, México, 1994 y en particular el ensayo introductorio del antólogo. Restaría, sin duda, un esfuerzo crítico-antológico equivalente para el análisis del desarrollo híbrido de la modernidad arquitectónica que probablemente revelaría tensiones y riquezas semejantes.

Ensayo 6

Crítica máxima de proyectos mínimos

De la modernidad imperfecta a la globalización salvaje

Los tiempos recientes de la cultura de la arquitectura y la ciudad parecen oscuros y la antigua seguridad latinoamericana —esa que iba desde el barroco híbrido y la poética de Lezama Lima¹ y el ulterior realismo mágico² del boom literario hasta la marginalidad moderna y el elogio del naturalismo paisajístico— va camino a su disolución, en medio de las turbulencias de la globalización económica y cultural que nos guste o no, está con nosotros y obliga a cambiar toda la batería de pensamiento propio (o críticamente apropiado), en la filosofía, la política y el trabajo de la cultura.

El presente ensayo es una breve enumeración de argumentos o hipótesis para discutir, en la condición precedentemente enunciada, el estado de la arquitectura en Latinoamérica bajo una reconsideración del cuadro cultural contemporáneo, ese que nos encuentra con una modernidad incompleta³ (o peculiar, marginal, etc.) y una inserción violenta en la escena de la globalización socio-económica y cultural.

Uno de los sociólogos críticos de la globalidad, N. Luhmann,⁴ nos decía que el pensar en relaciones es más difícil que el simple contar cosas, y este ensayo insinúa que es necesario pensar en relaciones, hacer un esfuerzo interpretativo y práctico, crítico y proyectual, cuya potencia cultural y efectividad social sólo tendrá sentido si se resiste al pragmatismo autista del simple contar cosas.

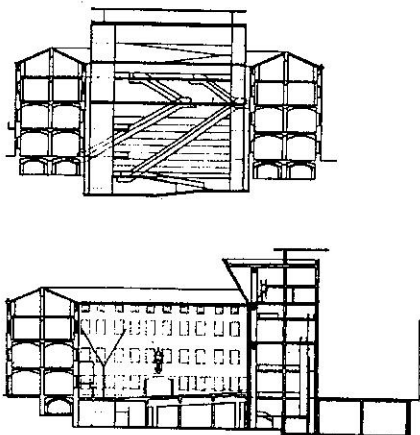
Hoy la arquitectura y la reflexión calificadoras de lo urbano están en un pun-

to bajísimo de su historia –sólo parece posible hacerse cargo de acciones leves, proyectos mínimos, envolventes o pieles morfológicas de trozos de ciudad que otros deciden y localizan–, pero lo peor que podría ocurrir es un cansancio de la teoría, una suspensión de la voluntad crítica en aras de un disciplinado acogerse a esa reducción o instalación en lo mínimo.

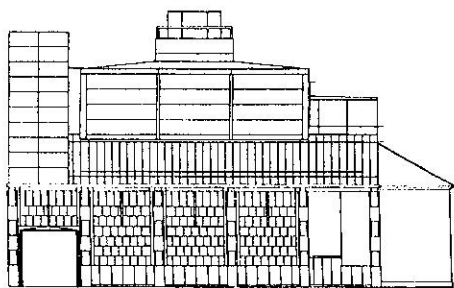
El pensar en relaciones debería ser el cometido de una crítica máxima, que sea capaz de interpretar el proceso general del presente histórico (no el presente puro, elogio de los gurúes del cosmopolitismo globalizado) y sin excesivas nostalgias o recaídas en anacronismos (como la recurrente aceptación del modelo hegeliano de América como naturaleza), y ofrecer, si no una expansión del campo de las prácticas proyectuales –que es sin duda, un problema de poder–, al menos articular lo mínimo del proyecto con lo máximo de un potenciamiento de sus vestigios de crítica cultural –que es un problema de control.⁵

Hay un conjunto de datos que vale la pena se tome como puntos de partida; a saber:

- El valor social de la arquitectura –por ejemplo, el compromiso ético-estético del movimiento moderno en su asociación socialismo-racionalismo y sus consecuentes aportes al *welfare state* (como equipamiento comunitario, vivienda social, responsabilidad del Estado en asegurar la arquitectura mínima como un derecho, etc.)– está sino muerto, moribundo, y una nueva axiología de la arquitectura deberá afirmarse en potenciar su valor cultural, como había ocurrido con el arte moderno,⁶ más de denuncia/conducta que de producción/función.



Centro de Cultura Contemporánea **Casa de Caritat**, Barcelona, 1990-3, arqs. Piñon y Viaplana. La operación **minimalista** en intervenciones proyectuales estrictamente contemporáneas, dentro de organismos arquitectónicos y urbanos históricos, sintetiza adecuadamente la **reducción culturalista** del proyecto actual, sancionando cierta cesación del contenido de **socialidad** (y también, de pretendida ejemplaridad socio-productiva) del proyecto moderno. El talante cultural del proyecto –que adscribe, en este caso, a la estética ortodoxamente **minimalista** y devenida con bastante precisión de las propuestas programáticas del **minimal art**– no sólo **refleja** la condición agónica de la modernidad, sino que se redefine adoptando la cualidad **crítica** típica de las proposiciones del conceptualismo estético actual.



Museo de Bellas Artes de La Coruña, 1989-95, arq. J.M. Gallego. El discurso **reductivo** de la potencia **autónoma** del proyecto aparece como una meditación **crítica** acerca del potencial efectivo de modelación de los escenarios y conductas de la cotidianidad urbana contemporánea; pero también –en lo que aparece como un postrer anclaje frente a una reducción total a silencio y carencia de lenguaje– como una utilización hermenéutica de esa capacidad crítico-analítica para destilar elementos del **genius locci** capaces de conferir un sedimento de **alegoresis** al proyecto, lejana ya toda actitud contextualista y también tipologista, y situando esa lectura de lo dado como un componente del proceso estético-cultural del proceso proyectual (por ejemplo, en la reelaboración del motivo del enchapado en lámina de piedra).

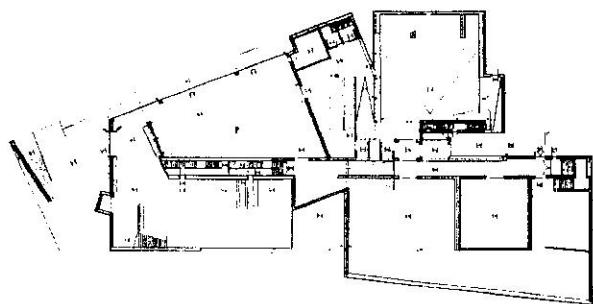
- El modelo de burocracia (o planificación) típico del *welfare state* y de la arquitectura social no existe más y fue suplantado por un modelo de mercado. Pero el modelo de mercado, por suerte, no es un sistema sin fisuras, sino que crece un mercado de nichos: hay que descubrirlos (crítica máxima) y actuarlos (proyectos mínimos).⁷

- El concepto de programa –como transcripción racional de necesidades, funciones e instituciones y como unidad del proceso de la planificación– también está, al menos moribundo, y decididamente, afuera de la decisión de la arquitectura como institución y disciplina. Aparecen en cambio, como resultado del modelo de mercado, fenómenos nuevos como el *orgware*⁸ (intermediación organizacional entre lo *hard* y lo *soft*).

- Desde el campo de una crítica máxima, hoy se trata de hacer mapas (como estrategias de operar en el territorio) y actuar en el proceso de descubrir oportunidades (fisuras, deseos/necesidades de la sociedad civil, puntos muertos o ciegos de las ciudades, periferias, relocalizaciones y reterritorializaciones, etc.).

En otros trabajos se trató de trazar un primer mapa americano⁹ para empezar a ubicar procesos históricos que, como elementos hipotéticos, nos permitieran totalizar una descripción de las transformaciones americanas, proponiendo un análisis de cinco niveles de complejidad en el desarrollo de esos procesos: historia, sociedad, territorio, ciudad y arquitectura.

En esa investigación, aún en curso, se planteaban ciertas líneas de reflexión, como la posible oposición entre utopía europea (la noción fundante de la modernidad europea como saturación del espacio, que también se manifiesta



Centro Gallego de Arte Contemporáneo, Santiago de Compostela, 1993, arq. A. Siza. El tercer ejemplo español (o ibérico, con más precisión) acerca de la **minimización** del proceso proyectual –y la reducción de propósitos altisonantes o **heroicos** en los mismos proyectos– unido a una **maximización del potencial crítico** –genéricamente asociable a una **intensificación de la capacidad de lectura** e interpretación hermenéutica de los **locus urbanis**– ratifica esta tendencia contemporánea, nítida en el mundo ibérico que, al margen de cierta experimentación hipertecnológica (en extrema, del **high tech**) tanto como de las aventuras deconstructivistas de segregación de lenguaje y producto arquitectónico, viene a centrarse en una especie de **hipermodernidad**. La sutil elaboración de Siza, en este ejemplo, implica todo un método de lectura del ambiente: desde los **hórreos graníferos** y su cualidad monumental hasta el uso de la **pedra del Obradoiro**, pasando por la manipulación del objeto proyectual para adaptarlo a todas esas claves de lectura (usar la geometría del territorio, encuadrar en figura-fondo el nuevo proyecto respecto del entorno del Convento de Santo Domingo, etc.).

como programa en la manera con que Europa manejó lo americano en la idea de laboratorio que consumaba lo utópico europeo en el vacío americano, desde las Leyes de las Indias a la misiones jesuíticas, desde la exportación del iluminismo republicano hasta las ideas corbusianas y la ucronía americana (como resistencia, ganar tiempo, verificable en los retrasos de la hibridez mestiza, los criollismos, los populismos, la deglución lezamiana o la antropofagia de las vanguardias paulistas de los '20).

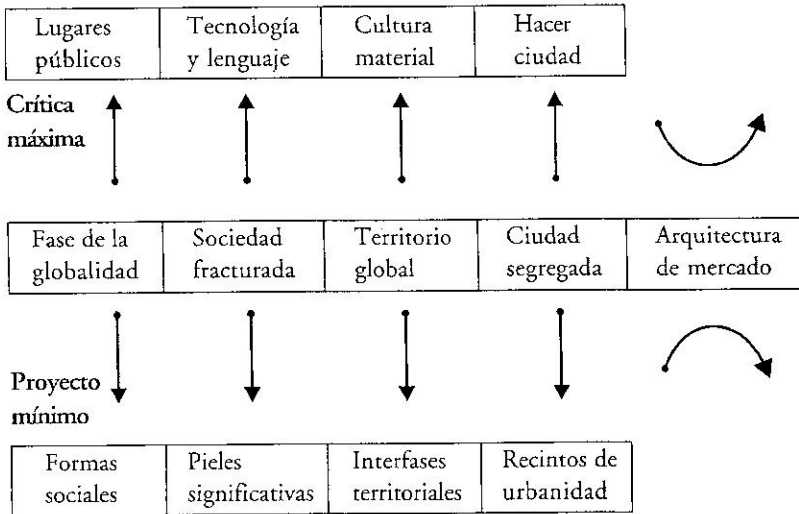
Un resumen de algunas de esas ideas consta¹⁰ en el gráfico incluido en el ensayo recién citado y que puede verse en este libro, más adelante, en el capítulo 10.

De esa mirada proponíamos varias cosas, como la necesidad de intentar comprender lo americano en una dimensión que fuera consciente de la densidad acumulativa de hechos que la historia generaba y algunas inercias (de la conformación socio-cultural signada por la mestización, del territorio natural y transformado-antropizado, de la ciudad de urbanidad débil, expansiva y de periferia abierta y de la arquitectura, como depósito de tipologías y vestigios de materialidad patrimonial), de tal forma que nuestro presente no deba ser sustraído del peso y anclaje devenido de esa historia y sus consecuencias materiales.

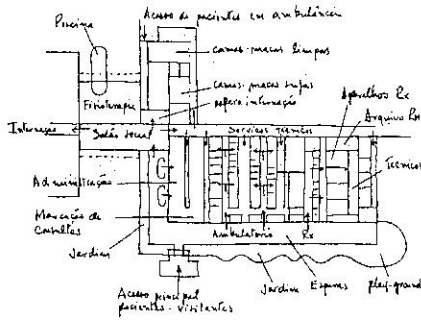
Si se analiza esa síntesis, por otra parte, se podría interpretar el carácter de una modernidad débil (una cultura de la modernidad un tanto frívola o formal-cosmopolita) que acompañó al desarrollo incompleto de la modernización; es decir: el desarrollo de una sociedad no burguesa o pre-burguesa (que aglutina autoritarismos conservadores con masas aluvionales híbridas, desde los mestizos a los inmigrantes), una democracia imperfecta (con formas liberales pero con prácticas populistas, a veces espúreas, otras impulsoras alternativas de progreso social, pero en cualquier caso, no garantes de sociedades políticas vigorosas ni de sociedades civiles terminadas de organizarse), una territorialidad sesgada a una ocupación-producción primaria (y con desarrollo industrial imperfecto o desintegrado) y una ciudad débil (en cierto modo, consecuente de o funcional de los tópicos precedentes).

Y con esa labilidad en la constitución de la modernidad/modernización, se nos impone, por imperativo del poder, un arribo desigual a la homogeneidad de la globalidad, la quinta fase histórica del gráfico antes citado, antecedida por un punto de quiebre, que es el momento de la deuda externa.

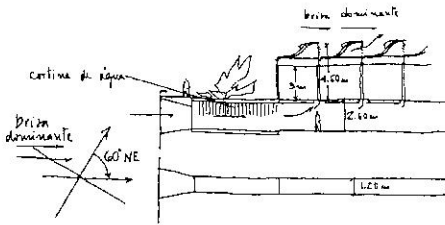
Tomando esa última fase, proponemos ahora un segundo gráfico que trata de ordenar las hipótesis de este ensayo:



Respecto del gráfico precedente, proponemos la discusión de las siguientes hipótesis:



Hospital do Aparelho Locomotor, Salvador, Bahia, 1994, arq. J. Filgueiras Lima. La esencialización del dispositivo proyectual reelabora el **grado cero funcional** –retomando ideales cuasi utópicos de modernidad como la maximización del espacio público– o una redefinición de los aspectos tecnológicos, en este caso y ligado a una localización peculiar, a través de una intensificación de una interpretación ambiental y vinculada a las energías pasivas.



1. Entender la época

Entender la época implica conocer la historia,¹¹ no como cosa en sí, sino en relación con cómo se desarrollaron procesos históricos, sociales, territoriales y urbanos que conducen a ciertas arquitecturas específicas; verificar el entrelazamiento o la relacionalidad de los componentes de la trama (la articulación de los temas y escalas en cada una de las cinco fases históricas, la relación procesual en cada componente o sea, el análisis de las columnas), discutir en detalle el impacto de los cuatro puntos de ruptura de la secuencia (conquista, independencia política, inserción en la división internacional del trabajo y deuda externa) y tomar en cuenta la acumulación de los hechos, su yuxtaposición e inercia, los puntos duros que ofrecen resistencias o anclajes para las etapas siguientes.

Por otra parte, se trata no sólo de situarse en toda la red, sino más bien en posicionarse en el último escalón, o sea, en la fase presente o actual, la cual no puede entenderse sino en perspectiva (por ejemplo, de la contradicción entre modernización/modernidad incompleta o imperfecta y llegada a un estatus de globalidad).

2. Fundar los criterios de una crítica máxima

La crítica máxima sería tomar conciencia de estar en esa trama histórica, en ese cruce de tiempos y espacios y no resignar la voluntad de pensar la tota-

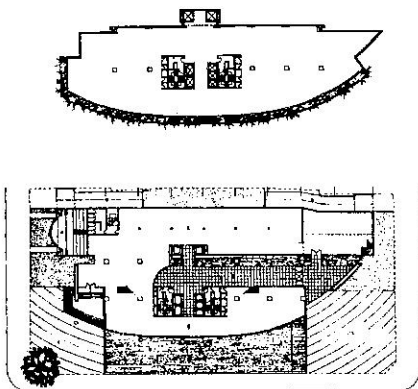
lidad desde lo arquitectónico. Las cuatro flechas ascendentes marcan el programa posible de una crítica máxima, según los puntos que anotamos en los siguientes ítems (3, 4, 5 y 6).

3. Defender y aquilatar lo público

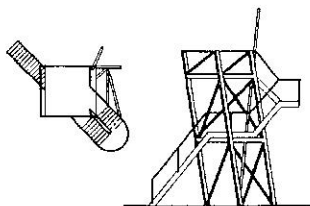
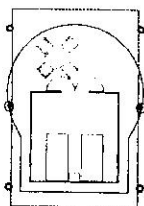
Criticar la globalidad desde la reductiva y marginal mirada de la arquitectura supone concentrarse en espesar la calidad pública de lo socio-territorial. Esto es una tarea de tipo cultural –no ya, como en otras épocas potentes de la arquitectura, en ejercer tareas de tipo socio-productiva, como fue construir lo público social, desde el equipamiento hasta la vivienda social, o sea operar en el modelo de burocracia aparentemente clausurado–, pero que contiene fermentos de análisis crítico del modelo de mercado en pro de resistir avalando y promoviendo núcleos o situaciones de calidad pública y social. Se trata de defender –a la manera habermasiana, que se trasluce en la nostalgia moderna, por ejemplo de los condensadores sociales que esgrime Frampton¹²– el proyecto de la modernidad y su racionalidad.

4. Entender el actuar en una sociedad fracturada con un discurso cultural (significación, lenguaje) y con opcionalidades técnicas (selección de tecnologías apropiadas)

La fase histórica actual de la arquitectura obliga a que ésta enfatice más bien su efecto de cultura antes que su directa intervención en la mejora social, función moderna por excelencia. Esto no quiere decir que se descarte la necesidad de alcanzar la modernización social americana, pero implica centrar la crítica como descubrimiento del nivel estratégico de operación en el plano del lenguaje y la técnica, en la propuesta de discursos comunicables y multisociales



Edificio Consorcio Vida, Santiago de Chile, 1993, arqs. E. Browne y B. Huidobro. La sociedad transitoria entre un moderno apropiado (Browne, teórico sistemático del espíritu del lugar) y un exitoso exiliado protagonista de la tardo y posmodernidad francesa (Huidobro) entrega como resultado un híbrido proyectual de expresión de high tech junto a una serie de reducciones o adaptaciones a tal espíritu de lugar: desde una silueta que procura adaptarse a un paisaje urbano y a un terreno específico hasta una protección vegetal del sol de carácter caduca, desde una piel relativamente sofisticada a un uso de estanques humidificadores del agua ambiental y abundante piedra y madera locales.



Campamento turístico Cayo Crasqui, Parque Nacional Archipiélago Los Roques, Venezuela, 1994, arq. J. Rigamonti. La peculiar necesidad de reducir estrictamente la incorporación de elementos artificiales en un medio natural frágil y protegido induce y acentúa el proceso de restricción de los componentes arquitecturales a armazones muy sintéticos, hábitats casi virtuales y transitorios, y la posibilidad de reconstruir el discurso esencial del campamento o primaria instalación a fin de enfatizar la percepción y goce del territorio virgen.

(lenguaje) y de opciones tecnológicas adecuadas (en lo ambiental y en lo organizacional: selección de tecnologías viables, mano de obra intensivas, artesanales-racionalizadas, etc.).

5. Cuestionar la anomia des-territorial con elementos de cultura material (culturalizar lo natural)

Si bien el mito del salvaje natural debería darse por extinguido –cerrando así esa división del trabajo artístico, que asegura a lo americano la marginalidad moderna de estar meramente en lo natural–, el problema cultural territorial americano es entender lo natural (por ejemplo, la calidad ambiental, alegremente devastada en nombre del progreso global) pero a la vez, superando el momento mimético-romántico-sublime de convocar lo natural cosmogónico como numinoso y suprahumano, e iniciar una fase de reterritorialización positiva en base a la administración de huellas responsables de cultura, de insumos de cultura material en la ocupación territorial, que no debería ser condición abstracta de la economía y la ingeniería.

6. Hacer ciudad como mitigación de la segregación

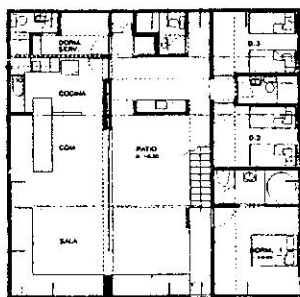
La urbanidad americana es irreversible –cerca del 85% de su población será urbana en los próximos años, más urbana que cualquier otra región mundial– y la urbanidad inhóspita presente, con sus datos de pobreza y exclusión (un 40% de población urbana debajo de la línea de pobreza), indica una ciudad sin urbanidad, un mero acondicionamiento in-humano de población funcional a los designios del ajuste ultraliberal. El hacer ciudad, como reconquista de una urbanidad que mitigue la segregación y la violencia, es motivo de las dosis mínimas que se pueden aportar desde el proyecto arquitectónico, aunque este programa supere nítidamente la limitación histórica del concepto de proyecto y se religue con aspectos antropológicos y políticos.¹³

7. Proponer los argumentos de un proyecto mínimo (que es lo que tendría que programar y valorar la crítica)

Lo que desde la escala final y reductiva de la arquitectura (de mercado) permite programar los términos que denominamos crítica máxima, debería entenderse como guía para auspiciar, potenciar y calificar las posibilidades actuales del proyecto, aunque éste no pueda ser sino una dimensión operacional mínima, grageas elementales en la vastedad de los problemas vigentes de la modernización imperfecta y del arribo a una condición de globalización injusta. Obviamente, por una parte, esta situación abre la perspectiva de imaginar una era posproyectual¹⁴ –en el sentido de superar la determinación vitrubiana-albertiana-moderna del concepto del proyecto, entendido como unidad de prefiguración controlada de transformación urbana y territorial–, pero también obliga a usar exhaustivamente las posibilidades del proyecto final, el proyecto del fin de la modernidad que toma en cuenta factores como lo contextual-fenomenológico, la desmaterialización y el uso inteligente de la materia/energía escasa, la flexibilidad y adaptación, el aprovechamiento del potencial del capital fijo diseminado en la masa de ciudades y regiones, etc. Abierta al futuro posproyectual, todavía la arquitectura tendría cauces de manifestación de expresiones vinculadas al proyecto mínimo, por lo menos pensando en los términos de los cuatro puntos siguientes (8, 9, 10 y 11).

8. Formular contenidos de forma social

El proyecto mínimo puede, por empezar, manejar (relativamente) la forma, como modo de manifestación técnica de programas y exigencias institucionales y de mercado. Sin caer inexorablemente en un nuevo camino de utopía, en ese nivel debería maximizarse su calidad social, la apertura o estallido del objeto arquitectónico en un universo ampliado de repercusión comunitaria, por encima de aquellas determinaciones, incluso saboteándolas o contrabandeando calidades o valores de uso por sobre la exigencia de cosas-mercancía. Se trata



*Casa en Playa Bonita, Lima, 1996, arq. A. León Angell. La esencialización del vocabulario proyectual para acomodarse tanto a un bajo presupuesto como a un entorno de mar y desierto, de por sí de cualidad abstracta, permite, sin embargo, no sólo reelaborar algunas tradiciones habitativas como el patio central y su toma de la cuarta fachada constituida por el techo plano y accesible, sino también indagar en los términos de la estética **minimal**, de severa restricción de colores y texturas, depuración extrema del mobiliario y los acabados y cierto entronque con una tradición esencialista programada en los proyectos vieneses de Wittgenstein y Loos.*

de acogerse, en el proyecto mínimo, al planteo de crítica máxima que propone densificar lo público.

La Catedral de Managua –como edificio-plaza, contenedor de ritos pero también de movimientos sociales– podría verse como ruptura-superación de tipos, aportación de anacronismos exoeuropeos o receptráculo signado por cualidades de estética populista-naif, orientado a proponer cualidades de forma social. Lo mismo con algunas clásicas arquitecturas neomonumentalistas mexicanas de Zabłudovsky-González de León –como la sede de la UPN de la capital– no casualmente obras de los '80 y del entonces operativo estado mexicano o con la red de soportes-sucesos (la Casa del Benim y otros proyectos) montada por L. Bo Bardi en Bahía, recuperación de la negritud y mirada demistificante de una idea museística activa.

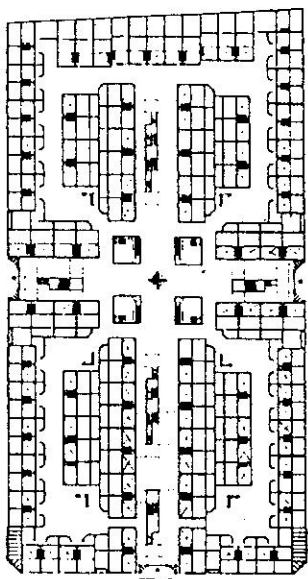
9. Proponer pieles que densifiquen contenidos de lenguajes y opciones de tecnología adecuada

El proyecto mínimo encuentra una expresión de ese minimalismo en algunas decisiones lingüísticas y técnicas que se manifiestan en la piel de los artefactos arquitectónicos, piel frágil o profunda, celebración de signos globalizados o estrecho territorio de crítica y debate, cauce de imitación de estilemas cosmopolitas o aportación mínima de diferencias (como canal cultural de identidad). Éste podría ser el plano de la crítica máxima que apunta, desde lo cultural, a entender, criticar y superar la fractura de lo social (o el rechazo a la hibridez mestiza estructural americana) que se articularía con la dimensión de proyecto mínimo que opera en la selección lingüística (qué dice) y tecnológica (cómo se hace) una piel, ese diafragma que retiene la dualidad entre cosa mercantil y obra culturalmente crítica.

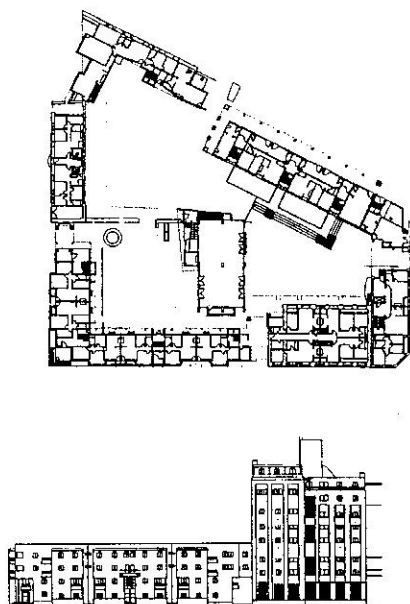
El edificio de investigaciones CIDE, del grupo mexicano Springall-Lira, se plantea algunos problemas –como la reelaboración de elementos de proyecto moderno–; la pequeña iglesia de la comunidad coreana en un barrio porteño de M. Faivre se concentra en lo residual de tecnologías pobres y el Consorcio Vida de Browne-Huidobro acepta la hipermodernidad de las envolturas terciarias pero la conduce a una reflexión sobre el clima, el paisaje, el material natural y la dualización tecnología-regionalidad.

10. Desarrollar interfases de cultura/naturaleza o artefactos en el paisaje

Proponerse alcanzar la meta programática de la crítica máxima de culturalizar la naturaleza implica plantearse, en el seno de las problemáticas del proyecto mínimo, discutir y resolver términos de interfases entre materia y paisaje, entre artefacto y entorno. Por empezar, abandonando el mito del acogimiento estrecho de cultura y naturaleza, ésta imitada deductivamente por aquélla.



Comunidad Andalucía, Santiago de Chile, 1994, arq. F. Castillo Velasco. Una más de la larga serie, desarrollada por Castillo durante más de 20 años, de las tipologías de **comunidades**, conjuntos de entre 15 y 100 unidades de vivienda unifamiliar resueltas mediante disposiciones de baja densidad e intención de una absoluta mimetización en los entornos habitativos preexistentes. Aunque este caso –al contrario de la mayoría de los proyectos de comunidades de Castillo, de carácter privado como pequeñas organizaciones solidaristas y cooperativas de clase media– se refiera a operadoras financiadas con capitales estatales y sujetas, por tanto, a sus normativas, el proyecto retiene la voluntad de maximizar el espacio público, fragmentado en muchas situaciones de usos apropiables tanto como una intención de procurar alguna identidad y privacidad de casa propia para cada repetitiva parte del conjunto.



Conjunto habitacional Cuareim, Montevideo, arq. J. C. Apolo et al, 1998. Los procesos de recuperación y refuncionalización de antiguas áreas deterioradas de usos industriales son relativamente frecuentes en América Latina y particularmente en Montevideo, en los viejos barrios aledaños al puerto, como La Aguada. Lo que no es tan frecuente –y por tanto, muy valorable– es la capacidad de distinguir como un **object trouvé** de la ciudad, estructuras valiosas (en este caso una vieja fábrica de cerveza) no sólo para mantener la estructura morfológica barrial sino, sobre todo, para posibilitar soluciones de interés social económicamente competitivas –este proyecto fue consecuencia de un concurso en el que la competitividad económica era sustancial– y para obtener conjuntos edilicios de una calidad, diversidad y diferencialidad arquitectónica no siempre garantizadas desde la condición de proyectos nuevos.

Las casas sabaneras de Salmona son más que proyectos familiares, al procesar otras cuestiones más complejas de la dimensión del desarrollo de interfases: culturalizar lo natural en el material (del ladrillo y de la naturaleza circundante) o retener elementos de metaforización de lo territorial (las acequias que evocan la estructura de los valles, el modelo genérico de acondicionar la ocupación territorial colombiana). La casa de veraneo del escritor U. Eco en St. Kitts, del grupo del argentino-norteamericano A. Morello, reelabora el elemento natural y cultural regional (los colores-función) y disuelve el proyecto en una imbricación de soportes de eventos y percepciones. El aparato propuesto por J. Baracco para proyectar un balneario se presenta como un elemento protésico, un dispositivo que reviste y ajusta un territorio para acoger un programa, hace proyecto mínimo buscando densificar la idea programática de una crítica máxima que propone reterritorializar conectando cultura y naturaleza, no de una manera imitativa.

11. Proponer recintos de urbanidad que propendan a recalificar la ciudad segregada

La cuarta dimensión operativamente interesante del proyecto mínimo para acogerse al elemento programático de una crítica máxima, tendiente a hacer ciudad como modo de mitigar la segregación excluyente, es la del desarrollo de recintos que por fuera de su especificidad funcional sean capaces de condensar, culturalmente, urbanidad. El proyecto que P. Mendes de Rocha desarrolla para la Pinacoteca de San Pablo ilustra una dimensión de este tema que, por así decirlo, sintetiza la cuestión del patrimonio y la reutilización abierta y creativa de trozos de ciudad que puedan espesar la oferta de recintos de uso público, superando, en lo posible, las restricciones de la reducción museográfica del programa y filológica del proyecto. Hay, desde luego, un campo amplísimo de descubrimiento de oportunidades en la masa de las ciudades reales tal que se puedan desarrollar recintos de urbanidad. El proyecto del Museo Xul Solar, del argentino P. Beitía, en Buenos Aires, continúa este discurso pero le agrega otra dimensión al arquitecturizar narrativamente términos de la cultura plástica y de la historia de las ideas de una ciudad: urbanidad que no sólo depende de la proposición de recintos sino también de historias. Y el creativo *object trouvée* de C. Testa, en su gimnasio propuesto en el contraespacio de un ferroaducto urbano, no sólo señala la potencialidad de trabajo en los vacíos urbanos sino que le agrega los criterios de arquitectura como arte, no sacralizado sino materia de vehículo crítico y de generación de placer y fruición.

12. ¿Quién critica? Recuperar la función crítica en y desde el proyecto

Por último, y para relativizar la supuesta división de tareas insinuada en la dicotomía entre crítica y proyecto, deberíamos enfatizar la necesidad de internalizar lo crítico en lo proyectual, aumentando la conciencia amplia o máxima del proyectista al hacerse cargo de la dimensión cultural de su operación. La postura de una división del trabajo intelectual entre un pensador (crítico, teórico) como garante de un curso de acción y de un proyectista práctico y pragmáticamente operacional hoy ya no tiene sentido (si es que alguna vez lo tuvo). El proyectista pragmático actual no puede ser sino un acrítico operador de los requerimientos del aparato global del mercado. Si el proyecto mínimo —en las condiciones presentes— quiere retener el más amplio espectro de funcionalidad social y potencia cultural, inexorablemente deberá ser un proyecto crítico.

Notas

- ¹ J. Lezama Lima, *La Expresión Americana*, Editorial FCE, México, 1991. La edición original fue de 1957, año en que se pronunciaron las cinco conferencias de este texto, que sigue siendo, a mi juicio, la *biblia* del pensamiento cultural endo-americanista y a la vez, deglutidor de ajenidades útiles.
- ² Lamentable; esta palabra tan cara a nuestra ilusión de identidad, no es americana, sino del crítico alemán Frantz Roh, quien la acuñó en 1925 para referirse a la plástica expresionista (dato en Menton, S. *Historia verdadera del realismo mágico*).
- ³ Discutimos históricamente este estado de llegada de nuestra condición geocultural en nuestro *El Laboratorio Americano*, op. cit., nota 13 del Ensayo 1, precisamente, en torno del concepto de laboratorio, como ámbito que cruza e hibrida la ilusión experimental de la utopía europea con los sedimentos de regionalidad (desde los elementos culturales pre-europeos hasta las distintas formaciones de mestizaje social, político y cultural).
- ⁴ Luhmann, N.: "Intersubjetividad o comunicación", ensayo en Trotta, E.: *Complejidad y Modernidad*, Madrid, 1998.
- ⁵ El juego de poder/control es el eje central de las propuestas de Deleuze-Guattari.
- ⁶ Esto es lo que propone, provocativa y fecundamente, Adorno, T. en su *Teoría Estética*, el mejor manual de potenciación crítica de la estética moderna.
- ⁷ Zaera Polo, A.: "Un mundo lleno de agujeros", ensayo en revista *El Croquis*, 82, Madrid, 1998, pp. 308-323.
- ⁸ Speaks, M.: "Gran naranja blanda", ensayo en revista *A&V*, 73, Madrid, 1998, pp. 34-42.
- ⁹ Fernández, R.: "Cartografías del tiempo", ensayo en revista *DC* (revista de Crítica Arquitectónica), 2, Barcelona, 1999, pp. 13-30. La versión completa de este trabajo figura como Ensayo 10 en el presente texto.
- ¹⁰ El gráfico citado consta en el texto indicado en la nota precedente, así como los comentarios sobre sus contenidos principales.
- ¹¹ Un modelo de historia para entender lo cotidiano-real es el libro de De Certeau, M.: *La invención de lo cotidiano. Artes del Hacer*, Editorial UIA, México, 1996.
- ¹² Frampton, H.: "OMA. El legado de Leonidov", ensayo en revista *A&V*, 73, Madrid, 1998, pp. 24-6. En el

mismo número, el arquitecto criticado, R. Koolhaas, dispara en su réplica, *Crítica criticada*, p. 28, su mal-humor respecto de aquella nostalgia de la potencia social de la modernidad que exhala Frampton.

¹³ Por ejemplo, en las propuestas de García Canclini, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir*

de la modernidad, op. cit., nota 24 del Ensayo 1.

¹⁴ Discutimos los términos de una posible llegada a una era *posproyectual* en el ensayo *Proyectando (en) el Siglo XXI*, revista *Polis*, 2, Santa Fe, Argentina, 1998, pp. 5-11, incluido en esta antología como el Ensayo 7.

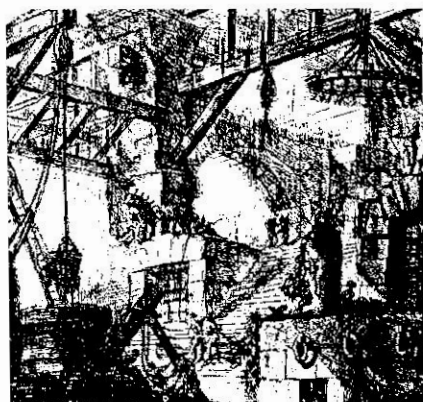
Ensayo 7

Proyectando (en) el siglo XXI

En este ensayo se pretende presentar algunas ideas o hipótesis sobre las perspectivas futuras de las disciplinas proyectuales, es decir, aquellas que como la arquitectura o el diseño usan el proyecto como instrumento básico. La idea misma de proyecto sirve así tanto para proponer algunas nociones sobre cómo, presumiblemente, se proyectará en el siglo XXI, cuanto para, de manera más amplia, proyectar tal futuro, o sea, ejercer un acto de voluntad colectiva o social que funcione como un tipo de acción ideológica y política tendiente a que ese futuro sea de mejor calidad para todos. Lo que quiere un proyectista es que lo que debe hacer —una cosa cualquiera, desde un zapato hasta un pedazo de ciudad— tenga calidad...Lo que quiere la sociedad es poder decidir la vía para una calidad de vida social, que es lo mismo que querer o exigir una vida de calidad, democrática o socialmente accesible. En este punto de la calidad de vida, coinciden el proyecto disciplinario y el proyecto social: los proyectistas queremos proyectar calidad en el próximo siglo y queremos participar, dentro de la sociedad, en proyectar ese siglo. Veamos entonces un decálogo de temas que puede orientar nuestra reflexión y discusiones.

Valor histórico del concepto de proyecto

Proyecto quiere decir, etimológicamente, *arrojar hacia delante* y figuradamente, *anticiparse, pre-figurar, ver antes*: imaginar una cosa o situación antes que esa cosa sea real o material, antes que quede constituida. La acción es vieja, casi inherente a lo humano en sociedad, pero el concepto disciplinario



Los grabados piranesianos de fines del XVIII ya estaban anticipando fermentos de cambio disciplinar, tanto en su mirada sobre la ciudad utópica de la Roma imperial cuanto en su proposición imaginaria de una arquitectura **sensible** en las Carceri. Sensible por la clausura de dispositivos de medida y cálculo y pura apelación, plena de redundancia, a la saturación no racional de la percepción de los sentidos: donde lo espacial es háptico, la profundidad es virtual y artificial (más artificial que en la **perspectiva comunis**), etc. En efecto, la renuncia de este mediocre arquitecto a intervenir en el **mundo real** de los edificios —se le reconoce sólo una actuación en la sede templaria de la Orden de los Caballeros de Malta, en Roma, por otra parte, recientemente restaurada— implica la virtual inauguración de una actividad plenamente centrada en la construcción de **simulacros** que, sin embargo, hacen parte central de la configuración de los modelos espaciales de la teatralidad barroca y en la persistente influencia de esta imagen del mundo en el arco que va desde el Iluminismo sublime inglés —Soane, por ejemplo— hasta el expresionismo de Kiesler y aun los brutalismos excesivos de los '60, como el proyecto testiano del Banco de Londres o los trabajos de Scharoun, Lasdun, Rudolph, etc.

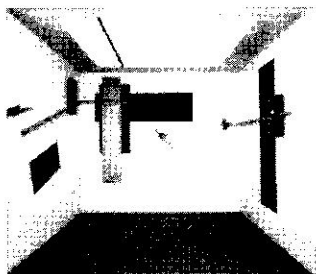
no lo es tanto: se empieza a hablar de proyecto en el Renacimiento, sobre todo a partir del método perspectívico que permitía representar la cosa antes que hacerla. Antiguamente no había esa posibilidad; la cosa quedaba oculta en la mente imaginativa del artista o artesano. Las catedrales medievales no tenían proyecto, sino que eran la suma de diversas visiones íntimas de diferentes participantes, desde los canteros a los vidrieristas, y el maestro de obras era un personaje componedor, alguien que tenía autoridad para ensamblar las partes o fallar cuando había algún conflicto. Se dice que el primer proyecto moderno propiamente dicho es la cúpula de Brunelleschi para la catedral de Florencia: un proyecto que había sido resuelto en una maqueta de madera a escala que pre-veía todo lo que después se iba a construir. El proyecto, una *simulación controlada*, le había servido para decidir una gran cantidad de cosas: desde la forma aguzada a la construcción sin cimbras. Además se suele decir que con esta forma de trabajar, Brunelleschi le puso fin a la relativa autonomía decisional de los gremios medievales y de la construcción, por así decir, de tipo *coral* o colectivo.

Lo que nosotros hoy todavía llamamos proyecto es el mismo dispositivo brunelleschiano, es decir, una prefiguración icónica escalar de la cosa real, una manera de anticiparse o ver antes en una especie de simulación facilitada por la representación perspectívica. Se dice que los objetos reales resultantes del modo de proyectar renacentista fueron distintos debido a la forma de re-

presentación: tenían ejes, eran modulares, podían incorporar otras artes, como la pintura, si ésta se acogía a la perspectiva (el resultado fueron los frescos *trompe d'oeil*, cuya generalización luego define el estilo barroco), etc.. Hoy, otra representación, la digital computarizada, probablemente defina nuevos tipos de objetos (de geometría más compleja, de superficies variables, de características científicas o ergonómicas más precisas, etc.). De manera que es importante recuperar la idea del proyecto como un concepto histórico –no natural–, concepto que puede ser modificado o sustituido por otros métodos. La forma esencial de producción del proyecto, en cuanto simulación convencional, fue el *dibujo*, palabra que en italiano se llama *disegno*, de donde viene la expresión *diseño*. Eso que llamamos diseño sería así hacer proyectos mediante la técnica del dibujo, y las disciplinas del diseño son aquellas que comparten el oficio de poder prefigurar o proyectar mediante modos simulatorios de *disegno* (dibujo).

El proyecto como actuación disciplinaria y como actuación social

Sin embargo, a nivel cultural y social, la palabra proyecto no es patrimonio exclusivo de las disciplinas del diseño. Es cierto que hay una idea disciplinaria o técnica del concepto de proyecto (el proyecto de una silla, de una casa, de una ciudad, de una máquina: y de ello surgieron las disciplinas proyectuales del diseño industrial o de objetos, la arquitectura, el urbanismo o la ingeniería), pero la gente, las instituciones, la sociedad o el estado también hacen proyectos. Todos hacen proyectos, ya sea como anticipaciones o intenciones prefigurativas, ya sea como el escoger un conjunto de medios o pasos que conducen a un fin. De allí que sea necesario diferenciar un concepto de proyecto como *forma de organización de una actuación disciplinaria o técnica (propia de expertos)* de un concepto de proyecto como *forma de organización de una actuación social*. El proyecto social puede tener una gran racionalidad técnica:



El Lissitzky, *Espacio*, 1923. Montaje reconstruido en 1965 en la exposición **Construir el Mundo**. La experimentación de nueva espacialidad elementalista de la modernidad emerge del **laboratorio** de los artistas plásticos, los primeros que devienen del motivo y los significados, de los materiales y formas a la **enunciación de conceptos**. El procedimiento de la **abstracción** sólo adquiere radicalidad en términos de reducción de manipulación de instrumentos mostrativos tradicionales, camino a la eliminación total del efecto de representación, sustituido por la voluntad constructiva. Lo que la vanguardia de los '20 –Lissitzky, Van Doesburg, Duchamp, Schwitters– y su secuela moderna (de Beuys a Warhol) fueron inventando, en el continuo esfuerzo de reducción a modo de producir el discurso estético y eliminación de significación, da curso a la transformación de la arquitectura de social a cultural, de objetiva-objetual a virtual.

por ejemplo, el proceso proyectual de un grupo social marginal que invade un terreno vacío lo delimita y asigna, resuelve un objeto habitable mediante técnicas de autoconstrucción, reciclando materiales, optimiza los usos funcionales de ese objeto, etc.. Uno de los hechos históricos recientes es que el proyecto disciplinario y el proyecto social, en sus múltiples manifestaciones, se entrelazan cada vez más. Una característica de ese entrelazamiento es el desarrollo de los procesos participativos, que redefinen el saber técnico, específico o disciplinar en su articulación con los saberes proyectuales sociales. Seguramente, una característica que se acentuará de aquí en adelante será esa articulación o la necesidad de configurar proyectos sociales altamente participativos.

Otro aspecto es el siguiente: el proyecto técnico renacentista –que no casualmente coincide, de manera histórica, con el inicio del capitalismo– es casi siempre el proyecto de una mercancía, o sea, un producto con valor de cambio. Por el contrario, en muchos casos, lo que llamamos proyecto social puede no dirigirse a producir una cosa de *valor de cambio* (o sea una mercancía) sino una instancia con *valor de uso*, algo que queda fuera del mercado. Este punto es importante: hay que pensar el proyecto como algo no siempre estipulado por las condiciones del mercado, o, al menos, por las condiciones salvajes del mercado.

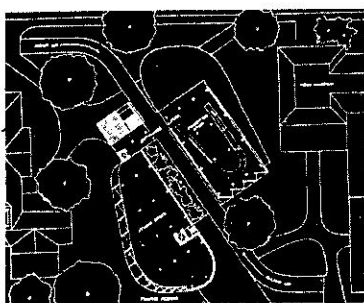
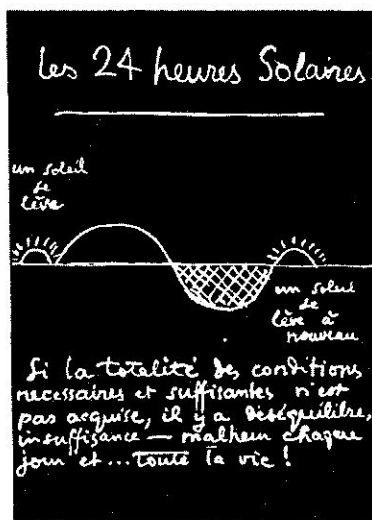
Del proyecto de productos al proyecto de servicios

Algunos autores sostienen que el mundo global –del cual Argentina es un apéndice periférico– ha ingresado en una fase posindustrial. Ello quiere decir, entre otras cosas, que el eje de una economía basada en la generación industrial de productos ha decaído y emerge, en cambio, un peso creciente de los llamados bienes inmateriales o servicios. Por ejemplo, el sector informático que es el más dinámico en la era posindustrial engendra más del 20% del PBI mundial y sumado al mediático-comunicacional alcanza la mitad del mismo, todo ello en un proceso que no lleva ni una década. Este cambio macroeconómico está generando una variación significativa de todos los escenarios: desde el político hasta el socio-económico y cultural, desde el legal hasta el educativo o disciplinar. En lo político se ha generado la tele-política y el clientelismo mediático –ambos, degeneraciones de la democracia que por tal razón tiene una seria crisis de legitimidad social–; en lo económico, se presentan configuraciones de poder monopólico nunca vistas y en lo cultural, se está desarrollando una nivelación espúrea del consumo: no se obtienen situaciones reales de equilibrio ocupacional y de ingresos sino situaciones ficticias de pertenencia virtual al mundo global. En México hay un televisor cada tres personas y más aparatos de video *per cápita* que en Bélgica; el consumidor promedio de TV de Sudamérica mira 20 veces más que el europeo, etc.. En lo disciplinar los cambios se dan por la aparición de nuevas ofertas educativas ligadas al

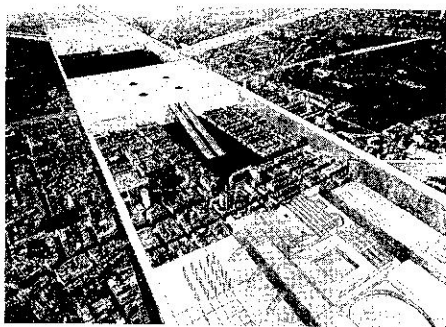
manejo de los *softs* disponibles, antes que al diseño de los *hards*, cada vez más concentrados en cuanto a la posibilidad de generar innovaciones. Hace 30 años un ingeniero químico de una ciudad intermedia de un país semi-industrializado podía estar al tope de las novedades productivas del sector industrial, hoy ya no hay situaciones equivalentes en el mundo de la informática. Por otra parte, algunas disciplinas como las del diseño son todavía muy reacias a cambiar sus currículas admitiendo que se debe formar gente capacitada para diseñar servicios, no tanto productos. En general, esa adaptación la tiene que hacer cada uno, de manera individual y experimental. Hoy, un 40% de la matrícula de arquitectos se dedica a prestar servicios —como mantenimiento de edificios, reciclaje o adaptación de instalaciones, tareas de *outsourcing* o periféricas de demandas de empresas grandes, etc.— pero no le dijeron ni una palabra de todo esto en sus planes de estudios. En las nuevas carreras de diseño, por ser nuevas y más flexibles, algo ha cambiado, pero todavía están muy atadas a la idea del *diseñador-productor* (que viene del Renacimiento y de la relación contractual cliente/diseñador) y todavía queda mucho por definir acerca del rol del *diseñador-servidor*.

Del modelo cerrado a la incertidumbre

Ligado a lo anterior está lo que podríamos llamar la instauración del *paradigma de la incertidumbre*. No sólo ha decaído la *producción de productos* en aras de la generación de prestaciones de servicios, sino que se cuestiona la



Le Corbusier, *El ciclo solar*, 1954; Carpenter Center, planta de conjunto, 1961. Las ideas corbusieranas acerca de las determinaciones heliotécnicas de la arquitectura anticipan un modo de pensamiento proyectual sesgado por la voluntad de acoger cierta *naturalidad* de lo biológico, de la ciclicidad mecánica de los flujos de energía que determinan la habitabilidad del mundo. Se abre en el maestro suizo-francés una de las vías de articulación entre proyecto y tecnología, entendiéndola ésta como acondicionamiento y búsqueda de cierta calidad o *confort natural*.



Koolhaas, R., E. & Z. Zenghelis y Vriesendorp, M.: **The voluntary prisoners**, fotomontaje, 1972. Una de las tempranas y preanunciativas tentativas utópicas de imágenes urbanas redefinidas por operaciones conceptualistas en la tradición de las vanguardias modernas (desescalamiento, extrañamiento, clausura, montaje, **aufklärung**, etc.) que, por otra parte, comienzan a aplicar las preceptivas analíticas de la **city collage** rowiana, de enorme influencia en la **Architectural Association** londinense, la escuela donde se pergeñaban estas experimentaciones urbanas despojadas de todo sedimento funcionalista.

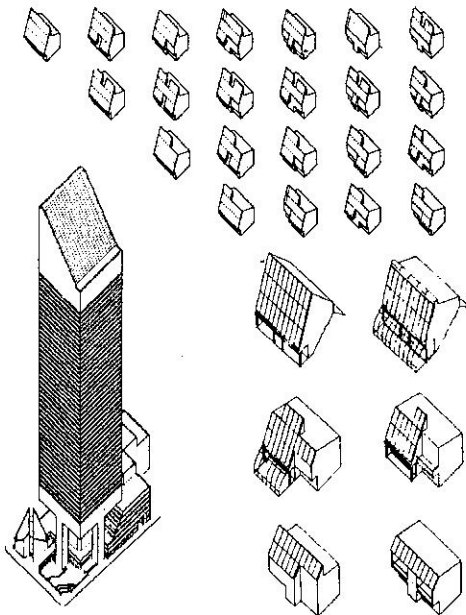
viabilidad y pertinencia de lo que podríamos llamar *modelos cerrados*. ¿Qué es un modelo cerrado? Lo podemos ejemplificar con las viejas ideas del proyecto de un edificio (eso que delimitaba muy claramente el tramo de proyecto del tramo de dirección o control de ejecución del proyecto en la praxis del arquitecto), del plan de una ciudad (lo que regulaba desde el control de las administraciones locales las transformaciones y el desarrollo de una ciudad en el territorio en la praxis del urbanista) o de la elaboración de un *prototipo de un objeto industrializable* (lo que implicaba el proceso de proposición de una línea de montaje industrial en la praxis de un diseñador industrial, por ejemplo de autos o electrodomésticos). La aparición y consagración del paradigma de la incertidumbre —que puede verse, más críticamente, como el triunfo de una especie de oportunismo de mercado— pone en crisis los modelos cerrados, que empiezan a ser costosos, lentos y poco adaptables a las variaciones vertiginosas de las decisiones del mercado y/o de los cambios de las expectativas de consumo. Además, todo el mercado se empieza a comportar favoreciendo la adaptación antes que la generación de nuevos objetos o productos. Un par de ejemplos: un industrial hoy, en vez de encargar una fábrica nueva, compra o alquila un galpón neutro y lo adapta como quien instala una escenografía teatral. Desde que los norteamericanos desarrollaron en Vietnam hospitales de campaña en los que se podía hacer cirugía de alta complejidad en una carpa, ya no es necesario pensar en edificios hospitalarios sofisticados, se puede adaptar cualquier contenedor si se le enchufan los aparatos y prestaciones adecuadas. El auge de la flexibilidad de las prestaciones —el otro caso elocuente es el de la deslocalización del trabajo administrativo si se lo dota de los *clipeos* necesarios de información— ha generado no sólo la desactivación de la necesidad de artefactos duros y complejos nuevos, suplantados por *sets* de prestaciones de servicios, sino que además, tal flexibilización permite un continuo armar y desarmar, instalarse y desinstalarse, lo que instituye esa situación de incerti-

dumbre que equivale a desactivar lo que llamaríamos la *inversión en capital fijo*. Ésta es una crisis muy seria para algunas disciplinas clásicas: los ingenieros y los arquitectos (incluso, además, los diseñadores industriales de productos seriados) somos, muy nítidamente, profesiones típicas del capital fijo. En USA, un 30% del trabajo es hoy *tele-trabajo* y casi la mitad de las transacciones comerciales se hace por *tele-compra*. ¿Qué significa esto? Que se necesitan menos metros de oficinas y menos metros de locales comerciales, o sea, menos trabajo para la profesión clásica.

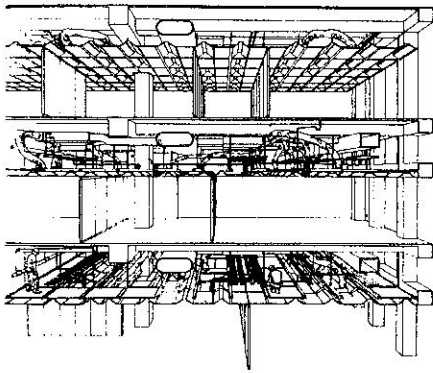
Detrás del proyecto: toma de decisiones, gestión, producción

Los argumentos anteriores nos llevan a analizar los *límites* de la idea de proyecto, ya sea como proyecto disciplinar o técnico, o como proyecto social. Es evidente que este concepto o instrumento se relaciona muy fuertemente con las nociones de la llamada *racionalidad* occidental, en particular con los últimos 500 años de historia y con el pico del momento iluminista. El proyecto fue, en este período que presencié el despliegue del capitalismo tanto como el surgimiento y ocaso de las ideas socialistas, un elemento que procuraba mejorar la calidad de vida social en un contexto de racionalidad, de todas las racionalidades de esta etapa, ya sea la racionalidad *productiva* de Marx, la racionalidad *instrumental* de Weber o la racionalidad *relativista* o *regional* de Foucault. Se supuso, aun en la amplitud del espectro ideológico de las diferentes racionalidades, que el proyecto, en cualquiera de esas visiones, siempre era un componente útil para obtener, racionalmente, una mejor calidad de vida. Ahora esta idea está en crisis: el advenimiento de una *racionalidad global* y de *mercado* desprecia cualquier compromiso ligado a las racionalidades anteriores y, sobre todo, el carácter prescriptivo del concepto de proyecto: es decir, la indicación que hace un experto acerca de cómo hacer una cosa (desde una silla hasta un edificio o una ciudad). Esto se ve muy claro con la ciudad, esa super-cosa que implicó un tipo de proyecto llamado *plan*: la racionalidad global-de mercado dice que todo plan (como prefiguración de una totalidad racional y socialmente direccionada) es *malo*, que conviene no tener ningún plan y dejar todo librado al comportamiento del mercado, que en sí mismo sería bueno y que a la larga brindará mejoras de calidad de vida para toda la sociedad (más empleo, mejores ingresos, etc.). Esa falacia no sólo ha sido mentirosa en cuanto a los beneficios sociales —la mitad de la población mundial está por debajo de las NBI (necesidades básicas insatisfechas), población que creció más o menos un 10% en cada una de las dos últimas décadas—, sino que además ha desacreditado la producción técnica de proyectos, en cierta forma por la creciente ganancia de poder —político y cultural— de los propios dispositivos hegemónicos del mercado en detrimento tanto del poder político del Estado y de la Sociedad.

A partir del descrédito del concepto de proyecto como instrumento de racionalidad social en el presente, dominado por el poder del mercado en el seno del llamado mundo global, aparecen otras dimensiones que sustituyen el momento técnico del proyecto y que ahora debemos tener mucho más en cuenta desde el campo profesional del diseño en general. Me refiero, por ejemplo, a las dimensiones de la *toma de decisión*, de la *gestión* y de la *producción*, dimensiones que podríamos caracterizar como *posproyectuales*. La toma de decisión es un acto de concreción de un determinado curso de acción, generalmente ligado a un hecho político-administrativo (por ejemplo, la sanción de una ley) y/o a un hecho económico-financiero (por ejemplo, una decisión de inversión en una iniciativa o en un territorio determinado). Este tipo de acciones se liga a la consecución de objetivos propios de la racionalidad global de mercado y carece del tipo de racionalidad que tenía el concepto clásico de proyecto. Se trata de eventos de tipo egoísta, oportunista y sectorial, se amparan de una fundamentación técnica específica (como obtener el resultado esperado con la menor inversión y riesgo político y económico) y así, se apartan flagrantemente de lo que podríamos llamar una *ética proyectual*. El papel que nos cabe en esta instancia es operar como intelectuales críticos de estas tomas de decisiones, presentando a la sociedad civil –de donde se instituye la sociedad política– los elementos para criticar esa falta de ética proyectual dable en el egoís-



Modelos de casas con cubiertas de colectores solares y remate solar del Citicorp Center, Nueva York, 1978, arq. H. Stubbins. La geometría de las nuevas aplicaciones tecnológicas impregna tendencias proyectuales en nuevas familias tipológicas, pero condicionando el proyecto a las preformas de las conveniencias del dispositivo tecnológico. La **evolución del high tech** será la tentativa de erradicar esas condiciones preformales, a menudo con exigencias determinantes de flagrantes irracionalidades, como la exigencia de transparencia o la exhibición obscena de puras **performances de alto rendimiento**.



Sección de un bloque edilicio de aulas de la Universidad de California, Oakland, 1972. Las premoniciones de Banham —**un hogar no es una casa**, o la posibilidad de reducir el fenómeno de la habitabilidad a un conjunto de prestaciones técnicas o **servicios**— han tendido a cumplirse mediante la autonomización creciente de las **performances** de los sistemas de acondicionamiento edilicio, en su lenta evolución hacia la llamada **arquitectura inteligente**. Si bien el efecto de la tecnoinformatización, y la proliferación de los chips, sensores y servomecanismos, no parece todavía tan significativa en la proyectación arquitectural —respecto, por ejemplo, de otras áreas como el transporte o la robotización industrial—, parece evidente que uno de los desplazamientos del mundo de lo **objetual** de la **arquitectura contundente** y **persistente**, o sea, **no eventual** —el mundo **vitruviano**, por así decir— tiende a la desmaterialización, la yuxtaposición de prestaciones mínimas y monofuncionales, la eliminación de todo elemento material adicional a las exigencias matérico-energéticas, etc.

mo oportunista y sectorial: se trataría de saber cómo se realizan esas tomas de decisiones para contrarrestarlas; tenemos que saber procurarle a la sociedad civil los argumentos para otras tomas de decisiones (políticas y económicas).

La gestión es ya no la planificación —que era la puesta en marcha de un plan— sino el proceso socialmente complejo de instrumentación de acciones, ulteriormente a la toma de decisiones. La gestión implica conflictos de intereses, identificación de alianzas y contradicciones, estrategias diversas para conseguir objetivos. La gestión suplanta la racionalidad casi burocrática de la planificación y puede presentar imprevistos e incertidumbres; normalmente no es *finalista* (no tiene claro un final ideal, que tradicionalmente era el plan realizado) sino *procesualista* (le importa generar procesos que vayan obteniendo resultados parciales). La gestión puede ser *hegemonista* (o liderada por las fuerzas dominantes del campo global-de mercado: un caso típico de este proceso pseudodemocrático son los llamados *planes estratégicos*) o *participativa*, en cuyo caso expresará a las fuerzas sociales involucradas y puede suscitar un movimiento decisorio o de contralor de abajo hacia arriba; un ejemplo de este modelo serían los llamados *presupuestos participativos* como el de Porto Alegre o las decisiones territoriales del MST (Movimiento de los Sin Tierra, de Brasil). En general, los diseñadores tendríamos que entrenarnos para la gestión y, especialmente, para criticar las gestiones hegemónicas y ayudar a montar las gestiones participativas.

La producción, como momento posproyectual, es el momento de la generación concreta de bienes y servicios. Tradicionalmente para los diseñadores, era la fase que reproducía las instrucciones contenidas en los proyectos (la obra,

la ciudad imaginada en los planes, el objeto industrializable o reproducible serialmente) y se vinculaba a una determinada lógica productiva, más bien de tipo tecnológico: existían expertos en la producción tecnológica de las cosas y los diseñadores controlaban que esa producción respetara las características definidas en los proyectos. Todo esto cambió bastante: hay autonomía de los expertos en producción –que usan y tergiversan a gusto los proyectos–, esos expertos obedecen ciegamente a las demandas del mercado (se puede construir mal, producir barato y con grandes déficits de calidad o seguridad, etc.) y hay cada vez menos proyectos singulares y más decisiones proyectuales globales monopólicas (sobre las que se pagan *royalties*, *franquicias*, etc.). Por otro lado, crece la producción alternativa, palabra en la que englobamos diversas situaciones o escenarios de producción que son marginales a la globalización o que pretenden resistir a ella: por ejemplo, la producción de las economías populares, la producción informal o ilegal, la producción artesanal o de pequeñas series, la producción de entidades de tipo federativas, etc.. Aquí la idea que deseamos transmitir es nuevamente tanto la de la necesidad de capacitarnos para criticar técnica y culturalmente la *producción globalizada* como la de poder ofrecer servicios proyectuales al campo de la *producción alternativa*.

Después del producto: crisis del mundo material y caída de la función

Una de las características del mundo presente y del que viene es la crisis de recursos básicos (o de la sustentabilidad ecológica de un mundo cerrado para una población de crecimiento continuo, con ya más de 5.000 millones de personas). Sin caer en pesimismo malthusiano, este tema es grave: por ejemplo, se calculó que para sostener ecológicamente esa población se necesitan entre 17.000 y 20.000 millones de hectáreas productivas (de alimentos, combustibles, etc.) y degradativas (de los residuos generados), y el mundo real sólo tiene entre 8.000 (actual) y 10.000 (potencial) millones. La respuesta a esta ecuación es hambre y carencialidad; un poco más del 20% de esa población padece hambre, mortalidad excesiva, baja esperanza de vida, etc.

Un efecto colateral de estas cuestiones es la crisis que afecta a los productos: en realidad todos los productos y muchos servicios necesitan alguna cantidad de materia y energía. Normalmente los diseñadores siempre proyectaron sin demasiada conciencia de una escasez de esas cuestiones y sólo muy recientemente se empezó a hablar de reciclaje de materiales (y construcciones) o de ahorro energético (en la producción o funcionamiento de una cosa material). Se supone que estas cuestiones van a afectar mucho más profundamente el proyecto de cualquier tipo de objeto. Un instituto alemán, el Wuppertal, es célebre por sus investigaciones sobre la *desmaterialidad*, o sea en cómo reducir al mínimo el uso de materia y energía, temas que son complejos, ya que se

calcula que, por ejemplo, existen reservas de hidrocarburos fósiles para unas 6 décadas o cobre para sólo medio siglo. Hay muchas consecuencias de esta crisis; una es la orientación del diseño japonés ligado a la *miniaturización*, que es una forma de reducir el uso de materia; otra es el desarrollo de los procesos llamados LCA (*life cycle assessment*, o *evaluación del ciclo de vida de un producto*) por el cual hay que proyectar objetos cuya materialidad sea absolutamente reutilizada, o sea que no produzcan, fuera de uso, ninguna clase de desecho.

Algunos notables diseñadores industriales actuales —como Ezio Manzini— revisan todas estas cuestiones y cómo cambiarán los escenarios de diseño y producción. Un tema conexo es lo que llaman el *fin de la funcionalidad*: en efecto, durante toda la modernidad se persiguió un ideal proyectual ligado a la obtención de eficiencia funcional, cuya consigna clásica fue *form follows function* (la forma sigue a la función). El diseño implicaba así una especie de actividad científica ligada a una optimización de la función o prestación de la cosa. Pues bien, supuestamente llegados a un momento del desarrollo industrial en el que la función es como un piso garantizado (todos los lavarropas o automóviles tienen prestaciones similares) los nuevos problemas del diseño se ligan a obtener diferenciales estéticos o semánticos. Esto estuvo claro en la política industrial de muchas firmas japonesas, como Sony (que era una expresión que significaba *hijito, soleadito, calentito*, etc.) que luego se convirtió en marca: los diseñadores



1. McHarg una de las imágenes proyectuales de su metodología de **Design with nature**, el estudio de la cuenca del río Potomac, cerca de Washington. Las propuestas de una remodelación sustentable de los territorios unifican disciplinas como la biología ecológica y la geografía, en un ensamble de visiones, saberes e interpretaciones de la complejidad de lo territorial natural —en su interfase no siempre exitosa con la tecnología adicionada, como carreteras, puertos o expansiones urbanas— que hace que la recuperación de cierto **sentido común** habitual en los conocedores de un paraje o región adquiera perspectivas fuertemente críticas, tanto frente a los últimos coletazos de un **planning land uses** de fatales consecuencias en el ordenamiento territorial, cuanto ante la omnipotencia remodeladora del espacio que suscita el fenómeno de la globalización de mercados, capitales y sociedades.

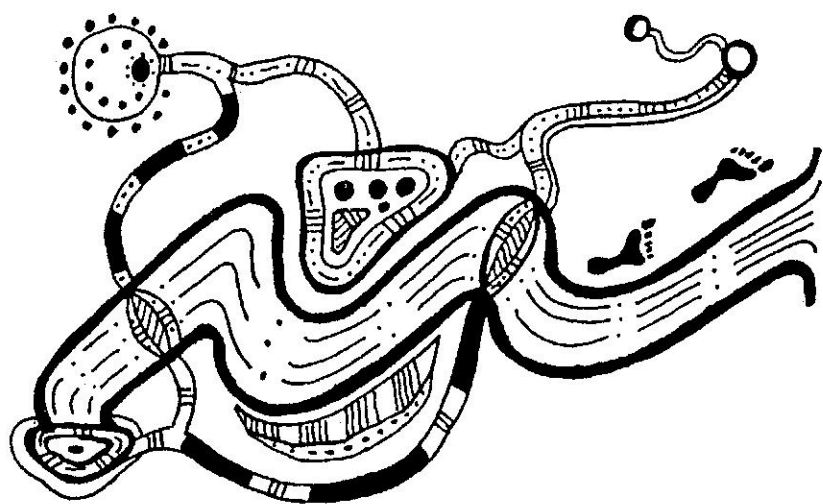
de Sony (como Isao Hosoe) acuñaron la expresión *kansei*, que quiere decir diseño perfecto o redondo, unidad de funcionalidad con perfección de forma.

Desde luego estas problemáticas están relacionadas con la parte alta del mundo —o sea, la capa que consume diseño—, pero por imperio de las comunicaciones mediáticas se están convirtiendo en cuestiones que atraviesan toda la humanidad y redefinen las formas de proyectar en cualquier sociedad.

Los estragos de la globalización

El fin del mundo bipolar, con la caída del muro de Berlín, supuso alejar el peligro de una tercera guerra nuclear pero introdujo un flagelo más grave: lo que llamamos *globalización*. Este proceso, digamos ulterior a la modernización, tiene muchas aristas interesantes y fatídicas. Por una parte, supone la consagración del poder monopólico del capital concentrado por sobre toda otra dimensión de poder (desde los Estados Nacionales a las organizaciones internacionales como la UN), así como implica establecer una lógica omnímoda de mercado, el que debiendo ser extremadamente libre o no regulado, debe permitir el libre flujo internacional de ese capital concentrado. La situación consecuente es inédita en la historia mundial en cuanto a las asimetrías de calidad de vida entre sectores de la sociedad. Baste el siguiente ejemplo: la cantidad de capital que poseen y declaran las 390 personas físicas más ricas del mundo equivale al que teóricamente posee (medido por el ingreso *per cápita*) una mitad del mundo, es decir, poco menos de 2.500 millones de personas. Digamos entonces que cada uno de los afortunados ricos es dueño de un Uruguay completo, por ejemplo. Esta concentración del capital y el poder ha conducido a *naturalizar* esta idea de ajuste y preferencia por la libertad de mercado, de modo que cada gobierno nacional o local pena por interesar a dichos capitales a invertir en sus supuestas jurisdicciones: lo salvaje es que esas inversiones no generan necesariamente desarrollo nacional o local a mediano plazo, puesto que dichos capitales buscan aumentarse, no distribuirse, con lo cual tiende a acentuarse a la brecha antedicha.

La globalización también significa la uniformización de la cultura y las comunicaciones, lo que dio en llamarse la *macdonaldización* del mundo, con la caída de paradigmas regionales en la vida social. Los efectos de estos procesos en las disciplinas del diseño son extremadamente graves, como por ejemplo, una equivalente concentración monopólica en las prestaciones proyectuales. En USA existen oficinas de arquitectura, como DJMJ, Murphy o SOM, que tienen más de 2.000 arquitectos asalariados trabajando en dichas corporaciones y estos procesos de concentración de la oferta proyectual tienden, a escala, a repetirse en todos lados. Por otra parte, se uniformizan de manera homogénea los gustos y expectativas de un consumo cada vez más manipulado



El **remapping** de la ciudad de Brisbane, Australia, según las culturas aborígenes, en la versión proporcionada por el antropólogo L. Nilsen. Las ciudades, en una fase que J. Jacobs define como **poscolonial**, presencian la **explosión de la multiétnicidad**, tanto en la forma de reemergencia de culturas aborígenes cuando éstas están vigentes —como en el caso maorí o de ciudades mexicanas o texanas—, cuanto en la configuración de situaciones de hibridación, mestizaje, **melting pot**, dadas por la convivencia compleja de minorías étnicas, culturales, inmigracionales, sociales, religiosas, etc.. La ciudad contemporánea, en casi todos los casos, revela su relativamente nueva condición de mestización e hibridación tanto en las conductas relacionales y de consumo de sus sociedades fracturadas, como en nuevas condiciones habitativas, culturas de usos de los lugares públicos, producción y consumo de información y cultura urbana, etc.: en ese contexto, también debe existir un nuevo escenario de reubicación disciplinar de las arquitecturas tradicionales

mediáticamente, con lo cual decae inevitablemente la posibilidad de las identidades regionales.

La cuestión de la sustentabilidad

Otro tópico habitual en los discursos políticos actuales es la llamada *crisis de la sustentabilidad*, que no es solamente la *sustentabilidad ecológica* o de recursos naturales que decíamos arriba, sino de *sustentabilidad productiva, política y social*. La crisis de sustentabilidad productiva se basa en la desinversión en capital fijo, con lo cual la supuesta evolución concentrada del capital monopólico se apoya, frágilmente, en un continuo desgaste de la infraestructura física de las actividades humanas. En la ciudad de Nueva York deben destinarse cada año 1.000 millones de dólares para conservar mínimamente la calidad de la infraestructura, como las cloacas o las calles. Entre nosotros, hemos escuchado que las empresas privadas de servicios, como las de agua corriente, dicen que mantendrán las infraestructuras o se ampliarán las mismas sólo si cada usuario real o potencial está dispuesto a pagar su parte.

La crisis de la sustentabilidad política se liga a que los gobiernos nacionales o locales cada vez más están orientados a gobernar la exclusión social, intentando algunos paliativos mínimos (lo que se llama *políticas sociales*) o, más preferentemente, a controlar las protestas de los excluidos. Esto tiende a generar dificultades de gobernabilidad (que ya no gobiernan el desarrollo sino la exclusión) y, lo que empieza a llamarse la crisis de la democracia representativa, según la cual la sociedad se ve obligada a elegir a quienes van a administrar esos procesos de favorecimiento del mercado monopólico y, por tanto, a quienes van a ejercer una función de verdugos de sus propios votantes, facilitando indirectamente el incremento de la exclusión aun con las promesas de un supuesto desborde de las ganancias que nunca se verifica: de allí, por ejemplo, la caída sistemática del empleo y de la capacidad de consumo.

La crisis de la sustentabilidad social supone el deterioro creciente de la calidad de vida —o del desarrollo humano— social. La única vía que parece percibirse ante estas crisis de sustentabilidad es el desarrollo de las ONG's y OBC's, de cuya capacidad autoorganizativa parece que va a depender la posibilidad de lucha frente a los estragos de la globalización.

En el momento actual y en las próximas décadas, las disciplinas proyectuales deberán redefinirse frente a este escenario y sólo cabe para unos pocos ofrecer servicios al capital concentrado, y para unos muchos, insertarse en la confrontación social nacional y local que deberá sobrevivir frente a dichos procesos.

Cultura y Política del proyecto: la crítica de la globalización

Si históricamente los profesionales del diseño ofrecían sus saberes y habili-

dades para generar proyectos destinados a satisfacer necesidades sociales (de lo que surgió la ética y estética del proyecto moderno), en el mundo que viene el proyecto va a adquirir un nuevo sentido en términos culturales y políticos, encuadrados en una necesaria actividad de crítica a la globalización.

La cultura del proyecto implicará asumir las peculiaridades locales, regionales y nacionales, que suponen precisamente confrontar cultura localizada con civilización global o transnacional. En el caso americano, ello equivale a valorar las características aluvionales y mestizas, la cualidad del paisaje y las necesidades de desarrollar una *urbanidad* plena, que todavía resulta imperfecta o no desarrollada a fondo, tanto en el *hábitat* como en el *habitar*. Además hay que convertir la idea misma de proyecto en un instrumento cultural, no sesgadamente técnico, lo que supone que el proyecto tenga arraigo en las comunidades y que no dependa de una exigencia de mercado o una posibilidad de rendimiento económico. El proyecto no puede ser una pura respuesta a una exigencia de mercado, un instrumento que aumente la alienación y el desarrollo del contenido negativo de la globalización. Ello no supone que debamos recaer nuevamente en propuestas de tipo utópico, sino que maximicemos la posibilidad de ejercer un rol crítico, un rol que apunte a discernir la satisfacción del usuario social, más que el éxito o la respuesta neta a la demanda de productividad mercadística. Desde el espacio y función del proyecto hay que intentar proponer alternativas, sustentables y participativas, a la homogeneidad consumística de los dictados mediáticos del universo compulsivo de la productividad y competitividad globales.

La política del proyecto tiene que ver con la potencialidad que éste puede adquirir en tanto crítica a los efectos negativos de los procesos de la globalidad. Un ejemplo de esta posibilidad sería lo que ahora se llaman *evaluaciones de impacto ambiental* y que en realidad pueden verse como contra-proyectos, o como propuestas críticas a aspectos ambientalmente negativos de iniciativas que se enmarcan en la lógica de la globalización y que pueden significar procesos de reducción de la calidad de vida social. La evaluación de impactos ambientales de proyectos de inversión o de actividades productivas debe procurar maximizar la calidad de la sustentabilidad social antes que la supuesta rentabilidad productiva. A veces eso supone una mirada de largo plazo, capaz de sondear los efectos ocultos negativos que están por detrás de un beneficio inmediato.

Nuevos escenarios proyectuales

Los nuevos escenarios proyectuales van a quedar delineados por algunas de las características expuestas más arriba, genéricamente por el ejercicio de una crítica concreta a los efectos perversos de la globalización. Habrá que concebir productos inteligentes en tanto capaces de minimizar el consumo de ma-

teria y energía, productos que eludan la rápida obsolescencia material y simbólica y que se nieguen a proponer el esquema de *usar-y-tirar*.

Habrà que imaginar nuevos roles capaces de ayudar a la *maximización de la gestión participativa*, por ejemplo, en el seno de los procesos urbanos, dando argumentos para fortalecer la acción de las ONG's y OBC's. Mucho más interesante que estar preparados para producir planes urbano-territoriales o para ejercer la planificación, va a ser tener capacidad de organizar equipos interdisciplinarios capaces de montar procesos de gestión del desarrollo urbano, agendas locales de desarrollo y estrategias de participación y descentralización. Las perspectivas de actuación en el seno de la gestión ambiental urbana y territorial son un escenario nuevo, demandado por un creciente interés social en estas temáticas. En el caso de nuevos escenarios de proyectos urbano-arquitectónicos son muy importantes las configuraciones de lo que en USA se llama *design by community*, en las que los diseñadores se integran a trabajos participativos comunitarios, que pueden tener financiamiento de las propias comunidades o de agencias de desarrollo social o de ONG's. Estos trabajos suelen hacerse mediante nuevas metodologías de proyectos, como por ejemplo, la llamada *take part*; la actividad proyectual abarca un campo muy amplio de prestaciones, desde el diseño urbano hasta el diseño objetual, de actividades o de comunicación.

Nuevos escenarios vinculados a la *provisión de servicios*, antes que la generación o modelización proyectual de productos, deben indagarse creando múltiples nuevas oportunidades laborales, a veces en relación con clientes nuevos como ONG's o PYMES o directamente superando la relación cliente/proyectista, al involucrarse éste en la dimensión productiva y prestacional.

Insertarse en las dimensiones de las tomas de decisión local y/o social, en los procesos de gestión y en la producción de bienes, productos y servicios son otras oportunidades, que seguramente demandarán cambios en la formación o reentrenamientos periódicos. Asimismo, habrá una serie de exigencias en el campo de la investigación acerca de la inmaterialidad, del reciclaje integral de productos, de la economización de energías convencionales o del desarrollo de energías alternativas. Superar el esquema tradicional de conservación del patrimonio edilicio por el más amplio de gestión de los recursos culturales exigirá nuevas formaciones y posiblemente una interacción más estrecha con algunas disciplinas sociales como la antropología.

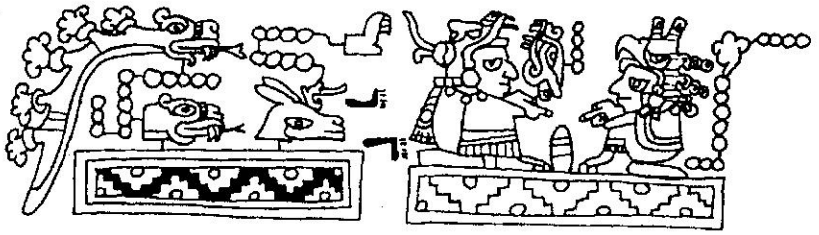
El panorama del diseño del siglo XXI no necesariamente será negativo; seguramente sí será distinto y difícil, en el contexto de los procesos de la globalización. Si somos capaces de nutrir nuestra actividad de contenidos políticos y culturales no sólo diseñaremos *en* el siglo XXI sino que más, comprehensivamente, participaremos activamente en *diseñar el siglo XXI*.

Ensayo 8

Territorio, patrimonio y mitologías

El presente ensayo es una pequeña enumeración de reflexiones acerca del patrimonio, desde una perspectiva americana. Se confronta así una visión eurocéntrica del territorio como depósito de signos devenidos del trabajo humano, con una visión americocéntrica del territorio entendido como naturaleza venerable articulada en una interacción mitológica entre sujeto y objeto. La diferencia de concepciones permite establecer una completa gama de diferencias: cultura/mitología, objeto cultural patrimonial (monumento)/objeto mitológico patrimonial (narración-suceso-mito-rito), posesión/contemplación, colección-museo/paisaje-lugar, macro-objeto artístico/micro-objeto artesanal, etc.. A ello se agrega la circunstancia americana de su sojuzgamiento-refundación europea y las consecuentes cuestiones de una compleja hibridación y mestizaje: es decir, una vía peculiar de modernidad.

1- La idea europea más abarcativa de la cultura es aquella acuñada por los filósofos positivistas del *hacer* (Kant, Hegel, Marx): la cultura, en tanto emergencia sustantiva o quintaesencia del trabajo, es sobre todo el territorio trabajado, modelado intensamente por la antropización. En cierto modo, ello explica el común origen etimológico de la palabra cultura y cultivo, en la idea latina del fruto devenido de un trabajo predominantemente agrario, que luego recogerá y enaltecerá la tradición bárbara germánica. La diferencia de calidad del trabajo —por su valor pero también por su apropiación— distingue fragmentos valiosos de ese *continuum* transformativo y esos fragmentos constitu-



Fragmento de escritura maya perteneciente a los códices llamados Seiden y Bodley: escena de peregrinación. A diferencia de la mayoría de los sistemas comunicativos precolombinos, en los que el signo representa más que una sílaba, una palabra y, a menudo, un ideograma de función simbólica, la escritura maya es muy compleja ya que yuxtapone varios mecanismos de producción: caracteres logosilábicos que representan fonemas, signos directamente identificatorios de palabras o logogramas y signos semejantes a letras que refieren a las vocales. Esta conjunción de instrumentos comunicativos permitían selecciones o permutaciones, como los dobles sistemas icónicos y posicionales de los actuales lenguajes de computación. Los resultados recientes de la investigación asignan a estos procesos de comunicación no, como se creía hasta ahora, una posición pre-alfabética y por tanto, primitiva e inhabilitadora de cierta generación de pensamientos complejos, sino al contrario, de mucha mayor riqueza y diversidad info-comunicacional.

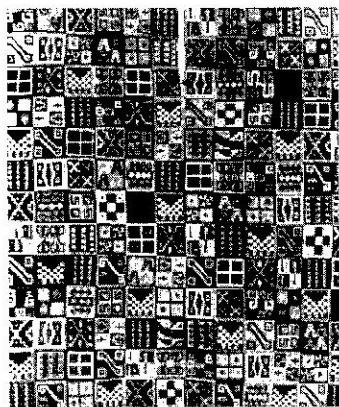
yen el patrimonio: precisamente, del desprecio latino por lo rural, deviene una rápida derivación cualificante de la cultura hacia los objetos urbanos, desde las piezas u obras de arte hasta los templos y palacios, depósito-museos de trabajos diferenciales o geniales y, a la vez, propiedades o elementos de *patrimonium* de carácter privado.

Las primeras teorías del patrimonio —Winckelmann por ejemplo— discernen básicamente los bienes de calidad artística, que en el campo urbano-arquitectónico quedarán instituidos en los monumentos y que serán pasibles de una valoración exclusivista —a cargo de los historiadores del arte—, tanto como de una precisa clasificación enumerativa que dará pie a los repertorios de estilo. Las teorías subsiguientes, que van desde Ruskin hasta Giovannoni y que quedarán normadas en la Carta de Venecia, amplían dicha visión a escalas urbanas y paisajístico-territoriales complejas, pero, en todo caso, más que *territorializar* la idea del patrimonio monumental, han *monumentalizado* el territorio. La otra idea fuerte que subyace en el acuñamiento eurocéntrico del concepto de *patrimonium* (palabra de origen latino) es la propiedad o la posesión: el otorgamiento de valor patrimonial es inescindible de una acción de apropiación, ya sea de un *amateur* coleccionista, de una institución como la Iglesia o los museos, y hasta de un estado nacional e incluso la *humanidad*. Sin poseedor otorgante de valor, no hay objeto de patrimonio, o resultante de trabajo devenido en cultura.

La idea de patrimonio adviene así, no sólo a su identificación con la noción

de propiedad, sino necesariamente a la cuestión de propiedad de cosas u objetos. No se puede ser dueño de una puesta de sol o de un paisaje marino, sino, en todo caso, de su representación artística, que es lo que permitirán, por ejemplo, Constable, Friedrich o Turner. En cualquier caso, la caracterización más progresista de lo patrimonial —aquella que es tributaria de los criterios de la cultura material, por ejemplo expresados en la obra de R. Williams¹— se anuda en torno de una conceptualización de un mundo de objetos, que es el enfoque predominante en el excelente libro reciente de J. Ballart² sobre lo patrimonial.

2- Curiosamente serán europeos los que formularán la existencia de alternativas de raigambres mitológicas a las nociones culturales precedentes, como el caso de C. Levi-Strauss³ y su redefinición estructuralista del saber etno-antropológico a partir del otorgamiento de un valor esencial al campo mitológico. O G. Bataille⁴ que descubre la *parte maldita* de una especie de intercambio cultural que como el potlach es esencialmente simbólico, o como C. Jung⁵ para quien el valor fundante del objeto occidental reposa en su cualidad arquetípica o, como, finalmente S. Gruzinski⁶ que analiza la colonización hispana de México como una *guerra de imágenes*, en la que la eficiente funcionalidad de la representación religiosa desplazará la compleja ritualidad de los zemíes caribeños o de los amates mesoamericanos. El antropólogo holandés R.T. Zuidema⁷ nos dirá que no se puede entender el proceso cultural andino sino desde lo mítico, ya que la historia documental no es significativa y, por otra parte, que la inexistencia de lengua escrita no es óbice para un desarrollo cultural-mitológico con registros e inscripciones tanto en los *quipus* (o documentos testimoniales de datos, fechas y cuantías), los *tocapus* o *keros* (túnicas y vasos ceremoniales plagados de referencialidad ritual) o los *ceques*, las *huacas* y los



Túnica incaica con los motivos ornamentales geométricos (*tocapus*) sobre frente y espalda de la prenda, presuntamente de principios del siglo XVI. El desarrollo de patrones ornamentales abstractos y vinculados a la reiteración de motivos (el cuadrado de cuatro campos, el cuadrado con las cinco figuras menores, el cuadrado con la referencia al valle, la serpiente, el losange, etc.) no sólo se liga a la presentación de una especie de código vinculado a la exhibición de un linaje territorial (estas prendas tenían usos restringidos a la nobleza cusqueña), sino también al proceso de desarrollo de una estética cuya abstracción y transformación estilizada de los motivos naturales implicaba la existencia de un pensamiento más complejo que aquél devenido de la religiosidad panteísta y de mimetización de los elementos naturales.

ushnús (ejes territoriales y enterratorios que constelan el paisaje cotidiano y mitológico de la andinidad). Y sin referirse especialmente al espacio americano es evidente que M. Heidegger,⁸ al establecer su descubrimiento antime-tafísico del *locus* y su crítica al *espritu del tiempo*, aunque aludía sin duda al espacialismo de la cosmogonía zen y la esencialidad oriental de la idea del *feng shui*,⁹ estaba instalando los cimientos de una crítica radical a la idea patrimonialista y objetual de la tradición cultural europea. Que G. Vattimo¹⁰ supo interpretar como crítica *débil* y posmoderna al predominio europeo moderno de la idea de monumento.

3- Desde las perspectivas teóricas precedentes, en el escenario americano se redibuja una noción diferente de la articulación de territorio y patrimonio consistente en la existencia de una antropología de la veneración de lo territorial: especie de panteísmo del que emerge una poderosa estructura mitológica que cumple la doble función de reemplazar tanto la idea eurocéntrica de cultura como la de historia. Con un tono entre pragmático y poético, pero quizás también imbuido del milenarismo, por ejemplo de los utopistas franciscanos como Gioacchino dei Fiori, la mayoría de los cronistas indios, productores de los primeros documentos escritos americanos, recaerá en esa incapacidad de diferenciar lo fáctico-histórico de lo mítico, contribuyendo a consolidar la urdimbre cosmogónica del tiempo americano.



Guamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica i Buen Gobierno* (circa 1613), folio 360.

La leyenda reza **contador mayor y tesoro-ro Tauhantin Suyu Quipoc Curaca Cándor Chava**. El personaje, de linaje cortesano — los curacas eran los representantes de las etnias territoriales en la corte cusqueña—, alude al que utilizaba los **quipus**, o sistemas de cuerdas anudadas, presumiblemente utilizadas para conteos y registros de existencia de volúmenes de alimentos, aunque también puede haber tenido posibles utilizations tanto la efectuación de cálculos algebraicos como para el registro lingüístico. El principio codificador de los **quipus** es de carácter binario.

QUINTO CALLE SAIA PAIAC



Guamán Poma, *Nueva Corónica*, folio 212. La leyenda indica **Quinto calle** y representa a un mensajero o correo, en cuya mano lleva un **quipu** que dice **carta**. Esta imagen abre la perspectiva de interpretación de las codificaciones realizadas a través de los sistemas de quipus también como mensajes o instrumentos transmisores de nociones, es decir, con los atributos de lenguaje.

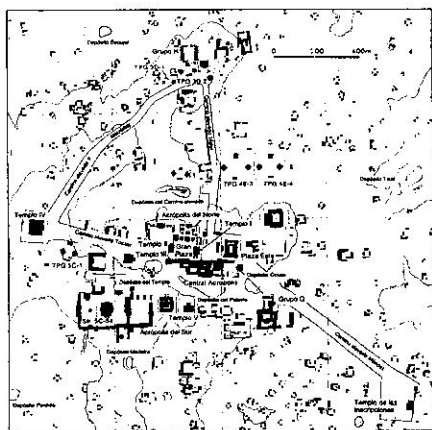
Historiadores como Rostworowski,¹¹ que usarán las fuentes de los cronistas, aceptan esta diferencia y la utilizan en sus trabajos. Al ser del trabajo se le antepone un estar de la situación y consecuentemente, al poseer del *patrimonium*, se le confronta el devenir de la contemplación, que empero no será una contemplación estética o puramente frutiva, sino funcionalmente existencial o concurrente a instrumentar dimensiones concretas de la vida social. La relación empático-contemplativa del sujeto americano (sobre todo, el andino) con el territorio alcanza una entidad mitológica-religiosa pero nutre toda la existencia cotidiana: así se explica, por ejemplo, la negativa que todavía tienen agricultores bolivianos tradicionales para aceptar el uso de implementos de regadío, tecnología que contraponen a las *rogativas* a los dioses de la lluvia, que sigue siendo una ritualidad no sólo vigente sino funcional.

4- El territorio, en la tradición eurocéntrica, es un infinito depósito de inscripciones de trabajo humano, a veces devenidas en hechos de cultura susceptibles de consideraciones patrimoniales. Esta idea de superposición de trabajos queda perfectamente instaurada en la tradición de la romanidad (antes, en cierto modo, prefigurada en la voluntad integrativa alejandrina), visible tanto en la dinámica cultural de préstamos y asimilaciones transculturales —por ejemplo, la reelaboración romana del legado griego— cuanto en la conformación de una vertiente cultural del globalismo político imperial devenido del *mare nostrum*

y de la *Pax* ecuménica. La idea de una cultura hibridizante nace de tal experiencia y quedará consumada en producciones eclecticizantes y sincréticas como la bizantina o las que registran las fusiones romano-germánicas como el modelo carolingio y extensivamente los episodios del románico. Un aspecto consecuente de esta cultura sedimentaria será la valoración patrimonialista de estos procesos transculturales tanto como el reconocimiento de la importancia de los aspectos geoculturales o propios del emerger de las culturas de expresión territorial regional. Un aspecto de la calidad patrimonial de las iglesias de Santa Sofía y San Pedro será el de la reapropiación de materiales nobles de monumentos precedentes que, por lo tanto, fueron destruidos. También se considerará valorable generar un nuevo objeto patrimonial sobre los restos desfigurados de construcciones precedentes, como ocurrirá con la catedral de Chartres reedificada en el siglo XII o con el *enmascaramiento* palladiano del *Palazzo della Ragione* vicentino: desde luego, la neomonumentalidad ideológica obtenida en las construcciones coloniales de México o Cusco seguirá esta pauta. El destino americano presenciara, más que la idea inicial del fenómeno deglutivo de las transculturaciones europeas de raíz romanizante, la *seguridad* ideológica del período renacentista-barroco consistente en reemplazar los signos materiales de las civilizaciones sojuzgadas por nuevos sistemas de objetos, aunque a veces subsistan elementos precedentes, como los muros de piedra ciclópea o las pequeñas calles devenidas de las trazas separadoras de las *kanchas* incaicas



Guamán Poma, *Nueva Corónica*, folio 814. La leyenda señala **Escritano de Cabildo nombrado de su majestad** y en la secuencia precedente indica la aparición del sistema convencional de la escritura, aunque reservado a personajes específicos de la colonia, quienes ejercitaban esta tarea mediante una serie de instrumentos (plumas, tinta, arena secante, folios) y en una postura corporal que parece evocar, según Guamán, otra espacialidad organizativa del plano del texto.

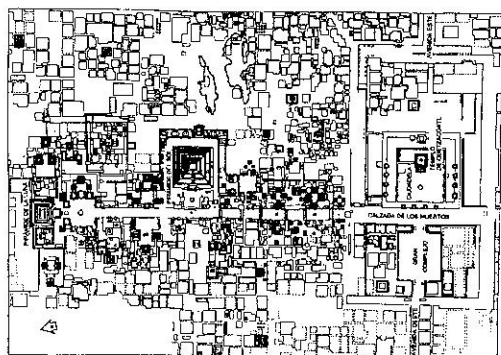


Tikal, plano del centro de la ciudad maya, consecuente del completamiento de las excavaciones arqueológicas. El patrón urbano adiciona a la imagen acropolitana tradicional de un conjunto central de edificios de piedra organizados en torno de espacios tipo plaza y accesibles mediante ciertas vías ceremoniales que probablemente también sean cabeceras de caminos regionales, el sistema de viviendas, habitualmente de carácter transitorio o contingentes, construidas de madera, adobe y palma, y organizadas según pequeñas agrupaciones de varias chozas alrededor de un patio cuadrangular. El patrón completo es ortogonal —quizá regulado por observaciones solares—, aditivo, tipológico y sin estructuras conectivas.

en el caso del Cusco colonial. La cultura material emanada de las pirámides mesoamericanas de varias superposiciones, o de los modelos de los templos y enterratorios andinos de capas superpuestas de las *huacas* —siempre, finalmente, revestidas de tierra, especie de montañas artificiales—, también incluye la modalidad de superposiciones agregativas, pero cada capa funciona como celebración y sublimación de la precedente, sin violencias simbólicas neutralizantes del contenido ritual de las historias previas.

Sin embargo, el reconocer estos procesos europeos basados en la acumulación y sedimentación territorial de sucesivas manifestaciones culturales, como la perduración de pautas de las *oppidas* célticas en las ciudades de refundación romana en Gran Bretaña, requiere advertir dos divergencias respecto del caso americano. La primera es la ya apuntada prescindencia ideológico-simbólica en cuanto a absorber y reciclar elementos de las culturas materiales precedentes prehispánicas; recuérdese, por ejemplo, que la fortaleza incaica de Sacsahuamán fue convertida en virtual cantera pétreo para las necesidades de materiales de las construcciones eclesiásticas del Cusco, y que esto no sólo fue una cuestión tecnológica sino una voluntad de anulación del potencial mitológico de aquellas incómodas piedras que conformaban la cabeza del puma, base iconológica ritual del trazado fundacional de la antigua capital y desde luego elemento de fuerte persistencia en la memoria mítica del aborigen.

La segunda divergencia advertible en la comparación de las experiencias europeas y americanas es la consistente en las actitudes respectivamente pro y no-urbanas en los procesos de transformación territorial. En efecto, la cultura europea se afirmó, sobre todo a partir de la conformación del mundo burgués tardo-



*Teotihuacán, planta del centro de la ciudad, según los resultados de los relevamientos arqueológicos de R. Millon. A la estructura básica ceremonial-religiosa de la calzada de los muertos que articula las pirámides del Sol y la Luna, la ciudadela gubernamental y el templo de Quetzalcoatl entre otras edificaciones religiosas y nobiliarias de ladrillo y piedra, se le adiciona un compacto tejido urbano residencial, estrictamente ortogonalizado y presumiblemente con el criterio de **blocks** habitacionales y de comercio-producción, con un tejido conectivo asimilable a cierto trazado de calles y plazas.*

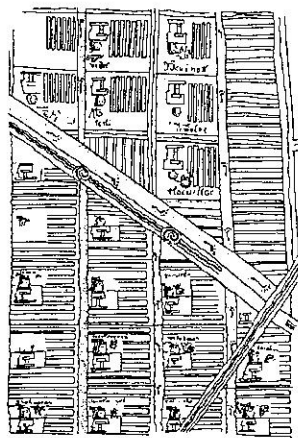
medieval y pos-germánico, en el control y modelación territorial en base a la constelación de ciudades. Las civilizaciones americanas prehispánicas manejaron criterios diferentes: no tanto concentrar la población en ciudades sino controlar extensivamente el territorio en base a organizaciones diversas, como las redes de infraestructuras incaicas y preincaicas o las redes de ocupaciones productivas y religiosas mayo-yucatecas.¹² La ocupación territorial no necesariamente conducente a una articulación de núcleos urbanos concentrados explica la diferente concepción de la territorialidad pre-colombina y, si se quiere, la diferencia ambientalista entre una noción más mitológica que cultural del control territorial y, por ende, una distinta idea de lo patrimonial, que pasará a ser más bien una idea axiológica de valor/sacralidad que el paradigma culturalista de la patrimonialidad europea de valor/apropiación diferencial.

Los europeos en América transportaron su cosmovisión e intentaron, con relativa infructuosidad, reorganizar el territorio en base a un modelo pro-urbano, fundándose así, en dos siglos, más de 1.830 asentamientos urbanos:¹³ el carácter imperfecto de esta tentativa le otorga así su cualidad diferencial al análisis de la peculiaridad americana. Por una parte, la subsistencia de pautas prehispánicas de relación sociedad/territorio, que se mantienen de diversas formas en la perduración de componentes y rituales mitológicos en las capas indígenas y mestizas de la sociedad americana, de las que emerge la preponderancia patrimonial del paisaje natural y de la subordinación panteísta del gesto antrópico respecto de dicho paisaje. Por otra parte, la cualidad antropológica de una urbanidad débil, distante aún de la densidad del registro del trabajo/cultura históricos que configura la materialidad casi de *horror vacui* de la ciudad europea.

En esta dialéctica, el movimiento teórico del conservacionismo patrimonialista europeo parece estar tensado siempre hacia una expansión pro-terri-

torial de su ámbito de interés, expansión que queda evidenciada en los alcances cada vez más integrales de las cartas europeas, como por caso lo testimonian autores como M. Dezzi Bardeschi,¹⁴ incluso procurando superar los distintos límites o escalas del pensamiento patrimonialista: monumento, monumento y entorno significativo, centro histórico, fragmentos significativos urbanos o barrios de las ciudades, ciudades como estructuras completas susceptibles de gestión patrimonial, sistemas de asentamientos territoriales, etc.. Esta tendencia también la consagran autores como F. Gurrieri¹⁵ quien propone directamente un campo que denomina *restauro territorial*: por fuera de las condiciones instrumentales (difícilmente podemos pensar, desde América, en dimensiones extensivamente ambiciosas de actuación), estos desarrollos teóricos europeos nos acercan a cuestiones dominantes en nuestro ámbito, como el alcance territorial de lo patrimonial o la significación de las estructuras naturales y perceptuales/mitológicas del paisaje y los ritos ambientales de convivencia entre los grupos sociales y sus soportes naturales.

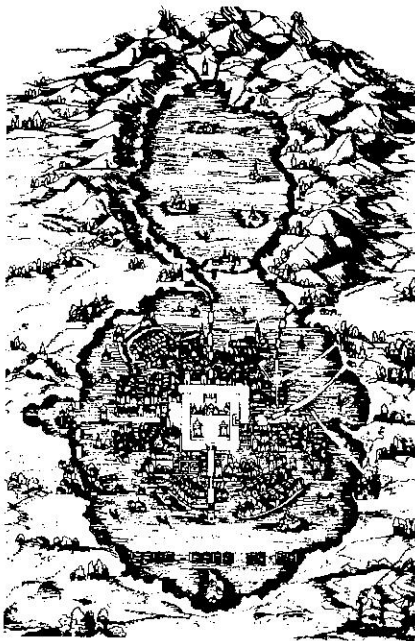
5- Las cosmogonías americanas aparecen repletas de referencias toponímicas: casi toda la mito-historia y sus sucesos originales o rememorativos están ligados a alusiones territoriales y cada porción del paisaje está nombrada o designada, a menudo, con una voluntad develadora, designativa o descriptiva. G. Bonfil Batalla,¹⁶ en su libro *México Profundo*, indagación acerca de la persistencia de lo aborigen en la actual cultura mexicana, registra, como elemento peculiar de la religiosidad panteísta mesoamericana, esta propensión al nombrar/describir la mínima diferencia del paisaje, estableciéndose en este acto una especie de pequeño ritual venerativo, de fuerte contenido afectivo entre



Plano del siglo XVI de una zona de **chinampas** cerca de Tenochtitlán. La colonización y desecado del Lago Texcoco implicaron el desarrollo de áreas de humedales pensadas como islas flotantes en las que se realizaba agricultura intensiva de notables **performances** productivas. La organización artificial de estos tejidos esponjosos regulaba exitosamente el drenaje del área y utilizaba la humedad con fines productivos. La tecnología urbana precortesiana implicaba bastante sofisticación no meramente restringida a la arquitectura templaria.

el sujeto designador y el fragmento de paisaje re-conocido, que cobra, por así decirlo, un protagonismo central en la vida cotidiana comunitaria. Es curioso advertir que buena parte de la toponimia europea tiene un origen diametralmente opuesto, es decir, ligado a una nominación que recuerda, distingue y evoca al sujeto propietario: el lugar encuentra así, su nombre como lugar poseído por alguien.

La pura enunciación toponímica como reconocimiento a la entidad natural del paisaje se liga, en nuestro concepto, a una idea americana de *patrimonio débil*, o sea, antes que conmemorativo de actos históricos (de fundación/posesión, calificación cultural o de depósito de experiencias y testimonios culturales), recreativo del momento designativo según el cual el sujeto —o la comunidad, en términos de instauración de mitos pantéistas— describe y nombra una porción distintiva del paisaje de su ambiente de vida. Desde esta perspectiva, el enfoque patrimonial americano debería intentar no sólo diferenciarse del criterio material-objetualista eurocéntrico (que recae finalmente en catalogaciones y enumeraciones precisamente objetivas o materialistas) sino recuperar el saber propio del re-conocimiento designativo del ambiente que está contenido en la dimensión mitológica de la relación entre sujetos/comunidades y su naturaleza circundante e interactiva; enfoque que, por otra parte, es mu-



La capital azteca de Tenochtitlán según un grabado impreso en Holanda de fines del siglo XVII. Ésta es la imagen percibida por los españoles y traducida a convenciones cartográficas y representativas tardomedievales (bloques de vivienda adosadas, torres fortificadas, iglesias con pináculos), sumadas a elementos desconocidos por los europeos (chinampas, calzadas-puente, etc.). En las iconografías coloniales comienzan a elaborarse discursos híbridos y mestizados acerca del mundo urbano, sus arquitecturas y su implantación territorial.

cho más complejo que el de una pura consideración estético-visibilista de las características del paisaje. De manera complementaria, podría también decirse que a esta cualidad patrimonial *débil* diferencial americana quizás habría que buscarla incluso en los escenarios urbanos, en los que asimismo existen toponimias designadoras que evocan relaciones mitológicas, en este caso, entre comunidades y elementos de la *segunda naturaleza* urbana (por ejemplo, en las microculturas barriales, en las mitologías de suburbios, periferias y orillas, en los rituales y fiestas de apropiación diferencial de esa *segunda naturaleza*: circunstancias que, desde luego, también se dan en las tradiciones urbanas europeas pero que no son allí reconocidas en un valor equivalente a los discursos patrimonialistas monumentales ortodoxos).

Casi toda la ritualidad americana registrada —los *libros* del Popol Vuh o del Chilaam Balaam, las *historias* narradas en las estelas y cresterías mayas o en los muros de adobe de Chan Chan y toda la iconografía mochica, los grafos territoriales de las pampas de Nazca,¹⁷ etc.— resulta ser operaciones semejantes al *nombrar* territorios o porciones diferenciales del paisaje natural y en ese proceder toponímico pantesta, de articulación ambiental entre el temor-vereneración del sujeto solitario (aún en su pertenencia a un sistema comunitario) y la magnificencia de lo natural, se inscribe la posibilidad de una condición



Conversión de los indios tarascos por dominicos españoles. Imagen coloreada perteneciente a la *Crónica de Michoacán*, redactada por Pablo de Beaumont hacia 1780. El choque de culturas implicó no solamente una determinada organización de las actividades urbanas y territoriales, sino y sobre todo, una compleja y completa aculturación de los **bárbaros diferentes**, según las denuncias de una pléyade de críticos que culmina en la ensayística de Montaigne. La práctica evangelizadora, ejercida por las compañías de frailes ambulantes, se realizaba a través de una captación de los **principales** y luego, mediante un completo repertorio de disciplinamiento de los **flojos, hechiceros, homicidas o lascivos**, tipología de **diferentes** en la religión y cultura expuesta en esta lámina.

patrimonial diversa, anclada en la característica fundacional de las mitologías antes que en la histórica construcción de cultura.

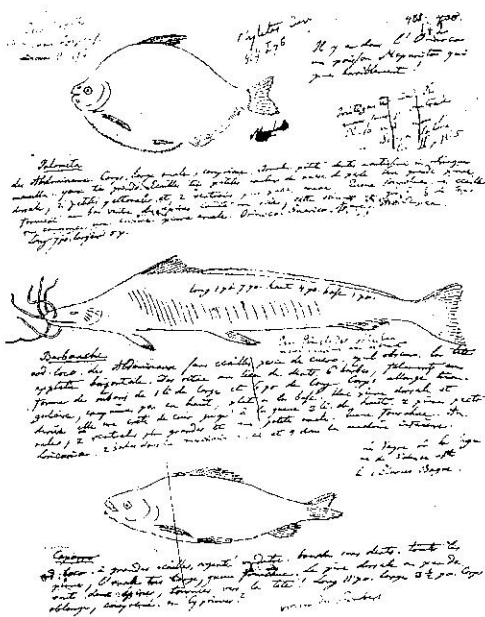
El nombrar-registrar significa, entonces, tanto conjuro o anuncio de respeto y veneración, como voluntad o expresión de reparo, cobijo o acogimiento sumiso al potencial habitable o vivible del ámbito natural: de allí la doble dimensión lejana o mítica del miedo a lo natural y próxima o cotidiana que exige una existencia ritualizada.

No es que la visión mitológica anule el tiempo (histórico) de los hechos humanos, sino que ese tiempo reverbera en la aparente eternidad de la repetición infinita de los rituales que, socialmente, evocan el mito originario, en su arquetipicidad. Así puede pasar que el originario suceso que otorga fundación al mito implique, sin más, la naturalización de dicho episodio: es decir, el mito quizás contenga una condición según la cual lo humano arquetípico se materializa en una cualidad del paisaje.

Es lo que explica (?) la increíble victoria de Pachacutec frente a los *chankas* en la defensa del Cusco asediado, puesto que la mitología afirma que el futuro gobernante *inka* obtiene su triunfo con la inestimable ayuda de las piedras convertidas en guerreros. De allí que las piedras andinas —y sobre todo, las de Sacsahuamán, el reducto de la defensa victoriosa del *ombligo del mundo*— sean veneradas no como cosas del paisaje sino como seres de la mitología, y de ello



Grabado de François Gerard, en el *Atlas géographique et physique du Nouveau Continent* (1814), que constituye el volumen 18 de la *serie americana* de A. Von Humboldt, en su edición *princeps*. Se trata de una alegoría de la conquista americana, en la que aparece la América vencida en forma de príncipe azteca, consolada por la diosa de la sabiduría, Atenea, que ofrece el olivo de la paz y por Hermes, el dios del comercio que le da apoyo, todo bajo el telón de fondo del Chimborazo. En parte, éste es el discurso humboldtiano, de valoración del espectáculo natural y cultural, como de acogimiento de la pertinencia histórica de la colonización europea, arropada por la doble divisa del progreso decimonónico de la cultura y el comercio.

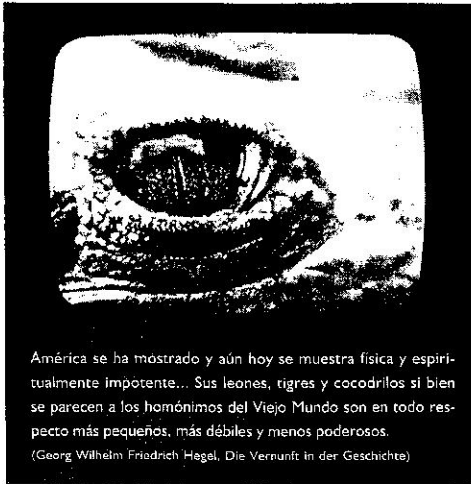


Alexander von Humboldt, *Peces en el Orinoco*, tinta sobre papel, 1800. La pasión taxonomista del complejo *Neue Welt*, que induce a von Humboldt a un detenido análisis y registración, implica una pormenorizada valorización de los elementos que componen el mundo natural. Aquí, los peces nombrados con sus voces regionales —palometa, barbanche o barbancha y caparro— son minuciosamente descritos para tratar de insertarse en esa prodigiosa y exaltada configuración de un mundo natural excesivo que el científico alemán gustaba denominar *Hylea*.

se deduzca desde una manera de construir —la prolijidad casi erótica de la labor— hasta una compleja iconología de lo natural, expresada a veces en la complejidad plurisemántica etimológica de los toponímicos.

E. Morote Best,¹⁸ uno de los más relevantes investigadores de la mitología y el folklore andinos, estudia un amplio conjunto de cuentos populares, en los que registra el proceso de conversión de un hecho humano en fragmento de la naturaleza, como el caso de las *aldeas sumergidas*: lagunas que no son más que el resultado de condenas divinas que hacen desaparecer aldeas irreverentes, en algunos casos reelaborando leyendas bíblicas, como la desaparición ejemplarizante de las ciudades del pecado o la conversión de la mujer de Lot en estatua salina. Lo relevante no es tanto dicha reelaboración de historias intemporales —que ya científicos como Propp o Dumezil habían determinado que responden a un corto número de patrones repetibles a lo largo del tiempo y el espacio— sino su funcionamiento en la construcción de mitologías perdurables y operantes, desde la toponimia hasta el ritual conmemorativo del mito-suceso fundante, y por tanto, a su significación en la conformación mitológica del patrimonio ambiental, antes que a la definición cultural del patrimonio material/monumental.

6- De la idea de *patrimonio débil*, mitológico, anti-objetualista, se puede recaer

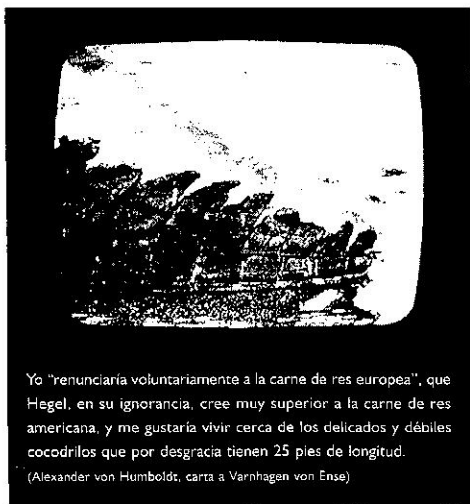


América se ha mostrado y aún hoy se muestra física y espiritualmente impotente... Sus leones, tigres y cocodrilos si bien se parecen a los homónimos del Viejo Mundo son en todo respecto más pequeños, más débiles y menos poderosos.
 (Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Die Vernunft in der Geschichte)

J. A. Restrepo, *El cocodrilo de Humboldt no es el cocodrilo de Hegel*, 1998. Este artista colombiano ha querido testimoniar la profunda diferencia en las miradas contemporáneas de Hegel y Humboldt respecto de América. Por una parte, en esta imagen, un fragmento de Hegel —de su *Die Vernunft in der Geschichte*— refiere a su burda interpretación y descalificación del mundo americano, un continente sólo mejorable si es que **los europeos logran infundirles un poco de sentimiento de dignidad personal.**

tanto en el análisis de su dispersividad territorial —o bien, su condición ambientalista—, cuanto en sus características de *objetualidad imperfecta*.

En el primer aspecto, la noción de una *dispersividad sacralizada* de las instalaciones humanas en el continuo territorial —como apuntábamos en la nota 17 del Ensayo 1, citando al ensayista peruano H. Neira— alimenta tanto la idea de una territorialidad no restringida a la relevancia de lo urbano (que hasta podría llamarse una *territorialidad no-urbana*, no necesariamente pre-urbana, con el matiz de atraso de esta segunda connotación) cuanto, complementariamente, a una voluntad comprensiva de *patrimonializar* los territorios y sus paisajes, visible como vimos, en la extensividad del nombrar toponímico y en la tendencia a ambientalizar los sucesos fundantes de las mitologías. Esa voluntad territorial se expresa fundamentalmente en los rituales de *camino*, *pasaje* o *peregrinación*, que desde luego también estarán presentes en la tradición europea, pero en tal caso focalizada en un punto de *destino* —u *objeto de deseo*—: el camino de Santiago, la cruzada a Jerusalem, el desplazamiento a las cuatro ferias o *lemdits* de las festividades marianas de Chartres, etc.. En el caso americano podríamos en cambio decir que cada camino ritual no tiene destino polarizado ni marcas o huellas indicativas de tal destino (como los pazos y cenobios gallegos que anuncian o indican el *clímax* compostelano), sino que son en sí mismos la cosa o espacio a considerar patrimonio, u objeto-territorio de veneración; como es el caso del Valle Sagrado de los *inkas*, al sudeste del Cusco¹⁹ que por fuera de su conversión en trayecto turístico registra una cualidad patrimonial ambiental, en la cual son tan importante las retamas del Urubamba, con sus colores y aromas, como las piedras sacralizadas de Ollantaytambo; la multiplicación



La segunda parte de la obra de Restrepo alude a la mirada de Humboldt, extraída de una carta a Varnagen von Ense y evidente réplica a la anterior frase de Hegel.

Yo "renunciaría voluntariamente a la carne de res europea", que Hegel, en su ignorancia, cree muy superior a la carne de res americana, y me gustaría vivir cerca de los delicados y débiles cocodrilos que por desgracia tienen 25 pies de longitud.
(Alexander von Humboldt, carta a Varnagen von Ense)

infinita de mínimos gestos de remodelación/accentuación de la naturaleza (desde una terraza de cultivo hasta una talla mínima de una roca visible del paisaje), como las orquídeas o los pájaros, que también componían el cuadro de valor, incluso ritual, de este sistema patrimonial.

En la segunda cuestión apuntada —la *objetualidad imperfecta*— deberíamos precisar que esa supuesta imperfección es, antes que nada, cierto desinterés por la calidad o factura material de las cosas objetuales, dado que existe dicha prevalente actitud sacralizada de venerar lo natural/ambiental, devenido en testimonio de características míticas antes que mero registro de sucesos históricos.

La cualidad pro-natural y sus características mágico-rituales se internalizan en el sujeto americano —aún o sobre todo, en el *mestizo*— y esa condición se transporta a los escenarios urbanos, *débiles* o imperfectos desde la perspectiva eurocéntrica, pero ricos todavía en la retención de esa especie de panteísmo ritualizado originalmente natural y territorialmente extensivo. N. García Canclini,²⁰ en sus varios estudios de las culturas urbanas de México, apunta a estas cualidades complejas e interactivas dentro de lo que llama *glocalize* (*lo local en lo global*) y en la crisis de la multiculturalidad urbana, en la cual, después de su inicial entusiasmo en torno del valor diferencial americano de las *culturas híbridas*, expresa cierta aprensión en torno del *aplanamiento* globalizante y mass-mediático posiblemente destructivo de la vigencia de una ruralidad en lo urbano que, sobre todo en México, parecía retener cierta transposición del contenido patrimonial *débil* mítico-ritual de la tradición rural a las ciudades.

O. Paz,²¹ que en realidad es uno de los críticos más duros de la falta de modernidad de América (y por lo tanto, uno de los que tiende a considerar la

cuestión del patrimonio *débil* más como una *carencia* que una cualidad diferencial, más o menos horrorizado ante el eventual contenido político-cultural *populista* de dicha vertiente patrimonial, desde luego *anti-museística* y por ello, *no moderna*), en algunos párrafos de sus varios ensayos no puede dejar de reconocer el carácter mito-ritualista del mestizo urbano americano y lo que percibe como una falencia, al mismo tiempo se enuncia como un dato real.

7- En el campo americano, lo ritual mitológico encuentra una cierta encarnación en lo *objetual*, pero lejos de la cualidad de materialidad culturalmente diferencial que el objeto –histórico-documental, artístico-patrimonial– adquiere en el contexto europeo. Se trata de una *micro-objetualidad*, según la cual el objeto convive con la condición existencial del sujeto social, no se separa, segrega o valora como ocurre con el objeto diferencial propio del patrimonio suscep-



Ayaviri, fotografía de M. Lima, 1990. Las relaciones entre estética y territorio requieren un lenguaje, que puede oscilar de la descripción de lo **natural hylético** (en el sentido humboldtiano) hasta la postulación de una épica de los trabajos del hombre frente a dicha naturaleza: aquello fuertemente sugerido en la literatura **ascética** latinoamericana –de Rulfo a Scorza, magníficamente decantada en **La guerra del fin del mundo**, la narración que Vargas Llosa hace de la revuelta de Canudos y de su líder, el fanático Antonio Conselheiro– o en la cinematografía de Glauber Rocha, sobre todo su **Vidas secas**. Del territorio y de su percepción/uso deviene un lenguaje y una proyectualidad, una determinada **relación entre palabras y cosas**.

tible de *coleccionamiento*. El coleccionamiento, en la tradición europea, no es más que segregación del valor de uso directo de un objeto originalmente funcional –por ejemplo, un cáliz o una vajilla– para adquirir un valor autónomo de aquella cualidad fundadora y que radica precisamente en el otorgamiento de un estatus de pieza patrimonial, objeto revalorado en un contexto cultural.

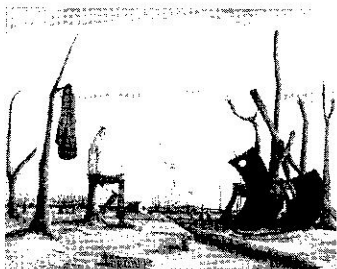
En las culturas populares americanas, la validez de una estrecha asociación de vida –del sujeto popular– y uso –de un objeto artesanal *denso*, por ejemplo, contenedor de elementos de ritualidad mágica–, en un marco de *ascetismo objetual*, delimita una de sus características geoculturales históricas y otorgaría a esa panoplia de piezas de micro-patrimonio un valor que trasciende su funcionalidad antropológica.

La imbricación anticoleccionística entre objeto y sujeto es lo que definiría una cualidad esencial del objeto resultante de las *prácticas artesanales*, que si bien está severamente transformado por el impacto de la globalización mo-

derna (véase la argumentación de F. Statsny²²), todavía cumple una función relevante en el plano cultural-patrimonial americano.

Nos parece sugestivo proponer que el micro-objeto típico del artesanato americano diverge, desde luego, de la connotación/valoración propia de la obra de arte, pero también debe ser distinguido del par vitruviano *venustas/utilitas*: en efecto, no está determinado por una cualidad estética fundante (aunque vehiculiza discursos estéticos, a veces derivados de procesos de subculturación) ni tampoco por una finalidad instrumental-herramental determinante (aunque cumple funciones sociales precisas derivables de sus valores de uso y cambio).

Pensamos entonces que el micro-objeto artesanal americano —y quizá los de otras culturas vernaculares, incluso europeas como las escandinavas— es, sobre todo, una *representación ambiental*, una micro-muestra de la relación sociedad/naturaleza, tanto porque es *fragmento* de *materialidad natural* (piedra



Drysdale, *Man reading a newspaper*, 1941. En la tradición de la metafísica del paisaje —notoriamente evidente en Millet, según las obsesivas reelaboraciones de Dalí y de allí, en toda una estética surreal: Delvaux, Ernst, Magritte—, la subjetividad de la mirada que religa sujeto (personaje) y territorio puede convertirse, como en esta pintura, en registro de la desolación y devastación, de la naturaleza asediada por una tecnología ominosa.

de obsidiana, pelo de alpaca, pluma de quetzal, tinte de mezcal, fibra de guadua, etc.) como porque además contiene un *quántum* de trabajo no mecánico o abstracto sino inserto en cualidades mítico-rituales.

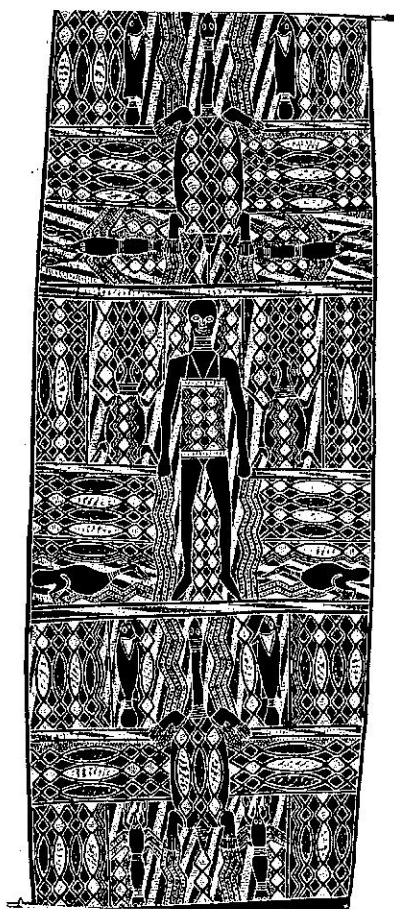
De allí, lo peculiar de esta micro-objetualidad que concurre a exaltar la característica más mitológica que cultural que asignamos al concepto de un patrimonio ambiental americano: que se advertirá en las sutiles joyas-pluma de los amantecas precortesianos, en los tapices de *pattern* irreplicable de los *kunas* panameños,²³ en la vegetalidad omnipresente de los *amates* mexicanos o las calabazas peruanas saturadas de pirograbados de andanzas mitológicas. En rigor, pareciera que de la conjunción derivada de la polaridad de una territorialidad ambiental dada entre lo macro-objetual de la naturaleza y lo micro-objetual de la artesanía pudiera emerger una nueva conceptualización de lo patrimonial americano, distinto entonces, en tanto dicha prevalencia de lo ambiental (como cruce o articulación proble-

mática de naturaleza y sociedad) e importancia de lo mitológico por sobre lo histórico-cultural.

Por ello no debería sorprendernos que cuando el ilustre poeta nicaragüense Ernesto Cardenal fue Ministro de Cultura decidiera declarar *monumento histórico-cultural* a una anciana artesana textil, último exponente de una práctica en trance de extinción, salvada en cuanto a la posibilidad de transferir su experiencia, utilizando fondos de subsidios tradicionalmente otorgados para sostener muros o practicar las típicas restauraciones del patrimonialismo convencional.

8- Cerramos este texto volviendo al inicio, o sea reflexionando sobre las dimensiones alternativas del trabajo aplicado a la naturaleza, el paisaje, el territorio. Desde esa perspectiva –que maneja incluso Marx en el contexto de la creación de su noción de *modo productivo*, entendible como las diversas configuraciones socio-productivas tendientes a establecer relaciones ambientales en tanto articulaciones sociedad y naturaleza– quizá sea posible contraponer, en cierto sentido, un proyecto europeo de *territorialización pro-urbana* respecto de un proyecto americano un tanto diferente y menos nítido –a causa de la colonización y la violencia subsiguiente– de *territorialización no urbana*.

Esta diferencia, si es que existe, tal vez nos permita formular otra dicotomía en este caso, más próxima a discernir condiciones diferenciales del concepto de patrimonio. En efecto, diremos que en el caso europeo, la idea de una *territorialización pro-urbana* insume el hecho de formalización de una noción de *patrimonio cultural*, entendible de modo dominante, como una dimensión urbana, objetualista y artistizante, que asume diversas escalas materiales y que puede alcanzar a considerar la ciudad o la relación entre ciudad y territorio como acción o resultante de una praxis artistizante o de consciente calificación patrimonial en tanto, sobre todo, acción de selección/diferenciación. El movimiento teórico, que va desde, por ejemplo, Winckelmann a la Carta de Venecia y sus derivaciones ulteriores, conceptualiza lo patrimonial desde una objetología *selecta* (el monumento, la obra de arte clasificable por sus características de estilo y susceptible de formar parte de elencos o repertorios museísticos y en dicha instancia, convertir el *patrimonio en propiedad*) hasta una incesante extensión de dicho concepto, abarcando dimensiones diversas como el *centro histórico*, la llamada *arqueología industrial*, los *museos naturales*, ecomuseos o parques y reservas de naturaleza que *patrimonializan*, desde una dominante material-coleccionística, un fragmento selecto de naturaleza, las áreas rurales antropizadas y sus *museos de sitio* (los ecomuseos: Skanssen, Beamish, Ironbridge, etc.), los *parques arqueológicos* (como Jorvik, etc.). En paralelo se desarrolló toda una línea de estudios tendientes a explorar las dimensiones territoriales extra o pre-urbanas de los procesos geográficos de antropización,



Pintura sobre corteza de árbol, de un miembro de la tribu Dalwonga, mostrando ancestros de la región de Yirrija, Australia. La cosmogonía primitiva, perteneciente a etnias que aún permanecen en un virtual **estado de naturaleza**, intenta reconstruir la integridad de sujeto, naturaleza animada (vegetales y animales) y sustrato territorial, en una alegoría típica del paisaje devenido en referencia panteísta.

de los cuales son buenos ejemplos los estudios acerca del patrimonio habitativo rural y popular de E. Guidoni,²⁴ las investigaciones sobre las transformaciones del paisaje agrario resultantes del trabajo humano de E. Sereni²⁵ —que recogen toda la gran tradición etno-geográfica decimonónica de C. Cattáneo— o los análisis del *modo de producción tipologista* que G. F. Caniggia²⁶ aplica al continuo territorial que va desde las transformaciones geográficas hasta las conformaciones urbanas y arquitectónicas.

En el caso americano, por el contrario, la posible persistencia de una noción de *territorialización no urbana* tal vez deba ligarse a la conformación de un concepto de *patrimonio mitológico*, entendible como una dimensión rural (o del continuo territorial rural-urbano y su diversa gama de asentamientos), ritualista (o ligada a procesos empáticos sujeto/objeto natural y/o vinculable a una posible genealogía de *objetos débiles*, o de materialidad *intrascendente*) y pre-artistizante (o sea, tanto vinculada con una idea no selectiva de productividad objetual, relacionable con las prácticas del artesanato, cuanto, en dicha instancia de producción de cosas materiales, ligada a una apropiación social de los bienes materiales así constituidos, que además trascienden su pura condición funcional-instrumental para abarcar o contener cierta dimensión representativa o evocativa del paisaje natural y su condición material).

La necesidad de acompañar con abundantes paréntesis explicativos esta triple definición de un posible patrimonio *alternativo* que en el caso americano parecería relacionado con su condición mitológica más que cultural, es un dato que describe la escasa sistematización teórica de dicha eventual concepción alternativa y consecuentemente su prácticamente nulo desarrollo instrumental y metodológico.

Sin embargo, aportaciones en todo caso fragmentarias, como las de R. Kusch²⁷ y sus reflexiones acerca de una *vegetalidad americana* como posible articulación práctica de una estética y una naturaleza entendible como potencialidad simbólica fundante de discursos mito-rituales, o las de J. Lezama Lima²⁸ y sus estudios en torno de una *expresión americana* ligada al mestizaje sincrético y al desarrollo de una suerte de *barroco lúdico*, testimonian parte del trabajo por desarrollar y las posibilidades y exigencias que los americanos tenemos acerca del acuñamiento de un concepto propio y alternativo de patrimonio, que afirme la cualidad territorial y la peculiaridad de una poderosa construcción mitológica que permita entender y reproducir la relación fructífera entre sus sociedades y naturalezas.

Notas

¹ R. Williams aborda, entre otros autores de tradición marxista como Goldmann, Hadjnicolau o Jameson, la cuestión de la dimensión material de la cultura sobre todo en *Problems in Materialism and Culture*, Editorial New Left Books, Londres, 1980, y también en *Cultura. Sociología de la Comunicación y del Arte*, Editorial Paidós, Barcelona, 1982 (la edición inglesa original es de 1980). Aquí se plantea el problema del *material social de las obras de arte* y de los criterios o procesos de producción de las cosas artísticas en relación con tópicos como las *instituciones* o las *formaciones* e investigando aspectos como la producción de las vanguardias y los medios de producción y reproducción artísticos.

² Ballart, J.: *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Editorial Ariel, Barcelona, 1997. Este trabajo cumple la tarea de ofrecer un resumen muy actual del estado de la cuestión patrimonial en el contexto europeo, maximizando, si se quiere, el uso de categorías de la *materialidad social* de las cosas patrimoniales y sus posibles conceptos valorativos.

³ Las propuestas acerca de los componentes mitológicos de la cultura son desarrolladas por C.

Levi Strauss en su monumental tratado de cuatro tomos *Mythologiques*: I, *Le Cru et le Cuit*; II, *Du miel aux cendres*; III, *L'origine des manieres de table*; IV, *L'homme Nu*, editados por Plon, París, respectivamente en 1964, 1967, 1968 y 1973 (hay traducciones españolas diversas). Una reelaboración importante del tema del mito consta en el libro de Kirk, G. S.: *El mito. Su significado y funciones en la antigüedad y otras culturas*, Editorial Paidós, Barcelona, 1990 (la edición original inglesa data de dos décadas antes).

⁴ Bataille, M.: *La part maudite*, tomo VII, *Oeuvres completes*, Editorial La Pleiade, París, 1976. El desarrollo del concepto de *depense* en Bataille –como lujo, exceso, excedente crítico al criterio de productividad capitalista– es analizado por J. Habermas en su octavo ensayo “Entre erotismo y economía general: Bataille”, en *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Editorial Taurus, Buenos Aires, 1989.

⁵ En su *Psicología de la Religión*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, C. G. Jung explora de manera exhaustiva el tema de la arquetipicidad de las formas simbólicas religiosas (como ciertas represen-

taciones marianas) y su irrupción como latencias del material inconsciente.

⁶ Gruzinski, S.: *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner. 1492-2019*, Editorial del Fondo de Cultura Económica, México, 1994. El propósito de esta obra historiográfica es analizar un aspecto peculiar de la colonización mexicana en torno del conflicto de imágenes o representaciones, destacando el inicial recelo de los teólogos colonizadores respecto de los *zemíes*, o simbologías mítico-religiosas caribeñas que los españoles tendieron a eliminar drásticamente puesto que como los fetiches para los portugueses, se entendía que no eran símbolos sino cosas: *Los zemíes son esencialmente cosas, dotadas de existencia o no, cosas muertas formadas de piedra o hechas de madera, un trozo de madera que parecía una cosa viva, cosas que traen a la memoria el recuerdo de los antepasados, piedras que favorecen los partos, que sirven para obtener lluvia, sol o cosechas... guijarros que los isleños conservaban envueltos en algodón en unas pequeñas cestas y a los que dan de comer lo que ellos comen* (p.21).

⁷ R. T. Zuidema es uno de los estudiosos de la cultura incaica que se apoya en la articulación entre mito e historia, basándose documentalmente en las versiones aportadas por la crónica misional española (Molina, Cobo, Ondegardo, Betanzos, Cieza, Gamboa, etc.). En su ensayo "El león en la ciudad. Símbolos reales de transición en el Cusco", incluido en su antología *Reyes y Guerreros. Ensayos de cultura andina*, E. Fomciencias, Lima, 1989 (pp. 306-383) analiza, por ejemplo, la simbología del puma, tanto como figura alegórica aparentemente fundante de la forma o traza de la ciudad, como mito reelaborado en la fiesta iniciática del Capac Raymi; posible recordación del origen del estado incaico pachacutense y como oposición ciudad/campo (y sierra/selva) en la confrontación mítica respectiva de las figuras del puma y el jaguar, ade-

más de apuntar que también en la Europa del siglo XV empezaban a utilizarse metáforas corporales (el cuerpo del Estado o el cuerpo político) para conectar metafóricamente estas simbologías con ciertos alcances político-estatales, fundamentales en la construcción del estado inca de Pachacutec.

⁸ Es ya suficientemente conocida la breve y fundamental incursión de M. Heidegger en la reproposición de los fundamentos del habitar como una vía preferente del pensar: *Edificar, morar, pensar* es la conferencia pronunciada por el filósofo en Darmstadt en 1951, en este caso según la traducción española de A. Weibezahn para los *Anales del CIHS 12*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964 (hay varias traducciones al español). Un importante intento de revisar las teorías heideggerianas sobre el lugar y su relación con el *genius locci* es el libro de J. L. de las Rivas, *El espacio como lugar. Sobre la naturaleza de la forma urbana*, Editorial de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1992.

⁹ Roszbach, S.: *Feng Shui. L'Arte di disporre lo spazio*, Editorial Costa & Nolan, Génova, 1995. Transmite la tradición china de *disponer el espacio sin obstaculizar la respiración profunda de la tierra para capturar los influjos positivos*. Se trata de una de las tradiciones más antiguas para definir, de manera mítica, la esencialidad del espacio habitable en el gesto de instalación humana en la naturaleza, o sea, en el equivalente del proyecto occidental.

¹⁰ En dos ensayos fundamentales de G. Vattimo —"El quebrantamiento de la palabra poética" y "Ornamento y Monumento"—, incluidos en su libro *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Editorial Planeta Agostini, Barcelona, 1994 (el texto italiano original es de 1985), se efectúa una lectura de Heidegger en la clave de transición hacia la fundación, por lo menos estética, del concepto de pensamiento débil como alternativa posmoderna o crítica de la modernidad. Uno de los aspectos significativos de la lec-

tura vattimiana de Heidegger, para nuestros propósitos, es el vaciamiento de la idea de monumento que no es una copia de una vida plena sino la fórmula que se constituye para transmitirse y, por lo tanto, ya signada, en definitiva por la mortalidad, de modo que éste se erige no para desafiar el tiempo, imponiéndose contra y no obstante el tiempo, sino para durar en el tiempo. De allí que importe, según Vattimo-Heidegger, no tanto lo que dura sino lo que queda.

¹¹ M. Rostworowski en su *Historia del Tahuantinsuyu*, Ediciones IEP, Lima, 1989 —que es una de las mejores historias del desarrollo de la experiencia incaica—, aún cuando intente fundarse en la elaboración de materiales etnohistóricos, no puede evitar aceptar que *en el ámbito andino no existió un sentido histórico de los acontecimientos*. Su historización, en consecuencia, debe apelar a la interpretación de diversos registros (cantares, pinturas, *quipus*) con múltiples contenidos rituales (en el sentido de comentario y recordación de mitos fundacionales), tanto como al material documental ortodoxo que es la cronística española, disponible desde la conquista que, a su vez, suele carecer de objetividad, tanto sea por el forzamiento ideológico (generalmente pro-cristiano) de las descripciones como por la aceptación de contenidos míticos ya incorporados en los sucesos narrados.

¹² La idea de una *urbanidad alternativa* en América —no necesariamente, una antiurbanidad— fue suficientemente explorada en muchos trabajos, por ejemplo, para el caso mesoamericano, en el conocido texto de Sabloff, J.: *Las ciudades del antiguo México*, op. cit. nota 18 del Ensayo 1, donde a partir de la interpretación etnohistórica del numeroso y variado material arqueológico se ha podido, por ejemplo, establecer en Tikal, alrededor de los componentes monumentales del núcleo ceremonial, la existencia de numerosas agrupaciones de edificios domésticos, normalmente organizados en torno de

un patio central y sin correlación con una trama circulatoria definida. Parecen tipologías rurales meramente concentradas y yuxtapuestas. El ensayista peruano H. Neira, en su texto *Hacia la Tercera Mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, op. cit. nota 17 del Ensayo 1, dice así que *el tema por dirimir, sin embargo, no es la ocupación esporádica o temporal de los sitios urbanos o ceremoniales antes del poblamiento español. El eje mismo del debate me parece equivocado. No es el de urbanidad o ruralidad sino el de laicidad o religiosidad. Se expone luego: Aunque en los Andes la población se dispersase en áreas rurales enormes para abarcar nichos ecológicos y diferentes microclimas, no hay que desestimar que solían congregarse de acuerdo con un calendario cuyas fiestas establecían lugares muy precisos. Estos ámbitos de reunión, a los que hoy los arqueólogos identifican como plazas o centros ceremoniales, eran sitios de servicios múltiples para el intercambio comercial y el acodo de las peregrinaciones y festividades que permitían recrear los antiguos acuerdos interétnicos y mantener la estructura tradicional a través de acciones rituales. Curiosamente estas cualidades suelen encontrarse hoy como fundamento del funcionamiento metropolitano. Sin embargo, la existencia de tradiciones urbanas otras no impide que los cronistas mestizos, como Guamán Poma, que describe 35 villas coloniales de fines del XVI, manifestaran repudio o rechazo respecto de dichas innovaciones resultantes de la urbanización de talante europeísta. No deja de tener razón —apunta Neira—. La villa era el espacio donde se cristaliza la huella de los intrusos. El lugar de los recién llegados. Es Audiencia, Cárcel, Cabildo, Catedral y Universidad. Villas virreinales, de interior o marítimas, fronterizas o linajudas, siempre opuestas a un indio que las sospecha. Así, la ciudad colonial, barroca o republicana, permanecerá en el Perú como símbolo del injerto occidental (pp. 116-121).*

¹³ Morse, R.: en *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Editorial SIAP, Buenos Aires, 1971, ofrece un resumen bibliográfico completo para su época, acerca de las características del proceso de fundación de ciudades coloniales en América, tanto de la magnitud del desarrollo emprendido como de sus posibles caracterizaciones e influencias en cuanto a la selección de los sitios, el carácter de las trazas, etc. Existe cierto acuerdo sobre dicha magnitud, que oscila en unas 1.250 fundaciones de origen hispano y unas 250 de origen portugués, sumando además las de origen británico, francés y holandés –en áreas norteamericanas y caribeñas– cerca de otras 330 fundaciones.

¹⁴ Dezzi Bardeschi, M.: *Restauro. Punto e da capo. Frammenti per un (impossibile) teoria*, Editorial F. Angeli, Milán, 1991. Severa crítica de la restauración, a favor del ruskiniano enfoque de la conservación, también registra la voluntad de aplicación europea reciente de la idea de *corpus* patrimonial: hacia la arquitectura moderna, hacia la ciudad en general y hacia los artefactos devenidos de las instalaciones industriales en desuso y el campo consecuente de la llamada *arqueología industrial*.

¹⁵ Gurien, F.: *Dal restauro dei monumenti al restauro del territorio*, Editorial CLUSF, Florencia, 1991. Aquí se propone, desde una óptica que retiene la validez del *restauro*, como se verifica en el título, una ampliación desde la gestión tradicional del monumento aislado hasta los complejos territoriales, imbricando la gestión del patrimonio con la economía regional y del desarrollo urbano y su planificación.

¹⁶ Bonfil Batalla, G.: *México Profundo. Una civilización negada*, Editorial Grijalbo, México, 1990. Este libro, que tiende a señalar críticamente el complejo proceso de la aculturación modernizadora meramente como *desindianización*, se ocupa de analizar los elementos vernaculares e incluso el grado de perduración de los mismos en el contexto modernizador precedentemente indicado. Una de tales ca-

racterísticas aborígenes es la voluntad de nombrar el territorio a través de los toponímicos: *En el fondo de esta cuestión –dice Bonfil– está el hecho de que nombrar es conocer, es crear. Lo que tiene nombre, tiene significado o, si se prefiere, lo que significa algo tiene necesariamente un nombre. En el caso de los toponímicos, su riqueza demuestra el conocimiento que se tiene de esta geografía: muchos son puntualmente descriptivos del sitio que nombran y otros se refieren a la abundancia de elementos naturales que caracterizan el lugar nombrado* (p. 37).

¹⁷ Un documento esencial en el análisis del discurso no lingüístico americano es el libro de Brotherton, W.: *El Cuarto Mundo*, Editorial FCE, México, 1998. También se encontrarán algunas visiones que devenidas de enfoques historiográficos alternativos analicen fenómenos tales como el paisaje y la cultura material como elementos componentes del legado cultural-patrimonial en Carmagnani, M. et al, *Para una historia de América I. Las estructuras*, Editorial FCE, México, 1999, especialmente en los capítulos de P. Cunill Grau (*La geohistoria*), A. Bauer (*La cultura material*) y S. Gruzinski (*Las imágenes, los imaginarios y la occidentalización*).

¹⁸ Morote Best, E.: *Aldeas sumergidas. Cultura popular y sociedad en los Andes*, Edición del Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco, 1988. Ésta es una importante antología de estudios etnofolkloricos de campo que registran temas míticos reiterados en variadas producciones de la tradición oral que, en muchos casos, significan articulaciones del mundo físico, natural o material con el mundo mítico-ritual renombrado en los motivos orales del cuento popular. El capítulo *Aldeas sumergidas* tematiza, reutilizando incluso figuras bíblicas, la conversión de un hecho humano –una sociedad o comunidad aldeana– que, castigada, torna a elemento natural, en este caso, lagunas. Otros tópicos tratados en sendos capítulos –como *El tema del viaje al Cielo*, *Las cartas a Dios*, *La huida mágica*, *El nakaq* o *La zafa-*

casa, este último, el rito de conjuración mágica de las fuerzas ominosas en cada nueva construcción finalizada— desarrollan esquemas semejantes de imbricación mágico-ritual de contenidos mitológicos con elementos de la cultura material y del paisaje.

¹⁹ Frost, P.: *Santuario Histórico de Macchu Picchu*, Edición Nuevas Imágenes, Lima, 1995, describe el camino inka o valle sagrado del Urubamba, que articula a lo largo de 43 kilómetros una serie de accidentes naturales con diferentes actuaciones de antropización de carácter funcional y ritual, confluyendo en el asentamiento de Macchu Picchu. P. MacLean estudió también esta temática en su *Sacred water, sacred land: Inca landscape planning in the Cusco area*, Editorial UCAL, Berkeley, Cal., USA, 1986.

²⁰ García Canclini, N.: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, op. cit. nota 42 del Ensayo 1. Explora las transformaciones de la cotidianidad urbana, incluso o sobre todo, de los sectores populares, como efecto de la globalización mediática y la imposición de estrategias homogeneizantes de consumo social: lo interesante es la comprobación de las consecuencias de estos fenómenos sobre las formas y funciones de las ciudades.

²¹ O. Paz, que reniega de una indianidad que habría frenado, en América, la conformación plena de la modernización, no puede, sin embargo, dejar de admitir su presencia e importancia cultural y política. En la colección de ensayos político-culturales editada bajo el título de *Tiempo Nublado*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1983, dice lo siguiente: *La ciudad de México fue levantada sobre las ruinas de México-Tenochtitlán, la ciudad azteca que a su vez fue levantada a semejanza de Tula, la ciudad tolteca, construida a semejanza de Teotihuacán, la primera gran ciudad del continente americano. Esta continuidad de dos milenios está presente en cada mexicano. No importa que esa presencia sea casi*

siempre inconsciente y que asuma las formas ingenuas de la leyenda y aún de la superstición. No es un conocimiento sino una vivencia. La presencia de lo indio significa que una de las facetas de la cultura mexicana no es occidental (p. 146).

²² Stastny, F.: "Tradicición y modernidad en las artes populares del Perú", ensayo incluido en Sobrevilla, D. y Belaúnde, P. (eds.): *Qué modernidad deseamos. El conflicto entre nuestra tradición y lo nuevo*, Editorial Epígrafe, Lima, 1994. Se trata de un intento de sistematizar las características del arte popular —que incluye, de manera prioritaria, las artesanías— y a la vez, un análisis de los riesgos de banalización de esta producción como consecuencia de su inserción en la globalización urbana y mass-mediática. El argumento pareciera presuponer la inexorabilidad de la posibilidad de valorización cultural del objeto artesanal popular en tanto precisamente sea popular: la única vía de defensa de la calidad cultural de esta clase de objeto pareciera situarse en una actitud coleccionística o museística que los preserve de su tendencia a la conversión en objetos banalizados, semi-industrializados y sin aura.

²³ Guionneau-Sinclair, F.: "Kunas. Mitología y artesanía de los kuna de Panamá", ensayo en revista *Nuestra América*, 1-93, San Pablo. Es un estudio antropológico de una comunidad indígena —actualmente de unos 50.000 miembros— para centrarse en el análisis de sus elementos mito-cosmogónicos y como éstos se tematizan y transmiten en la producción artesanal de las *molos*, piezas textiles que retienen la elaboración de aquellos contenidos en su funcionalidad cotidiana (son adornos aplicados a las vestimentas) así como una rigurosa resistencia a su repetibilidad (cada motivo geométrico es único).

²⁴ E. Guidoni ha realizado numerosos trabajos investigativos, muchos de ellos registrados en ensayos publicados en la revista de su dirección, *Storia della Città*. Aquí apuntamos, en la materia que se trata,

el que firma con Marino, A.: *Territorio e città della Valdicchiana*, Roma, 1972, donde se propone, por así llamarlo, el método *etnourbanístico* de investigación de los asentamientos populares y su vasta imbricación de culturas materiales.

²⁵ Sereni, E.: *Il capitalismo nelle campagne*, Torino, 1968, y su texto más significativo acerca de la historización del paisaje agrario italiano, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1962.

²⁶ Caniggia, G. F.: *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*, Editorial Celeste, Madrid, 1995: más que interesante respecto del ya remani-

do tema de las tipologías arquitectónicas (del cual, sin embargo, Caniggia es, junto a Muratore, su verdadero introductor en el debate arquitectónico de los años '60) es en este libro, que recoge el material de sus cursos universitarios, su proposición acerca de la posible tipificación de escalas territoriales y urbanas, de las cuales podría –o debería– deducirse la cuestión de los tipos edilicios.

²⁷ Kusch, R.: *La seducción de la barbarie*, Editorial Ross, Rosario, Argentina, 1990.

²⁸ Lezama Lima, J.: *La expresión americana*, Editorial FCE, México, 1993.

Ensayo 9

Las palabras de la ciudad

Notas para una reconstrucción socio-histórica del nombrar urbano en América.

La propuesta de este ensayo —como primera exploración de una investigación en curso— es construir un *mapa conceptual* para una posible teoría de la discursividad urbana en América Latina, articulando aspectos como aquellos de la colonización semántica o los de la utilización de la palabra como primer artefacto de dominación moderna. Es decir, se trata de reflexionar sobre los nombres y el nombrar actuales de los nuevos territorios urbanos, a la luz del proceso histórico y socio-cultural que instituyó la discursividad precedente y constitutiva de nuestras realidades urbanas.

El citado *mapa* implicará analizar cuatro momentos históricos y cuatro registros o niveles diversos de la discursividad urbana, estableciendo a la vez una suerte de *genealogía* —en tanto el aspecto por el cual lo histórico adviene a lo presente— como una primera clasificación de las *prácticas discursivas* —en cuanto la interrelación de determinados *actores significativos* con ciertos *productos discursivos*.

Los momentos históricos a considerar serán, respectivamente:

- 1- el mundo andino precolombino,
- 2- el pasaje de la ciudad colonial a la ciudad republicana,
- 3- la *modernidad periférica* y
- 4- la ciudad populista *mass-mediática* y mestiza-multiétnica (o si se quiere, la *posmodernidad periférica*).

4- la discursividad tópica popular, en tanto alusión y representación de lo inmediato y cotidiano.

El propósito de la presente investigación es reconstruir una *arqueología del nombrar urbano americano*, entendiendo el nombrar como instancia del pensar, y siendo así esta indagación preferentemente concurrente, delimitar cómo se piensa y fue pensada la ciudad americana, a través de los datos emanados de las consecuencias de las prácticas discursivas en ciertos momentos históricos. La discursividad surgida del nombrar lo urbano engendra materiales para analizar el pensamiento urbano, y consecuentemente sus formas. Además, así como a lo largo de los diversos momentos históricos se han sedimentado diferentes discursos y formas referentes a la ciudad, las distintas prácticas discursivas mencionadas se han articulado complejamente en relaciones de dominación o influencia, en hibridaciones, en *sub* o *sobreculturaciones*, etc. En definitiva, el doble uso de categorías históricas y sociales apunta a establecer un método de análisis de los discursos urbanos que sea, a su vez, directamente un método de análisis de la ciudad y su entidad material.

Ciudad y no-ciudad en el mundo precolombino

1. Habrá que recordar al olvidado H. Lefebvre que, hacia 1970, en *La Revolución Urbana*¹ cuestionaba la utilidad del entonces triunfante y omnicompreensivo paradigma semiológico: *La idea de que la ciudad y el fenómeno urbano constituyen un sistema (definible por signos, comprensible a partir de un modelo lingüístico como el de Jakobson, el de Hjelmslev o bien el de Chomsky) es una tesis dogmática. El concepto de sistema de signos no incluye al fenómeno urbano; si hay lenguaje de la ciudad (o lenguaje en la ciudad), si hay palabra y escritura urbanas, es decir, posibilidad de estudios semiológicos, la ciudad y el fenómeno urbano no se reducen ni a un solo sistema de signos (verbales o no) ni a una semiología. La práctica urbana desborda estos conceptos parciales y, en consecuencia, su teoría. Esta práctica nos enseña, entre otras cosas, que se producen signos y significaciones para venderlos, para consumirlos (por ejemplo, la retórica publicitaria del agente inmobiliario). Por otra parte no hay en la ciudad y en el fenómeno urbano un único sistema de signos y de significaciones, sino que hay varios, a diferentes niveles:*

1) *El sistema de las modalidades de la vida cotidiana (objetos y productos, signos de cambio, de uso, de desplazamiento de la mercancía y del mercado. Signos y significaciones del habitar y del hábitat).*

2) *El sistema de la sociedad urbana en su conjunto (semiología del poder, de la opulencia, de la cultura considerada globalmente o en su fragmentación).*

3) *El sistema del espacio-tiempo urbano particularizado (semiología de los rasgos propios de tal ciudad, de su paisaje, imagen, habitantes).*

Entendemos este extenso fragmento de Lefebvre no como descalificador de la interpretación semántica del sistema urbano (lo que llama la ciudad, esencialmente entendible como *forma*, y lo que denomina el fenómeno urbano, que podemos aceptar como manifestación de la *diversidad cultural* de la sociedad urbana), sino como enunciador de la complejidad de su abordaje y de la relevancia que tiene, más que un posible desciframiento de signos, la interpretación de las *prácticas urbanas* que se constituyen históricamente. El concepto de *prácticas urbanas* nos parece particularmente fértil para estudiar tal constitución histórica, esencialmente como proceso complejo que establece relaciones entre los sujetos e instituciones de la ciudad y su materialidad. Estas relaciones pueden verificarse como *discursivas* o *enunciativas*, pero con características biunívocas: no sólo los sujetos/instituciones nombran o designan lo urbano como parte o hábito de su práctica de poder, sino que la ciudad, como materialidad y funcionalidad constituida, impone términos, determina o define las estrategias o posibilidades de dicho ejercicio de poder, en tanto, esencialmente, práctica de diferenciación social y, consecuentemente, lenguaje. Un ejemplo típico de esta biunivocidad, que implica la complejidad semántica que suponía Lefebvre, lo tenemos en la noción de *ghetto* y en la alta dinámica de significación histórica del término.

Como lo estudió R. Sennet en su reciente *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*,² este dispositivo urbano de segregación fue inventado en Venecia hacia 1515, reutilizando instalaciones existentes en desuso dedicadas a la fundición de metales (de donde viene el origen semántico de la palabra: *ghettare* es fundir, curiosamente lo opuesto a lo que luego llegará a significar, es decir, segregar, distinguir, diferenciar, aislar) para alojar de manera controlada y separada a la población judía de la ciudad en los tres *ghettos* sucesivamente creados, el *Vecchio*, el *Nuovo* y el *Nuovissimo*. De hecho, en este ejemplo, una parte dominante de la ciudad y sus instituciones de poder generan la novedad urbana y le asignan nombre y función, la ubican en la ciudad (en este caso, reusando edificios existentes, lo suficientemente aislados) y le confieren una reglamentación de usos (horarios de entradas y salidas, dispositivos de cierre, vigilancia, etc.). También lo designan usando nombres existentes, tal vez sin demasiada voluntad de identificación toponímica porque existe cierto carácter vergonzante en la operación segregativa dada la alta influencia de la comunidad judía en las finanzas o en la medicina de la ciudad véneta. Ahora bien, el objeto-*ghetto* no es meramente nombrado y constituido por el poder, sino que históricamente se generan complejas interacciones de aquel objeto (y sus sujetos allí constituidos) con las instituciones que le dieron

origen. Por ejemplo, todos los judíos —que eran unos dos mil— podían ir durante el día a la zona del Rialto, donde se hacían los tratos financieros o tenían autorización para regentar nueve tiendas de objetos de segunda mano. O los gentiles podían entrar al *ghetto* para asistir a la *Accademia degli Impediti*, que era uno de los mejores ámbitos musicales de Venecia; al contrario, durante la Cuaresma, conmemoración de la supuesta traición judía a Cristo, todo el *ghetto* era herméticamente cerrado. Los judíos recibían el *kadosh*, símbolo de segregación de color amarillo, que los hacía *diferentes* dentro y fuera del *ghetto*; eran culpados, por su lascivia, de transmitir la sífilis pero a su vez, eran reclamados para curarla pues los médicos eran judíos, aunque debían andar ataviados con trajes estrafalarios que recordaban su animalidad (usaban, por caso, máscaras que semejaban cabezas de pájaros) y preservaban del contacto físico.

Como vemos, una espesa urdimbre de prácticas superaba el mero hecho de institución/designación de un fragmento segregado de ciudad, y tales complejas relaciones establecían una profusa discursividad.

Algo parecido ocurrió con los indios americanos, cuando se optó por su segregación, sea directamente fuera de la ciudad —en los *Pueblos de Indios*, como las misiones dominicas de Chiapas o las jesuíticas en la región guaranítica— o dentro de ella —como en el caso del *Cercado*, un barrio dentro de Lima circundado por una empalizada de madera o en *La Chimba*, un poblado al margen de Santiago de Chile; pero, en ambos casos, se optaba por someter a esa población al modo de vida urbano (como condición necesaria para su evangelización más económica), vía a su vez de integración del aborigen al mercado del trabajo. En estos casos también se trascendía la mera designación/fundación de un dispositivo urbano al ponerse en juego una variada trama de prácticas que regulaban la segregación/integración. Prevalecía, no obstante, una voluntad de diferenciación: en el caso del *Cercado*, sea con elementos materiales —como la única plaza romboidal conocida en todos los trazados coloniales americanos—, sea con instrumentos precisos de funcionamiento del habitar como los reglamentos instituidos por el virrey Toledo (horarios de entrada y salida, ritualidad e imaginería religiosa, vestimenta, etc.).

2. Establecer una relación entre el *indígena* y el *judío* fue intención de diversos tratadistas coloniales, probablemente para ofrecer otra vía adicional de fundamentación a la dominación. La espléndida compilación de la crónica colonial hecha por D. Brading, *Orbe Indiano*,³ refiere el caso de los escritos del dominico valenciano Gregorio García que en su *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*, un opúsculo de 1607, propone la tesis de la proveniencia aborigen de alguna de las diez tribus perdidas israelitas luego de su presunta diáspora al incierto lugar de Azareth, posiblemente asiático como se indica en el

apócrifo libro IV de Esdras. Para basar tamaña hipótesis, García recurre no sólo a la interpretación del material veterotestamentario sino además a un análisis semántico. Así, la palabra México puede provenir del antiguo vocablo hebreo *mexi*, que significa jefe o poder, y el término Perú no sería sino una derivación del bíblico Ofir, cuyo plural en hebreo se designa *puraim*. Esta articulación de interpretaciones históricas y nominaciones tópicas le servía al cura García para ofrecer un argumento adicional, bien de talante europeo, a la natural dominación de estas poblaciones consideradas inferiores, sojuzgables y segregables.

No fue, desde luego, la única proposición discursiva acerca de la inferioridad natural del americano, ya que enlaza con las triunfantes tesis del funcionario de la corte de Carlos V, J. Ginés de Sepúlveda —sostenedor del argumento del *homúnculo* o de la subhumanidad innata del americano, en los debates de Valladolid en que confrontó victoriosamente con el padre Las Casas— o con las proposiciones del jesuita F. J. Clavijero, que a fines del XVIII sostenía la incapacidad de las lenguas americanas para exponer ideas generales, en otra de las variadas formas de mantener la diferencia y, por ello, la legalidad y hasta la violencia del sojuzgamiento. Otro sacerdote y funcionario real, Antonio de León Pinelo —quien fue el responsable de la compilación de las *Leyes de Indias*—, planteó argumentos de inferioridad innata, basados en su conocimiento de la vastísima crónica de Indias que, en general, no alcanzaba a descifrar el alcance semántico de los códices aborígenes y sus principios nominativos. Son casos variados del comportamiento que Montaigne atribuirá al montaje del concepto de *bárbaro* en tanto, simplemente, diferente. Y que el clérigo holandés Corneille de Pauw —llamado el Sepúlveda ilustrado, autor del suplemento americano a la *Encyclopedie* y merecedor de un póstumo homenaje monumental dispuesto por Napoleón— completó, atribuyendo la diferencia y atraso a un determinismo geográfico, inaugurando una proficua línea de pensamiento acerca de la superioridad europea recorrida también por científicos como Buffon y Humboldt o, ya en este siglo, Levi Strauss y Toynbee.

3. De todas maneras, la diferencia existe, sobre todo en el nivel de lo discursivo. J. Sánchez Parga⁴ formula su idea de *pueblos taciturnos*, pueblos americanos —y sobre todo andinos— que padecen un déficit de verbalidad: *Tal déficit de verbalidad —dirá nuestro autor—, del que ya C. Levi Strauss hizo una crítica eurocéntrica, se manifiesta por ejemplo, en el carácter no performante de la palabra, a diferencia de la cultura occidental donde la palabra posee un excedente de protagonismo produciendo eficazmente la realidad significada en todos los ámbitos de la vida social (la palabra dada), ritual (sacramental), jurídica, clínica, policial... en las culturas indígenas andinas, a diferencia de las africanas, la palabra intervie-*

ne muy poco en los rituales sociales y lo que en ellos resulta protagónico son los significantes de las prácticas. E incluso a nivel de la comunicación, del establecimiento de relaciones sociales y de vínculos interpersonales, más que el intercambio verbal son eficaces los intercambios de objetos y de acciones.

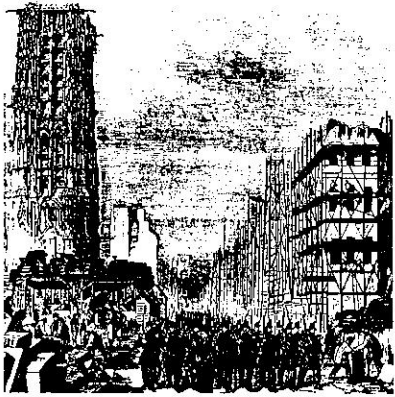
Este argumento diferenciador de lo americano y lo europeo a nivel de las prácticas discursivas induce a hipotetizar diferencias en los estilos nominativos de lo urbano-cotidiano, sobre todo si pensamos que este paradigma de taciturnidad o silencio parece atravesar toda la historia americana y depositarse, al menos como uno de los componentes constitutivos, en el habitante urbano mestizo de las urbes contemporáneas. Si ello es así, habrá que rastrear la confrontación —por otra parte muy posmoderna— entre el exceso barroco y estas conductas minimalistas, entre los contenidos de ironía y silencio y quizás, atribuir al supuesto carácter barroco-festivo de cierta urbanidad americana que arranca en el momento colonial, una condición sustancialmente formal o frívola, en el sentido derridiano de manipulación pura de significantes sin interés mayor en los significados: de allí una posible explicación del triunfo americano de este estilo exo-europeo que fue el barroco, mera superestructura, quizás de las necesidades discursivas contra-reformistas. Sin embargo, esta dominante de ascetismo verbal o taciturnidad no es ajena, según Sánchez Parga, a cierta configuración psico-social del sujeto americano o andino, que recaería en la virtual ausencia de una cultura de la culpa, en todo caso, sustituida por la fuerte presencia del miedo o temor ancestral a la naturaleza. O lo que es parecido, en cierto distanciamiento del paradigma judeo-cristiano, que por insuficiencia de expresión verbal recae en la manifestación de diversas clases de violencias físicas, como por ejemplo el *t'inku* o formas de castigos corporales rituales de carácter endogámico. El silencio interpersonal y su canalización por rituales de violencia material o corporal anticipan cierto compromiso relativo con la configuración urbana, cierta resistencia antropológica a formas habitativas o socio-políticas que exigen alguna opulencia discursiva. Disponer de tal opulencia es constitutivo del éxito de la operación conquistadora, por ejemplo, en la exhibición *objetiva* de la Biblia que Pizarro y el Padre Valverde hacen al *inka* Atahualpa y que éste, taciturno y violento, sólo atina a *olerla* y luego arrojarla al piso.

4. La taciturnidad y las formas de interacción social extra-verbales como el *t'inku* definen cierta condición extra-urbana, o al menos de una clase de urbanidad alternativa en América (sobre todo andina) respecto del paradigma europeo, en el que el artefacto ciudad es condición, pero a la vez consecuencia de la articulación política de las relaciones sociales. La extra-urbanidad o urbanidad alternativa andina recae en la figura de la comunidad o *ayllu* que es en

rigor la forma de articulación social básica y que perdura todavía ya que subsisten, sólo en Perú, unas 3.000 formas de *ayllu* que suman más del 20% de la población de ese país.

H. Urbano⁵ reconoce la significación de este sistema de articulación social, que se basa en el mecanismo de la reciprocidad o *ayni* y que constitutivamente puede ser una consecuencia del déficit de verbalidad, o de la necesidad de objetivación o materialización del intercambio social. Existe también, en esta preferencia socio-histórica de organización comunitaria antes que urbana, una fuerte condición de racionalidad, vista desde la perspectiva eurocéntrica, dada en la condición de contractualidad —en la figura del *tantasqa*— que define, estipula y normaliza los vínculos al interior del *ayllu*. Lo curioso es que la contractualidad pro-comunitaria se basa en la aceptación de una figura sacrificial, que incluye el reconocimiento de las *capacocha* o sacrificios rituales humanos. Quizá se trate, desde otra perspectiva, de la internalización en la figura contractual comunitaria de la violencia endogámica física que anotábamos como consecuencia o condición del déficit de verbalidad o la característica de taciturnidad.

Suponemos que el despliegue de la contractualidad comunitaria implica una articulación social diferente de la que originan las configuraciones urbanas posfeudales, devenidas de una nueva división del trabajo generada por la posibilidad de superar la mera supervivencia de tipo agraria. En efecto, el mundo andino —y en cierto sentido, el mundo de la selva yucateca— pudo expresar estos acuerdos habitativos en configuraciones territoriales de menos concentración o de mucha mayor dispersividad dentro de los ámbitos de subsistencia (la sierra, la selva, etc.). Esta territorialidad extensiva y carente de formas tradicionales de concentración urbana supuso en el mundo andino el desarrollo de una vasta infraestructura de comunicación tanto como de organización de los excedentes productivos (en los *tambos*, las *qolkas* y otros focos de concentración de alimentos) que permitieron el despliegue territorial de los *ayllu* y la conformación de una estructura imperial de tipo federativo apoyada en el trabajo obligatorio. Esta forma predominante de organización socio-productiva y de ocupación territorial no supuso desconocer la formalización de organismos que podríamos calificar como urbanos, pero que en rigor implicaban más una función territorial (ritual-religiosa, productivo-distributiva, intelectual, militar, etc.) que una configuración de tipo autosuficiente. De allí cierta riqueza formal de algunos asentamientos urbanos (como la estructura en damero de algunas configuraciones que fueron reconocidas como avanzadas por Humboldt) que sin embargo no dejaban de funcionar de manera subsidiaria respecto del doble esquema socio-espacial de *ayllus* territoriales de disposición extensiva. Por eso, existe en la América precolombina una discursividad



Avance de los trabajos de ampliación de la Rue de Rivoli, cerca del Hotel de Ville, alrededor de 1854, dentro de las obras inspiradas por el Barón de Haussmann bajo Napoleón III. La calle no está todavía pavimentada, pero ya tiene su traza definitiva y el grabado muestra uno de los motivos de la clarificación parisina: el desplazamiento regular de un batallón armado. Pero la ilustración incluye la explicación de otro de los objetivos esencialmente perseguidos en el plan: el alineamiento edilicio de la derecha de la imagen muestra la rápida construcción en los inmuebles que flanquean la calle retrazada, que habían sido liberados de impuestos por dos décadas y que tenían una nueva altura límite; dicha combinación de factores se prestaba admirablemente para el auge de una frenética especulación financiera. La ciudad moderna, como cosa compleja, también daba curso a la concurrencia de numerosas percepciones técnicas y políticas.

ligada a la toponimia territorial-comunal, más que a la nominación de los artefactos y funciones urbanas, como otra dimensión, si se quiere, de aquella condición de taciturnidad, silencio o déficit de verbalidad.

Un ejemplo de este nivel discursivo más bien territorialista lo proporciona H. Urbano en otro de sus ensayos,⁶ en que analiza el mito del Paitití, la ciudad utópica de los incas, supuesto enclave de fortuna suprema y permanente destino de oleadas de colonizadores en búsqueda de lo que dio en llamarse El Dorado. Nuestro autor reseña algunos argumentos cronísticos descriptivos de esta utópica ciudad: *Paitití está en la misma selva, en el centro, en un pueblo de puro oro. Cuidan la entrada de la ciudad dos leones y luego hay dos pueblos y un mar que cruzar para llegar donde está el inca. El mar es una ciudad grande. Se cruza a caballo sobre dos tigres. Cuando se está parado, vienen los tigres, se meten entre tus piernas y cabalgando te llevan y te hacen cruzar el mar en un instante. Ellos mismos te traen de nuevo, siempre cruzando el mar. Pero no es cualquiera que puede ir allá. Sólo los campesinos netos que tengan cualidades físicas y ademanes de inca, peluca larga hasta la cintura, vestimenta inca, negra, tejido de lana, poncho y ojotas.* Las crónicas de los europeos recogieron numerosas versiones del mito e incluso llegaron a cristianizarlo, al hacer al Paitití sede de tres reyes, referencia a los magos del origen de la cristiandad. Pero el mito, elaborado como discurso popular, insiste en la inaccesibilidad física (o en la complejidad del ritual de acceso, mediatizado por numerosas referencias visuales y por la necesaria ayuda de animales míticos para el tránsito) y, en tal resguardo, refiere al carácter inmortal del *inkanato* y sus representantes, que allí moran, en el territorio, pero fuera del tiempo. Observemos de paso, junto a Urbano, el contenido anti-utópico del mito —y por eso

mismo, su carácter exo-europeo—: no hay en el relato ni historia ni idea de orden político, no hay teleología ni tiempo y hay, en cambio, lugar en una selva ideal pero nominada referencialmente mediante hitos del territorio (el Paitití será visible desde un cerro, el Apu Kañihuay, pero sólo si se efectúan *despachos de calidad*, los precisos rituales identificatorios). Tales despachos suponen un modo de acceso, que será el de la posesión de la *purificación campesina*: es curioso advertir que para acceder a una ciudad ideal es necesario no ser urbano. Por otra parte, la ciudad es para los elegidos (Cuzco como ciudad real y capital imperial también lo era), con lo que se advierte la calidad sagrada del ámbito urbano. Tal sacralidad, por otra parte, deviene de la concentración del *sami*, bienaventuranza o fortuna, ausencia de sacrificio y posibilidad de trascendencia. Pero la vía de acceso al *sami*, que se manifiesta en la ciudad sagrada, sólo es posible desde la pureza campesina, desde un modo de ser en el paisaje y en el territorio.

5. Intentar definir los rasgos de lo urbano precolombino a partir de las características discursivas implica, como sabemos, depender de las transcripciones escriturarias que los cronistas hispanos efectuaron de las versiones orales que pudieron recoger. En esta instancia es obvio que debemos depender de unas traducciones, de una inter-textualidad que probablemente encubra o mixtifique la condición habitativa previa al contacto europeo. La construcción de los relatos históricos americanos acepta esta condición (por ejemplo, en los trabajos de Rostworowski⁷) que obliga a utilizar las fuentes no convencionales de registros orales o no documentales. De allí la importancia que debe asignársele, en América, a la hermenéutica del mito, en todo caso, mejorada o ampliada en la verificación de la impronta territorial de lo mitológico: es lo que se proponen para el caso andino, en base a las herramientas estructuralistas levistraussianas, investigadores como R. T. Zuidema.⁸

Es posible sostener que en estas indagaciones la articulación entre los enunciados del poder y las nominaciones simbólicas es muy estrecha y, por así decirlo, definitoria de las prácticas del hábitat, lo que incluye, aunque no centralmente, la cuestión urbana. Una de las formas metafóricas de esta articulación recurre a la referencialidad animal, lo que, dicho al margen, también emerge entre los siglos XI y XVII en Europa, en torno del concepto de *cuero político*, por ejemplo en la figura hobessiana del *Leviatán*. En la cultura andina existen tres animales emblemáticos en cuanto a su referencialidad mito-territorial: el *puma* (león), el *amaru* (serpiente o dragón) y el *uturuncu* (jaguar o tigre), de los que el puma tiene una fuerte incidencia simbólica en las mitologías fundacionales. La cabeza del puma, como marca o identidad territorial, indica la existencia de *puquios* o manantiales y en general, según los cronistas como Betanzos, la figura del león suele ser signo de la identidad

política constituida por el valle y la ciudad de Cuzco, en una nueva alusión a la noción de cuerpo político.

La fundación mítica de la capital imperial, luego de la triunfante guerra de los *chankas*, supone en el Inka Yupanqui, su fundador, la recurrencia a esta referencia simbólica en su trazado: *Trazó la ciudad* —refiere Betanzos, en su crónica— *e hizo hacer figuras de barro y luego puso nombres a todos los sitios y solares, y a toda la ciudad junta nombró Cuerpo de León.*

Esa alusión al *nombrar* implica un riguroso proyecto con marcas territoriales: los 4 *suyus*, rumbos cardinales y partes del imperio, y los 41 *ceques* o trazas territoriales representativas de las etnias y familias constitutivas de la federación, junto a las 328 *huacas*, túmulos y enterratorios que registraban los grandes hechos arcaicos y la constitución tópica del territorio en un perímetro que oscila de los 15 a 25 kilómetros pero que admite una proyección infinita y referencial. Las *huacas*, en sí, constituyen un modo genérico de demarcación y nombrado de los lugares que abarcaban, en la sede urbana o espacio del *inka*, a los *huanques* o humanos de piedra, y en las *chakras* o espacios rurales productivos, a los *huanacas* o túmulos de piedra.

La referencia metafórica a la figura del puma tiene una multiplicada capacidad denotativa, ya que alude por ejemplo al *Pumachupa*, la cola del puma, nombre de un barrio del Cuzco o al *Chupayhuallu*, que refiere al ondear o mecerse de la cola y que representa la móvil cuenca hídrica del asentamiento territorial. Rituales como el *Capac Rayni*, que todavía se efectúan una vez al año, aluden al conjuro del ondeo de la cola del puma o invocación de prevención frente a las inundaciones del río Vilcanota que se obtenía con el uso ritual de los tambores; y ese río no era sino la expresión material del dios Viracocha, literalmente el dios tumultuoso. La figura del puma como manifestación del cuerpo político también tiene relación con el mito omnipresente y todavía vigente del *Inkarri*, que se refiere a la pérdida de la cabeza de dicho cuerpo político durante la conquista y que aguarda su reencuentro con el cuerpo en un futuro advenimiento redentor del imperio. El cuerpo, que volverá a crecer desde la cabeza, es una metáfora que, dicho sea de paso, utilizó San Pablo en su epístola a los efesios, con lo que vuelve a imbricarse la tradición aborigen con la historia bíblica, fruto probable del discurso erudito de los cronistas en el intento de insertar la genealogía americana en un único relato providencial y redentorista, sobre todo en los sacerdotes que adscribían a la esperanza milenarista.

Pero el análisis mito-estructuralista de Zuidema avanza en otras consideraciones, siempre intentando relacionar el uso de las metáforas animales con la organización del territorio. El puma y el jaguar construyen así una variada serie de opuestos: el puma alude a la sierra, la sociedad organizada, el rojo como color ritual sagrado-imperial, la figura del soberano como sujeto eminente de

dicho cuerpo político y la noción de gobierno como principio de administración social. El jaguar, por el contrario, se refiere a la selva, la sociedad salvaje, el color verde como naturalmente predominante, la figura del sacerdote como único intérprete posible de la naturaleza y la idea de brujería como sistema de prácticas rituales para intentar instalar lo humano al abrigo de lo natural-violento. Vemos de paso cómo esta temprana oposición simbólica en el contexto de las culturas andinas (que con pocas diferencias también se encontrará en las cosmogonías *quiche* mesoamericanas, presentes, por ejemplo, en el relato mítico del *Popol Vuh*) atravesará casi toda la historia colonial e independentista hasta desembocar en la decimonónica dialéctica *civilización/barbarie*, tematizada diversamente por Sarmiento, Sierra, Rodó o Martí.

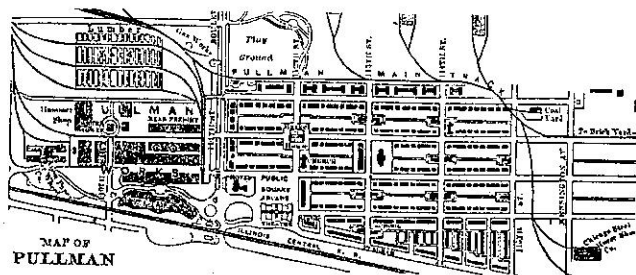
Elementos constitutivos de la ontología habitativa andina también pueden relacionarse a dicha cosmogonía de metáforas animales: la noción de *adentro* (*chinchaysuyu*) es representada con la figura del león (y también, en su dimensión central o jerárquica, con la del águila: la fortaleza-palacio de Sacsahuamán, en las alturas del Cuzco quiere decir águila real), y el concepto de *afuera* (*antisuyu*) es simbolizado por el jaguar (y a veces también, la serpiente, que se anuda al *adentro* como cola de león). La construcción binaria y opuesta de los sentidos organizacionales del estar y poseer el mundo y marcar sus territorios con prudentes gestos de apropiación mágica de lo natural, se completa con la ya arcaicamente clásica oposición entre el *arriba* (*hanan*) y el *abajo* (*hurin*): el arriba o alto es también rey, derecho, mayor y primero; el abajo o bajo es además reina, izquierdo, menor y segundo. La vinculación con el *ying/yang* oriental es, diría Levi Strauss, más que obvia, pero lo interesante es indicar cómo para la mayoría de los discursos simbólicos, precedentemente comentados, la vigencia de esta estructura conceptual en el mundo urbano de raigambre andina de nuestros días: ciudades topográficamente planas (muchas de las que circundan el lago fundacional y sagrado del Titicaca, por ejemplo) se autodescriben binariamente como articulación/oposición *hanan/hurin*. En algunos asentamientos pequeños, tal oposición funciona como concepto básico de ruptura de lazos endogámicos.

6. En la cuestión de la supuesta in-urbanidad precolombina americana subsisten todavía muchos elementos en debate. Desde luego, la noción de *atrás urbano* pudo ser funcional al carácter progresista de la conquista y a su legitimación, como operación tendiente a una *cristianización* que aparentemente sólo resultó económicamente viable en tanto se obtuviera una cierta concentración (urbana) de las dispersas poblaciones indígenas. El ensayista peruano H. Neira⁹ dice lo siguiente: *El tema por dirimir, sin embargo, no es el de la ocupación esporádica o temporal de los sitios urbanos o ceremoniales antes del*

poblamiento español. El eje mismo del debate —apunta Neira— me parece equivocado. No es el de ruralidad o urbanidad sino el de religiosidad o laicidad. Las ciudades prehispánicas fueron, como en la India o en otras civilizaciones, construidas en torno de un templo, a la idea de lo sagrado. También los escultores de kilómetros de espléndidos bajorrelieves de los templos de Camboya vivían en frágiles cabañas. En Chavín, como en el Carnac faraónico (y en Persépolis y en Delfos), la ciudad es residencia de los dioses, subsidiariamente de la casta sacerdotal, rara vez de los hombres comunes y corrientes.

A pesar de todo, eran ciudades complejas, como algunos de los asentamientos mayas: en Tikal, aunque ya no existen sino los elementos materiales residuales de las áreas religiosas-ceremoniales, se sabe existieron densos barrios populares, arracimados entre los monumentos rituales (véanse los estudios de J. Sabloff¹⁰), y lo mismo ocurrió en Teotihuacán y Tenochtitlán. Hubo así, técnica, formal o artefactualmente, ciudades, aunque en un sentido, diluidas dentro de vastas ocupaciones territoriales productivas y relativamente eficaces redes de comunicación (12.000 kilómetros de carreteras en pleno imperio incaico). Ciudades que contuvieron elementos tradicionales de la funcionalidad recreada en Europa a fines del período feudal, como las ferias comerciales, los enclaves de artesanos o las masas de trabajadores dispuestas al servicio de la obra pública (o de los poderes señoriales y *curacazgos*).

Lo que es diferente entre ambos paradigmas de ocupación territorial es el escaso carácter enclavístico de la entidad urbana en el contexto americano desarrollado (mundo andino y mesoamericano), que si bien existe, se articula en vastas disposiciones territoriales, como a la que alude la metáfora cuzqueña del puma, con su cabeza y su cola, sus *ceques* y *huacas*, en suma, con su fuerte tenor irradiatorio. Esta característica resulta cuando menos paradójica cuando tomamos en cuenta el temor reverencial que el hombre americano tiene respecto del mundo natural, en cualquier caso, bastante más hostil que el europeo. Cuando Bernardo de Clairvaux tiene que colonizar landas y marismas sabe que esa empresa es posible en base al trabajo; instalarse al pie de volcanes activos o ríos desmadrados por los deshielos es bastante más complicado. De allí puede inferirse el complejo ritual mito-religioso no celebratorio (como en el caso grecolatino y aún en el germánico) del mundo natural, sino de temor reverencial, ofrenda y conjuración. Esta diferencia explica, para algunos antropólogos, la preferencia americana por el espacio abierto, no cubierto, a la vez que el desarrollo de sistemas figurativos fuertemente miméticos de lo natural: se dice que será tardíamente y con la recuperación de un rol preponderante de la mujer en la formulación de los lenguajes artístico-ornamentales (por ejemplo, en los motivos del arte textil o cerámico ceremonial, como los *keros*) que aparecerán los términos de una estética de la abstracción (por ejemplo,



Plano de Pullman, Illinois, USA, 1885. Los establecimientos industriales de George Pullman destinados a la producción de material rodante ferroviario y su mezcla de ideas paternalistas y especulativas, le motivaron para la creación de una de las primeras ciudades privadas americanas, organizadas según los cánones de la lógica industrial, la eficiencia y el rendimiento. Duró apenas una década, ya que comenzó a desmantelarse luego de las graves insurrecciones desencadenadas en 1894.

en el diseño ortogonal geométrico de los *tocapus*, que son las piezas de tejido ceremonial que adornaban los trajes jerárquicos y de la nobleza). Esta conducta discursiva —la mujer que desarrolla motivos abstractos— es interpretada por los estudiosos como un desafío a la conducta ritualista reverencial anterior, ligada a la imitación conjurativa, y puede entenderse, ya desde el siglo XII, como una fuerte instauración de un concepto de cultura capaz de definirse como oposición a la omnipresencia inmovilizante de la naturaleza hostil.

Frente a este debate, Neira prefiere rescatar el carácter de *ámbitos de reunión* que tenían las diversas instalaciones urbanas prehispánicas: *Aunque en los Andes la población se dispersase en áreas rurales enormes para abarcar nichos ecológicos y diferentes microclimas, no hay que desestimar que solían congregarse de acuerdo con un calendario cuyas fiestas establecían lugares muy precisos. Estos ámbitos de reunión, a los que hoy los arqueólogos identifican como plazas o centros ceremoniales, eran sitios de servicios múltiples para el intercambio comercial y el acodo de las peregrinaciones y festividades que permitían recrear los antiguos acuerdos interétnicos y mantener la estructura tradicional a través de acciones rituales.* Esta configuración de los asentamientos hizo que la internación hispánica de los indios en pueblos y reducciones no sólo rescatara algunas características comunitarias aborígenes, sino que además *preparara* (a los indios) *para la reconquista, algunos siglos más tarde* (del arribo hispánico) *del espacio urbano de las ciudades, ocupadas mayoritariamente por criollos y blancos.* Así, resalta Neira, los aborígenes reconstruyeron, por así decirlo, una estrecha internalización de lo urbano en lo rural, aquilatando peculiares valores urbanos en el ejercicio de su condición campesina: *Las comunidades indígenas coloniales fueron comunidades de marca, de pueblo. El indio fue y es un vecino. La cohesión para resistir durante la primera trágica centuria a la república de gamonales vino del apego a la*

tierra y al terruño. Focalización, microurbanización. Rosendo Maqui, el personaje principal de la célebre novela de *Ciro Alegría*, es alcalde de su pueblo, pueblo que es una comunidad. Ambos conceptos se entrelazan. Agropastoriles por su actividad económica, urbanos por la forma de hábitat, pueblerinos.

Las revueltas de fines del XVIII, con la campaña de Tupac Amaru y su trágico exterminio, la perduración y uso político del mito del *Taki Onkoy* como ficción reconstructiva del Imperio y hasta la estrategia guerrillera de *Sendero Luminoso* de los años 80, se apoyan en esta suerte de urbanidad en lo rural, de existencia de modos de relación urbano-comunitarias por sobre la aparente dispersividad rural.

7. Los estudios de S. Gruzinski acerca de *La guerra de la imágenes*¹¹ no aluden expresamente a lo urbano sino que se refieren al conflicto que se entabla durante la colonización entre imagen y texto, o más precisamente, entre imagen-denotación e imagen-connotación que adquirirá un aspecto cruento en el proceso llamado de *extirpación de idolatrías*. Pero el debate que explica permite derivarlo hacia una posible confrontación nominativa-proyectual situable también en el campo de las prácticas urbanas, de su producción material y de

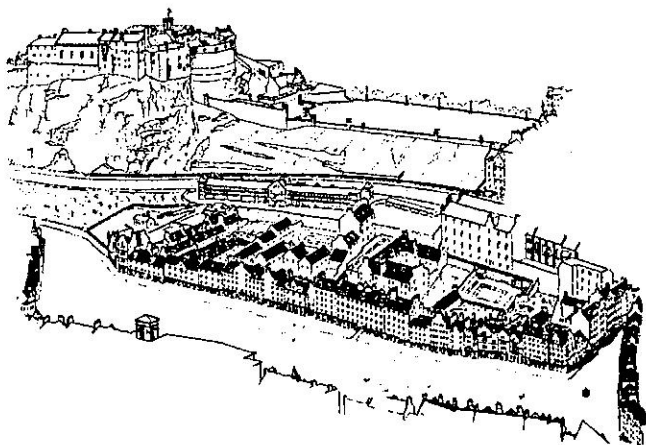


Imagen ideal de Edimburgo, según P. Geddes, en su célebre e influyente *Cities in Evolution* (1915). Geddes, biólogo y botánico de profesión, abogará por una recuperación de la calidad natural de las ciudades frente al horror de la civilización tecnológica desplegada en Gran Bretaña desde fines del XVIII. Desde una perspectiva biológica, su mirada de la ciudad tiene tanta potencia crítica como las observaciones de Engels, y anticipa no sólo el discurso ambientalista, energetista y regulador de las relaciones entre asentamientos y territorios vigentes hoy día: su criterio propositivo básico consistía en recuperar los valores de los burgos medievales (cerrados, autosuficientes), que se muestran en esta imagen del Grassmarket agrícola y mercantil, al pie del castillo, junto a la reivindicación del ideario de las **garden cities**. Sólo la exitosa conjunción de una recuperación del ideario urbano medieval con la prospección exitosa de redes de ciudades jardín podría, a su juicio, conjurar las afectaciones del mundo industrializado.

sus relaciones sociales y discursivas. La primera oleada conquistadora, en el Caribe, se enfrenta a una noción que considera opuesta al proceso modernizador (económico-religioso) que procura instituir: lo que algunos cronistas (Anglería, Oviedo, Pané) llamaron o re-nombraron como *zemíes*. Los indígenas reverenciaban objetos, figurativos o no, que en taíno, la antigua lengua caribeña, se llamaban *zemíes*: *Esas cosas recibían el nombre de un antepasado y estaban provistas de funciones políticas, de propiedades terapéuticas y climáticas, tienen sexo, hablan y se mueven. Objetos de una innegable pero desigual veneración son tan apreciados que los indígenas se los roban unos a otros y después del descubrimiento, los ocultan a los españoles.* Eran, al decir de los cronistas, *cosas muertas formadas de piedra o hechas de madera... que parecían cosas vivas; cosas que traen a la memoria el recuerdo de los antepasados, piedras que favorecen los partos, que sirven para obtener lluvias, sol o cosechas... que los isleños conservaban envueltos en algodón, en unas pequeñas cestas y a los que dan de comer lo que ellos comen.* Eran, por cierto, parecidos a esas cosas que los portugueses se encontraron en Guinea y que a falta de designación apropiada rebautizaron con una vieja palabra medieval, *fetiché*. Este sistema de cosas materiales, pero imbuidas de poderosos contenidos míticos, resultó un obstáculo sustancial para el proyecto colonizador, que por sus características de modernidad, estaba saturado de una racionalidad abstracta: el dinero, los signos de riqueza o poder, las referencias cristológicas no eran, por cierto, *cosas*, sino convenciones de sentido, abstracciones necesarias para la estipulación de relaciones sociales de poder y producción. De allí que fueron combatidas intensamente, básicamente a través de las profusas expediciones religiosas abocadas al *exterminio de las idolatrías*, y un poco más tarde, Inquisición mediante, de los idólatras. En un sentido extendido de la confrontación, las formas habitativas también fueron materia de este enfrentamiento, por una parte, porque la cotidianeidad de la vida urbano-comunitaria indígena estaba saturada de la convivencia material con este sistema de cosas (que confrontaban la incipiente funcionalidad urbana), y por otra, porque los asentamientos mismos se ligaban en su materialidad (trazas, límites, tipologías, ámbitos rituales, interrelaciones campo-ciudad, etc.) a una semejante *encarnación* de lo mitológico en lo material, obstruyendo notablemente el cuadro de convenciones abstractas de funcionalidad que pretendían imponerse.

En México, la llegada de Cortés tropezó con la existencia de un concepto semejante, que en la lengua *nahuatl* se denominaba *ixiptla*: *El ixiptla* –nos dirá Gruzinski– *era el receptáculo de un poder, la presencia reconocible, epifánica, la actualización de una fuerza imbuida en un objeto, un ser-abí sin que el pensamiento indígena se apresurara a distinguir la esencia divina y el apoyo material. No era una apariencia o una ilusión visual que remitiera a otra parte, a un más allá. En ese*

sentido el icxiptla se situaba en las antípodas de la imagen: subrayaba la inmanencia de las fuerzas que nos rodean, mientras que la imagen cristiana, por un desplazamiento inverso, de ascenso, debe suscitar la elevación hacia un dios personal, es un vuelo de la copia hacia el prototipo guiado por la semejanza que los unía.

También aquí inferimos que la confrontación entablada en el plano de la *representación de lo trascendente* —y por ello, del conflicto de las religiosidades— es posiblemente extrapolable a examinar la confrontación que también tendría que ocurrir en el plano de las representaciones ligadas a las prácticas urbanas, toda vez que, nuevamente, estamos advirtiendo una crucial colisión entre abstracción y realidad, entre serialidad tipológica e individualidad fáctica, entre racionalidad diferencial y ritualidad homogeneizante. La hipótesis que guía aquí nuestro interés principal radica en sostener que buena parte de este antagonismo, aparentemente resuelto en la dominación del discurso y del poder colonizador, todavía se encuentra activa en el seno de nuestra presunta *occidentalidad*, en rigor, severamente inficionada de un mestizaje interétnico en que resuena aquel primitivo antagonismo.

De la ciudad colonial a la ciudad republicana

8. J. L. Romero, en su libro *Latinoamérica: Las Ciudades y las Ideas*,¹² se propone una indagación histórica de la urbanidad americana en la que emerge un cierto criterio de correlacionar los discursos socio-políticos del poder y las configuraciones formales de la ciudad. Así examina cinco momentos o paradigmas de ciudad, vinculados a un determinado estadio del desarrollo histórico: las *ciudades hidalgas* (que son las que corresponden al siglo XVII), las *ciudades criollas* (siglo XVIII), las *ciudades patricias* (siglo XIX, hasta 1880), las *ciudades burguesas* (1880-1930) y las *ciudades masificadas* (1930 en adelante). Es interesante acotar que los adjetivos utilizados para designar las variaciones históricas de la idea de ciudad se proponen identificar sujetos y/o procesos sociales (el hidalgo hispano, el criollo o blanco americano, la masificación resultante de los procesos de inmigración internacional y/o de las migraciones campo/ciudad, etc.). Romero parece propiciar una consideración de lo urbano vinculada a la forma técnica de sus artefactos, más que al modo dominante de su apropiación social y así se genera un registro más propio de la historia social que de la historia material. No surgen así, nítidamente, las *cosas* de lo urbano sino antes bien, los movimientos genéricos expresivos de aquella dinámica socio-histórica según la cual la designación sustancial de cada gran momento de ciudad resulta del nombre del estamento o capa que ejerce hegemonía.

Para dar cuenta del proceso que queremos presentar en este capítulo nos

interesa aludir a las tres primeras etapas, entre las que transcurre el pasaje de la ciudad colonial (o el artefacto propio de la instauración de la dominación colonial) a la ciudad republicana (como ámbito en que se consuma la organización de los estados republicanos americanos y que ciertamente expresa la hegemonía de las *burguesías nacionales*). Una primera constatación interesante es que dicho proceso, en cierto sentido, *satura* la forma originariamente prevista en los trazados coloniales fundacionales, signados por la aplicación del modelo del *damero* o *cuadrícula* con sus manzanas de 120 varas de lado, sus mezquinas *plazas centrales* (mucho menos significativas que las contemporáneas *plazas mayores* hispanas o los *largos* y *rossios* portugueses), la división en *solares* (entendible como unidad/mercancía en la economía de la producción urbana colonial y equivalente a una *acción* societaria en el conglomerado capitalizador), la estructura de los *ejidos* (o reserva de suelo), el despliegue planificado de la interfase campo/ciudad (con las trazas de las *suertes de estancias* ganaderas y las *suertes de chácaras* agrícolas) y la organización territorial de separación teórica de 4 leguas entre los bordes de cada traza urbana y sus contornos.

La *ciudad hidalga*, que Romero llama así por el muy menor reconocimiento nobiliario que España otorgó a sus nobles americanos —que sin embargo eran acompañados por la *mancebía de tierra*, una condición todavía menor de la que salían los aventureros expedicionarios que podían obtener alguna fortuna terrateniente en la fundación de pueblos—, era pequeña ya que México, la más grande de las ciudades americanas del XVII no superaba los 10.000 habitantes. Su forma basada en el trazado geométrico era factura de los *xumétricos*, la primera profesión técnico-urbana americana del período colonial, ejercida por caso por Alfonso García Bravo, parte de la breve tropa cortesiana y responsable de los trazados de Veracruz y Puebla. Se recogían, en esta práctica de cordelerías afecta al *compás abierto* que luego quedará sancionada en el repertorio de las Leyes de Indias, las antiguas tradiciones romano-militares, matizadas por las prácticas de las bastides y remozadas en los campamentos de la reconquista, como la canónica Santa Fe, a la vera de Granada.

Eran ciudades, como dice Romero, plenamente *barrocas*, no tanto en la ausente magnificencia urbana sino en el carácter festivo-espectacular de sus élites, ciudades defensivas (a veces, amuralladas) y comerciales (puertos de mar y de tierra, con registros de *alcabalas*, mercados de frutos de la tierra, etc.).

El *acriollamiento*, carácter socio-cultural dominante del paradigma urbano del siglo XVIII, mantuvo el carácter barroco de fiesta y moderada escenografía ostentosa pero pobre y más bien *virtual*, y se liga a la vuelta imposible de los hidalgos y su lenta y resentida conversión en criollos, hispanos nacidos en América, y a las inexorables y multiplicadas cruces de la mestización: de los

15 millones de habitantes del continente, bien avanzado el siglo XVIII, sólo 1 de cada 5 era criollo, aunque las ciudades agrandaban su porte. México y Bahía, las mayores, alcanzan en este siglo los 100.000 pobladores. La ciudad criolla presencia, por una parte, la instalación de una marginalidad semirural multiplicada en los *arrabales*, que bordean caminos de accesos, puertos y mercados. La ecología social de estos asentamientos empieza a definirse, no sólo en torno del modelo centro compacto/periferia anular dispersa, sino también con algunas especializaciones areales en la ciudad: en Buenos Aires, a fin de los '70, queda definido el llamado *Predio de la Convalecencia*, un sector apenas elevado en la gran depresión de la ciudad y medianamente ventilado que acoge todas las instalaciones de *indeseables* urbanos, bien al tono iluminista de segregar a los diferentes (locos, criminales, enfermos infecciosos). Pero esta etapa y modelo de ciudad tendrán también un cierto matiz de *ruralización*, basado, como dirá Romero, en el desplazamiento de las élites criollas hacia las antiguas posesiones concedidas y a otras sobre las que se instalará la incipiente de una aristocracia ganadera, común en Colombia, Argentina, México o Brasil y que hace que empiece a confundirse criollidad con ruralismo elitista, con el corte de los lazos con una España iluminista y uno de los orígenes de las diversas nacionalidades.

La vuelta del campo a la ciudad de dichas élites criollas da carácter a la tercera etapa urbana planteada por Romero, las *ciudades patricias*, cuya sustancia social hegemónica la constituye precisamente tal patriciado emergente de la reconquista del poder político urbano de los antiguos criollos rurales. Cierto que aquí se presenta uno de los nudos centrales de la historia americana en torno de la aparición del *caudillismo*, en rigor, la reinstalación de una figura feudal europea emparentada con las señorías de fuerza o de facto, ya que no de sangre. Del conjunto de las élites criollas ruralistas del siglo XVIII, decantarán en el siguiente tanto los patriciados urbanos, revestidos de las modas liberales y orientados a maximizar la participación en la naciente división del trabajo que acompaña el débil origen del industrialismo, como los caudillos rurales, arcaizantes, tradicionalistas y genéricamente orientados a los pequeños poderes territoriales o regionales.

El triunfo, después de largas guerras, de los primeros, deviene, según Romero, en la aparición de su cuarto paradigma urbano, la *ciudad burguesa*, que para nosotros empalma con el origen de la ciudad moderna, algunos de cuyos aspectos veremos en la tercera sección de este ensayo.

9. Pero, volviendo al comienzo colonial del ciclo que estamos analizando, es sustantivo considerar el *choque* que se verifica en la aparición del modelo urbano colonial respecto de la urbanidad precedente. Uno de los registros más

interesantes de tal confrontación —por fuera de la numerosa literatura cronística hispánica (sobre todo la inicial, desde el propio Colón a Cortés y Díaz de Bernal), en general muy bien resumida en el texto ya citado de D. Brading— es el que proviene de la larga carta que un aculturado aborígen peruano, Felipe Guamán Poma de Ayala, intentara infructuosamente enviar a Felipe III en 1615 y que fue encontrada en archivos de Copenhague en 1908 y reeditada varias veces desde 1936 (edición facsímil de Paul Rivet para el Instituto de Etnología de París) con su originario título de *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Este curioso texto, de casi 2.000 folios y 300 dibujos, fue la consecuencia de un largo registro de la situación de las primeras épocas coloniales, de fines del siglo XVI, que Guamán, de linaje aristocrático incaico (se autodenomina en su crónica, nieto por vía materna, del Topa Inka Yupanqui), realizara acompañando expediciones de extirpadores de idolatrías como los curas-funcionarios Albornoz y de Avila, es decir, casi formando parte del aparato del gobierno colonial. Es en tal sentido que Guamán se dirige a su monarca para ofrecerle descripciones (*crónica*), a menudo críticas, y también proposiciones (*buen gobierno*) imbuidas de influencias de Las Casas y conducentes, de formas más pacíficas (incluso criticando las sublevaciones del Taki Unquy, producidas hacia 1560) a la recomendación de abolición del régimen encomendero.

El estudio de R. Adorno, *Cronista y Príncipe*,¹³ es muy pertinente en el contexto de este ensayo porque desarrolla básicamente, no sólo un análisis del discurso guamanense —de su escritura y también de sus sistemas de graficación/representación— basado en un profundo conocimiento de la obra (Rolena Adorno, junto con J. Murra, es responsable de la última y exhaustiva edición de la misma) sino, sobre todo, de las complejas y profundas confrontaciones de este discurso, que es uno de los primeros productos culturales del mestizaje americano, con las nociones europeístas. Circula así, en el texto de Guamán, tanto un registro de la cultura andina prehispánica como una muy *sui generis* visión del maridaje ideológico-político entre la operación de la colonización imperial y el proyecto evangelizador. El cronista-crítico ofrece así una de las primeras miradas pragmáticas e incluso oportunistas, y no meramente nostálgicas, hechas desde el lado de los *perdedores*. A nosotros nos importa registrar, en el orden del enfoque citado, lo que nos deja Guamán en sus observaciones sobre lo urbano colonial, ya que al provenir de la aristocracia prehispánica era *poblano* y no campesino, a pesar, desde luego, de su sabiduría territorialista, renovada y revisada en el acompañamiento que, como traductor, hace de las correrías de los extirpadores. En la idea de reivindicar, incluso de cara al rey, las virtudes de la sociedad andina que describe como velozmente desarticulada, no vacila en llamar *sodomas* a Guamanga (la sede del Taki Unquy, que él mismo ayu-

dó a terminar de extirpar), Huánuco (su villa natal), Quito o Cuzco, algunas entre otras de las dos decenas de ciudades que nombra y dibuja en su texto.

“Para Guamán Poma –sintetiza Adorno– la vida de la ciudad es el desorden total, el caos de ser el mundo al revés. Y así produce una larga serie de notas añadidas posteriormente a su obra redactada, a saber: Todos los grupos –indios, negros, españoles, mestizos, etc.– deben recogerse de noche, respondiendo a determinados toques de queda. Los españoles no deben portar hábito de indio; a los indios se les debe prohibir el uso del traje de español. El indio común no debe recibir ningún cargo honroso ni ser soldado. El español no debe vivir entre indios ni deben los indios servir en las ciudades. Satiriza la profesión de la putiría en las ciudades y manda en las procesiones religiosas la separación de los sexos. Se queja de la corrupción en las ciudades y pide que los enfermos y ciegos no requieran limosna en las ciudades, por tres razones: se hacen borrachos y no oyen misa ni se confiesan, se hacen enfermos y se juntan muchos yndios, yndias, cimarrones, uagamundos. Le gustaría prohibir la venta de vino y de chicha en las ciudades y se desespera por la pestilencia y enfermedad y muerte que encuentra en la ciudad por la suciedad de sus calles. Para Guamán Poma el remedio se trata de la limpieza del ánimo y de las acequias y corrales, calles y plazas. Otro problema de la vida urbana, según Guamán Poma, es que todos los indios emigrados a las ciudades se escapan de pagar tributo. Guamán Poma insiste en la necesidad de enforzar esa ley y ve la libertad de la obligación de pagar tributo de los mestizos como un problema gravísimo. El discurso de Guamán es muy curioso y contradictorio –habla a veces,

TENTS

FOR THE COLONIES.

Fitted with VERANDAH, BATHROOM, &c.
As used by most eminent Travellers, and supplied to H.M.
Government for East, West, Central, and South Africa, &c.
SPECIAL TENTS FOR EXPLORERS & MOUNTAINEERING



COMPLETE EQUIPMENT.
CAMP FURNITURE WITH LATEST IMPROVEMENTS.
AIR AND WATERTIGHT TRUNKS.
UNIFORMS AND CLOTHING OF ALL KINDS.

"Consult with Messrs Silver & Co., who know exactly what
is needed for every part of the Globe."—Extract from "Notes on
Oufit," by the Royal Geographical Society.

Tents for the colonies, aviso de publicidad aparecido en *Colonial List Advertiser*, 1931. El imaginario colonial, aun en esta versión tardía, preveía para el mundo africano y colonial en general un completo equipamiento capaz de insertar algunas ventajas tecnológicas civilizatorias bajo el modelo de las **tents** (tiendas o carpas) susceptibles de aceptar la vida trashumante de aventureros, exploradores, montañistas, etc. Desde estas proposiciones se engendraron catálogos numerosísimos de artefactos que deberían humanizar o antropizar los territorios vírgenes, desde molinos, alambrados y tanques australianos, hasta construcciones prefabricadas en seco, con la implícita cualidad de una apropiación territorial artefactual desligada del **hardware** pesado de lo urbano.

como un funcionario colonial— pero, como dice Adorno, *la vida en la ciudad representa la última etapa en la desarticulación de la sociedad andina* y por ello, tras el velo de un *rappel a l'ordre* dirigido a un monarca distante e ideal, se oculta el propósito de ofrecer, en el histórico momento tétrico de su crónica, continúa Adorno, *el relato de la estructuración de la sociedad (andina, social y territorial) tradicional*, que pareciera garantizar la adecuada recepción de elementos *sanos* de la modernidad hispánica (como la religión o el montaje de la economía de tributación), pero no al revés.

10. El carácter barroco, que signa lo americano colonial como cualidad global de discursividad, cobra hacia el siglo XVII, según nuestro citado Gruzinski, el aspecto de una virtual polisemia, que parece augurar o anticipar la *massmediatización* contemporánea, al asegurar, por así decirlo, la colonización de lo cotidiano, sobre todo a partir de una omnipresencia de la imagen religiosa, que trasciende su funcionalidad cúltrica y se convierte, para preocupación del clero, en figuración adosada al consumo. *Imágenes y objetos cotidianos se sobrepone y se confunden: un soldado español de Nuevo México lleva en la manta de la silla de su caballo una pintura de la virgen. Las tabaqueras, los abanicos, los relojes adornados con escenas de la Pasión de Cristo, las medias, los jubones con la efigie de San Antonio, los botones en que aparecen el Crucificado, la Virgen y San Juan, los bordados con la imagen de la Virgen; todos estos objetos —enumera Gruzinski— proliferan en la sociedad colonial. El pan, los bizcochos e innumerables golosinas van decoradas con el signo de la cruz o la figura de un santo.... Los usos ordinarios de la imagen, por lo demás, pueden mezclar lo comercial con lo religioso, así como confunden la decoración, la elegancia, la gula y la piedad. Hemos visto que en los mercados, los comerciantes tienen la costumbre de ofrecer a su clientela una pequeña imaginaria piadosa, con la cual atraer o conservar a los compradores modestos, los indios y las gentes ordinarias.*

Estos excesos de imaginaria saturan aspectos del funcionamiento social de las ciudades coloniales, por ejemplo, instituyendo figuras de la picaresca urbana de entonces: *El hábito hace al monje —comenta Gruzinski—: en el decenio de 1720, Diego Rodríguez (alias de la Resurrección), vestido como ermitaño y su mujer, María de Valdivia, haciéndose pasar por iluminada (beata), recorren la Nueva España y viven de los óbolos que se ofrecen a una imagen de Nuestra Señora del Carmelo.* Estas figuras, que articulan imaginaria barroca y funcionamiento de mercado, se multiplican en la ciudad colonial barroca: la *baldada* de Bogotá o el mulato de Querétaro que limosnea con la representación del supuesto milagro que protagonizó con la aparición del agustino Cristo de Chalma son algunos de los infinitos episodios de esta colonización de lo cotidiano, que además, re-nombra por completo lo urbano y su segmentación espacial. Los

viejos asentamientos aborígenes de Tenochtitlán son rebautizados con nombres de santos y en Buenos Aires, ya en la segunda década del siglo XIX, los planos con las jurisdicciones policiales (el que se adjudica por caso, a Trelles) se organizan bajo los nombres y radios de las parroquias. Todavía hoy, en Buenos Aires, las jurisdicciones políticas y electorales se llaman *parroquias*, un partido político tan laicista como el radical aún apoya su actividad territorial urbana en lo que llama *punteros parroquiales*.

Ya desde principios del XVII la apropiación popular de esta polisemia barroca teñida de imaginería religiosa dará curso a creaciones teológicas de origen popular, combatidas o aceptadas a regañadientes por la jerarquía eclesiástica como el culto e imaginería asociada de la *Santa Muerte*, en México (que funda toda la larga tradición emblemática de las calaveras y esqueletos, que culmina a principios de este siglo, con los grabados de Guadalupe Posadas), el *Justo Juez*, que hibrida elementos cristianos con simbologías y colores indianos, las *Trinidades*, presentadas como monstruos de tres caras y hasta el *San La Muerte*, venerado por las capas populares del área guaraníca sudamericana todavía hoy.

El concepto de *imaginario barroco*, introducido por Gruzinski, es muy útil para describir este oleoso barniz discursivo que impregnaba las prácticas sociales urbanas de la época colonial, pero que además, tal vez haya internalizado conductas que atraviesan el tiempo histórico y continúan explicando algunas características de la hibridación mestiza presente: *El viaje a través de las imágenes barrocas podría proseguirse así, al infinito* —propone nuestro autor, enlazando el decurso temporal histórico con la circulación social de los discursos—: *de los indios a los negros, de los negros a los mestizos y de los mestizos a los blancos humildes, de las solemnidades urbanas a los sincretismos de las sierras del Sur y de los desiertos del Norte... los imaginarios se cruzaban por doquier, como esos jesuitas que irrumpían en el espacio sórdido de un obraje para organizar la fiesta del santo, o bien esos indios que desde sus sierras lanzaban nuevos cultos marianos... Imaginarios individuales e imaginarios colectivos sobreponían sus tramas de imágenes y de interpretaciones al ritmo de las oscilaciones incesantes entre un consumo de masas y una pléyade de intervenciones personales y colectivas, entre formas en extremo rebuscadas (los arcos de triunfo) y manifestaciones inmediatamente visibles (los argumentos mariofánicos)*. A la descarnada y pobre estructura material de la ciudad colonial, austera y minimalista en su traza rendidora y generadora de la máxima renta con la mínima inversión, se le adosa esta yuxtaposición figural y discursiva de la *fiesta barroca*, de recurrencia básica a la imaginería religiosa, pero desde la cual se instituye la variedad de las prácticas urbanas, desde el enmascaramiento ideológico del sojuzgamiento laboral a la picaresca, desde las relaciones jerárquicas hasta su simbólica puesta en crisis en alu-

siones sexuales, burlescas o delictivas. El discurso tradicionalista de los caudillos se acerca al gusto popular, no por la novedad de su oferta política (que en general, redoblabla el conservadurismo colonial, de raigambre señorial y encomendera), sino por la manipulación desenfrenada de este imaginario polisémico y por ello, *virtualmente*, poli-social.

El imaginario barroco aprovechaba el poder federador de la imagen, su polisemia que toleraba lo híbrido y lo inconfesable. Este imaginario se apoyaba en las convivencias que multiplicaba entre los fieles, o sea, su público. En él afloraban sensibilidades comunes que trascendían las barreras lingüísticas, sociales y las culturas; en él transitaban las experiencias visuales más alejadas... importadas de Europa o milagrosamente descubiertas, copiadas y reinventadas por los indios, caídas del cielo, hecha pedazos y renovadas. Las imágenes negras del peruano Señor de los Milagros todavía sirven hoy para generar un espacio mítico ajeno a las desigualdades jerárquicas, y su recorrido urbano-territorial procesional también es válido para articular un tiempo prehispánico con la *naturalidad* del arribo de una dominación más cristiana que colonizadora. *La sociedad barroca* — resume Gruzinski— *logró absorber o contener todas las disidencias, a todos los hechiceros, chamanes sincréticos, iluminados, visionarios, milenaristas e inventores de cultos.* Y esto, desde luego, todavía dura.

11. La *fiesta barroca*, como cualidad urbana efímera, define excluyentemente el período de la ciudad colonial, y si bien subsiste una fluida circulación de ideas metropolitanas, la condición barroca americana tiene sus peculiaridades, quizás ligadas a tal carácter efímero, a cierta profusa textualidad que no alcanza a establecer, a la manera europea, marcas fuertes en lo urbano material, por fuera de algunos fragmentos urbano-arquitectónicos como las intervenciones del virrey Revillagigedo en Lima, la Alameda de los Descalzos, conducente a la ciudad-convento de Los Descalzos, al otro lado del Rímac, el relativamente novedoso convento de Santa Catalina de Arequipa o el abigarrado ornamento *pobre* del templo advocado a la romana mártir niña, Santa Prisca, que el adinerado minero criollo José de la Riva hizo erigir en Taxco, México.

Esta discursividad peculiar se expresa en toda América, pero con diferencias: si en Perú esgrimía la mixtura de un carácter festivo popular junto a un misticismo sacrificial y minimalista, en México rozaba el culteranismo que la convertía, como en Europa, en registros elitistas, incluso esotéricos, como en los curiosos textos de Athanasius Kircher, un jesuita alemán instalado en Roma y de larga celebridad en pleno siglo XVII. El equivalente mexicano de ese pensamiento sería lo trabajado por Carlos Sigüenza y Góngora que publica su *Teatro de las Virtudes Políticas* en 1680: jesuita expulsado y cultor periférico del hermetismo cosmológico del barroco austríaco, representa un modelo ur-

bano de la espectacularidad barroca. Saluda el *motín del Zócalo*, una revuelta popular de 1692, se ocupa de fantasear con el origen egipcio de la cultura mesoamericana (en sintonía con su admirado Kircher) y diseña el arco triunfal de bienvenida al nuevo virrey, Marqués de La Laguna en 1680. Este objeto, testimonial de ese barroco urbano festivo y propagandístico, no sólo evoca semejantes empeños que por entonces en Europa podían ocupar a Durero o a Fischer von Erlach, sino que se propone presentar un discurso simbólico-político que rememora, ante el nuevo virrey, la historia de una ciudad fundada en 1327 y, que por lo tanto, incluye estatuas de los 12 monarcas prehispánicos significativos, desde Huitzilihuitl hasta Cuauhtémoc y Moctezuma. Tras el propósito festivo, se anida así una voluntad político-cultural capaz de usar el estilo de época para proponer una fundacionalidad equivalente de la modernidad que exalta, al pasado prehispánico, de *tantas virtudes imperiales como las de las antiguas Roma o Grecia, para que, como fénixes de Occidente, los inmortalizase la fama*.

El poeta y ensayista N. Perlongher, en uno de los prólogos de una de las mejores antologías de la moderna poesía latinoamericana,¹⁴ una de cuyas características diferenciales es precisamente su exasperado ejercicio de una poética neobarroca, ofrece el siguiente comentario: *¿Cómo barroquizar una iglesia?: llenarla de ángeles en vuelo* —cita a R. Scherer, de su *El Alma atómica*, E. Gedisa, Barcelona, 1987— *glorias hipnóticas, remolinos de nubes en extática levitación, falsas columnas o perspectivas de San Sebastián acribillado de exquisitos dolores...* *Todo entra en suspensión, todo alza vuelo. La carnavalización barroca no es meramente una acumulación de ornamentos —aun cuando todo brillo reluzca en los velos de purpurina—. El peso de esos rococós, de esos ángeles contorsionados y de esas vírgenes encabalgadas en dildos de plomo derrumba —o lo alude como a un elemento más— el edificio del referente convencional. Como en el *Theatrum Philosophicum* de Foucault, todo aquello que es supuestamente profundo sube a la superficie: el efecto de profundidad no es sino un repliegue en el drapeado de la superficie que se estira. Antes que desvendar las máscaras, la lengua parece, en su borboteante salivar, recubrir, envolver, empaquetar lujosamente los objetos en circulación.*

Hugo Neira, ya citado, refiere la omnipresencia urbana de esta idea de fiesta que satura, por caso, las crónicas de Concolorcorvo o de Buenaventura Martínez y que incluye episodios nobiliarios como las *aclamaciones y pompas reales* o de elite como las *exequias y lamentos fúnebres*, pero que asimismo comprende fastos mixtos nobiliarios-eclesiásticos de fuerte relevancia popular como las procesiones cusqueñas o la danza de tarascas y gigantones del *carnaval de castas*. De Lima, como ciudad colonial paradigmática, dice Neira *ciudad permanente en obras y signada por la precariedad*, cuya sociedad colonial queda *envuelta y determinada por la gran ambigüedad de lo criollo*, en la que la idea



Dibujo y manuscritos sobre la decoración del frontispicio de Coricancha, Cuzco, hacia 1615, ejecutado por el monje cronista mestizo Juan de Santa Cruz Pachacuti. El documento es un precioso y complejo reservorio de la imaginaria aún predominantemente autóctona pero ya signada por los sincretismos mestizos coloniales, ya que registra y comenta elementos de los repertorios iconológicos (los pumas, las trazas de los textiles, los árboles), cosmogónico (la cruz del Sur y la luna, el linaje originario), simbólico-territorial (los **puquios** y ojos de agua, las **huacas** o túmulos funerarios, las montañas-abuelo), etc.

ceremonial de la fiesta o el *sarao* no alcanza a cubrir o disimular la *injusticia del orden social en sus variopintas castas, la corrupción a todos los niveles de la ciudad, la vida del vecindario, la tiranía del qué dirán*. Pero en ese contexto, alrededor de esa masa crítica de españoles americanos que llamamos criollos, nace una nueva cultura. Los hijos del nuevo mundo, con nodrizas negras y servidores indios, adquirieron una infinidad de comportamientos culturales de las clases sometidas, desde la culinaria a las supersticiones, historias de aparecidos y fantasmas, bebidos en la leche materna de las ayas mulatas o indias. Los peninsulares comenzaron a desconfiar de esos españoles indianos, cuya sensibilidad ya los hacía distintos, sin hablar de sus privilegios, entre los cuales estaba el de la licencia sexual. Late el desenfreno de esta ceremonialidad hibridada, que se expresa en el exceso del barroco efímero de las fiestas urbanas: *Para recibir al virrey duque de la Palata, se habían cubierto dos barrios de la ciudad con lingotes de oro, de la calle de la Merced a la de Mercaderes, como lo recoge Amedée Frezier en su relación de viaje a la América del Sud publicada en 1716*. Un elemento complementario pero no menor, recogido por Neira de testimonios histórico-demográficos, es la gran población negra —*La Lima barroca era una ciudad más bien afroamericana, negra, mulata o zamba más que blanca o india*— que define, según cronistas como el inglés Betagh, un clima de villa libertina: *El hombre de placer* —

dirá este viajero— *deberá ir a Lima, paraíso terrenal*. La sífilis era moneda corriente—los aristócratas llamaban *fuentes* a sus llagas— y las novicias conventuales, *encerradas contra su voluntad, no paraban de recibir como si el claustro en vez de alejarla del mundo las hacía entrar en éste*.

En este contexto, la vida urbana experimenta algunas transformaciones ligadas a lo que luego se afirma como modernidad, como la libertad—y aún, libertinaje, dirá Flora Tristán— de la mujer. La Tristán, peruana de origen y luego adalid del paleo-feminismo en Europa, revela hacia 1830 algunos hábitos de la mujer barroca de Lima: *fuman cigarros y andan a caballo, no a la inglesa sino montadas con pantalón como los hombres, son apasionadas de los baños de mar...*; incipientes rasgos de una cultura que recién se afianzaría en este siglo.

Otros dos elementos desarrolla Neira en esta tematización del momento barroco: uno, su aparente contracara y quizás su complemento: *el misticismo*; dos, un declive social de lo barroco en tanto determinación urbana sobrepuesta a la ruralidad en la definición arquetípica de una figura final del criollismo: *el caudillo*. Si la llegada a un comportamiento santo podía ser plenamente barroca, o sea, no segregado de la cultura de la mundanidad placentera (como en la sor Juana mexicana), el misticismo limeño, dirá Neira, es exageradamente ascético y consagrado a una exaltación del dolor y el sufrimiento: *El misticismo es lo contrario del formalismo y de lo mero ornamental, porque es dolor*. Por un lado el santo común y terrenal, Martín de Porres, mulato encargado de la limpieza de un hospital: *individuos muy integrados y ajustados al medio, no en ruptura terrenal. ¿Quién más peruano que fray Martín de Porres?* Por otro, la ausencia de una vía mística extática y placentera al estilo de San Juan de la Cruz: *Si se quiere acceder al jardín secreto del éxtasis dicho por una americana, la vía es la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz... La colonia peruana no da una santa letrada... al lado de la monja mexicana y la de Avila, Rosa de Lima, con cilicios en el talle y bebiendo pus, es una stajanovista de la mortificación, una kamikaze de la santidad. Pero de una santidad de capilla privada y jardinería, ágrafa y sin escritos*.

Si estos santos anti-barrocos ofrecen un complemento a las escenografías festivas de la ciudad colonial (reteniendo, sin embargo, una cualidad poética barroca: *la estetización del dolor corporal*, haciendo que el martirio físico pueda considerarse una obra de arte, un sadismo *avant la lettre*), el otro elemento, que completa esta discursividad social de lo barroco-colonial, probablemente será la figura del caudillo, evidente motor no sólo del continuo guerrear independentista, sino de buena parte de los discursos de época. Caudillos como Guzmán Blanco, García Moreno, Santa Ana, Gamarra o Francia, merecerán la diatriba política de Bolívar—quien alude además a los chilenos hermanos Carreras, al argentino Lavalle o a los *leperos* mexicanos— que los hace culpables de la subdivisión infinita del territorio (el equivalente político-físico del

plieque que de Leibniz a Deleuze puede considerarse cualidad máxima de la estética barroca) y destructor virtual de las ciudadanías urbanas en su enfermo proyecto de medievalistas *baronías*. Caudillos diversos, reales o emblemáticos, serán los personajes de las grandes novelas latinoamericanas de Asturias, Yáñez, Muñoz, Roa Bastos, Carpentier, Fuentes y García Márquez y serán asimismo el objeto central de cuestionamiento de los grandes pensadores liberales (o del patriciado urbano iluminista) como Sarmiento, Alcides Arguedas, González Prada, Molina Enríquez, Ramos Mejía o Ingenieros. En los conocidos estudios del americanista francés F. Chevalier, en su intento de configurar una tipología del caudillismo, éste no vacila en situar la *guerra* como motivo constitutivo de esta figura social y la relación con la tierra o *terruño* o *patria chica* como finalidad o consecuencia de su acción, es decir, una práctica o ejercicio de violencia territorial finalmente enderezada contra lo urbano-patricio y modernizante. Eso que el peruano González Prada o el mexicano Vasconcelos, al filo del fin del XIX, nombraban como la *anarquía* y que este último, junto al argentino Alberdi, sólo imaginaba posible conjurar mediante una *política depurativa y de cambio de sangre* del componente mestizo barroco que implicaba el soporte socio-cultural del caudillismo.

Pero las imagerías barrocas, de todas formas, subsisten sordamente aún como condición emblemática de las luchas políticas del fin del XIX. Gruzinski refiere el conocido caso mexicano de la confrontación final entre independentismo liberal patricio y vestigios coloniales que se mediará con la recurrencia a dos construcciones simbólicas barroco-religiosas: la imagen de la Virgen de Guadalupe —elemento del cruce mestizo-populista— reivindicada por los liberales modernos como Hidalgo y Altamirano, frente a la Virgen de los Remedios —bastión referencial de la resistencia colonial del virrey Venegas en la capital mexicana—. El tema, además, se matiza y complejiza si tomamos en cuenta que tanto Hidalgo (*el Buda zapoteca*) como Altamirano, puntales del liberalismo anticlerical que fundarán los argumentos que unen la guerra mexicana con su constitución liberal de 1917, eran indios. Altamirano, además, provenía de Tixtla, región que en la época de sus discursos liberales tenía en apogeo el culto popular de los *Cristos de Tixtla*, compleja tradición todavía en pie que utiliza a tal fin troncos de *calehual* teñidos de rojo para sus imágenes procesionales basadas en la elaboración mestiza de la figura del *altepecristo*, que no es sino la táctica cristianización de los dioses aborígenes locales llamados *altepeteotl*. De Tixtla y su complejo ritualismo viene Altamirano, bastión del liberalismo anticatólico, y de allí —o de los elementos de hibridación mestiza popular— surge, por caso, el movimiento que se opondrá al eje Ramírez-Altamirano-Sierra, los *cristeros* de 1920, con no poca reivindicación de la tradición caudillista, populista-barroca y antiurbana. Semejante, por lo demás, a

episodios que atraviesan toda la historia americana, de mediados del siglo XIX a mediados del XX: desde el mulato venezolano Páez hasta el negro Escobar, que tomará fugazmente Lima; desde las repúblicas negras cartageneras o la brasileña *Guerra de Canudos*, con sus líderes afroamericanos (argumento de *La guerra del fin del mundo*, de Vargas Llosa), hasta las rebeliones agraristas de Aparicio Saravia en el norte de Uruguay o Isidro Velázquez en el Chaco argentino y los movimientos de reivindicación por la propiedad de la tierra de Sonora, Yucatán o Huaraz.

12. Los trabajos del historiador norteamericano R. Morse¹⁵ nos servirán para dar un cierre provisorio a la consideración de esta etapa o proceso de la historia urbana americana, que va de la institución de la ciudad colonial a la lenta consolidación de los modelos urbanos que expresan el triunfo republicano de las ideas patricio-liberales y su acogimiento a la división internacional del trabajo de fines del siglo XIX. Morse propone el análisis de los discursos que los intelectuales políticos representativos de fines del XIX emiten respecto de la ciudad latinoamericana y en esa discursividad, saturada de un iluminismo hipercrítico del pasado colonial, cree advertir los términos, no sólo del desaliento político-cultural de estos intelectuales respecto de la persistencia de rémoras mestizo-populistas, sino asimismo, de la primera circulación de las ideas propias de la modernización y sus utopías. Morse se aboca al estudio de dos grupos o momentos de pensamiento. Uno que ronda las últimas tres décadas del XIX y otro que se ubica hacia los años '30 del siglo presente. Comentaremos aquí el primero de dichos momentos que Morse organiza en torno del pensamiento del peruano J. Cape-lo, el colombiano M. Samper y el argentino J. A. García.

Si bien Morse tiende a caracterizar este pensamiento como formando parte de un cuestionamiento técnico-político y una suerte de desencanto respecto del desarrollo social ulterior a la institución del republicanismo liberal y también respecto de su manifestación urbana (que es la que considera prevaleciente este pensamiento, de cara a la modernización que ansía), señala su menor pesimismo si se lo compara con el contemporáneo desarrollo de las ideas en USA. En efecto, en tal contexto, pensadores como Hawthorne, Thoreau, Whitman, Steffens o Turner, son radicalmente *anti-urbanos* y anticipan unas formulaciones que, más adelante, confluirán en las ideas de Veblen, Mumford y Bookchin, con la dura crítica a la *cultura del lujo* y la *civilización ecotécnica* y el desemboque en una especie de anarquismo ruralizante: si los sudamericanos finiseculares piensan la ciudad como un contexto saturado de *lacras* o *enfermedades* sociales, preferentemente devenidas del legado de la ciudad y sociedad colonial propia del *atraso* hispano —respecto del desarrollo iluminista

liberal europeo—, los norteamericanos aludirán a lo urbano directamente como un *cáncer* irreversible e irrecuperable, frente a lo cual preconizan el *frontier spirit*, entendible como la fundación de una nueva sociedad preferentemente agraria, en la que se enfatiza la figura puritana del *pioneer*.

Joaquín Capelo, cientista social y político peruano, ciertamente imbuido de las ideas morales de Spencer, propondrá en su *Sociología de Lima* (1896) una modelística organicista de la ciudad y sociedad urbana de fin de siglo, usando una serie de metáforas fisiológicas: las ciudades *nutritiva, relacional e intelectual*, que tomando la referencia, respectivamente, del estómago, el corazón y el cerebro permiten entender la forma (anatomía) y función (fisiología) de las clases bajas, las clases medias (y las instituciones) y las clases altas (y la opinión pública). Este aparato conceptual, que también recoge influencias del pesimismo de Schopenhauer, le permite construir una *geografía moral* de la ciudad, que anticipando algunas propuestas del funcionalismo organicista de la ecología social de la escuela de Chicago —ya de los años 20—, le sirve para definir once categorías sociales y noventa y un subcategorías, que no sólo tendrán una caracterización determinística, sino una disposición territorial en la ciudad. Enarbola una crítica social-urbana examinando los efectos de las tres grandes lacras que adjudica a la ciudad americana y a su fracasada liberalización modernizadora: el monopolio, la usura y los impuestos. Este pensamiento desemboca en las posturas del *higienismo*, ese paradigma de pensamiento de una especie de ingeniería social urbana (que purifica o *depura* tanto la ciudad física como la social), encarnado por ejemplo, en el brasileño Oswaldo Cruz o en el argentino Emilio Coni.

Miguel Samper, intelectual y político bogotano, ministro y candidato a la presidencia de su país, redacta, como reflejo de su formación inglesa —influenciada por las ideas de Bentham y Mill—, dos textos complementarios: *La miseria en Bogotá* (1867) y una revisión ulterior, *Retrospecto* (1896). Su argumento principal —inspirado también en Tocqueville— es la crítica al legado hispánico y su organización social colonial, sobre todo en lo que refiere a la convalidación de la coexistencia de dos figuras de la sociedad urbana: el *trabajador* y el *parásito*. Estas rémoras constitutivas e inamovibles de la ciudad resultante de la dominación colonial son presentadas como elementos configuradores de la ecología urbana y obstáculos insalvables para una reconceptualización de la vida urbana, en torno de la legitimidad de la renta y su apropiación: de allí Samper anticipa la inviabilidad del advenimiento de una efectiva condición moderna-industrial.

Juan Agustín García publica en Buenos Aires *La Ciudad Indiana* en 1900. Se trata de un enfoque que también comparte aspectos de crítica a los factores socio-estructurantes de la mentalidad colonial, pero complementando el fu-

rioso positivismo liberal de los otros autores, instaura el discurso de base historicista, socializante y romántico, capaz de intentar rastrear en aquellos componentes sus aspectos positivos, basados en el posible factor comunitarista o solidarista que también, aunque no hegemónicamente, estaba presente en la sociedad colonial, sobre todo como legado de las posturas marginales del momento europeo expansivo: las propuestas de los Comuneros, la lucha por la autonomía foral, el desarrollo de instituciones locales como los cabildos, etc. La significación de García, aún en su común perfil de pensamiento crítico y pesimista, estriba en su aportación a la búsqueda de componentes socialistas *utópicos* (ya que no *científicos*) para establecer los términos posibles de una sociedad urbana; no escapa este sesgo de la influencia que García tiene de la ciudad en que escribe y a la cual alude, ya entonces, determinada por una importante masa de población de inmigración europea marginal.

Las aportaciones de este pensamiento identificado tipológicamente por los estudios de Morse permiten la consideración de unos discursos ideológico-políticos acerca de la sociedad urbana y la ciudad constituidas al cierre del período que une la fundación colonial, su desarrollo barroco, sus tensiones campo/ciudad devenidas en el desarrollo del caudillismo y el patriciado, su imperfecta liberalización republicana y las distorsiones o cualidades que emergen del metropolitanismo *débil* consecuentes de los cambios demográficos urbanos y de la dificultad en constituir sociedades modernas en tanto urbanas e industriales. Este devenir histórico, visto al tamiz de sus producciones textuales, discursivas y representativas, sedimenta huellas urbanas con las cuales los procesos del siglo XX tendrán inexorablemente que interactuar y que aún operan vigorosamente, en nuestra condición urbana contemporánea.

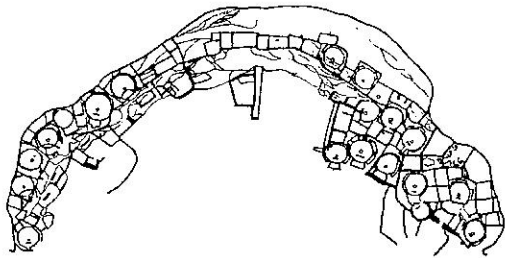
La ciudad moderna

13. La segunda parte del citado ensayo de Morse permite abrir la discusión sobre las características que la ciudad moderna presenta a los intelectuales socio-urbanos americanos del primer tercio de este siglo, representados en el escrito citado por el peruano J. Basadre, el brasileño G. Freyre y al argentino E. Martínez Estrada: si la tríada anterior presenciaba la emergencia de los estados republicanos modernos y su apuesta a una modernización urbana, este grupo, ya ajeno a las mecánicas del poder, cree visualizar los indicios del fracaso de aquel proyecto y agudiza, por ello, su discursividad crítica, que de diferentes maneras, conducirá a un cuestionamiento de lo urbano.

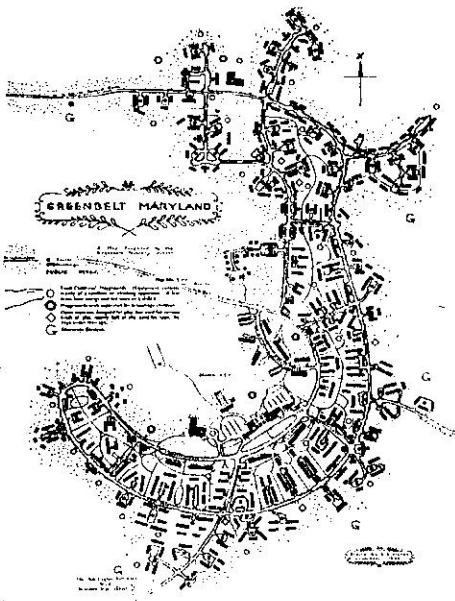
El ensayista peruano Jorge Basadre edita su *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* en 1929 y en su estudio intenta una definición histórico-

genética del desarrollo de la relación entre sociedad y territorio en el mundo andino, revalorando la diversidad de las tipologías habitativas prehispánicas e incluso contraponiendo el modelo de metrópolis que significó Cuzco respecto de la tradición grecolatina, tanto como demarcando tal circunstancia del tipo de la ciudad medieval y su conversión en urbe mercantil renacentista. También efectuará un análisis tipológico de la ciudad colonial, de cuyo examen surge, según Basadre, una complejidad no reductible a la pura manifestación de la importación de las experiencias europeas: la distancia, la hibridación y el tacticaje implícitos en el desarrollo de estas tipologías le confieren su especificidad histórica y su condición determinante de una socio-urbanidad imperfecta pero específica. Lo novedoso de Basadre es caracterizar la estructuración del mundo andino en torno del despliegue de diferentes tipos de *multitudes* o muchedumbres no necesariamente explicativas de una razón urbana, sino en todo caso, definidoras de discursos y modelos territoriales que definen relaciones campo/ciudad más complejas y no convergentes al reconocimiento del modo de vida urbano como histórica y políticamente superior. Esta constatación, por así decir, científica, es la que lo lleva, en su condición pesimista, a dudar de la viabilidad urbano-modernizadora. El aparato crítico estructurado por Basadre rinde tributo a influencias diversas, desde Freud a Le Bon, pasando por el tamiz del marxismo americanista de Mariátegui, ayudándole a considerar la realidad americana como una suerte de desvío, desvirtuación o resistencia a esas modelísticas crítico-constitutivas de la modernidad.

La mirada del brasileño Gilberto Freyre, de formación británica, si bien no adolece del perfil pesimista de todo este ensayismo crítico, es igualmente anti-urbana, como se resalta en sus textos fundamentales: *Casa Grande e Senzala* (1933) y *Sobrados e Mucambos* (1936). Textos que cronican el mundo rural y aristocratizante de las haciendas nordestinas y que exhalan el tono de valoración del mundo aristocratizante y patriarcal. Freyre, que propone el tipo de *ciudad iberotropical* —aludiendo al mundo arcaico, jerárquico y ruralizante de su Recife natal— y la vía de la *lusotropología*, como modo de estudio de estas sociedades, va a sortear el análisis social estructural y a ofrecer, en cambio, la fruición de una aproximación suntuosa y optimista a la fenomenología de lo cotidiano, que no cuestiona el mundo social organizado y exalta sus características de goce estético, sensual y sensorial. Es de nuevo la mitología barroca lo que evita juzgar o proponer una vía de modernidad socio-urbana, y la ausencia calculada de racionalidad democratizante recupera una socialidad tropical, naturalizante y situada en la omnipresencia fenomenológica de la fiesta: esa fiesta radica esencialmente en la arcádica vida rural de las haciendas y a lo sumo podrá trasponerse, mediante oportunas transferencias —como el ritual



Aldea Longhouse, asentamiento pueblo, Mesa Verde, Colorado, USA. La forma hemicíclica del conjunto —fechado entre los siglos VIII y XII, aunque de continuada reconstrucción y adaptación— representa uno de los complejos sistemas interactivos de hábitats y patrones culturales de los llamados pueblos primitivos, que en su carácter aditivo y basado en habitáculos circulares recuerda la forma generativa de la Bandiagara dogona. La utilización de piedra y materiales cerámicos, el uso extremadamente racional de la exígua agua disponible, la configuración en media luna para aprovechar al máximo la influencia solar, son algunas de las características de aquella interacción de necesidades habitativas y discursividad simbólica (ritual, cosmogónica, histórica, etc.).



Greenbelt, Maryland, ciudad jardín de la época del **new deal rooseveltiano**, C. Stein, dibujo fechado en 1948. En plena época de apogeo del funcionalismo, la tenaz crítica al urbanismo paleo y neotécnico de L. Mumford en el seno de la Regional Planning American Association —de la que Stein fue uno de sus impulsores principales—, promovía la perduración del modelo de ciudad jardín, que alcanzaba en estos casos políticamente excepcionales, tímidas manifestaciones que, en rigor, confluían en el triunfo generalizado del suburbio jardín, las expansiones calificadas de suelo urbano residencial, resultado directo de la motorización privada de la posguerra. Todo un modelo alternativo de **american way of life** emergía, subyaciendo y aún contraviniendo el implícito modelo socialista solidarista mumfordiano.

del carnaval—, a un mestizaje urbano sesgado por la perduración de formas políticas patriarcales.

Quien mejor encarna el pesimismo crítico acerca de la inviabilidad de una verdadera modernidad americana es el ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada en sus dos escritos principales: *Radiografía de la Pampa* (1933) y *La Cabeza de Goliat* (1940). El primero es una brutal crítica a la abstracta territorialidad argentina y su mera armadura para la dominación del capital extranjero, que retoma el sintomático concepto de *desierto*, y el segundo es un ácido cuestionamiento de la condición ficticia del metropolitano de Buenos Aires, como desmesurada forma de concentración de los propósitos extractivos de aquella dominación territorial. Martínez Estrada exhibe un prolijo inventario de tipos y escenarios urbanos, exacerbando su visión cáustica ligada a una incapacidad de concretar alguna de las dos utopías presentes en el *querer ser* americano y argentino en particular: la de una Arcadía arcaica (que se valora, en cambio, en el discurso de Freyre) y la de una Europa visible como una especie de *paraíso perdido*, sobre todo en el imaginario derrotado del inmigrante que proviene de una marginalidad rural europea. Este inmigrante, constitutivo de la modernidad urbana imperfecta de ciudades como Buenos Aires, que piensa su casa propia como una *tumba*, conformará una de las rémoras —según el discurso de Estrada— más irreductibles para imaginar una verdadera modernidad de democracias urbanas, móviles, interactivas o participativas.

14. En el desarrollo histórico elaborado en el ya citado trabajo de J. L. Romero, lo que aquí identificamos como la *ciudad moderna* se presenta centralmente y apelando a categorías sociales, como la *ciudad masificada*, es decir aquella que verificaría el éxito, al menos formal o cuantitativo, de algunos principios del modelo histórico precedente que llamó la *ciudad burguesa* y que quedó definida como la modernidad constitutiva del republicanismo moderno unido a la institución de la pertenencia a la división internacional del trabajo ulterior al industrialismo central.

La característica principal de constitución de este *momento* de ciudad será para Romero el drenaje campo/ciudad, el despliegue migratorio incesante entre 1930 y 1970 y que sólo en algunos casos —Buenos Aires, San Pablo, Caracas, Rosario— se superpone al anterior movimiento migratorio originado en los márgenes europeos. Lo significativo de esta ciudad masificada —como forma peculiar de modernidad urbana— es la ruralización de la sociedad urbana, o mejor, el lento proceso de aculturación urbana del migrante rural que quizás no pueda trascender el sincretismo híbrido que caracteriza la situación contemporánea aunque haya pasado más de medio siglo del comienzo de aquel drenaje. El proceso no resultó socialmente incruento —Romero registra el conjunto de rebelio-

nes agrarias que se da desde fines de este siglo, incluida la gran guerra mexicana— pero a su vez, contiene los términos de cierta identidad cultural epocal, como el desarrollo de la novelística de melancólica referencialidad a los ex-campesinos, excepcionalmente registrada en *Los de Abajo* de M. Azuela, *Yawar Fiesta* de J. M. Arguedas o *Gabriela clavo y canela* de J. Amado.

La literatura se ocupa de refundar el discurso de este movimiento rural-urbano, que se diluye en la homogeneización del arribo a la ciudad: el *sertao* apenas perdura en la memoria de los desplazados y desculturalizados y sólo subsiste quizás en las historias de Amado o en la filmografía de Rocha o Andrade. Por otra parte, el lugar abandonado de la ruralidad también alcanzará, de manera metafórica, una nueva entidad reservada en el discurso literario: es la Ortíz de *Casas Muertas* de M. Otero Silva, la Comala de *El llano en llamas* de J. Rulfo o, emblemáticamente, la Macondo de *Cien Años de Soledad* de G. García Márquez. Por otra parte y de manera complementaria, el escenario urbano receptivo de esas masas migratorias será asimismo materia o motivo literario de otras tantas experiencias discursivas, en este caso, sin ninguna nostalgia evocativa sino con un crítico y feroz realismo, como en *Lima la horrible* (1962) de S. Salazar Bondy, *Los hombres oscuros* (1958) del chileno N. Guzman o *Villa Miseria también es América* (1959) del argentino B. Verbistky: ya los títulos de estas novelas contienen las referencias críticas a las condiciones sub-urbanas del migrante rural. Las crónicas despiadadas del célebre antropólogo O. Lewis —como su *Antropología de la Pobreza*— se sitúan en estos escenarios urbanos, como en este caso, la *Casa Grande* en *El Tepito*, el célebre asentamiento popular de México D.F., o en sus *Los Hijos de Sánchez* en la sórdida *Netzahualcoyotl*, una de las 450 ciudades satélite de la capital mexicana, surgida de la nada hacia 1950.

Precisamente, una de las características de la modernidad de esta etapa de masificación urbana de la ciudad americana la constituye la proliferación de grandes asentamientos marginales y su mundo cultural específico, saturado de la hibridez de las tradiciones rurales supérstites. San Cosme de Lima, en la ciudad capital de Perú, es una de esas extensas configuraciones, surgida hacia 1945 junto con Atacongo, la *Ciudad de Dios*, iniciada hacia 1948 ocupando eriales improductivos. El desarrollo de estas ciudades pobres, cuidadosamente segregadas de las capitales, no sólo se multiplicará como hongos en todas las ciudades relativamente importantes, sino que a su vez tendrá características de crecimientos explosivos. Ecatepec, uno de los asentamientos periféricos de México, alcanzará 200.000 habitantes hacia 1970, apenas 10 años después de las primeras invasiones de terrenos. Los *barrios piratas*, en Medellín, iniciados hacia 1940, hoy albergan 400.000 habitantes, una quinta parte de la población total. En Lima un 70% de su población habita soluciones de

autoconstrucción y existen casi 1.700 asentamientos ilegales que en los años del populismo velasquista de los '70 fueron eufemísticamente bautizados como *pueblos jóvenes*. El Morro Providencia, la primera *favela* de Río —que impuso además dicho nombre genérico a todos los asentamientos ilegales cariocas—, es de 1930 y se formó con contingentes de pobladores que habían participado de las exterminadas escaramuzas rurales de la Guerra de Canudos.

15. La modernización urbana americana se caracteriza, como vimos, por una nueva interrelación brusca y acelerada entre el campo y la ciudad, y la fusión sincrética de sus respectivas culturas populares, en el seno de los procesos migratorios y la constitución del mundo de la marginalidad popular urbana, que constituye un signo de su peculiaridad y, dicho en tono crítico, de su imperfección, tanto respecto del desarrollo socio-político —eso que el mexicano Octavio Paz nombrará como déficit de modernidad democrática, verificable tanto a nivel de la sociedad (populista) como del estado (paternalista)— como de su efectiva materialidad. La multiplicación de los registros discursivos acerca de estos procesos ofrece un campo de análisis privilegiado de dichos procesos, cuya historicidad, también *débil*, a veces resulta inscripta en esa única clase de documentos: enunciados del poder clientelista y favorecedor de una agregación urbana con el comportamiento emotivo de las muchedumbres (ya que no crítico-analítico de las masas organizadas políticamente; de allí, la notoria inconsistencia de los discursos programáticos de los partidos políticos americanos), persistencia, diversificación e hibridación de los discursos mítico-populares de orígenes arcaizantes y rurales-aborígenes, eclosión de los relatos nominativo-descriptivos de dicho proceso de modernización (sobre todo, de la literatura que oscilará entre un enfoque realista de corte flaubertiano y una mirada surrealista mágica, con no poco espíritu conciliador), despliegue de unas lecturas técnicas más cercanas al discurso socio-organizacional de la comunidad que a los enfoques de las ingenierías de infraestructuras y/o del planeamiento espacial y, por último, desarrollo de los idiolectos populares, preferentemente consecuentes de las prácticas sociales de la marginalidad (ilegalidad, picaresca, supervivencia metropolitana, delito, cuentapropismos, etc.). Esta mezcla informe y a menudo segregada de las preceptivas discursivas estamentarias, esta diversificación, en cada campo de los enumerados, de distanciamientos imperfectos de los discursos canónicos (de la política, las ciencias sociales, la literatura, las religiones, las *medias* o el urbanismo), es lo que otorga, en su contextura histórica, un carácter específico y peculiar a las formaciones socio-culturales americanas; eso que de manera ideológica —o sea formando parte estrecha del magma discursivo— intentó caracterizarse bajo el concepto de *identidad*. Intentemos pues, para cerrar esta etapa y abrir la próxi-

ma, aludir a dos campos de manifestación de la diferencialidad, hibridación y peculiaridad americana de la discursividad: los registros literarios y las prácticas técnicas modernas de construcción de la ciudad.

Los estudios de B. Sarlo¹⁶ acerca de la articulación entre literatura y modernización urbana de las décadas del '20 y '30 en Buenos Aires constituyen un punto de referencia convergente al propósito indicado. Deudora de enfoques semejantes desarrollados en el contexto europeo —desde las miradas socio-urbanas de Simmel hasta las indagaciones de Benjamin acerca del París del siglo XIX re-presentado por la poesía baudelairiana, desde los estudios de Bajtin hasta los recientes trabajos de Schorske, Berman, Sennet o Buck-Morss— y participando de un movimiento de análisis discursivo americano —visible, por caso, en D. Viñas, H. Libertella, J. Lezama Lima, J. Plá, A. Cándido, el citado R. Morse, O. Paz, R. Echevarría, H. Achugar, N. García Canclini, R. Piglia y otros—, las investigaciones de Sarlo se proponen considerar aspectos *tópicos* de la discursividad literaria. Estos análisis procuran un enfoque, por así llamarlo, dialéctico: se trata así, no sólo de constatar cómo la ciudad es nombrada en los textos literarios, sino sobre todo, cómo tal discursividad refunda o reinstituye fenómenos o instancias de las prácticas urbanas, siguiendo el paradigma benjaminiano según el cual Baudelaire es más un *productor* que un *cronista* del proceso constitutivo de la modernidad urbana parisina del siglo XIX.

Un ejemplo de esta clase se da, según Sarlo, en Borges y su ideología nostálgica pero a la vez distante de un ruralismo utópico, que deviene en la invención de las *orillas* (y su sujeto ficcional, el compadrito cuchillero orillero): un espacio virtual y configurado como ficción; adquiere una categoría de tópico mítico, una entidad irreal pero definidora de una identidad ideologizada y convertida en aspecto positivo (frente a las lacras reales del proceso de configuración del mundo de la marginalidad urbana). *Su invención son las orillas* —dirá Sarlo—, *zona indecible entre la ciudad y el campo, casi vacía de personajes, salvo dos o tres tipos más presentes en las ficciones que en los poemas. El espacio imaginario de las orillas parece poco afectado por la inmigración, por la mezcla cultural y lingüística. En debate está, como siempre, la cuestión de la argentinidad, una naturaleza que permite y legitima las mezclas: fundamento de valor y condición de los cruces culturales válidos.*

Es por la ideológica vía de la mitificación literaria que se redime el contenido anacrónico y reaccionario del movimiento migratorio campo/ciudad, reteniéndose y enaltecándose elementos como la violencia, el autoritarismo paternalista de raigambre caudillesca o la marginalidad delictivo-picaresca. La refundación literaria borgeana (del tópico y sus sujetos) ofrece legitimidad ideológica a la perduración y revigorización del paradigma conservador/caudi-

lista bien entrado este siglo; es curioso comprobar cómo este afecto literario borgeano se complementó con su rechazo político formal del populismo.

En otros registros literarios la ciudad se complementa en otras visiones, igualmente poderosas y hasta funcionales. R. Arlt entendía, en sus ficciones, a la ciudad como opuesta a la naturaleza, como un infierno o laberinto tecnológico en que pululaban el crimen y la violencia; una ciudad que rememoraba el espacio productivo urbano de los poetas malditos del siglo XIX. *La ciudad como infierno* —resume Sarlo, a propósito de Arlt—, *la ciudad como espacio del crimen y las aberraciones morales, la ciudad opuesta a la naturaleza, la ciudad como laberinto tecnológico; todas estas visiones están en la literatura de Arlt, quien entiende, padece, denigra y celebra el despliegue de relaciones mercantiles, la reforma del paisaje urbano, la alienación técnica y la objetivación de relaciones y sentimientos.*

En cambio, O. Gironde complementariamente aludía a la Buenos Aires de los años '20 como una ciudad pura naturaleza y sin historia, en la que eran posibles y deseables las prácticas eróticas del surrealismo: esa ciudad era objeto de una mirada así, pornográfica, en la que las distancias corporales y sensoriales entre los sujetos (el que vivía y el que escribía) se habían anulado. Otro poeta significativo de esa Buenos Aires, R. González Tuñón —quizás por su talante marxista metropolitano—, emprendía un discurso antiborgeano, en el sentido de anular la especificidad tópica de algunos espacios característicos —el arrabal, el patio, el barrio— que pasaban a ser meras expresiones de una espacialidad común del mundo social proletario, y si debía haber un condensador tópico referencial eso era, sobre todo, París, la ciudad imaginaria en que vivía todo poeta urbano. *La idea de ciudad en la poesía de Tuñón* —dirá Sarlo— *tiende a ser refractaria al barrio, porque remite en lo esencial, a la nueva escenografía urbana transformada por el cosmopolitismo. De allí su obsesión con el puerto y el exotismo de lo bares y pergundines de Paseo de Julio. Se trata obviamente de un espacio de mezcla y no del homogéneo arrabal donde las relaciones son directas y el conocimiento mutuo, ineludible. En esta escena moderna y a la vez deteriorada por la marginalidad y la extranjería, González Tuñón trabaja la exacerbación de lo heterogéneo: hombres o mujeres que tienen diferentes pasados (miserias europeas, insurrecciones obreras) y diferentes lenguas, cuyo contacto es siempre puntual, fugaz, decepcionante y equívoco.* Un conjunto de poetas sociales de Buenos Aires (Olivari, Yunque, Riccio, Castelnuovo, Barletta) esgrimía todavía otra clase de discurso en el proceso de nombrar tópicamente lo urbano, al revelar la tensión entre periferia y centro, entre arrabal y corazón metropolitano, como un camino de apropiación social y cultural, que iba del extrañamiento y la distancia a la exaltación de una práctica política leída como movimiento de conquista de lo lejano/ajeno de esa ciudad mundo. Refiriéndose a uno de los trabajos de tales poetas, *Los Versos de la Calle* de A. Yunque,

dice Sarlo: *Son precisamente lo que designa su título, poemas de los espacios públicos, del ámbito sociológico y moral del barrio o la avenida del centro, donde también está la pobreza: faroles torcidos, adoquines desparejos, tachos de basura, alguna fábrica, edificios en construcción, cloacas, tranvías y vidrieras. Es el mundo visible de la ciudad moderna donde las injusticias pueden percibirse con sólo arrojar una mirada. Pero esa mirada es la del poeta: los que van por la calle no tienen tiempo para ver a las víctimas de la ciudad nueva.*

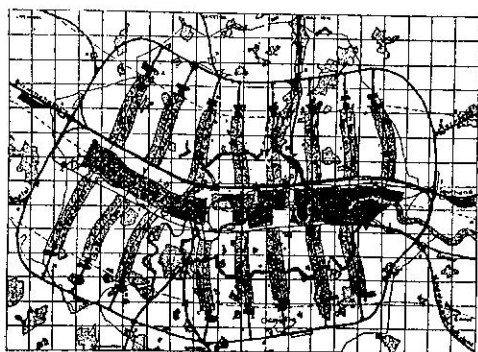
En toda esta productividad literaria, en esta discursividad poética referenciada en lo urbano, creemos advertir, no tanto la exaltación de lo tópico (en todo caso, siempre exageradamente redefinido ficcionalmente), sino más bien la prevalencia del sujeto-tópico, el habitante de un mundo concreto (arraballero, compadrito barrial, trabajador industrial, pequeño delincuente o pícaro, inmigrante típico —gallego, tano, ruso, turco, con los contenidos integrativos de estas simplificaciones etno-sociales—, etc.) cuya deriva de modernización urbana —o metropolitana— es presentada en la estructura de la ficción como una verdadera epopeya, cuyo destino o fin último es la apropiación del centro y la anulación de las diferencias sociales y espaciales (a partir, no tanto, de cambios políticos sino de conquistas simbólicas supra-clasistas: el tango, el fútbol, la plaza).

16. La construcción técnica de la ciudad moderna americana está saturada de influencias directas de los países y ciudades de modernización previa (Francia y París, Inglaterra y Londres, y aún o más tardíamente, USA y Nueva York o Chicago). Las prácticas de los *embellissements* parisinos, con la saga de los grandes parques urbanos de Alphand y sus secuelas en Olmsted o Paxton, son por caso uno de los intereses primordiales de la modernidad representativa del liberalismo formalista de los nuevos estados, afianzado ya su rol internacional, que se transmitirá en las urbes regionales por cultores metropolitanos activos aquí, como Agache, Forestier, Rotival, Prost, Wegenstein, Brunner o Lambert, por propagandistas y promotores eficaces como Bouvard o Hegemann y aun por urbanistas autóctonos pero formados, por ejemplo, en Francia, como Pereira Passos, Ubatuba de Farías o Della Paolera. En otros casos, esta modernización técnica está asociada o es directamente dependiente de las empresas inversoras en las grandes obras de infraestructura urbana y territorial, como será el caso de las redes ferrocarrileras, los puertos, los silos graníferos, los frigoríficos, los grandes mercados urbanos acopiadores de materias primas, las redes cloacales y de agua, las redes de electrificación urbana, el transporte subterráneo, las instalaciones energéticas, etc.

La impronta de las tecnologías originarias británica, francesa, alemana, belga y aún italiana y estadounidense, se transmite de manera directa a menudo con

la radicación de especialistas de dichos orígenes e incluso con la utilización, en algunas ocasiones, no sólo de los proyectos sino además de materiales y manos de obra originarias de dichos países exportadores de capitales y tecnologías.¹⁷

Quizá, por fuera o como complemento de dicho proceso genérico, sea de interés apuntar algunas características que remiten a la especificidad de los desarrollos técnicos urbanísticos americanos en sus aspectos ligados a la discursividad y a la enunciación de postulados transformativos y modernizadores de la ciudad, a menudo saturados de utopismo o voluntad más ideológica que tecnológica. Esa cualidad de enunciación ideológica caracteriza, por ejemplo, la entidad de algunos planes de transformación de las ciudades americanas, como podría referenciarse con las propuestas de Forestier (1925) o Le Corbusier (1940) para Buenos Aires: transidos del mesianismo ingenieril haussmanniano, estas proposiciones, exageradamente autónomas de las decisiones del poder y el capital inmobiliario, destacan por su ingenuidad operativa e instrumental y por la reiteración —por otra parte, muy americana— de una tentativa formal de modernización de los artefactos urbanos, por fuera de la constatación de verificación de los procesos profundos de modernización (industrialización productiva, democratización social, innovación cultural). El utopismo *naif* de esta vertiente aparentemente técnica de los discursos urbanos podría hipotetizarse como una suerte de constante en nuestras historias urbanas, desde el siglo XIX en adelante; utopismo verificable en algunas de las *colonias* mexicanas, en las nominaciones propias de una especie de deseo de progreso (como el proyecto de unos Champs Elysées para acceder al predio suburba-



Propuesta para el crecimiento urbano modular de Londres, Grupo Mars, 1944. Toda la línea anti-racionalista para la expansión de la ciudad existente, configura un filón técnica y culturalmente complejo, para resolver cuestiones vedadas para la mirada racionalista, como el equilibrio campo-ciudad, la economía de la producción de nuevo suelo urbano, la promoción de formas de habitabilidad urbana que superaran el estandarismo funcionalista, la investigación sobre formas alternativas de gestión y gobernabilidad urbana en el seno de las incipientes complejidades metropolitanas, etc. Todo ello encontrando un cierto cauce de **leadership** en las propuestas del Greater London Plan, de P. Abercrombie, del cual esta propuesta de desarrollo de peines de viviendas y equipamientos colectivos que evocan una pluma de ave o la rama de una acacia, son tributarias. Como ya había ocurrido con las pioneras ideas de Howard, los modelos natural-organicistas y románticos eran mucho más complejos que lo que se deducía de ese etiquetamiento despectivo emergente del bando racionalista.

no del dictador argentino J. M. Rosas) o en la tentativa de proponer un tibio reformismo social en los nombres de los sórdidos loteos que se desarrollaban como succulentos negocios de albergue de las masas migratorias (*Jardín Obrero, Edén Argentino, El Paraíso, Versailles* son algunas de las designaciones usadas en el caso de las periferias de la ciudad de Buenos Aires hacia 1890).

En el caso de Lima, la gestión del presidente Leguía —abogado de las empresas azucareras de capital norteamericano, que bajo su influjo y protección no sólo participaron de la puesta en producción del área costera del país sino del negocio de la expansión urbana capitalina, el trazado de líneas ferroviarias junto a la avenida Arequipa con rumbo sureste— supuso el montaje de una de las primeras organizaciones territoriales de conurbación, con la finalidad de generar una cierta segregación y estratificación social que todavía perdura como estructura metropolitana capaz de soportar diferencialmente tanta diversidad urbana. La conquista del sur metropolitano se designó tanto mediante una recuperación y exaltación de las toponimias coloniales (*San Isidro, Camino Real*) como de una apelación a una nominación naturalista, proclive a congeñar con el ideal de ciudad jardín (*Los Mirtos, El Olivar*). El proyecto de las *garden cities*, despojado de su aureola de moderado socialismo originario, fue funcional al proceso de desarrollo inmobiliario periférico en la ciudad americana, incluso en los casos que, como los paulistanos (*Jardines América, Paulista y Europa*), el proyecto tuvo la relativa legitimidad de sus autores metropolitanos, el dúo Unwin-Parker.¹⁸

Pero quizás uno de los casos más ilustrativos de este movimiento de construcción de la ciudad moderna americana sea el ofrecido por la práctica del pintoresco empresario uruguayo Francisco Piria.¹⁹ Se trató de uno de los clásicos especuladores inmobiliarios, que fraccionaron la conversión del suelo rural adyacente a los cascos históricos coloniales para generar, habitualmente, esa especie de pseudo-suelo periférico que sirvió para alojar a los masivos contingentes inmigratorios y que motorizó un urbanismo pragmático y anticipativo de las acciones del Estado, que ulterior a estas operaciones privadas, desarrollaba, como podía, el suministro de las dotaciones de infraestructura de servicios y transporte, intentando revestir de urbanidad las intervenciones de conversión formal de suelo agrario en parcelaciones urbanas (*loteos*) que desplegaban empresarios como Piria. Éste se autoatribuyó la friolera del desarrollo de 350 barrios o pueblos (incluyendo una ciudad turística que previsiblemente se llamó y llama *Piriápolis*) y 175.000 predios, lo que suma más de 8.500 hectáreas, o sea, el equivalente a una ciudad de un millón de habitantes. Si bien la investigación que citamos acerca de las prácticas de este incipiente *urban developer* ha podido determinar fehacientemente una actividad menos prolífica (53 nuevos barrios en el ámbito de Montevideo y unos

15.000 solares), la magnitud de la empresa y su efecto modelador de la ciudad ha sido, en cualquier caso, notable y determinante de sus características hasta hoy. El caso se nos presenta como ilustrativo de las formas peculiares de la modernidad urbana latinoamericana, no sólo por la significación del desarrollo de unas formas puras del crecimiento urbano en base a unidades-mercancía y del montaje de un mercado privado de tierra urbana de gran escala, sino también por la precariedad de la operación (en cuanto a la carencia de efectivas infraestructuraciones territoriales y al carácter de una esforzada micro-acumulación individual completamente carente de asistencia crediticia) y por el contenido paternalista-progresista del discurso ideológico del empresario. En este segundo ítem, es interesante hacer referencia a los aspectos de utopía realizada y prácticas vinculadas a los ideales socialistas que Piria esgrimía en su acción, como asimismo a su énfasis en el discurso sanitarista que alcanzaba a dignificar los nombres de algunos barrios vendidos: *Aire Puro*, *Nido de Cóndores*, etc.. A las colectividades inmigrantes les ofrecía *productos* que evocarían sus nacionalidades originarias: *Garibaldi*, *Umberto Primo*, *Nueva Génova*, *Castelar*, *Villa Española*, etc.. También ofrecía villas industriales cercanas a las nuevas fábricas o vendía solares basándose en que eran accesibles por la tarifa más baja del tranvía. Preconizaba una especie de evolucionismo social, señalando el carácter progresista de ser respecto de la tierra, primero *propietario* y luego *rentista*. Un párrafo de la propaganda que Piria hacía de sus remates de tierra en los periódicos ilustra finalmente sobre el objetivo de tinte moralizante y socialista con que pretendía maximizar su mercado de gran escala: *Los solares se venderán a pagar un peso por mes, pues así estarán al alcance de todas las personas pobres, trabajadoras y económicas que en todos los tiempos han sido la base angular sobre la cual ha surgido imponente el progreso en la edificación de la capital y sus contornos. Este remate es para los pobres, es para los desheredados de la fortuna. Es para los que nada tienen, pero tienen la virtud del ahorro, que se privan de lo superfluo y economizan un peso por mes, para que adquieran un solar y puedan vivir tranquilos y persuadidos de que su fortuna está asegurada.*

De la ciudad populista a la ciudad mestiza

17. La decantación de las peculiares —e imperfectas— formas de modernidad que caracterizan la construcción de la ciudad latinoamericana ofrece el panorama dominante de una internalización de las masas migrantes de origen rural, en base a la proliferación de asentamientos marginales más o menos segregados en las estructuras urbanas y maximizando su precaria periferyación de baja tecnificación infraestructural. A veces este tipo de proceso socio-esp-

cial puede afectar la precarización o tugurización de áreas históricas centrales, como en Lima, La Paz, Bogotá o Río de Janeiro; a su vez también expresa el desarrollo de formas de terciarización débiles, con la proliferación de las formas económico-comerciales llamadas *informales*, que fueron derivando el sector comercial al de servicios (prestaciones personales, *outsourcing* industrial, artesanatos, transporte, etc.) con efectos acentuadores de transformación urbana (más perifерización y marginalidad, más tugurización de las áreas centrales, etc.). Este proceso de desarrollo urbano y de transformaciones socio-productivas y culturales es acompañado por el fortalecimiento de formas políticas populistas que recuperaron las tradiciones rurales-conservadoras y autoritarias-paternalistas de los viejos cacicazgos del caudillismo territorial; que pudieron remozarse, en el manejo mediático, mediante formas de cooptación y clientelismo territorializado a las que la *debilidad* elefantíaca del desarrollo metropolitano le resultaran enteramente funcionales: de allí que surgieron discursos enunciadores de la positividad neocapitalista de estos fenómenos —como *El Otro Sendero*, del sociólogo peruano Hernando de Soto— y que los regímenes populistas tendieron a no desalentar estas aglomeraciones vista su funcionalidad y eficacia respecto de sus propios objetivos políticos de viraje al ejercicio más crudo de los ajustes socio-económicos ultraliberales. Ello se expresa en el incremento sostenido de la población urbana que pasa a formar parte de las capas de pobreza extrema. La aceptación, y aun la estimulación de la metropolización *débil* en los términos citados, implica en cierta forma el abandono de las políticas de modernización (enunciadas, en su momento, por ejemplo, por autores como G. Germani²⁰) y también la eclosión de una ciudad que, desde un punto de vista socio-cultural, oscila entre el populismo y el mestizaje, ambas características *massmediatizadas*.

Lo que en los años de la ilusión *desarrollista* de la década del '60 quería disolverse u homogeneizarse en la voluntad de una urbanidad modernizadora ahora reaparece con fuerza; me refiero al componente étnico, a la ruralidad aborígen regenerada —aunque también muy trastornada— en el ámbito de unas prácticas urbanas signadas, como veíamos, por la marginalización, la perifé-rización, la *tugurización* y la ficticia pertenencia a formas políticas populistas-clientelistas mediatizadas por los medios masivos de información y consumo. Tres antropólogos americanos analizaron cuestiones de esta reemergencia de lo aborígen-rural en la ciudad, enlazada a sus diversas *epistemes* fundantes u originarias: R. Kusch en relación con el mundo andino, G. Bonfil Batalla vinculándolo al mundo mesoamericano y D. Ribeiro ligándolo con el mundo tupí-guaraní.

El discurso de Kusch, con su originario realce del *puro estar* andino-americano claramente tributario de cierto pensamiento etno-irracionalista europeo

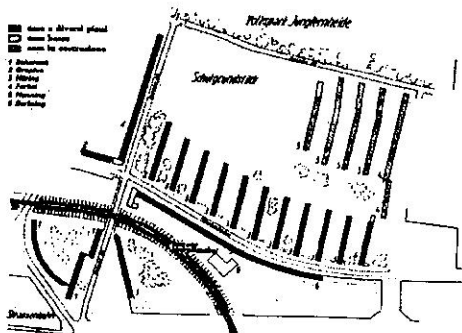
(que une, por ejemplo, a Nietzsche con Heidegger y Levinas), cree advertir una especie de póstumo triunfo o revancha indigenista en la precariedad de la urbanidad americana dado que, si bien históricamente la entidad de lo aborigen parecería disolverse tanto en la mestización como en la urbanización —la doble licuación de lo indígena y lo rural—, la imposible llegada a una *ciudad blanca* o no-mestiza parece, en América, una utopía ilustrada.

En uno de sus libros idealizadores del *episteme* indigenista, *Indios, porteños y dioses*,²¹ se propone investigar algunas características fundantes del existir andino supuestamente supérstites en los modos urbanos populares actuales de sus estudios, que revisan el Buenos Aires populista de los años '50 y '60 desde una perspectiva crítica de la modernidad entonces emergente. Uno de sus temas es el rescate del contenido de ritualidad de la vida urbana indígena cusqueña, tanto por su materialidad pro-mágica como por la mitologización de la cotidianidad: *La piedra concretaba el poder de la magia. No por nada corre aún hoy la leyenda de que los incas habían descubierto cierta planta con la cual amasaban la piedra.* Esta condensación de ritualidad sobre lo material urbano y territorial que definía el sistema de *ceques* y *huacas* hacía que *la magia y la religión convirtieran entonces a una calle en otra cosa que difería de lo que entendemos hoy por tal.* De lo que devenía, según Kusch, la condición ritual de la externidad urbana: *Cuando un quichua salía de su casa no entraba en la calle como si ésta estuviera vacía, sino que ingresaba a un lugar que era aún más sagrado que su propio hogar.* De la dualidad simbólica de la ciudad andina —la del *hanan* y el *hurín*, que podría constituir un criterio para favorecer la exogamia— Kusch infiere el reconocimiento de un mundo de lo fasto y lo nefasto, que instituye una convivencia con lo azaroso del vivir urbano, entonces y ahora, en la perduración de lo aborigen en lo mestizo. Esa perdurabilidad etno-social se reencuentra en la coseidad de lo sígnico, en la preponderancia del factor denotativo en el puro hecho de materialidad: *Vivimos siempre en un paisaje aunque no lo querramos... ¿Se aprende para saber mucho o se aprende para poder inscribir la propia vida en el paisaje?* Esa materialidad externa del paisaje, como condición definitoria del mero estar, tuvo —y tiene, en su supervivencia— una manifestación cultural-funcional: *Los amautas enseñaban a sus alumnos las cosas de su tierra y sus creencias mediante cordeles, a los cuales agregaban nudos: eran los quipus. Cada nudo equivalía a una palabra nuestra o a una idea. Los usan aún los indígenas para contar sus ovejas. Cada nudo correspondía a una cosa. Por un lado había un signo, por el otro, un trozo de vida que le correspondía. Vida y signo iban de la mano. Ese usar las palabras como cosas* es lo que, según Kusch, perdura en la habitualidad de la vida americana, aun en lugares tan trasvestidos de lo étnico originario como Buenos Aires: *bola sin manija, cancha (y canchero), estar en banda, ver para creer, deschave* (el desarmado de lo íntimo y su expo-

sición), *hacer (le) la cruz* (de Tunupa), *dar (le) corte, mandar (se) la parte, se (me) hizo* (la magia del paño), *ir al centro* (buscar el quinto estado o centro de la cruz o cuaternidad en el rito de la lectura de la coca según el brujo o *yatiri*), *el andar* (¿cómo andás?, como saludo), son sólo algunas de las expresiones lingüísticas actuales urbanas —por ejemplo, del habla popular de Buenos Aires— que subsisten y que remiten a nominaciones del mundo originario andino.

Estas indagaciones son proseguidas y profundizadas en el otro trabajo de Kusch, consagrado al análisis de la perduración de lo verbal-existencial indígena andino en la cotidianidad popular urbana americana, *De la mala vida porteña*.²² La base de este libro es el estudio del origen indiano de muchas palabras del *argot* dialectal o *lunfardo* del habla popular de Buenos Aires, en torno de la confrontación entre los modelos existenciales del *ser alguien* (europeísta) y el *dejarse estar* (americano). En ese dejarse estar resuena, según Kusch, una idea o noción de sacrificio, que implica una voluntad de alejamiento o prevención de lo real mediante el lenguaje y que fue una de las vías de la resistencia antropológica indígena frente al proyecto de la homogeneización cultural urbano-estamentaria: en esta confrontación el sacrificio se opondrá al rendimiento. *Estar de vuelta, aquí ando, pobre diablo* o el *pa'm:* son algunas de las configuraciones lingüísticas estudiadas por Kusch en tanto persistencias antropológicas indígenas en la vida urbana. Uno de los efectos socio-urbanos de esta dialectalidad peculiar es la internalización subjetiva de una cierta idea de ciudad, una ciudad personal, que por ejemplo distingue una ciudad de ida (que es la ciudad de la producción o el rendimiento, prefigurada en el ritual estricto del viaje matutino al trabajo) de una ciudad de vuelta (que es la ciudad del recogimiento o el sacrificio, verificable en la aleatoriedad ritualizada del viaje vespertino al hogar, mediatizado por el café, los amigos, la improductividad en suma). Apuntemos aquí de paso cómo esta dualización que Kusch registra en los años '50 ó '60 hoy tiende a desaparecer en torno de la reapropiación productivista del tiempo libre y en su re-rutinarización ya no aleatoria o ritualista, sino redefinida por la omnipresencia del consumo.

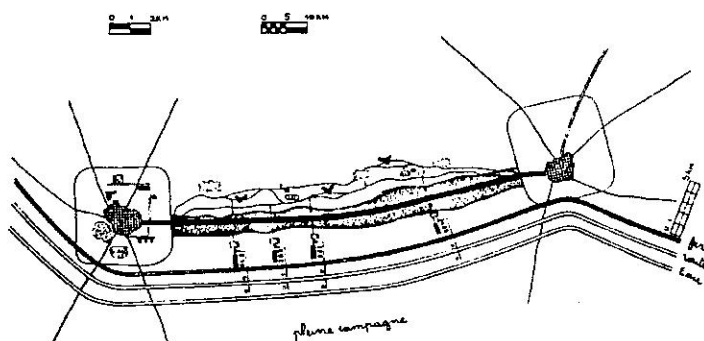
Si bien el enfoque de G. Bonfil Batalla sobre el caso mexicano —desarrollado en su libro *México Profundo. Una civilización negada*²³— se ocupa de analizar el grado de entidad histórica ruralista o anti-urbana, por así nombrarla, que todavía retiene la cuestión indigenista luego de tanta persecución en nombre de una supuesta homogeneidad civilizatoria, hay también en su trabajo una mirada sobre la pervivencia urbana de dicho legado, que fue y es considerablemente vigorosa en México y en los países mesoamericanos en general, incluso al nivel de la definición de elementos de la materialidad urbana, como ciertos barrios o ciertas tipologías habitativas híbridas, como la *vecindad*. En algunas zonas urbanas —refiere Bonfil— *se hablan las lenguas indígenas originales, tanto*



Siemensstadt Siedlung, Berlín, 1929, arqs. W. Gropius y H. Scharoun. Las propuestas surgidas del entronque de las ideas políticas socialdemócratas y técnico-estéticas racionalistas debía decantar en la proposición de verdaderas máquinas habitativas urbanas, artefactos desprovistos de toda articulación con las ideas tradicionales de ciudad (por ejemplo, en el entusiasta apoyo a los esquemas de monobloques lineales y a la producción de estos conjuntos en medio del campo de las periferias urbanas), con las proposiciones bio-ecologistas de las corrientes de inspiración gедdes-howardiaga, y en cambio, con un alto interés en la racionalización productiva (*existenz minimum*, cocinas laboratorios, montaje industrial según el uso de tecnología pesada, alegorización de las cadenas de montaje de la producción fordista, etc.). Desde luego, toda la dialéctica implícita en la oposición entre los modelos de las **garden cities** y las **siedlungs** se trasplantó a la discusión americana en pleno momento expansivo de sus ciudades tanto como de cambios en sus imaginarios políticos y culturales.

en las relaciones familiares como en ciertos espacios de la vida comunal. Por varios rumbos de la ciudad, y no sólo en la periferia más rural que urbana, subsisten las mayordomías para organizar las fiestas del santo local. La familia extensa cumple un papel todavía importante como forma de organizar la cooperación del grupo doméstico. Perduran ritos y celebraciones de estirpe india en el corazón mismo de las ciudades, como las ceremonias del día de muertos y las peregrinaciones a los grandes santuarios. Hay congregaciones que exaltan una identidad india genérica, no referida a ningún grupo en particular ni vinculada a alguna comunidad o región específica, a través de danzas y ritos de origen viejo, como los llamados concheros que reclutan buena parte de su membresía entre habitantes de las ciudades. Los mercados urbanos, al menos en el centro y sur del país, ofrecen siempre una gran diversidad de productos originados en la civilización mesoamericana. Ahí está la rica gama de alimentos que siguen siendo de consumo popular aunque menospreciados por otros sectores urbanos: los acociles y los nopales, el pulque y los tlacoyos, los huauzonules y los capulines, las tunas y las pencas de mezcal. Más allá, siguiendo una distribución ordenada semejante a la que llamó la atención de los cronistas del siglo XVI, podrán hallarse los puestos de los yerbateros, con remedios para toda clase de males y amuletos para prevenir los daños. Esta omnipresencia cultural de lo indígena en lo urbano alcanza a configurar, por su negatividad, el concepto, típico en Guatemala, de la *ciudad ladina*, que es la ciudad ficticia que intenta definirse como no-india, con lo cual, paradójicamente, el *ladino* es quien resiste ante la proliferación étnica indiana. Aunque, por otra parte, la confrontación entre lo moderno-ladino y lo indígena ha instaurado, despectivamente, la calificación de *naquiza*, denominación peyorativa con que se nombra a los *nacos*, indios urbanos y a su entidad-nación.

El abordaje del problema en el caso luso-tropical que hace D. Ribeiro —en su colección de ensayos *Indianidades y Venutoptias*²⁴— es más complejo y variado, según la diferente expresión del tema en Brasil y extensivamente en las áreas amazónicas americanas (Perú, Colombia, Venezuela y las Guayanas). Por una parte Ribeiro examina su carácter de pueblos testimonio y su posible derivación o influencia en la conformación de probables y aun utópicos pueblos emergentes. Por otra parte, esos estudios confluyen en el análisis de las fusiones indio-negras que han obtenido cierta instalación en las culturas urbanas, siendo más bien la negritud la expresión de tal pervivencia en la cotidianidad popular urbana, por ejemplo en el caso del complejo ritual de Yemanjá, y su virtual confrontación con la festividad católica de la circuncisión del señor y el recambio de todo su aparato simbólico europeísta en los ritos marinos del fin de año. Ribeiro, en otra consideración acerca de la aculturación indígena, se refiere a su capacidad de resistencia a la asimilación: *La resistencia de los indígenas y de las tribus a la asimilación contrasta tan flagrantemente con el potencial asimilativo de las diversas categorías de europeos, de negros y de asiáticos que llegaron a América, que no alcanzamos a explicárnosla.*



Idea para la reurbanización de St. Dié, Le Corbusier, 1946. A orillas del Meurthe, esta ciudad de larga tradición industrial destruida por los bombardeos de la segunda guerra mundial, recibió una propuesta de redesarrollo por parte de L. C. según la cual desaparecía el concepto tradicional de ciudad y se organizaba una especie de conurbación lineal en la que el río separaba la industria verde de las **unités** residenciales, organizadas en núcleos de unos 10.000 habitantes. El ideal del teórico soviético Millutin, de una ciudad derramada en vastas organizaciones territoriales de pura infraestructura y equipamiento disperso en lo natural (que venía a representar según el ruso, la manera de concretar el precepto marxista de superar la dicotomía campo-ciudad) era retomado por L. C. durante la posguerra, vinculando ideas muy divergentes: desde el humanismo vitalista y prosocialista de la dispersión de lo urbano en lo rural, hasta la organización de estructuras habitativas en las que la disposición del trabajo y la residencia respondían a patrones provenientes de los **layouts** del generalizado fordismo productivo.

Tal como no nos explicamos tampoco por qué los judíos y lo gitanos insisten tanto en ser judíos y gitanos, y más afirman su identidad étnica cuanto más perseguidos se ven. Esta idea conduce a una noción desterritorializada de la identidad, pero no por ello menos real. Como contracara de esa capacidad de desilusionada resistencia está el caso de la pacificación integrativa de naciones indígenas, finalmente explicables por los factores económicos del supuesto progreso subsecuente. *Están en este caso los célebres kaingáng de Sao Paulo, pacificados en 1912, cuyas tierras están hoy cubiertas por algunos de los mayores cafetales de Brasil; los xokleng de Santa Catarina, pacificados en 1914, en el valle de Itajaí, donde prospera actualmente la región más rica de ese estado; los botocudos del valle del Río Dulce, pacificados en 1911, cuyo territorio tribal entre Minas y Espírito Santo es hoy ocupado por ciudades y haciendas; los umotina de los Ríos Sepotuba y Paraguay, cuya pacificación en 1918 permitió explotar los mayores montes de boaya del Brasil; los parintintín, que hasta 1922 mantuvieron cerrados a la explotación los extensos seringales del Río Madeira y sus afluentes; los urubus que hasta 1928 mantuvieron en pie de guerra a casi todo el valle del Río Gurupí entre Pará y Maranhao; los xavantes del Río das Mortes, pacificados en 1946.* Lógicamente estos procesos no fueron ni fáciles ni incruentos y los sedimentos de las etnias originales todavía subyacen en las configuraciones aparentemente modernizadoras posteriores al exterminio.

Los estudios de Ribeiro también examinan las sagas religiosas como las del culto de Maíra y sus mitos creacionales, que alcanzan expresiones de choque antropológico en las recreaciones de estas mitologías, como el viaje iniciático y exploratorio de Uirá, indio *urubú*, que en 1939 realizó una reedición del periplo cristiano por las tierras de Maranhao, en busca del contacto salvífico con la civilización hasta la culminación en su inmolación ritual en el Pindaré, a la vera de la indiferente ciudad de San Pedro. Y llegan, dentro del componente utópico del discurso de Ribeiro, a valorar las formas de vida de grupos aborígenes como los *makiritare* del trópico venezolano, *reemplazando la oposición rural-urbano y el contraste obrero-intelectual* en algo que siendo una *remakiritización* de Venezuela pudiera, a la vez, ser mucho más que eso.

18. Si las consideraciones acerca de la persistencia (resistencia, confrontación, enmascaramientos) de lo aborígen en la condición urbano-metropolitana americana pueden ayudar a entender la especificidad de tal condición, en tanto articulación de elementos populistas y mestizos desde la convergencia de la autoctonía (naturaleza, cosmogonías mitológicas devenidas en aspectos idiosincráticos o antropológicamente constitutivos) en la definición del mestizaje, ahora deberíamos indagar en la discursividad inherente a la constitución de lo popular y lo populista en tal dialéctica, rescatando, ante todo, el

doble aspecto social e ideológico, respectivamente, de ambas nociones. No como tema de teoría política —que en el caso americano significa un abordaje casi excluyente para entender el último medio siglo de historia social y sobre todo, para definir la articulación de poder y urbanización (en torno de la re-territorialización mediática de los cacicazgos caudillistas— ni como tópico de teoría social —la famosa confrontación entre las categorías de clase y pueblo, que en realidad terminó por resultar funcional a las necesidades del discurso político y a la neutralización múltiple de las perspectivas transformadoras de los discursos de *izquierda*—, sino en tanto lo populista se instala como uno de los niveles de discursividad urbana, sobre todo en el ámbito microsociedad de la cotidianeidad de la vida urbana segmentada, o sea, despojada de una realidad o ilusión de pertenencia a una idea de totalidad urbana y remitida a escalas de suburbanidad como las nociones de barrio, suburbio y periferia.

Un primer aporte a estas consideraciones, particularmente interesante porque se suplementa a la persistencia de componentes étnicos originarios, lo ofrecen los argumentos de G. Portocarrero,²⁵ quien analiza las deficiencias de la aculturación urbana del migrante de origen rural con especial detenimiento en el caso de Lima, pero que, matizadamente, son extrapolables a otras situaciones americanas. Su propia indagación empírica resalta la existencia de una especie de *magia urbana adaptativa*, es decir, el despliegue de un arsenal de conductas psico-sociales que revisten con persistencias de la pre-vida rural, una suerte de ritualidad defensiva frente a la novedad de una vida metropolitana signada por la exclusión y marginalización. Sus consideraciones son interesantes porque agregan un cuadro de situación de otros puntos de vista del análisis social reciente de esta fenomenología de la aculturación urbana: la visión optimista de un *evolucionismo cholo* (denominación urbana despectiva del mestizo) en C. Degregori, la certeza de la posible derivación de las tradiciones andinas en una especie de utopía regeneradora y de modernidad alternativa (A. Flores Galindo), el elogio de la perspectiva pre-mercantil y pro-capitalista de la *informalidad* (H. De Soto), la reconstrucción funcional de una religión popular urbana, con *dioses del aquí y el ahora* y diversas figuras míticas (M. Marzal), la adaptabilidad *naif* centrada en figuras o roles de niños adultos (C. Rodríguez Rabanal) o, por fin, la perspectiva de un *progresismo popular* aparentemente avalada por el despliegue de las actividades sociales de la llamada *Teología de la Liberación* y de los alternativismos políticos, como la autoorganización local ejemplificable con el desarrollo de la Villa El Salvador (T. Tovar).

Otro investigador social peruano, C. Franco,²⁶ aporta una visión crítica de este proceso de constitución de lo popular en el seno de la urbanización limeña consecuente de las migraciones campo-ciudad y señala que *el problema es ex-*

plicar por qué el pueblo pobre de las ciudades no ha organizado hasta ahora un discurso político propio y sus propias organizaciones políticas, ya que por fuera del solitario ejemplo del citado caso de la Villa El Salvador²⁷ sólo parece haberse constituido un nivel de *populismo transaccionalista* y una especie de adaptación de estos contingentes que parece evidenciar una ruptura entre *sujetos productivos* (más o menos eficientes o funcionales a la periferización infinita de una terciarización débil) y *pobladores socio-políticamente organizados*.

En la compilación de trabajos a cargo de A. Gravano, *Miradas urbanas, Visiones barriales*,²⁸ se introducen argumentos más optimistas acerca de una *barrialidad*, en cualquier caso, más socio-populista que etno-populista, quizá por referirse a casos como los de Montevideo o Buenos Aires, siguiéndose los criterios de una *etnología del presente* que se apoye en la investigación de las *prácticas simbólicas de lo cotidiano* preconizada por G. Althabe.²⁹ Este punto de vista parece descalificar o hacer cesar la idea de una visión estructuralista de la vida social urbana y recaer en un fenomenologismo propio de lo micro-social —que tiene en el concepto *de barrio* su referente espacial—, y que revaloriza o exalta los efectos discursivos de una socialidad constituida en lo lingüístico (que uno de los autores de la compilación citada, R. Alfaro, caracteriza desde el título de su aportación: *La palabra como conquista de la Capital*, a lo que podríamos agregar, en una especie de juego lingüístico: *la palabra como sustitución del capital*). Otro de los autores de la antología, A. Clavijo, plantea el interrogante acerca de la funcionalidad urbana estructural de lo barrial, en torno de la dualidad política entre el barrio como *lugar conquistado* y el barrio como *lugar concedido*. La figura político-discursiva del *puntero* o activista micro-político (o correa de transmisión en el *populismo transaccionalista*) —y más precisamente, en una dudosa conquista de género, la *puntera*— parece encarnar, como sujeto lingüístico, este elemento de mediación simbólica entre lo micro y lo macro-político y, a la vez, hacer evidente el carácter de pseudo-autonomía política del barrio.

Parece, en cualquier caso, haberse perdido la idea redentorista del marginal urbano como material constitutivo de una nueva praxis política que había seducido a los analistas sociales de la urbanidad americana de los '70, notoriamente expresados en el conocido estudio de L. Lomnitz, *¿Cómo sobreviven los marginados?*,³⁰ aunque perduraría una reivindicación fragmentarista, micro-social y nostálgica de la barrialidad y una apuesta al reiterativo y evanescente tema de la identidad como marco de resistencia, obviamente ingenua, a la centrifugación simbólica de los discursos globalizantes y la instauración del macro-espacio virtual sobre el micro-espacio real (lo barrial).

19. Como última estación de este ensayo y de este capítulo en particular,

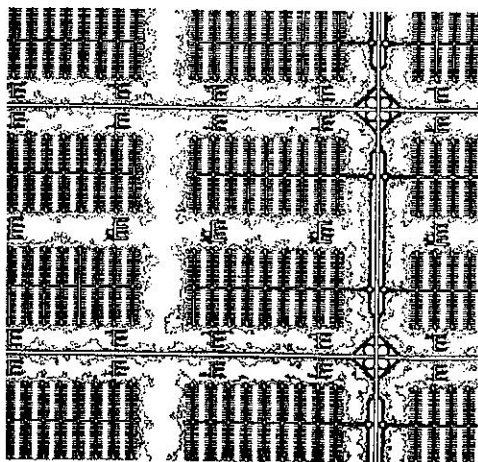
resulta interesante presentar algunas argumentaciones sobre lo medial urbano en la condición contemporánea de la peculiar metropolización americana, ya que para referir a la temática de esta cuarta parte del presente ensayo (de la *ciudad populista* a la *ciudad mestiza*) hemos revisado el aspecto de la persistencia de los sedimentos étnicos (en la configuración de lo *mestizo*) y la cuestión de la desestructuración y marginalización social en la reemergencia de categorías socio-urbanas como el barrio, el suburbio y la periferia (en la constitución de lo *popular*, en tanto categorías micro-sociales y políticas). Restaría aludir ahora, al caldo de cultivo propiciatorio de esas representaciones (pseudo) modernas de la *metropolineidad* –permítasenos el eufemismo– peculiar americana, los factores reestructuradores de la discursividad urbana y sus prácticas sociales devenidos de la omnipresencia medial. En la precariedad de su despliegue material en términos de condición física o en la fragmentación social de su estallido en múltiples expresiones micro-sociales, la entidad urbana de las grandes metrópolis (en rigor, metrópolis grandes) de América Latina se precisa con paradójica nitidez, en la virtualidad de sus universos mediáticos, en la circulación de sus discursos y representaciones, en la producción, intercambio y consumo de capitales preferentemente simbólicos, que reconstruyen, por así decirlo, una de sus características históricas básicas, por ejemplo, aquella ilustrada por el *modo de vida barroco* (no el estilo ni las formas, sino las conductas). Se trataría, en cierto sentido, de los pliegues y bordes, de las excrescencias de lo que A. Rama³¹ llamó *ciudad letrada* (o expresión de los discursos de la burocracia y el poder).

Se trata, en primer lugar, del fenómeno que A. Silva³² formuló como la cuestión de los imaginarios urbanos, en tanto diferencialidad o fragmentación territorial caracterizada, antes que nada, por aspectos simbólicos y que puede implicar unas derivas tácticas de apropiación y reapropiación territorial urbana definidas en el plano de actividades discursivas, por ejemplo, en la contradicción letrada de los *graffitti* como espacio virtual de minorías urbanas y a la vez, como sostenía R. Sennet,³³ como aparato virtual de canalización de las violencias intrasociales en términos simbólicos o discursivos, es decir, como un aparato de cultura urbana relativamente convivencial.

N. García Canclini estudió esta condición contemporánea de neo-globalización mediática en el caso de la megaciudad que es México DF, alrededor de la transformación de ciudadanos (en el siglo XVIII) a consumidores (hacia el siglo XXI) de los sujetos urbanos metropolitanos. En su ensayo *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*³⁴ desarrolla estas características paradójicas y así, en la Babel mexicana (con sus 263.000 indios y la persistencia de 30 lenguas originarias activas), se da la circunstancia de una mediatización más intensa que en el mundo del desarrollo: casi la mitad

de su población posee casetera de video y un 25% de la misma aduce que su actividad principal en el tiempo libre es ver televisión. La consecuencia es un virtual rechazo de la ciudad real, que no se usa ni se experimenta, reivindicándose una cultura esquizoide que en cierto modo reconstruye la oposición que Polanyi apuntaba entre ciudad y mercado; sólo que la mediatización implica otro ingreso a otro mercado. La paradoja adicional es que el recalentamiento de la virtualidad se superpone a una realidad que en América Latina queda caracterizada por la circunstancia de un 40% de su población en condición de desempleo productivo. La evanescencia creciente de la *gestalt* urbana –su descontrol, su violencia, su inhospitalidad– se une a la omnipresencia de los no-lugares, según la ya conocida expresión de Augé: si las cafeterías de San Pablo de los '50 o las panaderías bogotanas eran ámbitos de micro-encuentro social y remarcación territorial o referenciamientos, hoy lo serían los centros comerciales o las estaciones de metro. El paseo, el *flaneo*, la crónica urbana (que en el México moderno registraron C. Monsivais o E. Poniatowska), hoy tiende a sustituirse en una suerte de experiencia urbana fugaz y fragmentada, equivalente al *video-clip*.

En otro de sus libros sustantivos –*Culturas Híbridas. Estrategias para entrar*



Propuesta para una **grosstadt architektur**, arq. L. Hilberseimer, 1930. La idea de una reducción de lo urbano a una multiplicación infinita de una arquitectura restringida a pocos invariantes tipológicos supone ser uno de los **leit-motivs** sintomáticos y relativamente exitosos del ala dura de la modernidad racionalista. Paradójicamente, si estas proposiciones venían a provenir de pensadores socialistas, críticos del subjetivismo expresionista, sus propuestas esenciales vinieron a la postre a coincidir con su acogida por parte de la expansión del capital inmobiliario y el consecuente adocenamiento especulativo de las ciudades. No es casual, en dicho contexto, el traslado de estos diseñadores y proto-urbanistas (desde Hilberseimer y Mies hasta Gropius y Breuer) a la meca de esa expansión inmobiliaria, la USA de la posguerra. Pero tampoco es casual el alto interés simbólico y metodológico que todo un arco del posmodernismo progresista (desde los Krier hasta Rossi-Grassi, incluyendo al teórico de la **city-collage**, C. Rowe) adjudicará a estas investigaciones, en la que si bien se sanciona el final desinterés de lo arquitectónico por la complejidad urbana de la ciudad contemporánea, se utiliza ese esfuerzo simplificador como la plataforma para convertir a la arquitectura en un lenguaje, inicio de su dogmatismo introspectivo y fundamento de su creciente capacidad para entender, traducir, representar y proyectar la diversidad heterogénea de lo urbano contemporáneo.

y salir de la modernidad³⁵— García Canclini sostiene, al referirse a esta última fase del desarrollo urbano americano, la inviabilidad de una metodología analítica eurocéntricamente consagrada: *Una clasificación rigurosa de las cosas, y de los lenguajes que hablan de ellas, sostiene la organización sistemática de los espacios sociales en que deben ser consumidos*. Ello, desde la perspectiva americana, resulta no sólo imposible sino además innecesario, y frente a ello cabe tanto la descoleccionización (con sus cancelamientos de voluntades museísticas, coleccionísticas y patrimoniales) como la desterritorialización, que ofrece perspectivas duales, ya que las *tensiones entre desterritorialización y reterritorialización* implicarían la coexistencia de dos procesos: *la pérdida de la relación natural de la cultura con los territorios geográficos y sociales y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas*. Los fenómenos de los movimientos migratorios intra y extraurbanos y del desarrollo de las artes impuras expresarían estas circunstancias, en las que parece evocarse, por así decirlo, la crítica cultural deleuziana a las *seguridades* ofrecidas por el tardo-estructuralismo de Foucault y/o Bourdieu.

Al analizar las condiciones culturales de la escena metropolitana brasileña, C. Olalquiaga³⁶ nos ofrece algunas claves adicionales para esta caracterización mediática que refunde lo mestizo (incluyendo en el caso brasileño la negritud) y lo popular. *Lo que constata, siendo quizás específico en su circunstancialidad histórica y geográfica, es sin embargo también expresivo de una sensibilidad genérica o global: La narrativa prevalente —en la discursividad urbana americana contemporánea— permanece ajena a la continuidad temporal, que se preocupa por la historia y, por ende, por lo relacionado con juventud, vejez, herencia, etc., ocupándose más bien de los problemas de expansión e invasión, es decir de la demarcación de fronteras y territorios espaciales*. Deshistoricidad acorde a la fragmentación urbano-metropolitana en la que parece resonar nuevamente el discurso de Deleuze —o el de Serres— y la argumentación acerca de una *revancha* de la categoría espacial sobre la temporal en el decurso del pensamiento filosófico: *Los cuerpos se están convirtiendo en ciudades, las coordenadas temporales en espaciales. En una condensación casi poética, la geografía reemplaza a la historia, los mapas hacen las veces de biografías y los escenarios ocupan el lugar de los recuerdos*. Coincidencias aquí con el argumento de Jameson en torno de la necesidad de rearmar los discursos alrededor de la noción de mapa cognitivo o con la reflexión del cineasta W. Wenders acerca de una nueva narratividad que sólo sería verificable en el trazado de itinerarios sobre los mapas mentales. *Tal traslado de lo temporal a lo espacial —sigue Olalquiaga— implicó el rechazo del significado histórico...; semejante proceso de significación no es nuevo (ni autóctono); caracteriza a tiempos tan críticos como el Medioevo y el Barroco, convirtiéndolos en períodos figurativos en los que la imaginaria alegórica predomina sobre la sim-*

bólica. Y lo alegórico que es, ante todo, saturación por multiplicidad de lo fragmentario, adviene al abandono de las categorías de totalidad y al intento de llenar el vacío, con motivos que, como *la muerte, los cadáveres y las ruinas pasan a ser las alegorías por excelencia: cáscaras vacías de significado, pura materialidad*, o sea aquello que Derrida llamó frivolidad en tanto autonomía absoluta del significante sobre el significado, o victoria, si se quiere, trópica encarnada en la alegoría, sobre todo como figura retórica. *La sustitución del símbolo por la alegoría* —continúa Olalquiaga— *ilustra también cómo la producción masiva ha transformado radicalmente nuestra relación con los objetos —y eventualmente, con nosotros mismos— de significado trascendental a intensa comodificación. Indiferente a la noción de profundidad y su conexión entre apariencia externa y esencia subyacente, la alegoría funciona exclusivamente en el imperio de los sentidos: la superficie.* De allí, la consecuencia de una neodiscursividad que en las culturas urbanas sanciona lo virtual: *Las imágenes han sobrepasado el estatus de representación para obtener el de simulación, convirtiéndose en lo que indican.* Un nuevo sentido del espacio, chato y móvil, emerge y así la simulación instituye la cualidad de lo pornográfico como aquello en que se han anulado *las fronteras entre lo que está siendo visto y quien ve, por lo que espectáculo y espectador se funden.*

Como complemento al triunfo de lo alegórico en la discursividad urbana metropolitana adviene el estado de melancolía: en una especie de reactualización de las formulaciones benjaminianas, el deseo alegórico se funde con la sensibilidad melancólica que *obsesionada con la pérdida del cuerpo orgánico* —argumenta Olalquiaga—, *y su correspondiente realidad concreta reproduce esta pérdida en el gusto por los cadáveres, las ruinas y el deterioro tecnológico. Pero más que un lamento por lo que se ha ido para siempre, la sensibilidad melancólica se halla imbricada en la intensidad misma de la pérdida, no para reconstruirla sino para gozar su irrecuperabilidad.* De aquí se deduce la intensificación memorialista por la museificación y la conversión en fruición memorativa de todo acontecimiento o materialidad.

El ejemplo del carnaval carioca le sirve para concluir este diagnóstico a Olalquiaga, ya que *ruinas tecnológicas y consumo compulsivo son también preocupaciones tercermundistas.* Mocidade, una escuela de samba, presentó en el carnaval de 1987 el modelo de Tupinicipolis, *una metrópolis indígena retrofuturista... con sus indios high-tech... luciendo el tupí-look: zapatillas de colores, plumas fosforescentes y licuadoras en la cabeza.* El relato de esta narración de tanta repercusión socio-urbana *mostró a los indios tupies como felices moradores de una desenfrenada cosmópolis. Los carros alegóricos desfilaron paisajes urbanos, reflejando literalmente la estética de la alta tecnología: espejos, cromos, plásticos, dorados, plateados y colores de neón, montajes diagonales y espirales.*

La complejidad que el decurso histórico deposita en las formaciones urba-

nas americanas y en sus prácticas sociales nos conduce —cerrado (o fracturado) un círculo de especificidad autóctona e integración ficticia en la globalidad— a un posible mapa de las circunstancias urbanas, en el que se han querido consignar hechos y discursos, objetos y nominaciones, para abrir un cauce metodológico todavía por recorrer en el que la indagación sobre la circulación de los discursos en los diversos estamentos y sujetos sociales puede ayudar a desentrañar la complejidad de una urbanidad peculiar.

Notas

- ¹ Lefebvre, H.: *La revolución urbana*, op. cit. nota 1 del Ensayo 1.
- ² Sennet, R.: *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, op. cit. nota 6 del Ensayo 1.
- ³ Brading, D.: *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*, Editorial FCE, México, 1991.
- ⁴ Sánchez Parga, J.: *Aprendizaje, conocimiento y comunicación en la comunidad andina*, Ediciones CAAP, Quito, 1988.
- ⁵ Urbano, H.: "Modernidad en los Andes: un tema y un debate", ensayo incluido en Urbano, H. (comp.): *Modernidad en los Andes*, Editorial CERA-Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco, 1991.
- ⁶ Urbano, H.: "Las tres edades del mundo. La idea de utopía y de historia en los Andes", ensayo incluido en Urbano, H. (comp.): *Mito y simbolismo en los Andes. La figura y la palabra*, Ediciones CERA-Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco, 1993.
- ⁷ Rostworowski, M.: *Historia de Tahuantisuyu*, op. cit. nota 11 del Ensayo 8.
- ⁸ Zuidema, R. T.: *Reyes y guerreros. Ensayos de cultura andina*, op. cit. nota 16 del Ensayo 1 y 7 del Ensayo 8.
- ⁹ Neira, H.: *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX*, op. cit. notas 17 del Ensayo 1 y 12 del Ensayo 8.
- ¹⁰ Sabloff, J.: *Las ciudades del antiguo México*, op. cit. notas 18 del Ensayo 1 y 12 del Ensayo 8.
- ¹¹ Gruzinski, S.: *La guerra de las imágenes*, op. cit. nota 6 del Ensayo 8.
- ¹² Romero, J. L.: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, op. cit. nota 21 del Ensayo 1.
- ¹³ Adorno, R.: *Cronista y príncipe. La obra de don Felipe Guamán Poma de Ayala*, Editorial PUCP, Lima, 1989.
- ¹⁴ Perlongher, N.: "Neobarroco y neobarroso", ensayo prólogo del libro *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana*, Editorial FCE, México, 1996.
- ¹⁵ Morse, R.: "Los intelectuales americanos y la ciudad (1860-1940)", ensayo incluido Hardoy, J. E., Morse, R. y Schaedel, R. (comps.): *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1978.
- ¹⁶ Sarlo, B.: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
- ¹⁷ Gazaneo, J. O. y Scarone, M. M.: *La Arquitectura de la Revolución Industrial*, Edición del IAA, Buenos Aires,

1966, y *La Revolución Industrial y el equipamiento urbano*, Ediciones IAA, Buenos Aires, 1967.

¹⁸ Ferraz de Souza, C.: "O urbanismo do inicio do seculo no ambito das doutrinas e sua repercussao nao Brasil o caso da cidade-jardim: o discurso e a imagem", ensayo incluido en *Document de travail I*. Seminaire international Vaquerías, Argentina, Octubre, 1996.

¹⁹ Alvarez Lenzi, R., Bocchiardo, L. y Arana, M.: *El Montevideo de la expansión (1869-1915)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.

²⁰ Germani, G.: *Sociología de la modernización*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1964.

²¹ Kusch, R.: *Indios, porteños y dioses*, Editorial Stilcograf, Buenos Aires, 1966.

²² Kusch, R.: *De la mala vida porteña*, Editorial Peña Lillo, Buenos Aires, 1966.

²³ Bonfil Batalla, G.: *México profundo. Una civilización negada*, op. cit. nota 16 del Ensayo 8.

²⁴ Ribeiro, D.: *Indianidades y venutopías*, Ediciones del Sol-CEHASS, Buenos Aires, 1988.

²⁵ Portocarrero, G.: "El psicoanálisis, las ciencias sociales y el mundo popular", ensayo en Urbano, H. (comp.): *Modernidad en los Andes*, op. cit. nota 191.

²⁶ Franco, C.: "Exploraciones en otra modernidad: de la migración a la plebe urbana", ensayo incluido en op. cit. nota anterior.

²⁷ Burga, J.: *Villa El Salvador. La ciudad y su desarrollo. Realidad y propuestas*, Ediciones CIED, Lima, 1984.

²⁸ Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas, visiones barriales*, Editorial Nordan, Montevideo, 1995.

²⁹ Althabe, G.: "Promotion symbolique et logiques sociales", ensayo en Althabe, G. et al., *Urbanisme et rehabilitation symbolique*, Editorial L'Harmattan, París, 1993.

³⁰ Lomnitz, L.: *¿Cómo sobreviven los marginados?*, Editorial Siglo XXI, México, 1978.

³¹ Rama, A.: *La ciudad letrada*, Ediciones de la Universidad de Hanover, New Hampshire, 1984.

³² Silva, A.: *Imaginario urbano. Bogotá y San Pablo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1992.

³³ Sennet, R.: *La conciencia del ojo*, op. cit. notas 75 y 109.

³⁴ García Canclini, N.: *Consumidores y ciudadanos*, op. cit. notas 42 del Ensayo 1 y 20 del Ensayo 8.

³⁵ García Canclini, N.: *Culturas híbridas*, op. cit. notas 42 del Ensayo 1 y 13 del Ensayo 6.

³⁶ Olalquiaga, C.: "Perdidos en el espacio", ensayo en revista *Punto de Vista*, 35, Buenos Aires, 1989.



Ensayo 10

Cartografías del tiempo

Notas socio-históricas sobre sociedad, territorio, ciudad y arquitectura americanas.

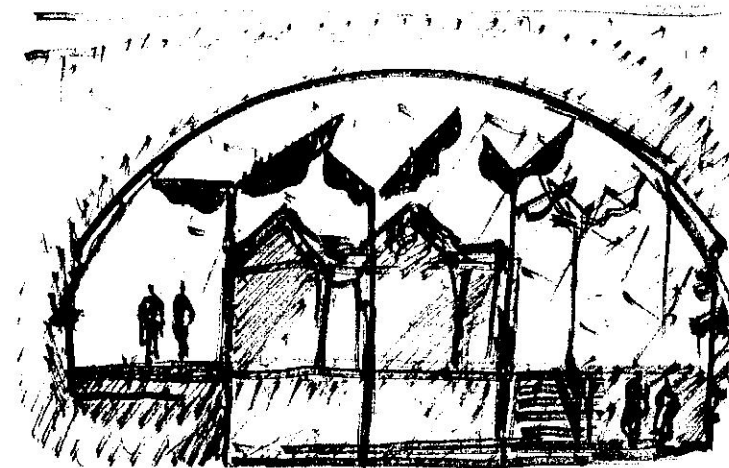
Hacer inteligible el *proceso de antropización* de los territorios naturales y entender las formas de construcción de las redes de asentamientos son uno de los cometidos principales del trabajo disciplinar de la historia: la materialización de los enormes insumos de tecnología sobre una porción de naturaleza sólo resulta visible y valorable desde la cosmovisión de larga duración aportada por el conocimiento histórico.

Desde otro punto de vista, la conciencia histórica de una sociedad puede tener diferente grado de desarrollo en cada organización social y de esa diferencia suele depender la casi inasible noción de *identidad* o relación de una producción cultural con un contexto geosocial determinado. A veces, tal historicidad resulta ser casi consustancial de los imaginarios colectivos y entonces la producción cultural suele ser *segura*, oportuna, crítica y capaz de absorber de manera casi *digestiva* las innovaciones, los experimentos transgresivos o las aportaciones aventuradas de las vanguardias. A veces –sobre todo en las sociedades *aluvionales* o de cierta desestructuración o fluidez, como en el caso americano– esa historicidad no es ni *natural* ni automática; debe ser construida y elaborada, y comparte el estado de necesidad de maduración socio-institucional. En el primer caso –Europa, las culturas orientales, el mundo islámico– la producción de hechos urbanos y arquitectónicos *goza* (o *padece*, depende del punto de vista

valorativo) del poderoso contexto de esa sedimentada historicidad, de esos depósitos de experiencias que pueden otorgar cierto espesamiento a la novedad, cierta urdimbre referencial a las *performances*, cierta imbricación de cada pequeña transformación de los asentamientos en vigorosas genealogías culturales habitativas. En el segundo caso —América, Oceanía, África, siempre en el contexto de la *antropización moderna* de esos territorios, es decir, fuera de la disímil *tradición étnica vernacular premoderna*— el desarrollo de los proyectos urbanísticos y arquitectónicos parece operarse en una especie de *vacío de historicidad*, como si la dimensión del espacio (natural) dominase y se antepusiese a la dimensión del *tiempo* (cultural). La *debilidad* de la historicidad, principalmente americana, emerge como una *omnivalencia del espacio-territorio*, en la cual, por las tradiciones socio-productivas exógenas de las diferentes y variadas colonizaciones, prevalece un excesivo perfil experimental y una socialmente inmoderada voluntad de *laboratorio* que parece posible manifestarse siempre en un *presente eterno* (o en una *sistemática novedad*: el eterno comienzo y su potencia alegórica del *génesis*) localizado en la magnificencia del paisaje territorial.¹ Las 1.200 ciudades fundadas por el proceso colonizador europeo —fundamentalmente, el ibérico—, la concepción artefactual ideal de las Leyes de Indias o el plan de una completa cuadrícula prourbana del territorio norteamericano concebido por Jefferson, son algunas de las manifestaciones de esta suspensión de la conciencia histórica o temporal, en aras de una apuesta al control del espacio, una verdadera *anti-utopía*. Si en Europa la *u-topía social* no tenía lugar, en América la *anti-u-topía espacial* (que así, deviene *u-cronía*) tiene exceso de lugar —incluso, sensación de desamparo ante ese exceso, dado en el desierto o la selva—, careciendo en cambio de sujeto colectivo social. De allí, el modelo *nómada* del pionero, del inmigrante expatriado, del colono explotador: figuras carentes de tiempo/memoria/historia (que en cualquier caso, vía *nostalgia*, remiten a una historia en *otro* lugar) que sólo se constituirán como consumidores de territorio, como cazadores de paisajes, como experimentadores de adaptaciones que redujeran la desgarradora sensación del vacío, dado doblemente por la inmensidad del espacio —la *Hylea* humboldtiana— y la levedad de la memoria social.

Pero, desde luego, la historia existe dados 10 o 12 siglos ininterrumpidos de *existencia ambiental* (definible como *interacción cultural y productiva entre sociedad y naturaleza*): se trataría de reconstruirla, develarla y procurar transferirla a una creciente internalización *natural* en la conciencia social. Porque hay una historia de momentos, fases o capas —quizá interferidas u obliteradas por transiciones violentas entre fase y fase— que con-

figura huellas o testimonios concretos, materiales y perdurables, que se sedimentan y acumulan en ese largo milenio de historia (y más concretamente, en el medio milenio de historia *integrada* o *mundializada*). Una lectura sintética de ese desarrollo nos debería permitir elaborar un *mapa* o matriz de tales sedimentos, tal que en lo vertical percibiéramos la densidad de las superposiciones acumuladas históricamente y en lo horizontal, el diferente despliegue de esa historicidad en niveles que como la *sociedad*, el *territorio*, la *ciudad* y la *arquitectura*, nos puedan ofrecer algunos signos del *desarrollo ambiental* (la sociedad antropizando los territorios y desplegando tecnologías habitativas y productivas ingenieriles y urbano-arquitectónicas) que habiliten una interpretación menos oportunista o experimental-innovativa y más socio-histórica o acumulativa de los procesos de transformación tecnológica del territorio, desarrollo urbano y producción edilicio-arquitectónica. Una lectura interpretativa que por lo tanto apunte a aumentar el espesamiento de la historicidad geosocial americana (que será tanto una historicidad global de lo americano como una



Gimnasio en el Paseo de la Infanta, Buenos Aires, 1984, arq. C. Testa. **Palmeras metálicas**, marcador azul sobre papel. La contundencia que le otorga a los proyectos de Testa, su condición originaria asimilable con la *lógica* o método artístico de su autor (arquitecto/artista de actividades inescindibles), remiten a algunas adquisiciones teóricas del arte de este siglo: el azar surrealista, los **objects trouvés** de inspiración duchampiana, el extrañamiento dadaísta, el doble proceso de hiper-realismo y artificialidad típico del **pop** y en especial de Warhol, la articulación de pensamiento conceptual y manualidad o efectucción, tan exaltada por Heidegger, etc. Pero, por otra parte, todo ello, como **capital cosmopolita** —casi de propiedad libre en la era global—, reemerge como arsenal operativo disponible para practicar un arte contextual complejo, un tipo de instalación o proyecto que pone en juego dicho bagaje pero sometiéndolo a condiciones específicas devenidas de una ciudad concreta, como Buenos Aires.

multi-historicidad de las microhistorias locales) y a reducir la sensación de actuación en el vacío del espacio, de despliegue de una axiología, y una estética que ignore o minusvalore la temporalidad, al (centri) fugarse en la infinitud del territorio.

Si para Europa las investigaciones de Braudel² y los *annalistes* supusieron la enorme novedad de descubrir el componente espacial de los procesos históricos, en América el cometido histórico-crítico y las tareas de la teoría tienen que dar cuenta de la procesualidad temporal o histórica de las transformaciones del espacio, esa categoría imperativa de la civilización americana. El espacio, omnicompreensivo y polivalente, definió en la historia americana tanto las categorías esenciales de la instalación huma-

Instancia Fase histórica	Sociedad	Territorio	Ciudad	Arquitectura
<i>Precolombina</i> Siglos VIII-XVI 1. <i>Conquista</i>	Multiétnica Local/federativa	Ocupación productiva no intensiva ni integrada	Redes de asentamientos. Urbanización selectiva político-religiosa-mercantil.	Tipologías aditivas. Espacios abiertos de tipo ceremonial
<i>Colonial</i> Siglos XVI-XVIII 2. <i>Independencia política</i>	Jerárquica Europea Mestizajes	Ocupación productiva extensiva de exportación	Enclaves para ocupación territorial extensiva y concentración para exportación	Tipologías funcionales. (casa, templo) Barroco americano
<i>Republicana</i> Siglo XIX 3. <i>División internacional del trabajo</i>	Estados-nación Inmigración europea Sociedades urbanas.	Ocupación agroproductiva y especialización en exportación.	Modernización urbana en infraestructura y equipamiento. Paisajismo. Barrios de inmigración	Eclecticismo francés. Infraestructura británica. Vanguardias. Adaptación de tipos previos
<i>Populista</i> 1930-70 4. <i>Deuda externa</i>	Reflujos rurales Migraciones campo/ciudad Mestizajes	Proceso de sustitución de importaciones. Urbanización agroindustrial	Ciudades primadas. Suburbanización de migrantes marginales.	Racionalismos Pintoresquismo Vivienda de Interés Social. Arquitecturas regionales. Barrios
<i>Globalizada</i> 1970-2000	Globalización débil. Exclusión y pobreza	Reterritorialización global. Competitividad. Conectividad Metropolinización	Desarrollo regiones metropolitanas. Segregación urbana	Enclaves exclusivistas. Fragmentos urbanos Contenedores híbridos Reciclajes

na (*gobernar es poblar*, decía el argentino Alberdi, saturar o anular la valencia desértica, mineral e inerte de lo territorial) cuanto los términos posibles de una estética americana, a caballo entre la abstracción y el pavor, entre la ausencia de marcas humanas y la voluntad de conjuros religiosos para pedir amparo de las sociedades débiles ante la violencia de la naturaleza. La aparente modernidad argentina o del cono sur americano —a veces, demasiado confundida con una mera estética de la *abstracción*, ya que la verdadera cultura de la modernidad como epifenómeno de la modernización aquí también se entrevera con tradiciones conservadoras— queda espléndidamente resumida en el título del historiador T. Halperín Donghi, en que se refiere al proceso de institucionalización nacional de la segunda mitad del siglo XIX: *Una nación para el desierto argentino*.³

Un intento de definición del campo de procesualidad histórica de las diferentes escalas o marcos espaciales de la antropización americana implica correlacionar las categorías de territorio, ciudad (o sistemas de asentamientos, entendibles como núcleos de concentración espacial de actividades productivas y población) y arquitectura (definible tanto como edilicia o producción material de las formas de asentamiento productivo y poblacional y como arquitectura propiamente dicha, o sea actividad institucional técnico-cultural específicamente dedicada a la producción de algunos fragmentos diferenciales de dicha materialidad edilicia genérica), con el despliegue del proceso histórico en torno de los cambios de la sociedad. El anterior gráfico intenta sintetizar estas categorías en sus fases históricas de desarrollo.

Las siguientes notas de este ensayo se despliegan en dos secciones: una primera y breve, destinada a ofrecer un conjunto de comentarios acerca del cuadro precedente, tendiente a desarrollar los argumentos de procesualización o historización de los fenómenos de transformación espacial, y una segunda, más extensa y detallada, que intente replantear desde las reflexiones precedentes un cierto resumen de características de la arquitectura actual en América Latina.

Comentarios sobre los procesos socio-históricos y sus efectos espaciales

1. El desarrollo de las diversas fases históricas convencionalmente reconocidas para el caso americano (columna 1 del cuadro) contempla como hitos generadores de crisis profundas entre fase y fase, 4 episodios significativos de quiebres y discontinuidades, que suponen elementos de rup-

tura en la posible sedimentación de los desarrollos. Tales hitos críticos son, como se indica, la *conquista* 1), la *independencia política* 2), la *inserción en la división internacional del trabajo instituida desde el siglo XIX* 3) y la *conformación de nuevas relaciones económicas internacionales ligada al establecimiento de la deuda externa* 4).

2. La manifestación del desarrollo histórico de la instancia social americana (columna 2 del cuadro) implica el forjado de un proceso de generación de una estructura social de tipo aluvional, multiétnico y de fusión y mestizaje con fuertes resabios remanentes de tradicionalismos jerárquicos y de tipo autoritario. Este proceso histórico social deviene constitutivo de algunas características perdurables y estructurales del devenir americano, como la aluvionalidad (o integración imperfecta de contingentes poblacionales diversos endógenos y exógenos), el mestizaje racial y la conformación de formas de poder de tipo autoritario, basadas en las formas del caudillaje rural y del populismo clientelar urbano y sus complejas articulaciones en las que, por otra parte, se explican cuestiones de las relaciones demográficas campo/ciudad.

3. El análisis del desenvolvimiento de las transformaciones del territorio (superpuestas sobre ciertas matrices básicas de estructuración del *stock* y flujos de recursos naturales y de las características del paisaje, columna 3 del cuadro) supone el reconocimiento de un proceso territorial de yuxtaposición de estrategias productivas y de ocupación, genéricamente determinadas por las condiciones de la modernización socio-económica capitalista de sesgo europeo y caracterizadas por fenómenos espaciales oscilantes entre la segregación y la reconectividad, según los términos de dicha pertenencia al modelo productivo de la modernización capitalista.

4. La interpretación de la evolución de los criterios de definición de los sistemas de asentamientos y ciudades (columna 4 del cuadro) reconoce la identificación de un proceso de *urbanización débil*, signado por un primer efecto consecuente de la integración colonial periférica a las estrategias capitalistas europeas que supusieron, para el caso americano, un modelo de ciudades centrípetas, basadas en la organización de una red de apoyos y servicios para la explotación extensiva de vastos *hinterlands* territoriales y, por lo tanto, con un fuerte predominio de características inversas al proceso de urbanización europeo, basado en la reorganización centrífuga de capitales y contingentes humanos provenientes de preexistencias de tipo rural. Estos movimientos, mediatizados por la fragmentación territorial del poder tardomedieval (señorías, comunas aldeanas, órdenes monásticas, etc.), suscitaron, en el caso europeo, la lenta aparición de los fenómenos de reconcentración urbana y surgimiento de la ciudad burgue-

sa moderna en torno de los siglos XI a XIV, proceso inexistente en el caso americano en el que algunos autores, como O. Paz,⁴ aventuran incluso la hipótesis de una lenta culturalización de tipo urbano dada en la inmadurez o aun inexistencia de sociedades burguesas.

5. El examen del desarrollo de las formas de organización edilicia y de actuaciones arquitectónicas (columna 5 del cuadro) permite reconocer un proceso de acumulación de propuestas innovativas exógenas (desde los postulados de las Leyes de Indias y los experimentos cuasi-utópicos como los *pueblos de indios* o las *misiones jesuíticas* hasta los sistemas completos de innovaciones devenidos de las propuestas de infraestructuración urbano-territorial de sesgo británico, la planificación paisajístico-especulativa de raigambre haussmanniana o la introducción más bien estética de algunas novedades de arquitectura social-demócrata de inspiración weimariana), vinculado a diversos criterios de adaptación/aculturación de variada fortuna.

6. Por otra parte, a estos fenómenos procesuales o diacrónicos, se le debería adicionar el análisis de las diversas articulaciones sincrónicas (filas 1 a 5 del cuadro), las que relacionan en cada una de las fases históricas (precolombina, colonial, republicana, populista y globalizada), también con diferentes niveles de ensamble y racionalidad, el cuadro de demandas, exigencias y deseos del modelo dominante de sociedad respecto de las tres categorías o instancias de manifestación espacial (territorio, ciudad/sistemas de asentamientos, arquitectura/edilicia). Fijar el análisis en estas etapas o fases permite inferir tanto desarticulaciones o inadaptaciones entre sociedad y espacio —que, en general, han devenido en erigirse como las problemáticas ambientales americanas—, como la superposición, a menudo contradictoria, de huellas o sedimentos materiales provenientes de las fases previas. La arqueología americana se constituye como el depósito de los residuos materiales de cada etapa previa al quiebre o crisis, y su debilidad reside en la refundación axiológica que, luego de cada inflexión, exige *borrar las huellas* y arrancar otra fase de materialidad. En términos generales, podríamos hipotetizar que en las fases dominadas por una cierta voluntad integrativa (las cuatro últimas del cuadro), subyacería la preponderancia de estrategias territorialistas signadas por propósitos productivo-poblacionales, no necesariamente manifiestas en la obtención de grados ostensibles de calidad material y cultural en las escalas espaciales urbano-arquitectónicas: ciudades de crecimiento rápido y débil estructuración de la urbanidad pública, acomodamiento marginal de grandes masas habitativas segregadas, oportunismo edilicio, debilidad de la organización de eficientes prestaciones técnico-culturales del estamento disciplinar de la arquitectura, persistencia de enormes bolsones de necesidades habitativas

insatisfechas, son algunas de las características que podrían enunciarse como lineamientos para esta tarea de reconstrucción histórica de los procesos socio-territoriales y sus efectos espaciales.

Comentarios sobre características de la arquitectura americana contemporánea

La reflexión histórica americana puede distinguir su identidad como multiplicidad de experiencias oscilantes entre *paleo* y *posmodernidad* (y quizá, soslayantes de la *modernidad*) y, además, como diferencia del modo de pensamiento/acción europeo con el cual, de todas formas, debió colisionar.⁵ Esa reflexión admite algunos corolarios, polémicos, pero a la vez posiblemente operativos: una *sociedad mestiza y aluvional*, un *territorio sobrenatural* (la *Hylea* humboldtiana) receptáculo de percepciones panteístas y de estrategias productivas variadas, una *ciudad de urbanidad débil y burguesía no constituida* y una *arquitectura de apetencia cosmopolita* o globalizada, pero de incidencia pobre en la realidad material frente a la omnipresencia de una *edilicia* popular (o mestizo-natural).

Con esa plataforma, la cultura americana oscila entre la presión de una estética de fusión devenida de la sociedad mestiza y su rechazo en nombre de una pulcritud cosmopolita que nunca será generalizable, entre las cosmogonías de una naturaleza y un paisaje violento que hay que conjurar y la necesidad de un determinado orden racionalista cuya responsabilidad principal será asumida por unas ingenierías de resonancia épica, entre la imperfección formal y funcional de una ciudad *ex-novo*, abstracta y de ciudadanía frágil y tensada por las políticas populistas y la exigencia de organizar el escenario de una pertenencia, por lo menos simbólica, a la modernidad.

Esa construcción de cultura —en extremo, anti-social, anti-natural y anti-urbana-burguesa, y a la vez, paradójicamente de pretensión cosmopolita (Rubén Darío inventa, a principios de siglo, la palabra *cosmópolis*, que designa no a París sino a Buenos Aires)— es la que articula el flanco elitista o formalizado de la hibridez americana, que cuando es fecunda no se puede escindir de aquello que intenta negar (la sociedad mestiza, la naturaleza ostensible, la ciudad no burguesa); de allí, la riqueza diferencial de algunos productos culturales, como la literatura de Rulfo o Borges, de Lezama Lima o García Márquez.

Culturas, por otra parte, de la *ucronía*: el lugar que no tiene tiempo (o historia), al revés del carácter dominante de las culturas europeas, tensa-

das por la *utopía*: el tiempo (o historia, como tiempo subjetivado en los imaginarios sociales) que no tiene espacio. La utopía europea se cruzó, no sin violencia, con la ucronía americana; de allí el *laboratorio americano*, para la utopía europea, o la *cosmopoliticidad europea*, para la ucronía americana. La ucronía americana deviene además de la carencia de densidad en la superposición de sus momentos históricos: región del eterno comienzo, espejismo de la vertiente progresista de la utopía europea, espacio característico de quiebres drásticos de la procesualidad histórica (conquista etnocida, repúblicas anglo-afrancesadas, orden agroproductivo inserto en la división mundial del trabajo, pertenencia marginal a la globalidad como estados de la deuda y del ajuste).

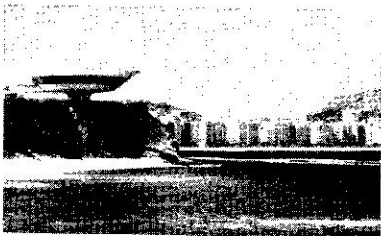
Así, la arquitectura americana es parte de la forma en que genéticamente se instituye la cultura americana. Resultaría entonces explicable (y entendible, enseñable y criticable) por las oposiciones fructíferas con la *sociedad mestiza*, la *naturaleza hylética* y la *ciudad preburguesa*, por la tentación de ser cosmopolita (como modo de ser en el mundo y de afianzarse, en un escenario elitista y controlado por las necesidades simbólicas de la política) al precio de despreciar la *colonización* —o culturalización— de la edilia y por la voluntad de configurar la ucronía como conquista de la vastedad del espacio —desierto, selva, territorio abstracto para la producción, ciudad sin contexto— mediante los signos o *cartografías del tiempo*, que es la peculiar vía americana de un combate en el que la historia busca instituir las marcas geoculturales de su imprevisible o infructuosa victoria.

Lo que sigue será un comentario de algunos argumentos del texto precedente para situar un posible marco de abordaje crítico de la arquitectura americana moderna y contemporánea, en el sucinto análisis de algunos proyectos, no como obras en sí —tensadas por sus propias circunstancias de producción y consumo— sino como ilustraciones de aquellos argumentos. Desde luego, quedará descartada en este análisis aquella arquitectura que se asume a sí misma como neutra, hipertécnica o descentrada, en tanto arquitectura de cualquier lugar y del último tiempo; una arquitectura que anula la posible especificidad de un discurso cultural en nombre de una normalidad civilizatoria, ejercida —como una científica y única medicina o economía— en un espacio dominado por la función y la renta; una arquitectura que, sin embargo, no puede anular del todo las diferencias (de la función, de la condición de mercancía o de la calidad de la tecnología).

Identidad americana como oscilación entre paleo y posmodernidad

Es casi un lugar común de las *intelligentzias* críticas americanas de este siglo (desde el peruano González Prada hasta el argentino Martínez Estrada,⁶

desde el mexicano Paz hasta el brasileño Ribeiro) sostener el criterio de la *ausencia de modernidad* en América Latina, en algún sentido por creer que la democracia conduce a la modernización (y ésta, como proceso socio-económico, a la modernidad cultural) y no al revés, y en general por postular –de manera pesimista o no– el defecto de socialidad que impide esa modernización, que decanta en la dicotomía de *pueblos ensimismados* o *pueblos ultra-abiertos* (México o Perú; Argentina o Uruguay). Ello no equivaldría a haber recorrido el ortodoxo espinal del *corsi e ricorsi* europeo. Japón o el Islam formularon un determinado acceso a una modernización/modernidad no necesariamente europea y también lo habría hecho Norteamérica. Si este análisis socio-histórico es verídico, podría darse en la escena latinoamericana una circunstancia de *modernidad cultural sin modernización socio-económica*. Una modernidad que deviene *frívola* –en el sentido derridiano del término–, es decir, plenamente abocada al cultivo fervoroso de las *formas* y no de los *contenidos*: de allí, un posible desemboque en una productividad cultural de talante posmoderno, que es lo que ejemplifican, por ejemplo, los estudios de Jauss,⁷ cuando debe admitir como máximos exponentes de posmodernidad a tres marginales: Italo Calvino, Fernando Pessoa y Jorge Luis Borges. A propósito de tal cuestión Jauss no deja de parafrasear a Eco, quien discierne un mundo premoderno –el medioevo, donde el mundo es entendido como un texto– de un mundo posmoderno –donde el texto es un mundo– y en medio, la modernidad definida por una dominancia de un sujeto que se opone al carácter hiperhermenéutico de la realidad, dado que lo paleo y lo posmoderno coinciden en la predominancia del texto y en sus necesarias artes de producción y



Museo de Arte Contemporáneo de Niterói, Brasil, 1997, arq. O. Niemeyer.

Contracara y complemento de Testa, en una posible maxisíntesis de proyectualidad americana, Niemeyer, en la postura ortodoxa de un gozador vitalista de la plenitud de una condición erótica de paisaje –la tropicalidad, como contracara a su vez, de la aridez y sequedad del desierto–, practica una suerte de arquitectura-arte-paisajismo, de posible pretensión de búsqueda de hitos monumentales de una cultura que sólo sería posible en América, como mimesis de la naturaleza, enlazando así con el enfoque humboldtiano y toda una tradición barroca que puede ejemplificarse con O Aleijadinho, Lezama Lima, García Márquez, Botero, Freyre, etc.: lo redondo, mágico, opulento, natural.

lectura, tanto como en la ausencia del sujeto, capaz de utilizar su libertad como productividad inmune a una tarea descifratoria.

Pero si ese defecto/avance (?) es cierto, la cultura latinoamericana de exasperada modernidad por ausencia de modernización no operará en un vacío completo, sino al contrario, sobre las fuerzas que obstruyen la modernización (la sociedad conservadora, el territorio hiperproductivo, la ciudad *campamento*) que por sus propias necesidades simbólicas pueden connotar y sostener una cultura paleomoderna, instalada por ejemplo, en la entronización de un *episteme* clasicista o en la exaltación de un sentimiento de goce previo e inmune a la responsabilidad del orden burgués. Del clasicismo, como impulso de casticidad y jerarquía, habla tanto el barroco americano (de Sigüenza o de Juana Inés de la Cruz⁸) como el tradicionalismo que articula una ruralidad aristocratizante con una estética hispanófila (en el venezolano Briceño Iragorry, en el argentino Larreta). Y la omnipresencia de un goce suprasocial —que es legado barroco— remitirá a los discursos felices del ruralista *fazendeiro* Freyre⁹ o el urbanófilo deglutidor Lezama Lima.¹⁰ Canales de premodernidad cultural y estética también confluyentes a rasgos de una posible posmodernidad clasicista o historicista o, en otro registro, *neobarroca*.

La oscilación entre paleomodernidad y posmodernidad, con ese apego creciente al manejo autónomo de la *forma*, quizá por la baja presión institucional de una modernización imperfecta, quizá por la necesidad de operar simbólicamente en un estrato de consumo elitista, comienza, desde las primeras décadas de este siglo, a erigirse como marca o matiz de identidad cultural americana, en el sentido de una hibridez emanada de la resistencia a articular modernamente contenidos progresistas y estéticas renovadoras, y también en la relativa manifestación de esas formaciones promotoras del cambio cultural moderno que son las *vanguardias*. Las vanguardias latinoamericanas (el grupo Pau Brasil, el grupo Martín Fierro, etc.) no son ortodoxamente tales —en el sentido de la definiciones culturales de Raymond Williams¹¹—, principalmente por su deliberada marginación del discurso socio-político.

Estos cruces de paleo y posmodernidad a nivel de una arquitectura de pretendida funcionalidad cultural (es decir, no de aquella neutralmente técnica) encontrarán una variable intención de manifestarse. A las apolo-gías tradicionalistas de evocación ruralista hispanófila corresponderán, por ejemplo, las arquitecturas de Mujica o de Noel; al clasicismo de porte autoritario, lo representarán Larrain, Villagrán García o Bustillo; a los barrocos *felices* lo expresarán O'Gorman o Porro (curioso destino el de esa primera demostración revolucionaria cubana: los rigores leninistas no

aceptaban discursos freudianos). Por otra parte, la neutralidad técnica, de talante funcional-racionalista, salvo en la utilización cardenista dada en el pobrismo mexicano (del racionalista O'Gorman, Mendiola o Legarreta) o en las oficinas de arquitecturas de estado (como en la uruguaya ANCAP y la obra de Lorente Escudero), fue adecuadamente despojada de su contenido weimariano y convertida en un lenguaje incluso de sabor social elitista en Warchavchik o Acosta, en oportunas (u oportunistas?) flexiones de clasicistas como Bustillo, Larrain o Mujica, en eclécticos variados como el primer Villanueva, Scasso o Martínez, en los trópico-luso-racionalistas de los '40 como Reidy, Costa o Niemeyer, en los vanguardistas Dávila, Cron, Seoane, Prebisch, Dourge, etc.

El peso de esta característica de identidad como deriva paleo-posmoderna llega nítido a nuestra escena de arquitectura contemporánea y se manifiesta, primero, como discurso articulado con el comportamiento general de la producción cultural (en literatura, plástica, cine, etc.) y segundo, como recurso para evitar todo vanguardismo, o bien, como apoyatura para un arraigo de lo nuevo en el depósito de experiencias estético-visuales claramente premodernas. Ese recurso antivanguardista —o de relativa ortodoxia— realimenta la diferencia de un tipo de producto cultural, que apoya dicha diferencialidad en una especie de anacronismo que más que apelación a un tiempo *anterior* —siempre inasible— es referencia a un no-tiempo.

Intemporalidad que puede advertirse, como primer ejemplo, en los *Archivos de Jalisco*,¹² de Alejandro Zohn (pero extensivamente, en buena parte de la arquitectura de Zabłudovsky, Gonzalez de León, Legorreta, Kalach). El archivo de Zohn se presenta como una escultura u objeto cerrado (aprovechando la posibilidad funcional de hermeticidad o cerrazón), pero evocando la aespacialidad eminentemente simbólica del monumentalismo tolteca; se exhibe como citando un ya desacreditado ejemplo tardomoderno (las arquitecturas de Rudolph, Johanssen o Franzen), pero desmiente esa filiación apelando a la rugosidad de las terminaciones de los típicos gruesos estucos mexicanos que ayudan a desfechar el edificio y restituirlo a esa monumentalidad sin tiempo; se refiere a una axialidad de talante académico, pero esa composición se distorsiona en la otra pareja de fachadas y en el escorzo, con lo cual el objeto reniega de una referencia ortodoxa y se sumerge en el misterio de un artefacto totémico, más natural-ritual que artificial. La conclusión es un tipo de forma signada por la *marginalidad* (del referenciamiento temporal, de la novedad tecnológica, de la ubicuidad en los mapas estilísticos), como si se buscara medir un tiempo que no pudo ser moderno y que tampoco será posmoderno, por la carga de arcaísmo reconcentrado.

El otro cauce de escape a una toma de decisión en la oscilación paleo/posmoderno estaría dado en el refugio en la *intemporalidad de lo vernacular* (manifestada en la regionalidad de la tríada vitruviana de *utilitas-función, firmitas-tecnología y venustas-expresión*). Ese vitruvianismo seguro por lo local, aplicable por lo garantido en puras operaciones de reproducción o *performances*, se da en todo escenario autóctono, más o menos escindido de la tensión de globalización. En América se puede ejemplificar con una larga lista de referencias (Porto, Mijares, Rojas, Lobos, Zanine Caldas, Cosmópolis, Colombino, Vivas, Carli, Guzmán, Luisoni Prada, Castillo, Cruz, Del Sol, etc.), pero existen referencias locales en otras culturas (Fathy, Baker, Bawa, Seldam, El Wakil, etc.). En primer lugar, se debe dejar constancia que esa manifestación cultural/arquitectónica sea la única y posible clave de identidad, circunstancia que si fuera cierta nos dejaría rápidamente sin ninguna posibilidad de diferencia, dada la existencia tangible de una vernacularidad global. Sí es posible, empero, pensar que se trata de uno de los registros donde se ubica uno de los esfuerzos notorios por instalarse en la deriva entre lo pre y lo posmoderno, habida cuenta que, al contrario de como suele simplificarse, no son arquitecturas *ingenuas* (en el sentido del *arte naive*), pues no se trata de un premoderno salvaje ni de un posmoderno calculado. Un ejemplo de esta producción lo configura el proyecto del *Instituto Campesino San Francisco*, en la isla de Chiloé, de Edward Rojas. Se trata de una de las obras más tardías del Rojas vernacular y posee las cualidades híbridas de un rescate de lo autóctono (desde el programa, la impostación territorial, la tecnología naval maderera, los criterios de expresión popular regional como el uso del color o el planteo de las formas de acceso), junto a una búsqueda de renovación proyectual —desde la planta de ejes clasicistas hasta ciertas prácticas ornamentales alusivas o aplicadas— que remite a la última etapa de su autor. Cumplida una tarea de oficio casi antropológico ahora busca un tipo de reconocimiento nacional o internacional que le induce a unas sobrecargas de referencias más cultas (o menos populistas: tarea que ya había comenzado con los proyectos funcionalmente más cosmopolitas como el Hotel Unicornio Azul). Este movimiento oscilatorio entre lo vernacular y lo global (que otro arquitecto chilota, Jorge Lobos, llamará *neovernacular*, minimalismo social o *arquitectura lárlica*¹³) estaría definiendo, desde otra perspectiva, esta cualidad de identidad americana que ciframos en su difícil ubicuidad marginal respecto de la *modernidad dura*.

Identidad americana como diferencia respecto del modo de pensamiento/ acción europeo

Así como podría aludirse a una *identidad anacrónica* —dada en la indiferencia frente a lo moderno, en el manejo de la oscilación entre paleo-posmodernidad, como co-relatos de la debilidad de la modernización, en el desinterés de manejar la idea del tiempo/progreso—, habría además una *identidad anatópica*, entendible como una diferencia frente al modo europeo de institución de lo tópico. Esta posible diferencia está en el seno de la *resistencia antropológica* frente a dicho modo (que también se vendría a revelar, paradójicamente, como una manifestación intraeuropea, en la cancelación de la omnipotencia metafísica del ser en la filosofía de Heidegger); en efecto, se trata de la noción planteada por numerosos antropólogos y filósofos americanos¹⁴ (como Kusch, Zea, Cullen, Roig, Sánchez Parga, Portocarrero, Ribeiro, Colombres, Bonfil Batalla, etc.) de la prevalencia de una *conciencia de estar* por sobre la de *ser/tener*, en el hombre americano autóctono (que sin embargo, atraviesa esa autoctonía tempranamente desnaturalizada, impregnando el modo de ser del mestizo americano y aun del trasplantado inmigrante europeo). Esta idea del *mero estar*, de la taciturnidad, de la paciencia sacrificial, deviene por una parte de un *despojamiento de lo material* que define una idea mínima de morada y aun una indiferencia frente a lo social-urbano, y por otra, remite a una intemporalidad o aún más drásticamente, a una desconcientización de la historicidad (los *pueblos vencidos no tienen historia*, dirá Kusch y también, en otro contexto, más bien judeo-mesiánico, Walter Benjamin). Así, en la prevalencia del estar —estar al acecho del tiempo largo de la naturaleza trágica— se reinstala, en un sentido, la voluntad anacrónica en tanto desinterés por el tiempo inmediato del progreso libre y, en otro, la voluntad anatópica en tanto desinterés por la materialización de la cultura como antropización de lo natural. Lo natural *hylético* no puede ser domesticado ni tecnificado: apenas puede venerarse, conjurarse o buscar una precaria acogida o instalación. Estos fenómenos se convertirán para los numerosos ideólogos de la necesidad de la modernización —desde Alberdi, Sarmiento, Bello o Vasconcelos hasta Martínez Estrada, Germani, Paz o Vargas Llosa— en las verdaderas rémoras o trabas idiosincráticas al flujo de un progreso democrático liberal y apenas se disimulan frente al telón simbólico de los fenómenos de la globalización urbana. En realidad parecería que el costo social del ajuste neoliberal (que alcanza a un cuarto o a media población americana según las ciudades, que queda por debajo de la llamada *línea de pobreza*) se soporta en virtud de esa doble identidad anacrónica (el no tiempo del progreso, la producción, el consumo, el acceso

a los intercambios: en América prevalece fuertemente el trueque, el *potlach* o la *minga*) y anatópica (el no lugar o ausencia de la ciudad social, el hábitar, la infraestructura, el equipamiento, las necesidades básicas satisfechas).

La elaboración cultural de esta supuesta condición americana del puro y mero estar —con sus consecuencias de anacronismo y anatopismo— no puede ser lineal o de neta representatividad: quizá, algo de esta cuestión emerge en las secas novelas de Juan Rulfo, en la poesía neo-dantesca del chileno Raúl Zurita, en la pinturas de Tarsila de Amaral o en el *cinema novo* de Brasil (*Vidas Secas* o el cine de Glauber Rocha en general). Se trata de una neutralización casi absoluta del sujeto —o de la experiencia socio-subjetiva, del emerger de las sensibilidades— que se deshace en la intensidad del paisaje que es no-lugar (en tanto morada, o artificio) y tiempo largo o natural (de los ciclos, de las catástrofes ominosas, de las cosmogonías, de los discursos míticos antes que históricos). Traspasada a la arquitectura, este discurso de cultura —nuevamente paleo/posmoderno a la vez— tropieza con la carencia de la autonomía artística que Hegel le atribuía a ésa, en tanto siempre demasiado comprometida con la función (que es a la vez, *institución* o programa y *sujeto*, en las figuras del cliente y del proyectista). Desde luego, hay una *edilicia del mero estar* (que puede erigirse en una *metarquitectura*): desde las plazas secas que unen culturas precolombinas y barroco-coloniales con la emergencia del pueblo como sujeto colectivo —El Zócalo, la plaza de la Compañía en Quito, la plaza de Cusco—, a los tendidos de los mercadillos callejeros, desde las viviendas palafíticas colombianas o del bordemar chileno donde además son territorios de agropesca hasta las *casbah* de las *villas miseria*, *favelas*, *callampas*, las casas guaraníicas semiabiertas del tipo *culata-yobai*, los microcubículos del comercio informal en La Paz o Lima, etc.

Un par de ejemplos de arquitectura *seria* nos ofrece —fragmentariamente— otras alusiones de esta discursividad del estar, que en todo caso necesita clausurar la tradición hipersubjetiva de la *promenade* moderna y aún, la idea de un espacio *interior* a escala. Se trata del *Teatro de Guanajuato* y de la *Catedral de Managua*.

El *Teatro de Guanajuato*, de Abraham Zabludovsky, no nos interesa aquí traerlo como referencia de su funcionalidad, ni tampoco por su intento de diálogo con la ciudad monumental barroca en cuyas afueras se instala, sino como monumento-roca, deposición casi mineral, de perímetro tortuoso y basto, roquedales que fluyen en un terreno natural, caparazón que oculta y restringe cualquier diálogo interior/exterior. Ni siquiera interesa traer a colación su presumible organicismo (anacrónico en el seno de la modernidad) o su espiralado acceso evocador de la ceremonia social del recorri-

do y convocatoria definida por la tradición teatral europea burguesa. Resalta, en cambio, esa costra seca de la envoltura, y su sentido alusivo tanto anacrónico como anatópico, segregado de un tiempo inmediato y posibilitante de un soporte de estar que *permite* –como dice L. Noelle Mereles¹⁵ en su crítica– *al ser humano instalarse en su locura sin extraviarse*.

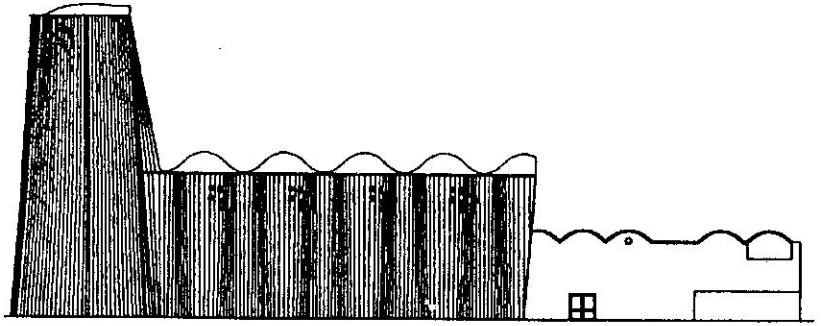
La *Catedral de Managua*, de Ricardo Legorreta, que emerge en una ciudad de larga devastación (dictadura *bananera* somocista, terremoto, guerra de liberación, pobreza de las sucesivas fases de reconstrucción política y material), aparece también en una especie de nada tópica –el contexto urbano inexistente– y de *nada crónica* –nada de urbanidad colonial, nada de tipología convencional, deriva de función-signo en su apelación al modelo de templo islámico, etc.–. Otro caparazón o costra, desvestido de espacialidad de contención, accidente de paisaje que acompaña de manera incidental (o teatral) unos atravesamientos enteramente desligados de funciones y ritualidades, con unos acentos de color semejantes al ingenuismo de las artesanías. Aquí aparece, además, el peligro cultural de una producción monumental que flota en un vacío de signos (la enorme abstracción de la contextualidad americana) y, a la vez, la oportunidad de provocar un acontecimiento, que quizá no difiera tanto de la pobreza material de la cultura bíblico-popular de la poesía de Ernesto Cardenal y su mundo de Solentiname: un mundo de acentuación de una existencia dada en el estar.

Producción cultural y elaboración de las características de una sociedad aluvional y mestiza

Si la cultura puede quedar definida en la identidad –como modo específico de ser diferentes de una comunidad territorial respecto de una civilización englobadora y tendiente a neutralizar esas diferencias/identidades–, su proyecto (que puede devenir de una compleja interacción de subjetividades políticas y sociales, de élites de conducción-producción y de aparatos de consumo, de éticas y axiologías comunitarias y de estéticas y estilos institucionales *e/o* institucionalizados) tendrá que manifestarse en una generación de productos y en una gestión de productores y consumidores, que algunos autores como R. Williams o P. Bourdieu, llaman producción cultural, comprometida por otra parte, como apuntaba Gramsci, con la reproducción social. Ahora podríamos agregar, desde otro ángulo, que la idea de identidad cultural de una comunidad territorial –una *geocultura*–, por ejemplo, la americana, también puede delinearse según la manera en que se relaciona esa producción (cultural) con aquella reproducción (social). De acuerdo con este criterio podríamos proponer, en América, la hipótesis de una cultura que debe ser producida en el contex-

to de una sociedad predominantemente aluvional y mestiza y que por ello, tiende a reproducir socialmente esas características. Habría en el sentido gramsciano, una cultura *alta* o elitista de sesgo *negativo* (en tanto se opone a reproducir esa sociedad, buscando en tal oposición, la instauración de una nueva sociedad moderna o *modernizada*, es decir, *burguesa*), y una cultura *baja* o popular-populista de sesgo *positivo* (que reafirma la condición de la fusión cultural que presenta la sociedad aluvional-mestiza y que procura su reproducción). Una tematización del talante de *cultura negativa* lo ofrecería la literatura del tipo del *Facundo* del argentino Sarmiento, *La Vorágine* del colombiano Rivera o *Los de Abajo* de mexicano Azuela: demonizan escenas del carácter bajo, populista, mestizo, bárbaro-rural, a la vez que lo convierten, románticamente, en circunstancias y objetos estéticos; cumplen con el cometido político de reflejar y condenar el atraso, pero ofrecen el sobreproducto estético de representar la hibridación. Los trabajos del brasileño Freyre (*Casa Grande e Senzala, Sobrados e mucambos*), fascinados por el anacronismo socio-rural, lo convierten en materia de afecto, y la literatura antropológica del peruano Arguedas (*Los Ríos Profundos*) completan el ciclo, al hipervalorar la estética convivencial de las autotonías andinas; por lo tanto, entronizan la positividad de tales escenas. Un ciclo semejante se dará con los ensayistas: desde la *negatividad alta* de Martínez Estrada (*La Cabeza de Goliat, Radiografía de la Pampa*) hasta la *positividad baja* de Lezama Lima (*La Expresión Americana*). En Martínez, la aluvionalidad babélica es una condena para América, impedida por ella de arribar a una modernización legítima; en Lezama, el sincretismo de la superposición estratificada de capas sociales, étnicas y territoriales (hidalgos y esclavos, mulatos y morenos, campesinos y arrabaleros, etc.) es el valor extremo de un barroquismo que no hubiera existido en procesos históricos más occidentalmente límpidos.

Dentro de las postulaciones de una posible cultura positiva o baja, respecto de las determinaciones devenidas del peso de una sociedad predominantemente ecléctica —aluvional, o sea, con prevalencia de *recién-venidos*, del campo o de otras ciudades, incluso extranjeras, con muchos nuevos habitantes que no hablaban los idiomas nativos o que terminaban por desplegar sus propias jergas o medias lenguas; mestiza, o sea con dominancia de los cruces étnicos del blanco más o menos europeo con los elementos indios o negros, mestizaje, por otra parte, significativo por cuanto si bien la población original americana cayó después de la conquista a menos del 15% del *quántum* originario, los europeos nunca vinieron en masa salvo a fines del siglo XIX, lo que devino en una nueva variante de mestizaje, el *gringaje*, con influencia de poblaciones europeas marginales y más bien



*Conjunto parroquial de San Juan de Avila, Alcalá de Henares, España, ing. E. Dieste, 1997. Tercera pata teórica de un trípode americano propendiente a una simplificada prospección de la siempre inasible identidad, Dieste quizá aporte la veta regionalista de una estética determinada por lo específico de una materialidad y modo de producción específicas, económicas o viables. Como ejemplo de una larga saga de **tecno-regionalistas** (que podría incluir a Porto, Maia, Viva, Rojas y hasta Salmons), Dieste —desde una posición extradisciplinar— evoca la posibilidad de una postura contextualista o apropiada, precisamente, en su restricción a los puros datos del hacer práctico: el ladrillo o los cerámicos, la economía y velocidad constructiva, la artesanidad preindustrial, etc.*

campesinas o aldeanas—, las ofertas dominantes resultarían de dos tipos: unas, situadas en la voluntad de positivizar la mescolanza estética pero destacando el componente supuestamente más legítimo, o sea, el del origen ibérico (incluso como modo de resistir a otras contaminaciones culturales posteriores, desde el iluminismo francés al empirismo inglés); otras, decididas a afrontar las consecuencias de una plena fusión admitiendo el vigor de los presupuestos estéticos negroides y/o indios o gringos. En arquitectura (pero también en literatura o en las artes plásticas, incluso en parte en la música) ello se manifestaría en dos posturas; la primera ligada al despliegue de un estilo neocolonial y la segunda, que englobaría corrientes afro o indoamericanas (en Brasil, Paraguay, Perú, Guatemala, México, el sudoeste de USA, etc.) o gringas (sur de Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Colombia, Venezuela, etc.).

Un ejemplo de la primera corriente podría ser la *Iglesia de Ancón*, en Perú, que Enrique Seoane (quizá el más pleno exponente de la modernidad peruana de los '40 y '50) proyectara en la segunda mitad de la cuarta década del siglo. Es interesante la confluencia de principios compositivos académicos, postulados funcionalistas modernos y propuestas estéticas relacionadas con una libre estilización (y simplificación abstractizante) de los motivos coloniales (que en América resulta ser una mezcla de barrocos

pobres, versiones deformadas de los tratadistas renacentistas, tipologías tradicionales como la casa de patios sucesivos árabe-gaditana y elementos de procedencia indígena, sobre todo iconográficos y constructivos). Buscó además convertirse —en Perú, México y Argentina— en estilo nacional, esto es, ofrecer a la sociedad política y civil unos sistemas figurativos eclécticos que sin embargo operarían en una determinada selección del farrago de motivos mestizos y pobres, que atiborraba el imaginario social y tendía a buscar una patética tabla rasa al convocar e importar otros eclecticismos (por ejemplo, el sistema ecléctico historicista de impronta parisina). El neocolonial americano (con muchos cultores: Noel y Birabén en Argentina, las obras de los años '40 de la ciudad de La Serena en Chile, Mujica y el joven Villanueva en Venezuela, los noveles Barragán y Del Moral en México, híbridos complejos como los uruguayos Muñoz del Campo y el primer Vilamajó, etc.) adquirió en el caso peruano una significativa repercusión cultural: algunos motivos como las portadas retablo estilizadas y geometrizadas, las modenaturas, la composición de las fachadas y sus relaciones de lleno/vacío o sus acentuaciones de color, terminaron por configurar uno de los pocos lenguajes urbanos, aptos para expresar necesidades simbólicas de capas sociales ascendentes. Los nuevos barrios residenciales limeños de San Isidro y Miraflores estarán configurados por una sistemática aplicación de estos códigos neocoloniales, prolongando las flexiones de su oscilación entre culturas altas y bajas.

Cualquiera de las obras bahianas de Lina Bo Bardi —como por ejemplo, la *Casa del Benim*, esa especie de museo conmemorativo de uno de los principales países exportadores de esclavos hacia el nordeste brasileño— expresa la otra corriente, de aceptación y potenciación de las aportaciones culturales devenidas, en este caso, de la negritud. Existe una contradicción entre el origen rural de la cultura negra original y su reuso en ambientes urbanos, por lo que la manipulación de los elementos afroamericanos se liga a los componentes ornamentales, a las prácticas de usos y festividades rituales-sociales, a los elementos blandos de la cultura (música, baile, vestimenta, gastronomía, etc.); por ello que el rescate operado, por una parte, se convierte en micro-objetual (o antropológico) y por otra, en museístico, si bien la museificación propuesta por Bo Bardi (también en su SESC de San Pablo, que, en este caso, quiere homenajear la cultura material de origen proletario industrial) es urbana, turística, festiva y fuertemente vinculada a las puestas en escena, o exhibiciones activas de los componentes patrimoniales. El Museo del Barro de Carlos Colombino, en Asunción, sería otro ejemplo equivalente, en este caso vinculado al rescate de las tradiciones culturales de materialidad baja de las etnias tupés-

guaraníticas (grupos indígenas rurales del trópico cuya aportación cultural sustancial también se vincula a elementos micromateriales —las artesanías funcionales o rituales— y con componentes livianos —danza, música, fiestas religiosas, máscaras alegóricas, vestimentas, textiles, etc—. Ambos ejemplos —el ligado al neocolonial o el relacionado con el patrimonio cultural afroamericano— suponen modos de procesar componentes derivados o emanados de la sociedad mestiza en algunas de sus múltiples expresiones históricas, pero se trata de formas selectivas, institucionales o disciplinares y elitista-progresistas de procesar en estratos culturales altos aquellos materiales básicos.

Producción cultural y afrontamiento de la naturaleza hylética

La necesaria consecuencia de la europeización fue, en términos culturales, la suspensión de la relevancia de lo natural en las cosmovisiones precolombinas. Suspensión verificable en variadas facetas: desde los intentos de cristianización del material estético-panteísta a cargo de los numerosos cronistas de Indias —que de paso, inventaron una historia que hasta entonces, por la no existencia de registros escriturarios, no era técnicamente tal, sino tradición oral y materialidad no escrituraria (desde las simbologías mesoamericanas del *tablero talud* o las *cresternas* hasta los motivos andinos de los *keros*, las *huacas* y los *quipus*)—, hasta la cientifización del mundo natural, hasta entonces cosmogónico-animista, desplegada por la célebre misión de Alexander von Humboldt, pero preanunciada en registros preiluministas como el *Sumario de Historia Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo. Si la naturaleza precolombina había suscitado prácticamente todas las características del habitar y la determinación de la cultura material, la conquista puso en marcha la voluntad de dominación del territorio, por ejemplo a través de las prescripciones abstractas de las Leyes de Indias o del desarrollo tecnológico, como en los procedimientos de la minería en amalgamación de mercurio de Bartolomé de Medina o en el trazado de los complejos procesos de exportación de materias primas con los trenes de mulas y los convoyes ultramarinos de las flotas de galeones desarrollados por Pedro Menéndez de Avilés. No obstante, por la vía de la sorda perduración del elemento aborigen en la mezcla generadora de las sociedades mestizas, perviven tradiciones estéticas, como el demonismo vegetal que propone Rodolfo Kusch, la tradición de conjurar el carácter violento del mundo natural o una sobrevivencia del entendimiento de ese mundo basado en los signos de marcación del territorio, como los *ceques* andinos, o en la profusión toponímica de la cultura maya, la tairona o la tupí. Otro choque no menor se dará al nivel de la

estética, entre los *zemíes* —o símbolos de lo natural y naturaleza o cosa natural en sí— y la iconología religiosa impuesta en plena ofensiva barroca y sus consecuencias, como la llamada *guerra de las idolatrías* o el triunfo relativo observable en la imaginería mixta, como los cristos rojos de Tixtla, el culto guadalupano o del Señor de Los Milagros en Lima o los nuevos santos guaraníes (San Son, San La Muerte, etc.).¹⁶ O sea, que tanto la presencia inquietante de lo natural *hylético* (*Hylea* fue el término griego que usó Humboldt para referirse a la naturaleza americana, si cabe, una naturaleza sublime o una mega-naturaleza) como su reelaboración cultural baja, persisten aún en la vida urbana o metropolitana marginal como con las relativas presencias de Pacha Mama u Oxalá. Y la naturaleza, en tanto no eficaz ni totalmente aculturada (o urbanizada), engendra ingredientes todavía portantes de contenidos hyléticos. Así, se daría la incorporación de ese mundo-texto no subjetivo, como decíamos, en la literatura de Rulfo y también en el mundo andino de omnipresencia del paisaje natural, en el peruano Scorza o en el argentino Tizón, ambos altoperuanos, por otra parte. Digamos de paso que el paisaje hecho protagonista es un tema modernista tratado por Baudelaire o Proust, y materia principal de la novela del paisajista francés Ferdinand Bac, referente central de la obra barraganiana. Mundo-naturaleza que advino a una cultura del paisajismo, por ejemplo en el brasileño Roberto Burle Marx o en el mexicano Mario Schejtnan, uno capaz de reelaborar el material tropical y otro, las cosmogonías precortesianas.

Para lo referente a una ejemplificación en términos de cultura arquitectónica, utilizaremos aquí dos ejemplos: una de las varias *casas sabaneras* proyectada por Rogelio Salmona en las afueras bogotanas y la *Abadía Benedictina de Güigüe*, en el estado de Carabobo, Venezuela, diseñada por Jesús Tenreiro.

Las *casas sabaneras* —y otros proyectos semiurbanos de Salmona, como el Museo Quimbaya en Armenia, la Casa de Huéspedes Ilustres en Cartagena o el Centro Cultural J.E. Gaitán— parten de un concepto de orden (espacial o cultural) dentro del desorden cuasi sublime del mundo natural, que sobre todo en el caso colombiano —una compleja red de asentamientos imbricados en una geometría andina de valles y mesetas— aparece como una especie de reflexión fundante, casi un grado cero proyectual en tanto apelación a un criterio de totalidad formal —el proyecto— que debe ser formulado en el seno de un contexto débil (esto debe entenderse, un contexto natural-paisajístico fuerte sobre el cual se inscriben gestos antrópicos débiles). De allí que el criterio de Salmona sea organizar un orden espacial, que suele ser una alegoría del mundo urbano (una red o cuadrícula de espacios, a menudo atravesada por una diagonal que puede ser una acequia o recuerdo de esa

estructura natural de valles), dentro de una estructura paisajística muy pregnante, que en el caso sabanero suelen ser praderas muy fértiles y verdes, telones montañosos sombríos, cielos pesados de nubes lluviosas, vegetación semitropical frondosa, etc.. El proyecto, que elabora ciertas referencias históricas como las secuencias de patios, cobra así un aspecto de salvaguarda arquetípica de formas evocativas de un *orden seguro*, con envolventes precisas equivalentes a los muros de los burgos europeos, todo recortado pero en complejas imbricaciones de figura/fondo, respecto de esa naturaleza preexistente en la cual no cabe otra posibilidad que acogerse o instalarse, incluso con algún gesto casi semejante al modo islámico, de reverenciarla y domesticarla, mediante el recurso del paso diagonal del agua o la vegetación interior. Se define así, una forma de proyectar que, en su propio rigor geocultural, puede devenir un tanto anacrónica, aunque no necesariamente tributaria de las formas populares o vernaculares de habitación. En el modo popular la naturaleza no se integra, ni siquiera en forma alegórica, sino que hay que conjurarla, apartándose o negándola. A ello se le adosa el otro tema salmoniano dominante que es el uso de la tecnología del cerámico cocido, en este caso, convertido casi en un lugar común de una posible estética arquitectónica bogotana que cumplió eficazmente el papel de contribuir a una identidad acumulativa. El ladrillo —que Salmona rescata y eleva de un uso anteriormente bajo y humilde— será no obstante un recurso experimental: investiga formas, colores, cocciones; lo usa y pliega casi como un estuco, le sirve para reproducir los modos clasicistas del trabajo en piedra, por ejemplo con los arcos, las pilastras y modenaturas que resolverá en este material en su edificio más representativo e institucional, los Archivos del Estado, en Bogotá. Pero también —como el cielo, el agua, la montaña o las praderas sabaneras— es un material natural (diversas arcillas cocidas), con sus colores y texturas, pero además con el suplemento de un oficio humano incorporado, que acompaña espléndidamente esa voluntad de convertir todo el gesto proyectual en un trabajo de instalación en lo natural previo. Esto lo distingue del uso casi folklórico-rural que le dará al mismo material el mexicano Mijares, tanto como a la referencia industrial-urbana que le adjudica el uruguayo Dieste.

La *abadía benedictina* proyectada por Jesús Tenreiro, en una lomada de 600 metros sobre el nivel del mar, próxima al poblado aborigen de Güigüe —como ocurría en los monasterios medievales— y mirando al cercano lago de Valencia (Tacarigua en toponimia indígena), se propone otra serie de reflexiones acerca del lugar natural o el sitio que debe ser investido por una instalación arquitectónica, de por sí compleja en sus exigencias programáticas y sin excluirse discursos reelaborativos de cierta arquitectura mo-

derna (desde la de Kahn hasta el Le Corbusier del similar proyecto de La Tourette). De esa mezcla tan latinoamericana de reflexión sobre el sitio natural y sobre la cultura arquitectónica moderna, deriva la complejidad de este proyecto, que parte por terminar de destruir la tipología claustral que ya había empezado Corbusier, al autonomizar el plano de sustentación y convertir el núcleo abacial del proyecto en un espacio virtual. Aquí el proceso se agudiza, el claustro se convierte en un patio no receptivo sino expulsor y el envoltorio cuadrangular se distorsiona en una suerte de cruz de pabellones que huyen hacia el paisaje de los cuatro puntos cardinales. Podríamos hipotetizar que semejante innovación tipológica —que cierra el larguísimo ciclo de casi quince siglos, iniciado por esta misma orden en Montecassino— obedece a la intención de supeditar el producto arquitectónico —o la instalación del constructo cultural— a las condiciones del entorno natural preexistente. Tanto para acoger su cualidad microclimática (el tipo se rompe para permitir el flujo de las brisas o los temporales de viento y lloviznas), para convertir el edificio en mirador (del lago y las lomas, algunas de ellas trabajadas por agricultores de la zona), para diversificar un concepto fracturado de hito o monumento territorial (sólo desde muy lejos se reconstruye la silueta del artefacto, siempre disuelto en los fondos de paisaje) y aún para aligerar la tradición enclaustrada y hermética de los conjuntos abaciales (dentro del edificio aéreo, como depositado en el terreno, se escuchan los ruidos de la naturaleza circundante y de la aldea cercana). Sin embargo, como decíamos, el proyecto arquitectónico no resigna su meditación sobre los materiales de la modernidad brutalista o dura (aunque suavizando su rusticidad corbusierana, más cercano de la pulcritud constructiva de Kahn), pero naturaliza su factura con materiales y colores locales e incluso matiza su voluntad de impostación con alusiones a los ritos panteístas precristianos del lugar, como la adoración de la Venus de Tacarigua y sus imágenes geometrizadas de terracota: lugar y culturas originarias se entrecruzan en esta reelaboración de un programa clásico y unos materiales proyectuales modernos que, como en Salmona, no pueden ignorar la necesidad de tematizar los datos del paisaje y la cultura locales.

Producción cultural y vacío de urbanidad burguesa

Salvo en el caso de las ciudades más estereotipadamente europeas (Buenos Aires, Santiago, Montevideo, por ejemplo) o aquellas más próximas al modelo norteamericano (San Pablo, Caracas) en América Latina predomina la sensación de carencia de una efectiva o consolidada urbanidad burguesa, en el sentido no tanto o no sólo de una forma urbana intensa-

mente arquitecturizada, sino más fundamentalmente, de unas prácticas urbanas, institucionales o cotidianas –en la línea de lo investigado por Sennet¹⁷ o De Certeau¹⁸– sedimentadas como propias de las tradiciones que llamaríamos burguesas (y que implica, sociológicamente, no sólo la generalización del hombre burgués urbano sino incluso de los correlatos modernos de ese proceso, como los proletariados industriales). Los historiadores sociales americanos –notoriamente, J.L. Romero– proponen una historicidad cuya evolución se adecúa a lo que podría llamarse desarrollo social (Romero propone una secuencia de cinco modelos sucesivos de ciudad americana signados por tal desarrollo: la *ciudad hidalga* en el siglo XVII, la *ciudad criolla* en el siglo XVIII, la *ciudad patricia* entre 1800 y 1880, la *ciudad burguesa* entre 1880 y 1930 y la *ciudad masificada* entre 1930 y 1970), en el cual los momentos preburgueses están signados por fuertes ribetes de autoritarismo tradicionalista, y el momento burgués no parece lo suficientemente fuerte o consolidado, puesto que acompaña la oportunidad transitoria del llamado proceso de sustitución de importaciones o moderada e imperfecta industrialización y que es reemplazado por el advenimiento de la ciudad masificada o populista, también de resabios arcaizantes y autoritaristas.¹⁹ Un sexto hipotético modelo –el de la *ciudad globalizada*, ulterior a la masificada– no hace sino perfeccionar la desintegración social y aumentar los fenómenos de exclusión socio-productiva y clientelismo político (o telepolítico). Así, por fuera del optimismo desarrollista de ciertos investigadores socio-culturales de los '60 (Germani, Gonzalez Casanova, Medina Echavarría, Paz), de los que llegaron a vislumbrar atisbos de renovación o revolución en torno de la teoría de la dependencia (Quijano, Castells, Calderón, Cardoso, Faletto, Sunkel, Freyre, Fernández Retamar) o de aquellos que imaginan un desemboque directo en una posmodernidad aprovechable (Brunner, Sarlo, García Canclini, Morandé), lo real es la inexistencia de una compleja articulación urbano-burguesa. A partir de lo ello puede resultar posible –y de hecho está ocurriendo– cierto éxito mediático-posmoderno como cultura cosmética del hiperliberalismo, así como resulta absolutamente teórico pensar una dinámica cultural-productiva inspirada, por ejemplo, en las ideas gramscianas sobre el bloque histórico o la lucha de hegemonías. De este proceso se desprenden, según nuestras hipótesis, varias consecuencias culturales, como la debilidad social de las instituciones (escuelas, municipios, sindicatos, iglesias), la fuerte segregación socio-espacial no sólo –o ya no– ciudad/campo sino ciudad alta/ciudad baja, la notoria desarquitecturización de la urbanidad formal teórica (o la ausencia de esa especie de materialidad que en Europa pareció resultar como consecuencia de un

horror vacui urbano) y por fin, en nuestra especificidad, el quiebre y distanciamiento entre hábitat y habitar y/o entre edificación y arquitectura. El vacío de urbanidad burguesa —que engendra una simplificación de las instituciones y prácticas urbanas— se convierte en un dato de subdesarrollo cultural y productivo empero algunos autores que pueden entreverlo como necesidad/oportunidad, aunque la posibilidad de una pertenencia a la globalidad no ligada al completamiento de las fases acumulativas y evolutivas de la modernización hace más bien presumible el presente estado de neopopulismos telemáticos y clientelistas no interesados en obtener la *terminación* burguesa-iluminista de nuestras sociedades y ciudades, desde luego porque no resulta funcional a las demandas competitivas del productivismo globalizado. En este contexto es que debe entenderse toda una arquitectura latinoamericana cuya condición regionalista —o de *retaguardia*, como señalaba Frampton, no sin entusiasmo esteticista— no sería más que una precaria instalación en los bordes o márgenes de esa urbanidad socio-formal imperfecta.

Entre la muy variada arquitectura que crece al margen (quizá no necesariamente, en términos de negatividad urbana), analicemos en este punto un par de ejemplos bastante característicos en América Latina de unos términos obligados a construirse, por así decirlo, un basamento de referencialidad o contextualidad no devenidas de las condiciones morfológicas, sociológicas o programáticas de lo urbano: el *Convento y Capilla de las Capuchinas en Tlalpan*, de Luis Barragán y una de las casas provincianas del peruano Juvenal Baracco, en este caso, la Pimentel en Trujillo.

Como casi toda la obra urbana barraganiana, el *convento capuchino de Tlalpan* es un proyecto clausurado, postulado como introvertida reflexión sobre muchas cosas, pero ninguna emanada de una ciudad que no ofrece ni determinaciones ni contextos. Desde luego, así como el programa lo permite —o lo exige— la obra es ensimismada en el espacio y en el tiempo; al ser antiurbana es a la vez intemporal (como ocurre, en una cultura diferente, con la introversión crítica urbana de las casas de Ando), con lo cual se apela a la tradicionalidad tipológica conventual, al ascético barroco monástico de la desmaterialidad y del espectáculo del autoflagelamiento corporal y sensorial, al repertorio de la abstracción *der stijl*, pero materializada con materiales y colores de origen indígena, como las tinturas de las plantas xerófitas del desierto, a los procedimientos compositivos de planta bloqueada y espacialidad disuelta en frontalidades, etc.. La ciudad *ausente* obliga —o induce, estimula— a una arquitectura desligada de todo compromiso funcional y estético urbano burgués.

La *Casa Pimentel*, como una arquitectura ejercida en una especie de vacío

urbano o de márgenes (que en estos casos son refugios de una marginalización social elitista, provocada o inducida por la pérdida burguesa del centro), propone en el contexto de las obras de Baracco la reconquista de geografías urbanamente inéditas, como las playas no urbanas de sus obras al norte de Lima y también de esta casa trujillana, no lejana de las ruinas antiurbanas de Chan Chan, la ciudad mochica de barro más célebre de las culturas peruanas costeñas. Casas, por otra parte, pensadas como cosas, artefactos o enormes muebles habitables, grandes marcos o soportes de paisaje; estrategias todas devenidas de la necesidad de inventar sucedáneos al contexto socio-urbano inexistente, lábil, incompleto o perdido.

Producción cultural cosmopolita: de la abstracción a la tecnología

Una característica notable de la cultura americana *alta* es su apetencia de cosmopolitismo, casi entendible como una tentativa de suplir con el pensamiento ilustrado la inexistencia de una sociedad burguesa constituida y un estado liberal integrado. La proposición de una cultura cosmopolita implica aceptar, casi como un hecho consumado, la relativa autonomía de la modernidad (como producción de cultura) respecto de la modernización (como procesos de cambio social) que deviene entonces, relativamente carente de innovaciones institucionales, como movimientos de vanguardia más o menos articulados con tendencias de cambio político. Una consecuencia será lo que simboliza el culteranismo erudizante de los productos de Borges o de Lezama Lima, con su manipulación infinita de citas y referencias, su perfección formal y su diferenciación, casi simétrica, entre clasicismo ascético y minimalista, y exuberancia barroca. La idea de una cultura cosmopolitana se presenta así como una cobertura simbólica de la excentricación que a veces —como ubicuidad marginal— es oportunidad de un distanciamiento susceptible de aquilatar la vertiente estético-formal de la producción cultural. Estas tentativas englobaron desde luego la producción de unas arquitecturas de Estado tanto como una producción urbanística que no sólo acogía la necesidad de ordenar el despliegue capitalista urbano sino, sobre todo, de favorecer la presentación de una simbología política de progreso; de allí la significación americana de una larga serie de propuestas urbanísticas europeas,²⁰ como las de Agache, Rotival, Forestier, Bardet, Le Corbusier, Hegemann, Brunner, Lambert, Wegenstein, Prost, Sert. Por fuera de la manifestación moderna del proceso según el cual la cultura europea localizaba su noción de utopía en las posibilidades del desarrollo americano, esta producción se vinculaba a necesidades simbólicas y técnicas de las incipientes élites gubernamentales locales, lo que implicó flujos inversos —como los de los americanos que

se formaban en Europa— e interacciones variadas, sobre todo en la letras (Carpentier, Del Paso), en las artes plásticas (Torres García, Matta) o la música (Ginastera, Villa-lobos).

Estos sedimentos de voluntad simbólica de cosmopolitismo —que se remontan a postulados grandielocuentes como los de Rubén Darío— arraigaron en un *internacionalismo*, a veces superficial, notable en una gran gama de propuestas arquitectónicas, desde el manejo de los estilos ecléctico-historicistas a fines del XIX, la recepción y elaboración de las primeras vanguardias modernas —como el *art nouveau* y el *modernisme* catalán, el *sezession style*, el *art deco*, los expresionismos germánicos—, el recorrido paralelo de las reacciones clasicistas y monumentalistas de entreguerras, la fortuna de los variados repertorios racionalistas y funcionalistas (frecuentemente despojados de sus contenidos políticos o sociales) hasta el acogimiento de las vertientes más recientes del *international style*, las ideas tardomodernas de los planteos pos-CIAM y la situación contemporánea, en sus manifestaciones orientadas hacia el desarrollo de *envases terciarios* (reciclajes, edificios de oficinas, *fashion buildings*, *contenedores híbridos*, etc.). La cosmopoliticidad, latente si se quiere en las culturas altas americanas desde fines de siglo, converge así en el escenario de la globalidad y fluye en el supuesto magma indiferenciado de una urbanidad homogénea, que sin embargo, nunca será absolutamente tal, dadas las asimetrías culturales y productivo-tecnológicas. En los ambientes urbanos más permeados por tal voluntad cosmopolita —el arco de ciudades sudamericanas, desde Río y San Pablo, hasta Santiago de Chile pasando por Porto Alegre, Curitiba, Montevideo, Rosario, Buenos Aires, Córdoba y Mendoza—, aparece como uno de los escenarios dominantes de las manifestaciones actuales de dicha cosmopoliticidad,²¹ presente, por lo demás, en un tono norteamericanizado en Caracas y en enclaves menos ostensibles de México, Bogotá, Guayaquil o Lima. Parte de la globalización ya se da a nivel profesional, por ejemplo en la presencia proyectual en América Latina de europeos como Rossi, Borra, Huidobro, Ciriani, Montes, Duhart o de norteamericanos como SOM, Helmuth-Obata-Kasabaum, Pelli o Kohn-Pedersen-Fox. Y, por otra parte, resulta ostensible la claudicación de la intervención del Estado en las arquitecturas urbanas, la cancelación del espejismo del welfare-state de los '60, la reconversión de la producción de viviendas en ofertas sofisticadas (con el concomitante fin de la llamada *vivienda de interés social*; ahora sobrevendrá una *vivienda de interés económico*), el cese de la significación cultural de las tentativas regionalistas o la reconversión de algunos protagonistas (Rojas, Porto, Ravazzani), el rescate elitista o de nueva clasicidad de ortodoxias modernas (Mendes da Rocha, Conde, Klotz, Pedemonte, Norten, Berdi-

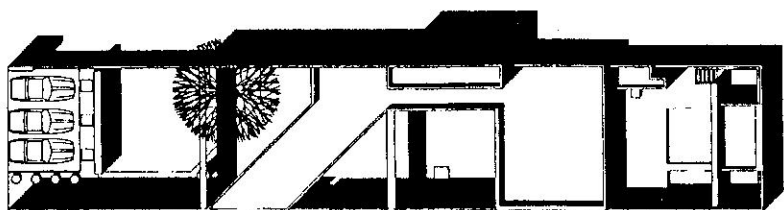
chevsky), los ejercicios más internacionalizados (Solsona, Varas, Alemparte, Alvarez, Gomez Platero, Corvalán, Flaño, Boza), las neo-hibridaciones (Beitía, Roca, Cruz-Del Sol, Baixas-Del Rio, Testa), el neo-kitsch (López, Pfeiffer-Zurdo, Bendersky), etc.

La ejemplificación arquitectónica posible para este punto es muy variada y seguramente ocupa el espacio principal de la producción disciplinaria *alta* o calificada, precisamente por la exigencia (o auto-exigencia) de generar hechos arquitectónicos coherentes con una cosmopoliticidad mundial, o sea, arquitecturas atópicas y ultracontemporáneas a la vez. Sin embargo, en el marco de este estudio que procura definir, si cabe, términos de una posible identidad regional latinoamericana, de acuerdo con las proposiciones generales ya expuestas, seleccionamos dos ejemplos: uno volcado a articular cosmopoliticidad y lenguaje —el *conjunto residencial en La Rinconada*, Lima, del peruano Emilio Soyer— y otro que problematiza la cuestión posible de cosmopoliticidad situada y tecnología apropiada —el edificio de oficinas llamado *Consorcio de Seguros Vida* en el nuevo centro terciario de Las Condes, en la capital chilena, de Enrique Browne junto al francochileno Borja Huidobro.

La obra de Soyer, las *Casas de la Rinconada*, dentro de una serie de pequeños conjuntos urbanos, se propone investigar una especie de minimalismo expresivo, de alto refinamiento, pero, a la vez, ceñida a esa reinterpretación a que antes aludíamos, del modernismo más ortodoxo o puro, algo que seguramente se vincula a un modo semejante de posicionamiento contemporáneo que a nuestro juicio resulta sintomático de la escena española —por ejemplo en Navarro Baldeweg, en Llinás o en Ferrater— y que probablemente explique asimismo la arquitectura de Soyer, de dilatada estancia en España.

Aquietados los pionerismos fundacionales de las vanguardias modernas, ciertos procedimientos proyectuales se decantan como estilo —y se alejan así, del frenesí consumístico obsolecente del vanguardismo—: cuando esa estabilidad de estilo resulta nítida, emerge la disponibilidad de un lenguaje, no tanto social o socializado, pero sí como referencia para unas prácticas expresivas de una cierta perfección de oficio.

Con la posibilidad de tal ortodoxia, ligada a la modernidad dura sedimentada como estilo/lenguaje, se hace disponible un lenguaje austero, capaz de resolver, con moderada referencialidad cosmopolita, los casos de micro-proyectos residenciales urbanos y a la vez, de constituir un lenguaje lejanamente capaz de vincularse tanto a la estilización clasicista neocolonial que nutrió la arquitectura residencial limeña de los '40 —por ejemplo, en las casas de Velarde—, cuanto a referencias al ortogonalismo



a/b Casa Taller de Arquitectura Quijano, Mérida, México, arqs. A. Quijano SCP, 1993. En la modernidad reciente también existiría, en el escenario americano, el sostenimiento de una cierta dualidad entre lo minimalista y lo neobarroco, dicotomía que quizá pueda dar cuenta simplificada de los procedimientos genéricos del arte y arquitectura contemporáneos en su escala y manifestación cosmopolita. Aquí, lo minimalista se articula con una tradición estética esencialista y despojada –que atraviesa expresiones como las obras de Rulfo y Barragán– capaz de intentar unificar elementos de un determinado paisaje de instalación con un clima estético internacional, componentes abstractos de una memoria histórica con criterios críticos como la introspección urbana y el despojamiento objetual.

de rigurosa composición según los principios áureos que tiene cierta arquitectura palaciega prepizarriana. Tal es el caso del complejo de Puruchuco, un rectángulo de barro cocido y riguroso planteo casi mondrianesco, situado hoy dentro de Lima y datado de principios del XV. El lenguaje devenido de la estabilización de la modernidad se convierte en medio o práctica escrituraria para enlazar el cosmopoliticismo culto o alto de las élites latinoamericanas con alusiones veladas a la propia historia de otros momentos elitistas. En cierto modo es lo que distingue la prosa borgeana, receptiva de la modernidad estilística-técnica (Proust, Joyce, Kafka) y a la vez capaz de articularse con una re-escritura discreta de la micro-historia (los soldados de las guerras de independencia, los cuchilleros arrabaleros, los inmigrantes excéntricos, etc.).

El *edificio de oficinas del Consorcio Vida* de Browne-Huidobro representa, por una parte, el auge de los nuevos y sofisticados *downtowns* terciarios de algunas ciudades americanas, hoy devenidas en polos de la globalidad financiera y de servicios. Pero por fuera de su posible adscripción a tal saga de neocosmopolitismo (*high techs* más o menos *inteligentes* y sobre todo, simbólicos) este proyecto contiene algunas diferencias, que quizá justifiquen una pertenencia a una ciudad y cultura específicas y lo aparten, sin recursos de tipo folklórico, de tal homogeneidad omnipresente. Por ejemplo, el tratamiento bio-ambiental del proyecto, con su estanque de humectación del aire o sus frondas horizontales que forran la pared de metal y cristal de la fachada con una vegetación variable según las estaciones. O la búsqueda de una geometría adaptativa a un emplazamiento urbano peculiar y el tratamiento de los interiores según facturas casi artesanales, de madera y piedra, que si tienen alguna referencialidad internacional, lo emparentan con diseños escandinavos y su peculiar vía de modernidad *situada* (en sus condiciones de clima, tecnología y usos).

La destilación cosmopolita de lenguajes neomodernos en Soyer o la prudente adaptación de tecnologías de punta en Browne demuestran un flanco no necesariamente banalizado o de puro seguidismo de *manieras* internacionales contemporáneas; en ese estrecho espacio de maniobra queda contenida una nueva demostración de esa cosmopoliticidad latinoamericana, de perfección formal y aun de cierta erudición de oficio.

Novedad y valor de la cultura de la triple negación (antimestiza, antihilética y antiurbana)

De acuerdo con nuestros argumentos principales, la consumación histórica de unos procesos *sociales* (devenidos en la conformación de una sociedad predominantemente aluvional y mestiza o híbrida), *territoriales* (deter-

minados por la complejidad e imperatividad de una naturaleza peculiar y por las estrategias de explotación) y *urbanos* (signados por una entidad de urbanidades abstractas e incompletas en lo morfogénético y débilmente integrada en cuanto a la conformación plena de una organización urbano-burguesa), ha estipulado un cuadro de solicitudes histórico-concretas para el despliegue de las culturas materiales en general y de las proposiciones arquitectónicas en particular. Esa construcción cultural, muy determinada, en un sentido, por las influencias utopizantes devenidas de la experiencia europea colonial y neocolonial y en otro, por las características de unas formaciones de corte cosmopolita derivadas de las élites socio-políticas, ha convergido, si se quiere, en un estado de pesimismo crítico y aun, en una negación de las características principales de dichos procesos históricos sociales, territoriales y urbanos. Es en ese sentido que puede hablarse de un sesgo de la producción cultural alta latinoamericana que, en su ilusión o deseo de cosmopolitismo, se demarca por una triple voluntad *negativa*: antimestiza, antihylética y antiurbana.

El talante crítico frente al mestizaje arraiga en la célebre dicotomía latinoamericana entre *civilización y barbarie* (Sarmiento, Bello, Cosmes, Sierra, Ramírez, Altamirano, Vasconcelos), o en las proposiciones superadoras de tal condición (Martí, Rodó, González Prada, Haya de la Torre, Mariátegui), hasta derivar en una cierta aceptación de tal condición, por ejemplo en las *Culturas Híbridas* de N. García Canclini,²² en que por fin comienza a asumirse la hibridez como una condición no necesariamente de bloqueo al acceso de la modernidad, sino como una condición de su peculiaridad, así como existiría una vía de modernidad muy influenciada por una matriz religiosa en el Islam.

La idea de una cultura sólo situable en una dominación técnica de la naturaleza es desde luego un imperativo iluminista, cuya dificultad en una América demasiado salvaje concurriría a otro matiz del pesimismo o desencanto de sus intelectuales de las capas altas o de élite. El mexicano Ramírez aludía a este fenómeno, supuestamente degradatorio, y sostenía que nuestro verdadero colonizador fue Humboldt, al introducir el conocimiento científico respecto de una naturaleza hasta entonces cosmogónicamente dominante. El venezolano Gallegos apuntará que la relación entre ese carácter omnipresente de lo natural americano —*selva virgen, suelo inexplorado e inculto, tierra baldía* eran algunas de sus metáforas— y la condición de barbarie que domina en el cuerpo social híbrido o mestizo, es una rémora fatal, sin cuya remoción refundadora no puede haber civilización (en el sentido técnico europeo). Desde luego, frente a esta hipótesis fatalista se levantan discursos culturalmente positivos, como los movimientos

culturales pro-naturistas brasileños del primer cuarto del siglo (*Pau Brasil, revolución Anta, grupo Antropofagia, movimiento verdeamarelista*, etc.) y las posturas neorománticas –en tanto, usufructuantes del sentimiento de la sublimidad frente a lo natural– de Lezama Lima, Arguedas, Kusch o Bonfill, ya más cerca nuestro.

Y frente a la desazón frente a la imperfección de la vida urbana y de la urbanidad burguesa, la mayoría de los intelectuales y políticos levanta un coro de pesimismo rayano en la sensación de imposibilidad de progreso, como ocurrirá en los discursos de Samper, Capelo, Basadre o Martínez Estrada. La ciudad o los modelos de urbanidad que nos han sido deparados en la colonización americana resultan para las élites intelectuales francamente despreciables. El argentino García, al filo del cambio de siglo, en su libro *La Ciudad Indiana* registra prolijamente todos los defectos de una sociedad de imperfección urbana o que careció del lento sedimento de ideas medievalistas-comunitaristas, de las que emergen las condiciones de la ciudad burguesa europea. Pero frente a esta marcada crítica socio-urbana se levantarán posturas positivas, ancladas en una valoración romántica de la vida rural y también, en una justificación del tradicionalismo jerárquico que emerge del caudillismo rural y que devendrá política urbana en los modelos populistas: los brasileños Freyre y Ribeiro tenderán a positivizar la condición no urbana americana, el primero desde una postura aristocrática, el segundo imaginando una vía de desarrollo social no necesariamente ligada al progreso urbano. Curiosamente, este segundo enfoque desemboca en fundamento de los varios movimientos insurreccionales americanos de las últimas dos décadas (Sendero Luminoso, EZLN, MST, etc.).

Para aludir a una ejemplificación arquitectónica de este punto (y sin caer, necesariamente, en unos discursos exageradamente críticos o negativistas) quizá podamos hacer referencia a dos posturas, en sendos ejemplos: una que reconstruye un discurso elaborativo para una práctica arquitectónica contenedora de ideas críticas, en el seno de una *performance* dominada por presupuestos típicos de la producción de la obra de arte –la *casa en la playa de Santa Teresita* en el litoral atlántico argentino, del arquitecto y artista Clorindo Testa–; otra que formula un contexto completo de experimentalidad susceptible de concretar (o poner en positivo) los términos generales de una americanidad basada en la elaboración de la triple negación enunciada más arriba –una de las piezas, la llamada *Hospedería de la Entrada*, del conjunto *Ciudad Abierta de la Cooperativa Amereida*, en las playas del Pacífico, cerca de la ciudad chilena de Viña del Mar.

Las *performances* artístico-arquitectónicas de Testa (y si se quiere, en cierto sentido de los otros poderosos *form-givers* americanos modernos:

Barragán, Niemeyer) procuran requerir un plano de autonomía del discurso arquitectónico –por lo menos o fundamentalmente, el ligado a las soluciones del hábitat doméstico– parangonable con la autonomía de la producción de la obra de arte moderna, esa que Adorno llamará *inorgánica* por su suspensión de toda representación. Se operaría así, una posibilidad de generar un tipo de productos de talante a-social, a-natural y a-urbano, mediante un cuidadoso recorte de las clásicas determinaciones del programa, el sitio y el contexto. Esta posibilidad empalma con las tentativas anti-urbanísticas del *organicismo* wrightiano y su remozamiento del modelo inglés del *man in your castle*, acorde a la ideología del *spirit frontier*, que pudo alimentar en el caso sudamericano desde escuelas o movimientos (el llamado de las Casas Blancas en Argentina) hasta experiencias que retoman argumentos del modelo de las *garden cities* (desde los grandes proyectos paulistanos de los años 20, con la participación directa de R. Unwin y B. Parker, los arquitectos howardianos, hasta los *clusters* de viviendas de las Cooperativas de Uruguay, la comunidad Tierra, inspirada por C. Caveri en Argentina o las comunidades del chileno F. Castillo y aún, la gestión local de E. San Martín o algunos proyectos como los de F. Vergara). En Testa, esta autonomía artística –más que programática triple crítica– devendrá en una vigorosa revisión estética, funcional y tecnológica del artefacto arquitectónico, repropuesto casi como un *manu-facto* o pieza de artesanía. Aquí y allá habrá numerosos cultores de esta posibilidad, como el argentino Puppo, el brasileño Zanine Caldas o la chilena Zegers.

El caso de la llamada *Ciudad Abierta*, proyectada colectivamente por la Cooperativa Amereida e inspirada en las ideas de Alberto Cruz, es más complejo y casi irreplicable en el contexto americano. Concebido como un experimento didáctico –sus fundadores, un grupo de profesores de la Universidad Católica de Valparaíso, compraron un terreno frente al mar en 1970 para ensayar la materialización de algunas ideas arquitectónicas–, el concepto básico fue remitirse a un supuesto grado cero de la creación proyectual arquitectónica, situable según este grupo, en la instancia poética (eran grandes admiradoras del *art pour l'art* simbolista de Rimbaud y Baudelaire). A partir de este presupuesto, su trabajo, de tipo análogo al conceptualismo artístico, decidió negar la socialidad –sus edificios no tienen función o usos socialmente reconocidos–, la naturaleza –los proyectos reniegan de pensarse en torno de sus condiciones naturales de instalación, aunque ellas, como las dunas o el mar, sean muy notorias– y la ciudad –ya que por fuera de su nombre, el conjunto es un *anticiudad*, sin calles, espacios públicos convencionales urbanos, vida urbana relacional, etc., y además se erige al margen de la ciudad y sin memoria de ella–. Por otra parte, la expe-

riencia se reivindica como un ejercicio de reconstrucción cultural de una identidad poética americana, con diferentes rituales (no folklóricos ni vernaculares) para aludir a dicha condición: desde los *actos poéticos* fundacionales, en que se nomina e imagina la nueva construcción, hasta el *trabajo en ronda* que rememora la *minga* como versión americana de las cofradías medievales. De tal forma, emerge como el ejemplo más notable —aunque único— de asumir esa complejidad cosmopolita y culturalmente negadora de las condiciones que estructuraron la modernidad americana: cronografía o cartografía de un tiempo histórico largo, escrita pues, con los materiales estrictos de la textualidad arquitectural.

Culturas ucrónicas como reverso de las culturas utópicas

La idea de *utopía* parece constituir una noción básica para entender la raíz de la cultura europea y su proyección como civilización mundial. Precisamente, la utopía, como expansión del ser y estar/tener, como intento de materialización del sujeto social en un afuera de su locus esencial, podría bien ser como el puente que conecta lo inmediato-cercano de la *kultur* con lo mediato-lejano de la *civilization*. Por más que la utopía sea frecuentemente imaginar la idealidad de una sociedad que no tiene lugar —como el milenarismo de Joaquín de Fiore y sus sucesivas reelaboraciones desde Campanella a Moro—, ella implica la necesidad de un afuera o *topos* aún no conquistado o culturalizado; de allí que Moro encuentra *natural* instalar su modelo ideal de sociedad en la Tenochtitlán recién ofrecida al imaginario europeo, como si fuera un lugar vacío. La utopía, que luego derivará a acoger el repliegue romántico frente al avasallamiento urbano industrial —en Morris o Bellamy— y receptor o dar sitio a los excluidos de esa ciudad (anarquistas, socialistas: habrá más de 130 intentos o realizaciones de colonias socio-anarquistas de origen europeo en América), se generaliza como vehículo de expansión de las culturas originarias y de algunas de sus cualidades perdidas o puestas en peligro (la ruralidad, la artesanía, la ciudad no mercantil, etc.). En tanto así, instrumento de la exportación de ideas que buscan universalizar lo microcultural en macrocivilizatorio, tendrá un espacio protagónico en el forjado del laboratorio americano, entendible como territorio receptivo de esa exportación. Las misiones jesuíticas, los pueblos de indios, las campañas evangelizadoras-urbanizadoras de la Compañía de los 12 de Nueva España, el poblamiento productivo del Caribe, los artefactos populistas de Vasco de Quiroga, las campañas de exterminio de las idolatrías o la propia idiosincrasia fundadora de las Leyes de Indias son algunas de las muchas características instrumentales que adquirirá la idea de utopía en América en su primer siglo y

medio de *choque de culturas* (como tardíamente se avino a designar la conquista y colonización). Choque de culturas, una de las cuales poseía el argumento de la utopía como medio de imponer una homogeneidad civilizatoria: de allí el intrínseco componente de violencia que tiene la idea, aparentemente progresista, de la utopía. Su versión del *fin de la historia* podría muy bien ser la utopía de la globalidad, concepto que sostiene la base de anular o comprimir el espacio para introducir una noción pan-cultural del tiempo (en el caso capitalista, del *tiempo del rendimiento*, el tiempo más vertiginoso posible). Obviamente la utopía fue motorizada por los pensadores americanos de proyecto cosmopolita: de allí los Estados Unidos pensados como una cuadrícula de *hinterlands* de ciudades en las ideas de Jefferson o la *Argirópolis* de Sarmiento; la Brasilia kubitschekiana o la *Fordlandia* de Henry Ford, en plena Amazonia. El propósito final es subsumir los vestigios de las culturas existentes en una cosmovisión civilizatoria y hacerlo con formas del llamado progreso occidental: burgués, industrial y urbano.

Frente a ese impulso dominante, de direccionalidad emergente de una Europa ávida de espacio, en los entresijos de las sociedades locales, se incubó cierta clase de resistencias: desde las que doblaban la apuesta en nombre del derecho a un Nuevo Mundo del cual pudiera emerger una civilización cosmopolitana —que delinearé las fantasías y no tanto, del *american way of life* o del *granero del mundo*—, hasta las que promovieron un estado de introversión o resistencia: los variados caudillismos ruralistas y conservadores (Rosas, García Moreno, Lavalleja, Alamán, Gómez, Díaz, Portales) y las revueltas regresivas (desde los movimientos ruralistas de Zapata y Villa hasta la República de los Negros del Palmarés cartagenero y caribeño, o el enclave nordestino de Antonio Conselheiro). Al movimiento exógeno y modernizador de las utopías que exportan cultura para colonizar espacios y sociedades, se le opondría, en clave bastante menor y regresiva, la proposición de ucronías, como aquella concepción autista que reclama tiempo para su propia consolidación en los espacios que ya detenta. Pero no se puede simplificar la supuesta analogía de la dialéctica civilización/barbarie con la utopía/ucronía: hubo y habrá utopías bárbaras y salvajes junto a ucronías progresistas y cultas.

Las culturas ucrónicas serían, entonces, las que se oponen a un punto de partida utópico (en el sentido que una especie de *nada cultural* o *tabula rasa* que debe nutrirse de una cultura exógena), tanto como las que elaboran términos de densificación de componentes existentes, como datos del paisaje, conductas de una posible ética/estética situada o americana (y más, todavía, microcultural), producciones que reclaman su tiempo y que se

oponen al tiempo oportunista del consumo. Puede haber diversas estéticas para este intento. Desde el macondismo hasta el minimalismo regional, desde la fagocitación lezamiana hasta el ascetismo de Rulfo, desde la elaboración de los *folks* urbanos y sus picarescas de cierto Vargas Llosa hasta Cortázar, desde la corporalidad sexual-naturalista de la pintura vitalista de Tamayo o Lam hasta el metalenguaje surrealista de Matta o Xul Solar, desde el neopanteísmo de Neruda hasta la lusotropicología de Andrade o Villalobos: todo teñido por una mácula de nostálgico arcaísmo que en algún caso dio en definirse con el confuso término de *realismo mágico*. Al discurso proyectual, que presuntamente elabora términos de lo que hemos llamado culturas ucrónicas, podemos ilustrarlo (seguramente, de manera imperfecta o hipotética) con dos ejemplos: el primero demostrativo de la posible autonomía silenciosa —un objeto casi mudo o hermetizante depositado en el paisaje: *la casa Orrego*, en el balneario chileno de Zapallar, de Cristián De Groote—; el segundo, referente a una concepción de una arquitectura antiutópica en el sentido de construcción casi geográfica o geológica de lugar: el *Balneario La Perla*, en la ciudad atlántica argentina de Mar del Plata, de Clorindo Testa.

La idea de la *casa veraniega* Orrego de De Groote —una larga calle frente a un acantilado sembrado de eucaliptus— remite a las nociones introvertidas de la arquitectura minimalista territorial de Ando (y también a su necesidad de exceso de gesto artificial, para potenciar un equilibrio frente a la relevancia del paisaje), negando toda externidad —o controlándola cuidadosamente— pero también apelando al recuerdo alegórico de lo urbano, con sus conceptos de calle-corredor o plazas-estancias. También el esquema de introversión —que cumple la función ucrónica de diluir el lugar en una temporalidad larga, inmune al ruido cotidiano y sólo relacionada con *tempos* naturales, como la luz diurna o los cambios del oleaje distante o el movimiento tenue de la masa oscura de los árboles— evoca esa arquitectura defuncionalizada o de sabor hermético, como los templos-observatorio de Jaipur o las casas de la campiña romana del grupo GRAU-Anselmi (que a su vez, remiten a las construcciones sin tiempo de las tumbas y túmulos etruscos), o en el caso, americano las casas espiraladas o acaracoladas de Browne o de Baracco. La tentativa de una instalación neutral y mínima del gesto arquitectónico en la mudez territorial o la grandilocuencia del paisaje también se advierte en otros trabajos de De Groote (en otras geografías) como la casa Fuenzalida, en La Dehesa, afueras de Santiago, en que la arquitectura parece reducirse a unos austeros enmarcamientos de la planicie en que se instala, recordando asimismo a algunos proyectos de Undurraga-Deves, o las casas pampeanas estrictamente reguladas por un

dispositivo geométrico del argentino Bedel, no casualmente, arquitecto y artista conceptual.

El *Complejo Balneario La Perla* de Testa elabora una serie de trabajos en que se desarrollan metáforas corporales y zoológicas (como los proyectos del Auditorio de Buenos Aires o la Biblioteca Nacional) en que se apela a una organicidad naturalista y, a la vez, supuestamente reductora de la distancia entre cultura y naturaleza. Se trata de una *naturaleza secundaria*, trabajada con propósitos de albergue, casi como en el hábitat troglodítico. La operación metaforizante también recurre a otro grupo de referencias habituales de este arquitecto, como la citación del mundo geológico (que desarrolló, asimismo, en otro de sus proyectos importantes como el Centro Cultural de Neuquén en Argentina). En el caso marplatense la cita geologista alude al mundo de las formas de los acantilados de caliza, y a la vez esa geología agregada o artificial no desmiente su función de enmarcamiento de la naturaleza originaria; es, este caso, el mar. Un tercer elemento proyectual incluiría la elaboración de referencias de tipo geográfico, casi pensando la ciudad como una sobreposición de estratos o capas que van densificando su estructuración. Sus proyectos para el Centro Cultural de la Recoleta, en Buenos Aires, asumen esta voluntad, por así decirlo, de *construir geografías*, utilizando los materiales de las diferentes épocas históricas aunque lejos de una postura arqueologista o conservacionista. La triple referencialidad esgrimida en este y otros trabajos —la zoomorfidad, la alusión geologista o la voluntad de construir territorio o geografías— se anuda en ese marco de dilación del tiempo, en una intención, no de invadir utópica y culturalmente lugares vacíos, sino inversamente, de aportar ucrónica y naturalmente comentarios proyectuales —casi, *instalaciones*— acerca de las características de lo previo natural.

Utopía/Ucronía: laboratorio y cosmópolis

Quizá un eje sustancial del enfoque de este ensayo sea el proponer que una de las formas fértiles de entender la relación cultural entre Europa y América sea aquella que opone —y a la vez, articula— las nociones de *utopía europea* y *ucronía americana*. La utopía europea puede definirse como el aparato ideológico de cobertura del proyecto socio-económico de expansión; es decir, la forma de legitimar históricamente la necesidad de incorporar nueva naturaleza y territorios a las necesidades de dicha expansión. De allí la idea de abstracción o neutralización del *afuera* europeo, visible por ejemplo en los debates de Valladolid, en las primeras décadas del siglo XVI, entre Las Casas y Sepúlveda, que es a la vez una manifestación del debate entre los poderes de la Iglesia y la Corona acerca de la forma de

otorgamiento del estatuto de legitimidad requerido por la voluntad política de la expansión. El triunfo de la hipótesis de Sepúlveda –contra las complejas corrientes erasmistas, sobre todo aquel humanismo de Suárez y Vitoria incubado en las aulas dominicas salmantinas– significa la victoria de una teoría utópica vinculada a una maximización de la condición de *naturaleza abstracta* o *territorio vacío* adjudicado al nuevo mundo; es decir, una idea en la que la sociedad existente (los *homúnculos* de Sepúlveda) es considerada parte de la naturaleza y toda ésta, material moldeable por la expansión cultural-religiosa y político-económica. Pero las posiciones opuestas –las esgrimidas por Las Casas– tampoco dejan de pertenecer al campo de las propuestas utópicas, incluso bastante más sofisticadas desde el punto de vista filosófico y técnico, por ejemplo en torno de la necesidad de instituir formas de vida devenidas del progreso europeo, como será el caso de los *pueblos de indios* dominicos chiapanecos o las ulteriores *misiones* jesuíticas. En general, en esta primera articulación expansiva de Europa en América, el ideal utópico se tiñe de un carácter salvífico, ligado a la evangelización. Las primeras utopías suponen así ser ensayos de integración relativa del mundo americano en el proyecto de ecumenización cristiana, siendo tal proyecto la forma de legitimización de la expansión civilizatoria socio-productiva europea. Un resultado de este proyecto utópico será la traducción completa de la historia natural preexistente no es-



a/b Museo Xul Solar, Buenos Aires, arq. R. Beñía, 1993. Sin caer en las tentaciones folklorizantes del exceso barroco –quizá por situarse en Buenos Aires y por operar como contenedor de la obra del plástico Xul Solar, un hermano de ideas y vida de Borges–, el museo aquí apuntado reivindica la estética de la complejidad, en una fagocitación típica del tándem Xul-Borges e intensamente propagandizada por la gran estética americana de Lezama Lima, capaz de generar una suerte de hipertexto arquitectónico, una caja de Pandora de efectos y sensaciones que evita o desdibuja la visión dirigida o unidireccional y que asume el peligro de operar en una especie de eclecticismo selectivo capaz de yuxtaponer ideas proyectuales scarpianas o calidades ambientales wrightianas junto a rigores metodológicos que trazan la línea del racionalismo corbusierano hasta la deconstrucción de Eisenman. Todo al servicio de una suerte de pan-contextualismo porteño.

crita, en una discursividad recreativa capaz de interpretar esa pre-historia como pasajes o circunstancias ya contenidas en el relato bíblico, dado que son las Escrituras el documento que, en nombre de una salvación providencial, consagra la preeminencia de la historia sobre la naturaleza, de *chronos* sobre *topos*. Eso es lo que harán todos los *cronistas de Indias*. La independencia americana se apoya sobre el fin histórico europeo de tal modelo, a manos del naciente sistema filosófico iluminista y del incipiente proceso de instauración del capitalismo comercial. Ello supondrá, no el cese de las relaciones ligadas a las ideas expansivas utópicas, sino su significativa transformación en una forma de articulación ahora ligada a la dinámica de los mercados. En ese contexto, digamos hegeliano, en tanto vinculado a una idea evolutiva de progreso relacionado con un perfeccionamiento del concepto de Estado, la capacidad europea de seguir postulando discursos utópicos continúa y adquiere el espectro moderno: desde los propios modelos de modernización hasta los aparatos culturales de modernidad, desde el montaje de un mundo organizado según una división del trabajo productivo y cierta idea de un consumo global hasta los discursos progresistas o reformistas de la modernización capitalista (propuestas socialistas, experimentos comunitarios anarquistas, sindicalización, etc.). Un importante caudal de estas experiencias se referirá a la exportación europea de ideas urbanísticas y arquitectónicas. Ya vimos en un punto anterior la intensa y continuada presencia de expertos europeos conectados a las necesidades de organizar las ciudades americanas, y en esa presencia no poca manifestación de ideas utópicas, en tanto nociones que parecían encontrar terreno virgen en América. En el caso de la arquitectura, el proceso es semejante con relevante presencia de arquitectos europeos²³ (Eiffel, Semper, Reed, Boari, Horta, Perret, Meyer, Gropius, Hilberseimer, Breuer, Haring, Candela, Bonet, Neutra, Rother, Ladowsky, Melnikov, Le Corbusier, Mies, Rogers, Bill, Garatti, Rossi, Botta, son algunos de los que visitaron y/o proyectaron en o para América Latina, sin contar otros europeos radicados como Cetto, Goeritz, Acosta, Warchavchik, Bo Bardi, Tedeschi, Praeger, etc.) que supusieron una participación más o menos significativa según los casos y que debe sumarse al complejo proceso de los diseñadores latinoamericanos formados o con largos vínculos de relación en Europa (como Dávila, Cruz, Cravotto, Ferrari, Kurchan, Niemeyer, Williams, Costa, Barragán, Salmons, etc.). Esta continua y extensa relación europeo-americana de más de cinco siglos es lo que permite inferir una sistemática voluntad de exportación de ideas –en búsqueda de un lugar de materialización, o sea, utopías– que fueron modelando la noción de América como un verdadero *laboratorio de modernidad*, un ambiente suscepti-

ble de ser visualizado como un campo experimental de las ideas que en Europea podían resultar infructuosas. De hecho, gran parte de la hegemonía tecnológico-política norteamericana ulterior a la segunda guerra se apoya en la capitalización exitosa de tal potencial innovativo.

Frente a esta línea del desarrollo de la historia cultural latinoamericana, influenciada bastante linealmente por la aparición de propuestas de carácter utópico generalmente importadas por los gobiernos y/o élites regionales, pueden advertirse dentro de la cultura alta, en el caso americano, dos corrientes relativamente interactivas o complementarias con la precedente. Por una parte, una corriente crítica, negativa a las novedades de tal modernidad de talante liberal y por otra, una corriente positiva o congruente con tales innovaciones, pero a la vez con cierto reclamo de autonomía y no la mera actitud de reflejar o repetir el complejo de influjos o influencias exógenas. La primera manifestación se liga con una cultura tradicionalista, conservadora, de reminiscencias naturalistas o agraristas, y con cierto afecto por una europeidad originaria, como es la de la colonización inicial, es decir, sustancialmente la iberica. La segunda, articulada por intelectuales en general de sólida formación europeísta, tiende a instituir una suerte de *modernidad americana*, sesgada por algunas maneras de seleccionar el conjunto de influencias; por ejemplo, interesarse en el potencial innovativo de las novedades vanguardistas pero no en su incidencia política-cultural; acoplar ese decantamiento selectivo del material formal europeo con cierta actitud sublime-romántica ligada a una elaboración de lo diferente-americano (la hibridez mestiza, la complejidad y magnificencia natural, etc.). La postura conservadora tradicionalista impulsará un tipo de cultura elitista clasicista, a tono con los estamentos sociales jerárquicos en los que se instala, y más o menos conectada con diversas manifestaciones de las *retaguardias* culturales europeas (desde el eclecticismo historicista academicista a los clasicismos monumentalistas autoritarios; desde los fenómenos de la cultura material burguesa finisecular del *biedermeier* hasta los productos culturales ligados a las manifestaciones *kistch* elitistas de entreguerras, como cierto *art deco*, etc.). La postura modernista formal —o pseudo-vanguardista, dadas sus limitaciones crítico-programáticas en términos político-culturales— asumirá una actitud de voracidad enciclopedista respecto de las innovaciones culturales europeas, que finalmente deviene en una voluntad de autoconsiderarse como posible foco mundial (desde la noción de *cosmópolis* en Rubén Darío hasta los mundos hiper-enciclopédicos de las *bibliotecas infinitas* de Borges o de los círculos órficos o las *eras imaginarias* de Lezama Lima, desde la panlengua de Xul Solar hasta el *constructivismo sudamericano* de Torres García) o nueva estética alternativa,

devenida de tal voracidad culturalista junto a la exhibición de las condiciones no racionales de la historia y sociedad americana (por ejemplo en la literatura de Carpentier, Rulfo o en el *realismo mágico* macondiano de García Márquez). Este último componente de la cultura americana —que nombramos *cosmopolitana*— de alguna forma se confronta con la idea pasiva de la recepción mecánica de la voluntad utópica expansiva europea: se piensa que puede ser posible una actitud de *construir* (escribir, cartografiar) una cultura tal vez no estrictamente *propia* sino *diferente*, apoyada en la fagocitación del fárrago de la occidentalidad pero tamizada o connotada por esas dimensiones diferenciales de la sociedad mestiza y el territorio ominoso, hylético o sublime; de allí, la posibilidad de la ucronía, no como traer meramente una cultura/sociedad que no tiene espacio o lugar adonde ello sobra, sino al contrario, la tentativa de *inventar* una cultura/sociedad —como historia o temporalidad no consumada— *a partir de tal omnipresencia tópica*: la ucronía quedaría así definida por el *exceso* de espacio/naturaleza y la necesidad de *construir/escribir* cultura sobre dicho exceso. La utopía, en cambio, es lo inverso: el exceso de construcción/escritura —o de cultura histórica, producida en largas duraciones por las sociedades— busca espacio o *topos* donde radicarse, expandirse o mundializarse (de cultura a civilización) e incluso perfeccionarse como forma socio-cultural allí, en el *u-topos*, donde el espacio puede modelarse y hacerse cultura al precio de dominar y encauzar su naturalidad bárbara.

Ciertamente la contraposición en términos de arquitectura, de un pensamiento utópico que transporta una cosmovisión proyectual completa en la proposición de una ciudad nueva donde supuestamente no hay ciudad (en el sentido europeo y burgués), puede ejemplificarse con los varios proyectos corbusieranos sudamericanos, como el concepto de *Ville Verte* que Le Corbusier desarrolló para su Plan Urbano de Buenos Aires de 1940, que más que plan es un macro-proyecto, coincidiendo o poniendo en práctica la propuesta normativa utópica de un mundo formal completo. En el anverso de esta postura —pero reteniendo los códigos estilísticos— el dilatado proyecto de 30 años de diversas proposiciones del argentino Amancio Williams, bajo el rótulo de Casas en el Espacio, quizá pueda expresar el componente ucrónico, de marcar tiempos modernos en la abstracción territorial del desierto argentino, la Pampa.

El *Plan para Buenos Aires de 1940* contiene una de las contribuciones más significativas del Le Corbusier americano, sobre todo en materia urbanística, cerrando un ciclo de reflexión que había comenzado en su viaje de 1929 y que decantaba el tipo de ideas urbanísticas de los primeros años 20 para París, así como anticipaba las ulteriores prescripciones del CIAM.

La idea básica de la utopía corbusierana se ligaba, por una parte, a sus criterios de hombre estándar, asociado al concepto de la *machine d'habiter* y, por otra, a la tendencia a concebir los escenarios americanos como configuraciones paisajísticas muy inmaduras o informales desde el punto de vista cultural. Un ejemplo de estas visiones *gestálticas* simplificadoras lo aportan sus viñetas urbanas del viaje de 29; por ejemplo, la imagen de San Pablo como un cruce de caminos cuya ondulación permitía acoger largas cintas de autopistas-puente habitables o la idea de una ciudad-península en torno del Cerro de Montevideo. Así, cuando recibe el encargo de Buenos Aires —promovido por sus recientes ex discípulos, Ferrari Har- doy y Kurchan—, concibe la ciudad existente sino como un vacío absoluto, como una especie de territorio *natural*, en el cual la baja densidad de sus monótonas cuadrículas equivale al *humus* de los campos productivos. Es esa indiferencia acerca de lo dado —la ciudad ya tenía cerca de 2 millones de habitantes— lo que le permite desplegar su utopía de la *ville verte*, como una recuperación del terreno natural a través de las plantas libres de las torres cruciformes y los inmuebles cinta, una noción en que la ciudad se organizaba maquínicamente en torno de varios centros especializados (de negocios, de espectáculos, de gobierno, de deportes, etc.) y algunos enclaves dormitorio conectados a esa centralidad desestructurada en base a una red arterial de autopistas elevadas. Se añan así, en las nociones corbusieranas, varios planos de discursividad utópica: la concepción del territorio existente como un vacío natural absolutamente modelable, la idea de una potencialidad artefactual completamente regeneradora de la vida urbana en base a una identificación mecanicista entre función y forma que es susceptible de pensar el ambiente americano —la articulación existente de sociedad y naturaleza— como una *tábula rasa* o ámbito experimental de laboratorio y el concepto de una organización científica de la sociedad y la ciudad en base a la identificación de parámetros estandarizados de funcionalidades y morfologías.

Las *Casas en el Espacio* —un proyecto originado en 1942 para un barrio porteño y luego utilizado por su autor, Amancio Williams, como mecanismo generador de ciudad a lo largo de diferentes aplicaciones del esquema por más de tres décadas— comparten muchas de las ideas estéticas del racionalismo corbusierano; de hecho Williams fue uno de los pocos arquitectos reconocidos y valorados por Le Corbusier. Sin embargo, se trata de un equivalente arquitectónico de los ejercicios culturales de Borges o Xul Solar: prolijas degluciones cultas e enciclopedistas del refinamiento formal de la modernidad europea, utilizadas en plan de urdir abstracciones sobre un territorio concebido como neutro. Williams, en particular,

imaginó sus proyectos como vastas operaciones de culturalización escrituraria de algunos notables vacíos como las llanuras pampeanas o la vastedad del estuario del Río de la Plata.²⁴ De tal forma los proyectos son indeterminados –casi cancerígenos, en su infinita posibilidad de desplegarse sobre tales territorios neutros–, pensados como una caligrafía infinita de pocos motivos modernos selectos y concebidos sin armazones convencionales como la idea de centro en las ciudades. Así como en Borges no hay motivo dominante –no escribió novelas, hay como un *virtuosismo impotente, una infinitud de comentarios a la espera de su sistematización* (como alude Dal Co, refiriéndose al ejemplo borgeano en su análisis de la arquitectura de Scarpa²⁵)–, en Williams no hay estructura urbana sino uso de los signos de un tiempo (el material figurativo de la modernidad) para intentar marcar el exceso de espacio o la infinitud territorial con las referencias de un tiempo concreto. Así, empalma su ciclo urbanístico centrado en la multiplicación infinita y amorfa de un tipo edilicio concreto (*Las Casas en el Espacio*) con la propuesta megalománfaca del proyecto llamado *La Ciudad que necesita la Humanidad*, que será una monstruosa cinta de carreteras habitadas que discurre infinitamente sobre el territorio natural y urbano existente, entonces convertido en huellas de un pasado de-forme y lento (o sea, natural).

La cultura de las ucronías como cartografías del tiempo: el fenómeno del tiempo detenido o el eterno comienzo

La contraposición entre un modelo utópico y un modelo ucrónico en la producción cultural remite y sintetiza otros tópicos de este ensayo. Uno, se liga a la diferente *seguridad* en esa producción, cuando se desarrolla desde una plataforma historizada a la conquista de un lugar (diríamos aquí: el paradigma de la creación cultural pensado como colonización de lo natural exógeno); otro, se relaciona con la precariedad –o estado de aceptación– de una historicidad tensada por la sensación de pertenencia a historias ajenas o externas y por la percepción de incompletitud socio-cultural (la idea de un flujo heterogéneo de fenómenos) que, instalada en un mundo dominado por lo territorial/natural (que incluso o sobre todo) determina o condiciona el mundo social y la producción cultural; es decir, un paradigma de la re-creación cultural que usa la cultura exógena europeísta en términos de textualidad estética susceptible de instalar una huella del tiempo propio –la micro-historicidad autóctona americana– en aquella vastedad de lo natural-territorial. La cultura de tipo ucrónico podría resultar así *menos creativa* (porque usa –o abusa– de la reutilización de materiales ajenos, que aluden a una historicidad larga, por ejemplo, la de situarse en

la historia bíblica) pero *más fundacional*, en tanto tiene que crear las condiciones psico-sociales y antro-po-culturales de aquella seguridad europea y a la vez, o como consecuencia, tiene que convertir ese proyecto productivo cultural en incidencia sustantiva en las cuestiones de la institucionalización superadora de imperfecciones o incompletitudes (sociedad con contrato social y proyecto democrático, territorio complejizado respecto de la dualidad extrema entre lo ominoso y lo productivo, ciudad de urbanidad integrada y calidad de vida básica, arquitectura articulada a la habitabilidad territorial y a la edilicia popular).

Otro tópicos que reaparece en la contraposición entre utopía y ucronía es el de la modernización/modernidad, o al menos, el de la supuesta ortodoxia histórica de su despliegue. En efecto, aquí diríamos que la articulación entre la infraestructura de la modernización y la superestructura de la modernidad la constituye, en el *episteme* occidental, la noción de *utopía*. La utopía entendible como el proyecto de instalación territorial expansivo de las fuerzas que desenvuelven la modernización y, a la vez, como el proyecto que contiene o vehiculiza el efecto de modernidad. Y aquí, al menos como pregunta, dejemos establecido un par de hipótesis: la modernidad, como tal superestructura, ¿requiere del paradigma de la utopía?, y por lo tanto, la ucronía ¿expresa el nivel de prácticas culturales posibles allí donde no hay (al menos de manera nítida, contundente o integrada) modernización/modernidad?

Aceptemos como válida la segunda de las hipótesis y consideremos así que el modo ucronico no sólo es el posible sino, quizá también, el necesario allí donde deba construirse cultura como conquista de modernización/modernidad, es decir, como proyecto de emancipación. Volviendo a algunos enunciados –como los de Vitiello, Jauss y Eco²⁶– acerca de la *textualidad inmanente y omnipresente en todo aquello que no es modernidad* (es decir, la *paleomodernidad* como un programa que considera *el mundo como un texto* y la *pos* (o sobre, trans) *modernidad* como un programa que considera *el texto como un mundo*), la ucronía como dispositivo no-moderno (y, por tanto y a la vez, paleo y posmoderno) se podría explicar fundamentalmente como operación de textualidad: textualidad como distanciamiento de lo real, discurso o comentario de lo real, antes que producto o proyecto y, a la vez, hermenéutica, análisis, deconstrucción, etc.. La ucronía, como hipertextualidad, explica por ejemplo la identidad borgeana entre la *biblioteca infinita* y el paraíso y, en definitiva, el complejo programa cultural de cartografiar (escribir, marcar) con materiales modernos o propios de la historicidad de lo moderno, la hiperespacialidad de un mundo puro territorio/naturaleza. El concepto de *realismo mágico* podría así transpor-

tarse, en términos poéticos, al *realismo ucrónico*: la realidad (natural, hiperspacial) se convierte en real (cultural, histórica) a través y por lo *textual*. La *magia* –uno de los modos de entender/conjurar lo mitopoiético de la naturaleza– se transforma modernamente (por la acción cosmopolitana) en texto, o mejor y más completamente, en *ucronía*: dar tiempo histórico a lo que sólo es espacio y, en tal proyecto, convertir el espacio en *lugar*, *topos* enunciado y nominado.

Los dos últimos ejemplos propuestos para ilustrar la cultura de las ucronías –como métodos de estipular una hipertextualidad o unas cartografías del tiempo que así ejercerían un control proyectual del territorio entendible como omnipresente vacío– son dos intervenciones proyectuales urbanas: los *Jardines de El Pedregal* –la infructuosa o frustrada operación inmobiliaria de Luis Barragán, que recupera la reiterada tentativa americana de instalarse, con extremada economía, en el paisaje natural– y el *Museo Xul Solar* –una nueva/vieja tentativa del argentino Pablo Beitía para reducir (y al mismo tiempo, potenciar) la arquitectura a la función de reescribir o comentar otros textos.

El *Pedregal* –un relicto geológico en la ciudad capital mexicana, un mundo de naturaleza *larga* o mineral– fue asumido por Barragán como una oportunidad de concebir el proyecto como instalación, talladura, comentario, acogimiento. No hay tanta distancia cultural en esta operación, del modo de trabajo del proyectista de Uxmal o de Macchu Picchu; no es tan diferente el proceso de la reflexión de hominización que se le procuró aportar a las piedras de Sacsahuamán. También, tal idea de *jardín original*²⁷ le permitió a Barragán volver a enunciar la arquetipicidad básica del primer mundo humanizado, presente en la figura bíblica del jardín edénico, un tema que discurre por debajo de toda la producción barraganiana, pero también, por ejemplo, en la obra mexicana de Malcom Lowry, sobre todo *Bajo el Volcán*.²⁸

El *Museo Xul Solar* –un final actual de esta pasión escrituraria que podría explicar un cierto eje del trabajo cultural ucrónico americano– es uno de los casos de la arquitectura entendida, a la manera derridiana, como un texto sobre otro texto. Se trata de la transformación de la casa en que residía el artista argentino Alejandro Schultz Solari –cuyo pseudónimo era Xul Solar– en un museo acogedor y conmemorativo de su variada obra plástica. El proceso proyectual escogido no será, empero, el de una restauración (ya que la casa originaria no era de gran calidad o relevancia) sino el de una imbricación del material museográfico en una construcción nueva, regida por imperativos proyectuales contemporáneos pero que se autoimpone la obligación de parafrasear o reescribir, en la textualidad ar-

quitectónica, algunas de las características de la producción artística de Xul Solar,²⁹ quien a su vez trabajaba sobre los textos de Borges (y otros *cosmopolitas*, como Gironde, Jarry, Artaud). Pero también se conjuga la arquitectura textualizada del Terragni del Danteum o de los proyectos de Leonidov, y aun el detallismo interminable (o borgeano) de Scarpa o la deconstrucción eisenmanniana. Es decir, la arquitectura entendida como trabajo de escritura: depósito destilado de referencias enciclopédicas interminables y venero de alegorías, en este caso, potenciadas por el *modus operandi* del artista homenajeado y reinstalado en un museo *final* que es una reescritura interpretativa y contenedora de la casa *original*. El valor pre/posmoderno –o sea, ucrónico– del proyecto es la disolución de la subjetividad del proyectista en la urdimbre de textualidades o comentarios que, bajo la tentativa de re-presentar la subjetividad del artista cuya productividad se alberga, incluye la perspectiva de una obra abierta a diversas percepciones/comentarios/fruiciones.

El ciclo puede parecer infinito y se trata que la textualidad converja a escribir este mundo neutro o abstracto de lo natural, haciéndolo más humano y denso, más histórico y habitable: en definitiva, un trabajo americano pendiente.

Notas

¹ Este ensayo aborda temas cuyo desarrollo pleno y las referencias bibliográficas correspondientes figuran en R. Fernández: *El laboratorio americano*, op. cit. nota 13 del Ensayo 1.

² Braudel, F.: *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, Tomo 1: *Las estructuras de lo cotidiano*, Tomo 2: *Los juegos del intercambio*, Tomo 3: *El tiempo del mundo*, Editorial Alianza, Madrid, 1984. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Editorial del Fondo de Cultura económica, México, 1953.

³ Halperín Donghi, T.: *Una Nación para el Desierto Argentino*, Editorial CEAL, Buenos Aires, 1982.

⁴ Paz, O.: *Tiempo nublado*, op. cit. nota 21 del Ensayo 8.

⁵ Un interesante planteo sobre las relaciones entre premodernidad, modernidad y posmodernidad figura en el libro de B. Latour: *Nunca hemos sido modernos*, op. cit. nota 38 del Ensayo 1.

⁶ Morse, R.: *Los intelectuales americanos y la ciudad. 1860-1940*, op. cit. nota 15 del Ensayo 9. Neira, H.: *Hacia la tercera mitad. Perú. XVI-XX. Ensayos de Relectura Herética*, op. cit. nota 17 del

Ensayo 1.

⁷ Jauss, H. R.: *Las transformaciones de lo Moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*, Editorial La Balsa de la Medusa, Madrid, 1996.

⁸ Brading, D.: *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*, op. cit. nota 3 del Ensayo 9.

⁹ Freyre, C.: *Casa Grande e Senzala*, Editorial Orbis, Río de Janeiro, 1933. Un análisis muy lucido es el de Ribeiro, D.: "Gilberto Freyre: una introducción a Casa Grande e Senzala", ensayo en *Indianidades y Venutopías*, op. cit. nota 24 del Ensayo 9.

¹⁰ Lezama Lima, J.: *La expresión americana*, op. cit. nota 28 del Ensayo 8.

¹¹ Por ejemplo —o sobre todo— en los textos de su última compilación de ensayos, ulterior a su muerte en 1988, *La Política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1997, como los artículos "La política de la vanguardia" y "El lenguaje y la vanguardia", en los que resalta su análisis diferenciador de modernismo y vanguardia.

¹² Dos interesantes resúmenes europeos recientes

de arquitectura americana –que contienen algunos de los ejemplos a que nos referiremos– son el número de A&V 48, monográfico dedicado a América Latina, Madrid, 1994, y la revista italiana *Zodiac*, 8, Milán, 1992. En la primera se insertan ejemplos de arquitectura latinoamericana reciente comentados por críticos locales, y en la segunda además de una selección de obras escogidas por críticos americanos hay varios ensayos temáticos (Sartor, Posani-Sato, Liemur, Fernández, Baroni).

¹³ Este tema queda propuesto en la entrevista que J. C. Olivares le efectúa al arquitecto de Chiloé, Jorge Lobos, en la *Revista de Arquitectura*, número 9, Santiago de Chile, 1997.

¹⁴ De la variada bibliografía existente remitimos a nuestro libro (nota 1 de este Ensayo) y selectivamente mencionamos aquí a R. Kusch: *América profunda*, Editorial Bonum, Buenos Aires, 1975; Zea, L.: *Filosofía de la Historia Americana*, Editorial del Fondo de Cultura Económica, México, 1978 y Bonfil Batalla, G.: *México profundo. Una civilización negada*, op. cit. nota 16 del Ensayo 8.

¹⁵ Noelle Mereles, L.: "Escenografía barroca", ensayo incluido en A&V, 48, ver nota 12 de este Ensayo.

¹⁶ Gruzinski, S.: *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*, op. cit. nota 6 del Ensayo 8.

¹⁷ Sennet, R.: *The Fall of Public Man*, Editorial W. Norton, New York, 1976 y *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, op. cit. nota 6 del Ensayo 1.

¹⁸ De Certeau, M.: *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, op. cit. nota 11 del Ensayo 6.

¹⁹ Romero, J. L.: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, op. cit. nota 21 del Ensayo 1.

²⁰ Sobre las propuestas urbanísticas americanas de urbanistas europeos véase el número 8 de la *Revista de Arquitectura*, Santiago de Chile, 1996, con varios trabajos monográficos (Gutiérrez, Figueroa,

Uribe, etc.) sobre ideas y prácticas de urbanistas europeos en América Latina

²¹ Eliash, H.: et al.: "Problemas y tendencias en la Arquitectura del Cono Sur", artículo incluido en *Revista de Arquitectura*, ref. nota 13 de este Ensayo.

²² García Canclini, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*, op. cit. nota 24 del Ensayo 1.

²³ Liemur, J. F.: "Un nuevo mundo para el espíritu nuevo: los descubrimientos de América Latina por la cultura arquitectónica del siglo XX", ensayo incluido en revista *Zodiac*, 8, ver nota 12 de este Ensayo.

²⁴ Fernández, R.: *El rigor del proyecto moderno. Comentarios sobre la obra de Amancio Williams*, Ficha 88, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, Universidad de Buenos Aires, 1998; Vekstein, C.: "Senderos luminosos", artículo en *Revista* 3, número 6, Buenos Aires, 1995.

²⁵ Dal Co, F.: "El oficio del arquitecto. Carlo Scarpa y la decoración", artículo en *Revista de Occidente*, 42, noviembre 1984, Madrid.

²⁶ Ver ref. Jauss, H. R. (nota 7), Vitiello, V. en su pro-posición de una *Topología del Moderno* –Editorial Marietti, Génova, 1992– alude a la posibilidad de revisar la modernidad (paleo y pos incluida) según el análisis de la *textualidad*, análisis que también articularía las nociones de *espacio y tiempo* (y de las *textualidades de la utopía y la ucronía*, respectivamente), bajo la posibilidad de una *topología* como historia o una *historia topológica: La topología aproxima la historia a la naturaleza, en su hundimiento donde todo convive con todo, donde el pensamiento se vuelve hylético y donde la materia accede a la imagen*.

²⁷ Alfaro, A.: "Voces de tinta dormida: itinerarios espirituales de Luis Barragán", ensayo en revista *Artes de México*, 23, México, 1994.

²⁸ Lowry, M.: *Bajo el volcán*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1984. Ésta es la novela de la búsqueda

del jardín perdido en México, que termina con el párrafo siguiente: *¿Le gusta este jardín? Evite que sus hijos lo destruyan.*

²⁹ Xul Solar, como artista, fue más bien un calígrafo, un comentador/compositor, un *regisseur* de formas que investigaba como elementos matéricos de un posible lenguaje universal. Así se autodescribía: *Recreador, no inventor y campeón mundial de un panajedrez y otros serios juegos que casi nadie jue-*

ga; padre de una panlengua que quiere ser perfecta y que casi nadie habla, y padrino de otra lengua vulgar sin vulgo; autor de graffias plastiútiles que casi nadie lee; exégeta de doce (+ una total) religiones y filosofías que casi nadie escucha. Esto que parece negativo deviene (verde) positivo con un adverbio: aún y un casi, creciente. Citado en P. Beitía, *Xul Solar. El Artista Fundador*, ensayo en *Revista 3*, número 6, Buenos Aires, 1995.

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**